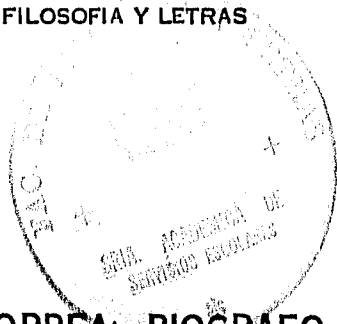


22  
1 ej



# UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS



## JUAN MANUEL TORREA: BIOGRAFO DE BANDERAS. UNA APROXIMACION A LA HISTORIOGRAFIA MILITAR



FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS  
COLEGIO DE HISTORIA

# T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TITULO DE:

LICENCIADO EN HISTORIA

P R E S E N T A :

BERNARDO MANUEL IBARROLA ZAMORA

CIUDAD UNIVERSITARIA  
TESIS CON FALLA DE ORIGEN

1996

TESIS CON FALLA DE ORIGEN



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

**JUAN MANUEL TORREA: BIÓGRAFO DE BANDERAS  
UNA APROXIMACIÓN A LA HISTORIOGRAFÍA MILITAR**

Por Bernardo Ibarrola

Este trabajo es por y para Sonya Zamora, Javier Ibarrola, Josefina Mac Gregor y Oxana Pérez Bravo

### *Agradecimientos*

Es de gente bien nacida mencionar en las primeras líneas de un trabajo escrito a las personas que, de una o de otra forma, contribuyeron a su realización. Pero también es la más grata tarea de cuantas suponen la elaboración de una tesis; escribir estos párrafos significa, de hecho, la mejor compensación por el esfuerzo realizado. Perdíneseme pues, que me solase demasiado en esta obligación.

A Antonia Pi-Suñer, Georgette José, Rubén Ruiz y Miguel Soto debo agradecerles la capacidad y el interés que me han dispensado como revisores; para Josefina Mac Gregor, asesora de este trabajo, mi gratitud es además por la cultura, sensibilidad y benevolencia con la que me ha guiado en el proceso de su elaboración. Además de mis sinodales he tenido la fortuna de conocer a profesores que representan cabalmente los mejores valores de la Facultad, para ellos -Patricia Escandón, Rosa del Carmen Martínez Ascobereta, Alfredo López Austin, Antonio Rubial, Juan Puig, Eduardo Ibarra y Carlos Illades- mi más profunda gratitud.

El general Luis Garfías Magaña, por su parte, contribuyó de manera particular en la elaboración de esta tesis: con su amabilidad y buena disposición me permitió conocer -desde dentro- el camino de la historiografía militar. El breve tiempo que pasé en su oficina conversando con él ante una grabadora fue quizá más revelador que muchas horas frente a libros de historia escritos por militares mexicanos.

Durante el tiempo que duró la elaboración de este trabajo, inicié paralelamente mi actividad en el mundo laboral de los historiadores. Agradezco aquí a las instituciones (Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM) y personas (Josefina Mac Gregor, Gabriel Loera, Reinhard Liher y Mariano Torres) que me permitieron hacer estos primeros acercamientos.

Faltaría a la verdad si pretendiera agradecer a todos los que contribuyeron en la realización de esta tesis y sólo mencionara a los que lo hicieron desde el ámbito escolar; sería tanto como decir que la vida comienza y termina en la academia, lo cual es, a todas luces, falso. Por eso, mi lista de gratitudes afectivas es tan importante como la de gratitudes académicas.

Y, al respecto, debo comenzar con mi familia. A Sonya Zamora -mi madre- le agradezco el amor, la comprensión y la paciencia con lo que hizo amable y fácil el tiempo de investigación y de escritura. A mi padre -Javier Ibarrola- le debo y agradezco mi afición a la historia y al estudio de los asuntos humanos; gracias a él y sus tempranas enseñanzas he podido acercarme con un profundo placer al trabajo académico. A Sonia, mi hermana, debo agradecerle el privilegio de su cercanía y de su confianza durante este tiempo; a mi hermano Xavier mi gratitud por el ejemplo de disciplina y tenacidad sin el que este trabajo hubiera terminado de manera diferente. A Emilia y Humberto Zamora debo agradecerles el fraternal apoyo con el que me han favorecido estos últimos tiempos. Por último, mi gratitud para el clan Ibarra-Magdaleno-Vargas por haberme permitido adoptarlo como familia postiza.

Es un placer agradecer a los compañeros de la Facultad porque me han ayudado a hacer de los años que van de esta década -pasados en la escuela y sus alrededores- los más gratos de mi vida. Para Tania Ortíz, Alejandra Portillo, Patricia Torres, María Esther Reyes, Daniela Gleizer, Margarita Martínez, Eugenia Roldán, Lorena Pérez, Esperanza Brizuela, Gerardo Gurza y Pedro Salmerón, mi gratitud.

En el mismo sentido y por las mismas causas -sólo que un ámbito distinto- debo agradecer a mis compañeros del Grupo de Teatro Libre y principalmente a su creador y director, Manuel de la Torre.

A Roberto Ibarra, Ney Chavolla y Jehú Rodríguez, mis amigos de siempre y para siempre, les agradezco la constante y oportuna demostración de que nada -incluso esta tesis- es para tanto.

No conozco palabras suficientes para expresar mi gratitud a mi maestra, Josefina Mac Gregor. Primero como profesora, luego como tutora, asesora y jefa ha sido, ni que dudarlo, tanto o más importante para mi formación como el resto de los profesores de la Universidad. En su escritorio, en su abundante biblioteca, a su lado en los pasillos y las oficinas de la Facultad, he ido conociendo las sutilezas, los sinsabores y las maravillas del oficio al que pretendo dedicarme. Sé que cuánto ha hecho por mí responde a un interés suyo por la formación de historiadores universitarios; pero no sé, en cambio, si yo lo merezco, ni si sabré responder como es debido a todo eso.

Por último -es decir, para empezar- quiero dejar constancia aquí de mi agradecimiento para Oxana Pérez Bravo, aunque no sabría decir exactamente por qué. Podría hacerlo por su invaluable intervención académica durante todo el tiempo que duró la investigación y redacción de este trabajo: nadie conoció tan pronto las ideas -las que se quedaron y las que fueron desechadas- en torno al tema, ni de nadie recibí comentarios más estimulantes. O podría hacerlo por el solidario apoyo que, en todos los ámbitos, me dispensó -me sigue dispensando en este momento- para hacer este trabajo. También podría hacerlo porque ella es la principal causa de que todo esto -la carrera, la titulación, el futuro- sea grato y deseable. Pero me parece mejor hacerlo, simplemente, porque es ella la compañera de mi historia.

Para un ejército la historia no puede ser una aventura del espíritu o la vanidad de figurar de un modo o de otro. El ejército se realiza militarmente, o no sirve para la historia ni para las fotografías de los calendarios.

Carlos Montemayor,  
*Guerra en el paraíso.*



## ÍNDICE

<i>Agradecimientos</i>	IV
<b>ÍNDICE</b>	1
<b>INTRODUCCIÓN: EL CAMINO DE LA HISTORIA MILITAR</b>	3
<i>1. A manera de presentación</i>	4
<i>    El tema</i>	4
<i>    Las hipótesis</i>	7
<i>    El apoyo teórico</i>	9
<i>    El procedimiento y la estructura</i>	10
<i>2. El camino de la historia militar</i>	13
<i>    a) Hacia una definición</i>	13
<i>    b) La historia militar en el tiempo</i>	14
<i>    c) Los trabajos de historia militar en el mundo</i>	16
<i>    d) La historia militar en México</i>	18
<b>PRIMERA PARTE: UNA VIDA ENTRE LAS ARMAS Y LA HISTORIA</b>	21
<i>1. La historia de un militar leal</i>	22
<i>    a) Esclavo del deber</i>	23
<i>    b) Los sinsabores de la disciplina</i>	33
<i>2. Infancia y formación</i>	39
<i>3. Medio siglo en el ejército</i>	45
<i>    a) De la paz augusta a la revolución</i>	45
<i>    b) Bajo el régimen de Huerta</i>	54
<i>    c) Saña constitucionalista,     conciliación aguaprietista</i>	60
<i>    d) La tranquilidad de los últimos tiempos</i>	70
<i>4. Medio siglo en la cultura</i>	73
<i>    a) De militar a empleado público</i>	73
<i>    b) Con sosiego de estudio</i>	76
<i>        En la cancillería</i>	76
<i>        Congresos y asociaciones</i>	79
<i>        Escritor</i>	83
<i>    c) El hallazgo de los héroes</i>	88
<i>        Los primeros tanteos</i>	88
<i>        El hallazgo</i>	89
<i>        Los dictámenes</i>	94
<i>        Los huesos y la historia</i>	96
<i>        El homenaje indispensable</i>	98
<i>        Honores al descubrir</i>	99
<i>        La inauguración</i>	100
<i>    d) Muerte y homenajes</i>	104

**SEGUNDA PARTE: UNA OBRA SOBRE LAS ARMAS Y LA HISTORIA 110**

<b>1. Los trabajos del historiador</b>	<b>111</b>
<b>a) Heurística</b>	<b>111</b>
<i>Papeles y archivos</i>	<b>112</b>
<i>Libros</i>	<b>116</b>
<b>b) Crítica</b>	<b>119</b>
<i>Testimonios y tradición oral</i>	<b>124</b>
<b>c) Interpretación</b>	<b>131</b>
<i>Orden, progreso y nacionalismo</i>	<b>132</b>
<i>Voluntad y potencia</i>	<b>134</b>
<i>Historia militar y periodización</i>	<b>141</b>
<i>La guerra y el futuro</i>	<b>145</b>
<b>d) Arquitectónica</b>	<b>147</b>
<b>e) Estilística</b>	<b>154</b>
<b>2. Los ejemplos del pasado</b>	<b>160</b>
<b>a) Guerras con el extranjero</b>	<b>162</b>
<i>Independencia</i>	<b>162</b>
<i>La guerra contra Estados Unidos</i>	<b>164</b>
<i>La intervención francesa</i>	<b>167</b>
<b>b) El ejército</b>	<b>170</b>
<i>Medio siglo de desastres</i>	<b>170</b>
<i>La fuerza de la costumbre</i>	<b>172</b>
<b>3. Los vehículos de la historia</b>	<b>178</b>
<b>a) Rescate y ejemplo</b>	<b>182</b>
<b>b) Homenaje</b>	<b>184</b>
<b>c) Tradición</b>	<b>188</b>
<i>El Colegio Militar</i>	<b>189</b>
<i>La bandera</i>	<b>192</b>
<b>4. Los ejércitos</b>	<b>196</b>
<b>a) El mundo moderno</b>	<b>196</b>
<b>b) El ejército mexicano: genio de la nación</b>	<b>201</b>
<b>EPILOGO: UN SIGLO DE HISTORIA MILITAR EN MÉXICO</b>	<b>210</b>
<i>Torrea, militar historiador</i>	<b>211</b>
<i>México: la historia militar imposible</i>	<b>212</b>
<i>Los militares mexicanos:</i>	
<i>historiadores a contrapelo</i>	<b>214</b>
<b>Fuentes consultadas</b>	<b>222</b>
<b>a) Repositorios documentales</b>	<b>222</b>
<b>b) Bibliografía general</b>	<b>222</b>
<b>c) Bibliografía sobre historia militar</b>	<b>227</b>

**INTRODUCCIÓN**  
**EL CAMINO DE LA HISTORIA MILITAR**

## *1. A manera de presentación*

### *El tema*

El asunto de este trabajo es, en cierto sentido, consecuencia de otro planteado hace más de dos años. Se trataba de un proyecto sobre el ejército y los generales durante el periodo quizá menos estudiado de la Revolución Mexicana: el régimen de Victoriano Huerta.

En ese proyecto se reunían dos de las cuestiones que me interesan: la Revolución Mexicana y los asuntos militares. Abandonado el primero, opté por mantenerme cerca del segundo, pues me parece que es impostergable el estudio sistemático y organizado de los temas militares. En primer término, el de los conflictos armados mismos, pero también el de los ejércitos como elementos insoslayables de los Estados y el de los militares, los individuos cuya pertenencia a los institutos armados condiciona su lugar y función en el desarrollo de los procesos históricos.

*Juan Manuel Torrea: biógrafo de banderas. Una aproximación a la historiografía militar*, pues, derivó de la que sería la introducción historiográfica de aquel trabajo, donde haría un acercamiento superficial a la producción mexicana sobre historia militar y sobre el ejército.

La imposibilidad para consultar los papeles del Archivo Histórico Militar de México determinó que abandonara -si bien temporalmente- la investigación sobre el ejército huertista y me dedicara al estudio de la producción bibliográfica en torno a la historia de los ejércitos

y las instituciones armadas en México. Sin embargo, las enormes dimensiones de la bibliografía al respecto me obligaron a restringir, desde un principio, el tema del que me ocuparía.

Pensé entonces en seleccionar la historiografía militar de alguna etapa de la historia de México, por ejemplo de la historia de la Revolución Mexicana, y elaborar un análisis sobre ella, pero no lo hice porque así me habría acercado a un tema cronológico particular, y mi interés era, más bien, la historiografía militar en su conjunto.

Tampoco quería quedar en la disyuntiva de realizar un estudio integral de la historiografía militar mexicana, o de emplear algunos de sus textos como fuentes para tratar hechos particulares, pues el primer camino rebasa, con mucho, las posibilidades y cometidos de una tesis de licenciatura; y desarrollar el segundo, hubiera significado hacer un estudio militar -particular y limitado- y no uno sobre la historia militar.

Así, decidí abordar el tema a partir de un autor o un grupo de autores de esta disciplina. Del universo inicial de de títulos sobre el tema -que en un principio giraba en torno a la Revolución Mexicana en general y, particularmente, en torno al régimen de Huerta- extraje un grupo de autores de libros de historia patria que compartían una característica evidente: todos ellos eran militares de alto rango, la mayoría generales.

Las indagaciones sobre historia militar me condujeron a un tema inesperado: el de los militares historiadores. Aunque casi todos los libros de historia escritos por miembros del ejército se ocupan, de una forma o de otra, de asuntos militares, me pareció que su importancia no se reducía a la de simples productores de historiografía militar: era posible que tuvieran características particulares dignas de ser estudiadas.

Sin embargo, el número de obras escritas por estos autores resultaba aún muy elevado para intentar un análisis historiográfico profundo y acucioso al nivel de una tesis de licenciatura. Había, pues, que seleccionar, lo cual se hizo fácil gracias a que la mayoría de los militares que han escrito historia hicieron unas pocas obras aisladas, que no son producto

ni ejemplo de una concepción particular de la historia. De una primera búsqueda resultaron más de una decena de autores, cuyas obras, en total, sumaban más de doscientos títulos.

En cambio, dos de estos militares sí tuvieron una producción abundante y regular. Se trata de los generales Juan Manuel Torrea y Miguel Ángel Sánchez Lamego. La producción historiográfica de estos militares es lo suficientemente extensa y organizada como para poder extraer de su análisis el pensamiento que cada uno tenía con respecto a la historia.

A diferencia del resto de los militares historiadores localizados, Torrea y Sánchez Lamego estuvieron buena parte de sus vidas vinculados a la producción historiográfica. Al igual que sus colegas militares, hicieron de la historia un espacio de actividad intelectual, pero lo hicieron cotidiana y metódicamente; lo que en el resto de militares historiadores es un suceso, en los generales Torrea y Sánchez Lamego es un hábito.

A lo largo de varias décadas y muchísimas páginas escritas, las ideas sobre historia, sus fines, mecanismos y utilidades, tenían que irse afinando y precisando; cuando menos, debían de irse haciendo paulatinamente explícitas y articuladas. Gracias a esas décadas de trabajo, las obras de los generales Torrea y Sánchez Lamego resultaban ser representativas de las del resto de los militares historiadores mexicanos, y en ello radica el valor de su estudio.

Sin embargo, ambos autores resultaron más prolíficos de lo que en un principio supuse. Al final de la investigación, había localizado y analizado 34 títulos de Sánchez Lamego y 51 de Torrea.

Ante tal cantidad de información, fue necesario modificar el esquema original de la investigación que era presentar los análisis de las obras de Sánchez Lamego y Torrea precedidos de unos breves apuntes biográficos sobre cada uno de ellos.

Preferí concentrar toda la exposición escrita del trabajo en la obra y la vida de Juan Manuel Torrea, que es sin duda, el militar historiador mexicano más importante del presente siglo.

### *Las hipótesis*

Aunque lo que aquí se presenta es un estudio sobre la obra historiográfica de un solo escritor, el criterio de selección de éste no respondió, en un principio, a su valor individual, sino a su posible carácter representativo. Torrea y Sánchez Lamego podían ser, según creía, dos buenos ejemplos de los militares historiadores mexicanos en su conjunto.

Inicié la investigación con la hipótesis -no suficientemente desarrollada- de que los militares historiadores mexicanos son parte de una tradición intelectual militar y que sus obras revelan cierta continuidad historiográfica mantenida y cultivada a lo largo de buena parte de la vida independiente del país.

Para sostener lo anterior me basaba en el hecho -obvio, a primera vista- de que los militares historiadores comparten el rasgo fundamental de ser soldados, de pertenecer a una corporación que exige de sus integrantes absoluta obediencia y disciplina. Estas cualidades debían de permear de algún modo, según pensaba, todas sus actividades, incluida entre éstas, la producción historiográfica.

Suponía también que para los militares historiadores mexicanos la historia servía como un instrumento de legitimación de las fuerzas armadas mexicanas: de su pasado y de sus miembros.

Creía, por último, que, además de servirse de la historia como instrumento de legitimación, los militares historiadores la utilizaban para dotar a los miembros de su corporación de una identidad en particular. Para ello, se valían de acciones individuales y sucesos colectivos que fueran dignos de recordarse -conmemorarse- y que sirvieran, además, de ejemplo y de guía para el presente.

La posibilidad de que efectivamente existiera una tradición historiográfica militar me parecía plausible porque las primeras lecturas que hice -de diversos libros escritos a lo largo de más de medio siglo- mostraban semejanzas tanto en los temas (historia patria, principalmente del siglo XIX, donde el ejército tiene un papel preponderante) e intenciones

(demostrar que las corporaciones militares mexicanas poseen un espíritu nacionalista y una vocación popular)

Concluía entonces que las historias escritas por los militares presentan mayores similitudes y cercanías entre ellas que entre el resto de las obras historiográficas producidas en otros espacios de investigación y que estas similitudes son incluso mayores entre militares historiadores de diferentes épocas que entre sus coetáneos civiles.

El objetivo del trabajo era, en consecuencia, caracterizar a través de las obras de Torrea y de Sánchez Lamego, a los militares historiadores mexicanos como un grupo con características propias y diferenciadoras en el ámbito de la historiografía mexicana del siglo XX.

Sin embargo, y como suele ocurrir, la investigación misma modificó todas estas apreciaciones y condujo a otras que no se habían contemplado.

Las lecturas de la totalidad de las obras de Torrea y de Sánchez Lamego, además de algunos libros de otros militares historiadores de este país revelaron que si bien no era descabellada la posibilidad de que, en efecto, existiera una continuidad historiográfica entre los militares mexicanos, ésta es consecuencia de la doble operación de utilidad a la que es sometida la historia en los ámbitos castrenses: la reconstrucción metódica de sucesos pasados -principalmente de acciones de armas- y la exaltación de conductas ejemplares por heroicas, patrióticas y abnegadas.

Las batallas del pasado son la materia de estudio de la ciencia militar. Por ello, su reconstrucción tiene que ser lo más apegada posible a *lo que en realidad pasó*, en tanto servirán de ejemplo y enseñanza para la formación de los nuevos soldados profesionales.

Por otra parte, en última instancia, todos los discursos militares están marcados, salvadas las particularidades propias de los diferentes espacios y tiempos, por el afán de mantener el orden nacional y gubernamental establecido. En este sentido, la historia debe demostrar que este orden es históricamente válido y servir, además, como acicate para que los diferentes grupos que lo conforman, estén dispuestos a sostenerlo.



La disciplina militar, empero, condiciona la libertad de pensamiento y de expresión de los militares historiadores mucho menos de lo que supuse en un principio. La obra de Torreá -profundamente crítica de los gobiernos, y sobre todo, de los mandos militares mexicanos del pasado- es muestra de ello.

No encontré, en efecto, ningún libro de historia escrito por algún militar que se mostrara más comprometido con algún grupo o principio político que cualquiera de las obras de historia generadas por civiles. En tanto seres humanos, los militares tienen, por supuesto, filias y fobias bien determinadas; creencias en proyectos políticos particulares y empeños legitimadores o descalificadores tanto como cualquier otro historiador. En cambio, los militares historiadores suelen sostener, por encima de todas estas particularidades, la validez de un proyecto nacional de una forma a veces más clara que sus colegas civiles.

Así pues, la cercanía de los trabajos historiográficos hechos por soldados a lo largo de las décadas -y hasta de los siglos- se explica por su convencimiento en la justicia del sistema por el que están -al menos teóricamente- dispuestos a sacrificar sus vidas. Después de todo, estos autores antes de ser historiadores, fueron, sin excepción, militares.

### *El apoto teórico*

Precisando el tema y sus posibles alcances, seguía analizar las obras de Torreá y de Sánchez Lamego. Para hacerlo, me resultaba indispensable sostenerme en algún cuerpo de ideas sobre historiografía que guiara el trabajo y disminuyera el riesgo de extravío que, por mi falta de pericia en este campo, era de temerse.

El texto escrito por José Gaos al principio de la década de los 60, "Notas sobre historiografía",<sup>1</sup> resultó de enorme utilidad al respecto. Además de que ofrece -en breves

---

<sup>1</sup>. José Gaos. "Notas sobre la historiografía". En *De antropología e historiografía*. Xalapa, Universidad Veracruzana, 1967. 318 p. (Cuadernos de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias, 40) Pp. 283-317.

pero arduas páginas- una definición precisa y funcional de la historiografía<sup>2</sup> propone un cuerpo de seis operaciones básicas "...de que son resultado o expresión las proposiciones historiográficas..."<sup>3</sup>

De este modo, allana los obstáculos teóricos para la práctica de análisis historiográficos, pues estas operaciones (investigación, crítica, comprensión -o interpretación-, explicación, construcción y expresión<sup>4</sup>) más que prescriptivas de los elementos que deben contener los cuerpos historiográficos, son descriptivas de los que, de hecho, presentan.

### *El procedimiento y la estructura*

Resuelta la cuestión teórica, se inició el análisis de las obras de Miguel Angel Sánchez Lamego y de Juan Manuel Torrea. Y el criterio de selección de las obras que serían estudiadas fue simplísimo: se considerarían todos los títulos localizados y asequibles de ambos autores. A fin de cuentas, las sucesivas reducciones en el tema de estudio tuvieron como objetivo el poder abordarlo de manera exhaustiva.

Sin embargo, no contaba con la actividad periodística que, a lo largo de los años, sostuvo el general Torrea (y, en menor medida, Sánchez Lamego). Una cosa era consultar bibliografías y ficheros; otra muy distinta -prácticamente imposible- era revisar las más de 15 publicaciones periódicas en las cuales colaboró los últimos 40 años de su vida. Así, tuve que conformarme con las pocas referencias que al respecto ofrece Stanley Ross en su utilísima recopilación de artículos.<sup>5</sup>

<sup>2</sup> "...el único texto producido en nuestros medios en el cual se expresa qué es la historiografía, cómo se realiza su historicidad y cuáles son las partes integrantes del conjunto, se debe a José Gaos. Sus 'Notas sobre la historiografía' constituyen un compacto y profundo análisis cuyo examen es necesario antes de emprender este tipo de trabajos." Alvaro Matute. *El positivismo, la revolución y la historiografía mexicana*. Fotocopia manuscrita. 1978. F. 4.

<sup>3</sup> Gaos, *Op. cit.* P. 298.

<sup>4</sup> "...o si se prefiere llamarlas en griego, lo que da siempre un aire más científico sobre todo ante el profano, heurística, crítica, hermenéutica, etiología, arquitectónica y estilística." (*Ibid.*) *de México: periódicos y revistas*. 4 v. México, Universidad Nacional Autónoma de México/El Colegio de México. 1965-1976. También fue consultada, entre otros instrumentos, la hermana mayor de esta obra: Luis

Algo parecido ocurrió con la *Memorias de la Academia Nacional de Geografía e Historia*, en donde, durante los 13 años que la presidió -y aun antes y después- apareció una cantidad enorme de artículos suyos, la mayoría de unas pocas páginas y de muy relativa importancia. Después de hecho un elemental muestreo y de revisados todos sus títulos, fueron escogidos los artículos y se dejaron de lado los documentos publicados, los discursos y las alocuciones.

Al mismo tiempo, se realizó una investigación sobre la vida de ambos personajes. Desde un principio, la de Juan Manuel Torrea se perfiló como la vida más rica, e interesante, por lo que fue a la que mayor tiempo de investigación le dediqué y la que, a fin de cuentas, fue escrita.

A la hora de exponer, decidí -después de tomar la determinación de omitir en este trabajo el resultado de la investigación sobre la obra y la vida de Miguel Angel Sánchez Lamago- presentar el trabajo en una introducción, dos partes y un epílogo.

En la introducción, además de presentar el trabajo, intento exponer de manera breve y sintética algunos aspectos generales sobre la historia militar, su producción en distintas latitudes del mundo y, por último, su ejercicio en México, con el fin de ubicar, en el contexto más amplio posible, la actividad historiográfica de Juan Manuel Torrea.

La primera parte trata sobre la vida del general Torrea y está dividida en cuatro capítulos. El primero se ocupa del episodio más importante en la vida del autor: su actuación durante la Decena Trágica.

El segundo capítulo se ocupa de los primeros 25 años de Juan Manuel Torrea: sus padres, su infancia, su formación e, incluso, algunos aspectos personales de su vida.

El tercer capítulo narra el camino de Torrea en el ejército. Al mismo tiempo, y de una manera muy superficial, se mencionan y describen las transformaciones más significativas que sufrió el instituto armado mexicano durante el tiempo que Torrea estuvo

---

González y González. *Fuentes para la historia contemporánea de México: libros y folletos*. 3 v. México, El Colegio de México, 1961-1962.

relacionado con él, es decir, desde los últimos años del siglo pasado hasta la década de los 40 de éste.

Por último, el capítulo cuarto se ocupa de las actividades que el autor desarrolló en los diferentes aspectos y espacios culturales de su tiempo hasta su muerte. No sobra indicar que en ese mismo capítulo se desarrolla en un tono distinto al del resto de la biografía el episodio que mayor fama y prestigio le dio como historiador: el hallazgo de los huesos pertenecientes a los Niños Héroes.

La segunda parte consiste en el análisis historiográfico propiamente dicho. Está dividido en cuatro capítulos: el primero sigue muy de cerca los planteamientos de José Gaos. En este capítulo se trató particularmente sobre las operaciones "...de que son resultado o expresión las proposiciones historiográficas..."<sup>6</sup>

Es oportuno señalar que el orden en que estas operaciones se expondrán no obedece a que sean necesariamente sucesivas y se pretenda empezar con la primera para concluir con la última. Más bien, se cree, como explica el propio Gaos,<sup>7</sup> que éstas son lógicamente diferenciables y se estudian por separado con el único fin de dotar al análisis de la mayor claridad posible.

Los otros tres capítulos intentan desentrañar algunos conceptos, ideas y mecanismos de la obra de Juan Manuel Torrea. En el primero se hace un recuento de los ejemplos y enseñanzas que el autor iba obteniendo del pasado al tiempo que investigaba y escribía sus libros.

El tercer capítulo intenta analizar -de hecho propone un esquema para hacerlo- la forma en que Torrea pretendía comunicar las enseñanzas de la historia para que fueran conocidas y útiles.

Por último, el cuarto capítulo desarrolla las ideas que el general Torrea tenía sobre el presente, y las recomendaciones concretas que tenía para mejorarlo.

<sup>6</sup> Gaos. *Op. cit.* p. 298.

<sup>7</sup> *Ibid.*

## 2. El camino de la historia militar

### a) Hacia una definición

En verdad no es tarea sencilla intentar una definición o, por lo menos, una caracterización de la historia militar pues toda la historiografía se ha ocupado constantemente, a lo largo de los siglos, de narrar hechos de armas.

Según André Corvisier, no es sino hasta el siglo XVIII cuando, por contraste con el desarrollo de otros campos de la indagación histórica, se hace posible ubicar la historiografía militar como una disciplina definida.<sup>1</sup> Pero aunque este autor ofrece un panorama sucinto de su devenir a lo largo de los tres últimos siglos, soslaya la tarea de definir el área de su incumbencia natural.

De cualquier manera, es necesario intentar aunque sea un acercamiento a esta definición. Al parecer, la historia militar se ocupa en principio de los hechos pasados donde la violencia física desempeñó un papel determinante. Así, se ubica en la base de la historia política que trata, de una o de otra forma, las pugnas que por el poder han sostenido los diferentes grupos humanos.

En este sentido, William McNeill ha llevado la definición hasta terrenos que lindan con la biología. Plantea que en tanto organismos vivos, los humanos se ven en la

<sup>1</sup> André Corvisier. "Historia militar". En André Burguière (director). *Diccionario de ciencias históricas*. Madrid, Akal, 1991. Traducción del francés de E. Ripoll Perelló. 702 p. Pp. 482-490.

necesidad de adaptarse a diferentes ambientes y de defenderse de agresores de muy diversas indoles y dimensiones: depredadores y parásitos tanto diminutos como gigantescos. Sostiene que

Nuestros únicos macroparásitos significativos son otros hombres, que, al especializarse en la violencia, se muestran capaces de asegurarse la vida sin tener que producir por sí mismos el alimento y otros géneros que consumen. En consecuencia, un estudio sobre macroparasitismo entre las poblaciones humanas, acaba convirtiéndose en un estudio de la organización de las fuerzas armadas, con especial atención a los cambios en los tipos de equipamiento empleados por los guerreros.<sup>2</sup>

Lo cierto es que a partir del siglo XVIII, la historia militar se ha ocupado de definir, analizar y rememorar la manera en que se ha hecho la guerra (es decir, la expresión colectiva más clara y significativa de la violencia) y de estudiar a sus practicantes: los soldados en términos individuales y los ejércitos en un sentido colectivo.

Por otra parte, la historia militar se ha mantenido, desde su origen, muy cercana -en opinión de Corvisier más que cualquiera de las otras disciplinas históricas- al presente desde el cual se genera.

Por eso, quedaron muy pronto definidas sus dos tareas específicas: la reflexión sobre el arte de la guerra -y posteriormente, la ciencia militar-, útil para gobiernos y ejércitos y dirigida particularmente a los oficiales de los institutos armados; y la exaltación de los acontecimientos gloriosos y los hechos heroicos, destinados a inflamar los sentimientos nacionalistas y a instruir cívicamente a las capas gruesas de las colectividades.

#### **b) La historia militar en el tiempo**

El estrecho vínculo que une la historia militar con el momento en el que es generada ha condicionado la cantidad y la calidad de su producción. Corvisier explica, de hecho, el

---

<sup>2</sup> William McNeill. *La búsqueda del poder. Tecnología, fuerzas armadas y sociedad desde el 1000 d. C.* México, Siglo veintiuno editores, 1988. Traducción del inglés de René Palacios More. 450 p. P. VII.

ejercicio de la historiografía militar en el occidente de Europa durante el siglo XX, haciendo un repaso de las dos guerras mundiales y de las derrotas o las victorias obtenidas por cada país contendiente en las dos guerras mundiales.<sup>3</sup>

De manera general, puede tomarse como cierta la afirmación de Corvisier cuando sostiene que "El choque de la Segunda Guerra Mundial provocó el despertar de la historia militar en todos los países..."<sup>4</sup> que, después de la Primera Guerra Mundial, habían hecho todo lo posible por soslayar la cruda trascendencia de los asuntos bélicos.

Este afán también permeó en la actividad de los historiadores europeos. Las diferentes escuelas historiográficas (influidas principalmente por los pensamientos marxista e historicista), convencidas de la necesidad de formular explicaciones con base en nuevos criterios que permitieran una explicación más cabal y compleja de la realidad, rechazaban por principio la historia militar, en tanto su carácter parecía ser meramente episódico.<sup>5</sup>

Sin embargo, el mismo desarrollo de las disciplinas históricas y la necesidad de explicar lo ocurrido en la década de los 40, llevó a los historiadores de los años 50 a replantear académicamente la historia militar. Las experiencias en historia social provocaron que se abordara el estudio de los militares como un grupo significativo y que "...la historia militar propiamente dicha [adquiriera] derecho de ciudadanía..."<sup>6</sup>

---

<sup>3</sup>. Debido a su carácter eminentemente didáctico y propagandístico, la historia militar suele sufrir más transformaciones y enriquecimientos en aquellas naciones que sufrieron derrotas que en las que salieron victoriosas de las contiendas. Mientras que en Inglaterra -que cuenta con el más estibado ejército del viejo continente- la historia militar ha presentado un desarrollo lento y gradual pero sostenido, en países como Francia y Rusia -que fueron brutalmente invalidadas y ocupadas- o como Italia y Alemania -que a fin de cuentas tuvieron que cargar con el peso de las derrotas- ha experimentado transformaciones drásticas. *Vid.* Corvisier. *Op. cit.*

<sup>4</sup>. *Ibid.* P. 485.

<sup>5</sup>. *Vid. Ibid.* Corvisier menciona trabajos como *Armées et sociétés en Europe de 1494 à 1789* de su autoría o las investigaciones de Jean-Paul Bertaud (*La Révolution armée*) y de Serge W. Sermant (*Les origines des officiers français 1848-1870*).

<sup>6</sup>. *Ibid.* P. 486.

Después de todo, la diversificación de los campos de estudio histórico dotó nuevamente a la historia militar del carácter integral<sup>7</sup> que tenía en su origen, cuando todavía no se diferenciaba de la historia misma.

### c) Los trabajos de historia militar en el mundo

Después de la Segunda Guerra Mundial, la historia militar recibió un doble estímulo, proveniente tanto de la academia como del seno de las corporaciones castrenses y de los gobiernos.

En Europa occidental se fundaron institutos y sociedades de estudio, donde aprendieron a trabajar en equipo universitarios y militares de alto rango con el fin de obtener conocimientos que formaran a las nuevas generaciones de oficiales. El ahora extinto bloque socialista de Europa del este estimuló más bien el carácter propagandístico y nacionalista de los estudios militares.<sup>8</sup>

En los Estados Unidos, casi al finalizar el siglo XIX, los historiadores militares iniciaron un proceso de crecimiento y enriquecimiento que, siguiendo al europeo, los llevó a la formación de una escuela con características propias bien definidas.<sup>9</sup>

<sup>7</sup> La historia militar procltó y se enriqueció con estudios sociológicos, antropológicos e incluso psicológicos; análisis económicos y cuantitativos; interpretaciones apoyadas en la politología, la historia social y de las instituciones. A decir de Corvisier, "...ha tomado los aspectos más variados, yendo del análisis de los objetos (*artefacts*): uniformología, simbolismo (estudio de las insignias...), vexilología (estudio de las banderas y emblemas), a la estrategia más elevada..." (*Ibid.* P. 489).

<sup>8</sup> Vid. Pavel Andreevich Zhilin. *Soviets Military Historical Literature. 1965-1969*. Moscú, "Nauka" Publishing House, 1970. 17 p. En donde expresa que: "el desarrollo de la ciencia histórica militar soviética durante los últimos cinco años ha sido enormemente facilitado por el Instituto de Historia Militar del Ministerio de Defensa de la URSS". (P. 12). Sin embargo, las obras de las que da cuenta son de dos tipos: análisis del tratamiento que Marx, Engels y Lenin dieron al problema de la guerra e historias heroicas de la resistencia y triunfo soviéticos contra el embate alemán.

<sup>9</sup> Vid. Robin Higham (editor). *A Guide to the Sources of United States Military History*. Hambden, Archon Books, 1975. 559 p. En este trabajo, aparecen los estudios de 19 especialistas universitarios que presentan, además, amplias bibliografías -compuestas principalmente por fuentes secundarias- sobre los diferentes periodos y aspectos de la historia militar estadounidense. En total, se citan 6,311 trabajos. Por otra parte Richard E. Dupuy y Trevor N. Dupuy son clara muestra de la vocación universal de la escuela estadounidense de historia militar; pues en su *The Harper Encyclopedia of Military History. From 3,500 B.C. to the Present*. (4a. ed. Nueva York, Harper Collins Publishers, 1993. 1654 p.) hacen un recuento de toda la historia militar de la humanidad, y se apoyan en una bibliografía de casi un millar de títulos, la mayoría escritos en Estados Unidos.



En América Latina -de México se hablará posteriormente- la situación es muy distinta. En ella el desarrollo de la historia militar como disciplina académica no ha iniciado aún, o no con la fuerza con la que lo ha hecho en el resto de los países de occidente. Con excepción hecha de Brasil -que cuenta, dicho sea de paso, con el ejército más numeroso del continente después del estadounidense- la producción historiográfica militar de los países latinoamericanos parece ser muy reducida.<sup>10</sup>

Sin embargo, no es factible comparar las producciones de historia militar de Europa y los Estados Unidos con las de América Latina, en primer término porque el contraste que hay entre sus producciones historiográficas en general e, incluso, entre la totalidad de sus publicaciones, es bastante más marcado que el que aquí se anota con respecto a la historia militar.

También cabe señalar que el devenir histórico de las naciones latinoamericanas ha impedido que se establezca una distinción clara en su historiografía entre historia militar e historia política.

De los 454 libros que LaFrance cita sobre México, por ejemplo, sólo 138 tratan exclusivamente sobre asuntos de los ejércitos y su desempeño, mientras que los otros 316 abordan problemas políticos y sociales donde el ejército, las distintas fuerzas armadas y los hechos de guerra aparecen eventualmente.<sup>11</sup> En la bibliografía ya citada sobre Estados Unidos, por contraste, sólo la décima parte de las publicaciones se ocupan de otros asuntos distintos a los militares.<sup>12</sup>

---

<sup>10</sup>. *Vid.* David La France y Errol Jones (editores). *Latin American Military History; an Annotated Bibliography*. Nueva York, Garland Publishing Inc., 1992. 734 p. En este trabajo -que consigna principalmente fuentes secundarias con cierto grado de especificidad- se citan 660 títulos de historia militar argentina, 536 provenientes de Bolivia, Ecuador y Perú, 1021 de Brasil, 537 de la región caribena, 196 de América central, 268 de Chile, 208 de Venezuela y 65 de Paraguay y Uruguay.

<sup>11</sup>. *Ibid.* Pp. 654-715.

<sup>12</sup>. Higham. *Op. cit.* El texto cita 309 trabajos sobre la revolución de independencia estadounidense y 362 sobre su guerra civil. El resto -5640 títulos- se ocupan de las empresas guerreras realizadas en otras regiones del mundo y de caracterizar y estudiar las distintas corporaciones de las fuerzas armadas de Estados Unidos.

#### d) La historia militar en México

Como se ha visto, el camino que ha seguido la historia militar de los países iberoamericanos, entre ellos México, es distinto al de las naciones europeas y al de los Estados Unidos.<sup>13</sup>

Es un lugar común afirmar que en la historia de México los militares tienen un lugar preponderante. Y en efecto: fueron soldados quienes ocuparon los principales puestos políticos y administrativos desde el inicio de la vida independiente de la nación hasta 1946. Aun los periodos en que la presidencia recayó en manos de civiles estuvieron condicionados por alguna actividad militar (Benito Juárez, Sebastián Lerdo de Tejada Francisco I. Madero, Emilio Portes y Gil y Adolfo de la Huerta -aparte de algunos políticos que ocuparon la primera magistratura por breves periodos durante las primeras décadas de vida independiente- tuvieron que enfrentar constantes levantamientos e, incluso, guerras e invasiones).

Y es justamente esta presencia constante la que ha imposibilitado que la historia militar mexicana se desarrolle a la par de las otras vertientes de las disciplinas históricas. La diferenciación que ésta ha tenido en otras regiones del mundo aquí ha sido imposible pues está íntimamente ligada a la historia política del país.

En prácticamente todas las historias de México -así sean generales o monográficas- aparece, de una u otra forma un hecho de armas, el ejército o, por lo menos, algún militar. De tanto estar en todas partes, la historia militar no está, ella sola, en ninguna.

Según LaFrance, "A pesar de que es numerosa, la historiografía mexicana de tema militar, no llega a suplir con cantidad su pobreza en calidad..."<sup>14</sup> Pero esta apreciación es sólo parcialmente válida.

El problema medular de la historiografía militar mexicana radica, como ya se ha visto, en su falta de definición, en la imposibilidad de establecer claramente sus fronteras con

<sup>13</sup>. Un estudio profundo sobre la historia militar de las naciones de América Latina podría revelar las similitudes y diferencias que guarda con respecto a la de México. En el resto del mundo, al parecer, la situación de esta clase de estudios tiene mayores semejanzas con América Latina que con Europa y Estados Unidos.

<sup>14</sup>. La France. *Op. cit.* P. 654.

la historia política del país. Esta imposibilidad se hace notoria en dos bibliografías elaboradas al respecto.

*Apuntes para una bibliografía militar de México. 1536-1936*<sup>15</sup> es la primera. Después de una ardua labor, los autores de este instrumento -dos mayores del ejército- presentaron su trabajo donde enumeran 173 títulos de la época colonial, 798 del siglo XIX y 917 del XX. En total 1888 fichas bibliográficas cuyos contenidos abordan, de alguna manera, la historia militar de México.

A simple vista se podría alegar que el número de publicaciones al respecto es considerable y que, además, va aumentando progresivamente conforme se trata sobre épocas más recientes (lo que podría entenderse como signo de un progresivo acercamiento y depuración del tema). Pero lo que ocurre en realidad es que la inmensa mayoría de los títulos de este siglo y del anterior se ocupan sólo tangencialmente de asuntos militares.

Aunque el trabajo incluye publicaciones aparecidas hasta 1937, aparecen en él 917 títulos sobre el siglo XX, lo cual no es poco. Pero de éstos, 776 corresponden a informes, ordenanzas, reglamentos, instrucciones y cartillas, libros de texto tanto técnicos como tácticos, discursos y conferencias además de memorias escritas. De las 141 publicaciones sobrantes, 95 corresponden a escritos de todo género sobre la Revolución Mexicana, donde las acciones bélicas son, como es obvio, cotidianas, pero no necesariamente torales. Sólo 33 de los trabajos de historia propiamente dicha publicados entre 1911 y 1937 no se refieren a la Revolución Mexicana.

En la bibliografía de David LaFrance,<sup>16</sup> elaborada en 1992 -55 años después que la de Herrera y González- se nota un desarrollo distinto. De los 454 títulos mencionados, 337 se ocupan del presente siglo; 49 remiten a instrumentos de consulta e investigación

<sup>15</sup> Néstor Herrera Gómez y Silvino M. González. *Apuntes para una bibliografía militar de México. 1536-1936*. México, Secretaría de Guerra y Marina/Comisión de Estudios Militares/ Biblioteca del Ejército, 1937. 469 p.

<sup>16</sup> Vale la pena anotar que el trabajo de La France no precisa su criterio de selección de textos, y por eso mismo, cita informes de primera mano (muchos menos que Herrera y González), memorias y libros evidentemente propagandísticos y panfletarios con tesis doctorales y de licenciatura, además de algunos trabajos académicos profesionales elaborados, casi exclusivamente, en Estados Unidos y México.

(catálogos, inventarios y bibliografías especializadas) y 183 tratan desde perspectivas muy distintas el periodo revolucionario. Sin embargo, sólo 111 textos (es decir, el 33%) abordan temas específicamente militares.

La gran diferencia entre ambas bibliografías radica en los temas sobre los que tratan los libros y artículos consignados. Mientras que en la publicada en 1937 los trabajos de historia recrean hechos específicos, en la de 1992 una proporción significativa de los textos está destinada a analizar según diferentes disciplinas -la sociología y la politología, principalmente- a los militares y el ejército mexicano.<sup>17</sup>

Este incipiente incremento de trabajos militares en la historiografía contemporánea sobre México debe explicarse, más que por que haya crecido el interés en la historia militar, porque el arribo de algunas tendencias de interpretación histórica, así como el propio desarrollo de las diversas disciplinas sociales, propició el estudio de las guerras, los militares y los ejércitos con fines muy diversos.<sup>18</sup>

Este panorama sugiere que la historia militar mexicana -a pesar del nuevo aire obtenido de las corrientes recientes de investigación e interpretación y de la considerable cantidad de trabajos escritos- apenas ha esbozado sus particularidades metodológicas como perspectiva de análisis historiográfico.

---

<sup>17</sup>. "Los militares en México. Bibliografía introductoria" de Palmira Olguín Pérez (En *Revista mexicana de sociología*. Instituto de Investigaciones Sociales/Universidad Nacional Autónoma de México. México, D.F. Abril-junio de 1976. V. XXXVIII. No. 2. Pp. 453-490) es un buen ejemplo de esta tendencia: registra sólo 262 títulos porque su autora seleccionó únicamente "...aquellos trabajos que abordaran el problema de los militares desde una óptica sociopolítica..." y a esta limitación temática le agregó otra cronológica, pues desde su punto de vista "...lo esencial es la situación actual de la estructura de poder, creímos conveniente limitarnos al material que va de 1950 a la fecha..." (p. 453.)

<sup>18</sup>. Algunos trabajos abordan el ejército como un componente del Estado mexicano; otros ven en los militares a un grupo que constituye una élite. Sin embargo, no se ha llegado, hasta donde tengo noticia, a la sofisticación alcanzada en Francia durante los años 50 y 60, cuando el estudio sistemático de las listas de inspección de tropas se convirtió en una "...fuente importante no sólo para el estudio de la sociedad militar, sino también para el de la sociedad en su conjunto..." (Corvisier. *Op. cit.* P. 486.)

**PRIMERA PARTE**  
**UNA VIDA ENTRE LAS ARMAS Y LA HISTORIA**

Si el general Torrea llegase a escribir lo que  
platica, tendríamos un perfecto manual del  
buen vivir.

Alfonso Cravioto

## 1. La historia de un militar leal

### a) Esclavo del deber

A las 20 horas del 8 de febrero de 1913 el mayor Juan Manuel Torrea, jefe de instrucción del Primer Regimiento de Caballería acuartelado en Tacubaya, recibió un telefonema del general Lauro Villar, a la sazón, comandante militar de la plaza de México.

Las órdenes que el viejo soldado le transmitió eran precisas: marchar a la ciudad de México con dos escuadrones; uno, bajo su mando directo, debería alojarse en el Cuartel de Zapadores, junto a Palacio Nacional; el otro, comandado por algún subordinado de su confianza, se dirigiría al Cuartel de Santiago Tlatelolco. El mayor Torrea cumplió al pie de la letra las órdenes de su jefe; la columna a su mando abandonó su cuartel a las nueve de la noche.<sup>1</sup>

Unas horas antes, durante la tarde, el coronel Luis G. Amaya, jefe del Primer Regimiento de Caballería y superior inmediato del mayor Torrea, lo había mandado llamar para decirle que había asistido a una junta con el general Villar en su oficina. En esta reunión

---

<sup>1</sup> Adrián Correa. *General Juan Manuel Torrea; semblanza*. [México], [Unión Racionalista, Rama Mexicana], 1945. 38 p. P. 15. Este mismo autor publicó *Juan Manuel Torrea; apuntes sobre su vida cultural tomados de las Secretarías de la Asociación del Colegio Militar, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*. [s.p.i.] [1947] 12 p. pero no agrega nada a su anterior trabajo.

Villar le había informado a él y a los demás jefes de los diversos cuerpos de la plaza, que circulaban rumores de que se estaba preparando un levantamiento militar en contra del gobierno constituido y que "...le responderían con la cabeza para conservar la disciplina en las tropas a sus órdenes..."<sup>2</sup> Todos los soldados quedarían a partir de ese momento acuartelados y los jefes,<sup>3</sup> además, no podrían moverse de sus cuarteles sin la autorización expresa del comandante militar.

Mientras Torrea se ocupaba de formar los escuadrones en el patio del cuartel, el coronel Amaya -que como los demás oficiales y jefes del cuerpo, llevaba días mostrando una esquivia actitud- bajó para autorizarlo a delegar su comisión en algún oficial. De este modo, podría ir a despedir a su primo que estaba de visita en la ciudad y había pasado, precisamente en ese momento, a saludarlo.

Pero el mayor Torrea, que "...por educación militar recibida de selectos Jefes como el General Pedro Troncoso y el Coronel Ricardo Rojas, jamás [aceptó] suplencia en los servicios..."<sup>4</sup> se negó y dejó partir solo a su primo<sup>3</sup> al ferrocarril que lo conduciría de vuelta a Tamaulipas.

A la medianoche, instalado ya en el Cuartel de Zapadores, se reportó telefónicamente con Villar y le pidió instrucciones; el "Capitán Remington",<sup>6</sup> preocupado, se limitó a

<sup>2</sup> Juan Manuel Torrea. *La Decena Trágica. Apuntes para la historia del Ejército Mexicano. La asonada militar de 1913*. Proemio de Adrián Cravioto. México, Ediciones Joloco, 1939. 233 p. P. 35.

<sup>3</sup> Es necesario precisar que en este caso se entiende por "Jefe" a la categoría del escalafón militar que está por arriba de los oficiales (subteniente, teniente, capitán segundo y capitán primero) y por abajo de los generales (brigadier, de brigada, y divisionario), y que comprende mayores, tenientes coroneles y coroneles. En otros momentos se empleará el término según su acepción común. *Vid.* Ángel Marla Garibay y Miguel León Portilla, directores. *Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía de México*. 3 v. México, Editorial Porrúa, 1986. V. 1 P. 970.

<sup>4</sup> Torrea. *La Decena...* P. 36.

<sup>5</sup> Es posible que se tratara de Ernesto Higuera, nacido en Ciudad Victoria en 1892. Higuera ingresó al ejército en 1914 y desempeñó importantes cargos militares y de gobierno. Escribió algunos libros de temas militares. Juan Manuel Torrea. *Diccionario geográfico, histórico biográfico y estadístico de la República Mexicana. Estado de Tamaulipas*. México, Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. 1940. 608 p.

<sup>6</sup> Durante la guerra contra el imperio, Lauro Villar -por aquel entonces apenas capitán- se topó en alguna ocasión, con que sus hombres no querían ir al campo de batalla porque mientras ellos estaban armados con viejos fusiles de una sola munición, el enemigo tenía flamantes carabinas "Remington", recién compradas en los Estados Unidos. Villar, exaltado, desenfundó su pistola y al grito de "qué remington ni qué remington", guió a su pelotón al enfrentamiento que, por supuesto, se resolvió a su favor. *Vid.* Juan Manuel Torrea. "De

recomendarle: "...ya sabe usted, mucha vigilancia, mucho cuidado, y en caso de alteración del orden, mucha bala, mucha bala".<sup>7</sup>

Los temores de Villar no eran infundados. El virus de la insurrección llevaba ya varios meses incubándose en el ejército, y él lo sabía. Sin Torrea, el coronel Amaya pudo dedicar toda la madrugada del nueve de febrero a preparar los últimos detalles de la rebelión que se había estado fraguando desde hacía tiempo.

Varias horas antes de que clareara, los alumnos y oficiales de la Escuela Militar de Aspirantes,<sup>8</sup> puestos en armas desde las primeras horas de la madrugada, habían tomado Palacio Nacional con la nula resistencia de su guardia que también participaba en el complot. Los aspirantes partieron del Zócalo a la prisión de Tlatelolco, donde se unieron a las tropas del general Manuel Mondragón que, después de un breve y casi simbólico tiroteo, habían liberado al general Bernardo Reyes. El capitán Romero, a quien Torrea había confiado el mando del segundo escuadrón y que según su criterio era un militar honesto, se unió de inmediato al resto del Primer Regimiento de Caballería, que venía con la columna rebelde de Mondragón.

De Tlatelolco la columna levantada se dirigió a la Penitenciaría para liberar a la otra cabeza de la rebelión: Félix Díaz. Serían las ocho de la mañana cuando el director de la prisión entregó -no tenía medios para resistir a los rebeldes- al otro encarcelado. Sólo restaba que los sublevados llegaran a Palacio Nacional para que alguno de ellos asumiera el gobierno de México.

El jefe de armas de la plaza intentó, con toda seguridad, tener algún elemento de tropa confiable custodiando, por una parte, a Reyes -a todas luces una de las cabezas de la sublevación- y por la otra, la sede del poder ejecutivo, objetivo principal de los levantados.

---

mis apuntes militares de cincuenta años. Generales que opusieron resistencia y combatieron al turbión tuxtepecano". En *El Universal*, México, D.F. 23 de noviembre de 1960. P. 3

<sup>7</sup> Torrea. *La Decena...* P. 37.

<sup>8</sup> Creada el 29 de marzo de 1905 con el fin de formar oficiales subalternos tácticos para los cuerpos de infantería, caballería y artillería. "Informe leído por el C. Presidente de la República al abrirse el segundo período de sesiones del 22º Congreso de la Unión, el 1º de Abril de 1905." En *El Economista Mexicano*. 8 de abril de 1905. P. 29.



El plan de Villar fracasó en Tlatelolco, pero en cambio, funcionó a la perfección en el Palacio Nacional; mientras que el capitán Romero no hizo nada por mantener prisionero al otrora hombre fuerte del noreste, la presencia del mayor Torrea en el Cuartel de Zapadores hizo posible la recuperación del Palacio Nacional.

A las cuatro de la mañana, el mayor Torrea recibió en el Cuartel de Zapadores al general Villareal, mayor de órdenes de la plaza,<sup>9</sup> quien, después de escabullirse de Palacio y de recibir órdenes de Villar, fue a explicarle a Torrea cuál era la situación: él y su tropa estaban rodeados de fuerzas rebeldes. Una vez que Villareal se fue, Torrea alistó a sus hombres

...lo cual fue muy fácil de conseguir porque descansaban en acantonamiento de alarma, es decir, uniformados, con sus botas puestas y con las armas a su lado.<sup>10</sup>

También organizó los servicios de vigilancia y de resistencia. Los aspirantes tenían tiro franco sobre el cuartel de Zapadores desde la azotea del Palacio Nacional, pero Torrea no podía saber si se trataba de tropa leal o levantada. Para suerte suya, los rebeldes tampoco tenían muy clara la filiación de sus vecinos acantonados en el edificio contiguo. En la luz vacilante del amanecer ambos grupos se apuntaban, pero ninguno se decidía a abrir fuego.

El mayor Torrea bajó para ordenar que los caballos se ensillaran y una vez que tenía al resto de su tropa lista para montar, telefoneó al Castillo de Chapultepec y a la inspección de policía para pedir informes y, a su vez, dar cuenta de lo que sabía.

Cuando intentaba comunicarse con el comandante militar, llegó el coronel Juan G. Morelos con instrucciones de asaltar el Palacio con lo que quedaba del 20 Batallón (unos 60 soldados leales, el resto había defecionado). Villar pretendía que se rompiera una puerta que comunicaba zapadores con un jardín de Palacio y desde allí se sorprendiera a los rebeldes por la retaguardia. Al ver lo temerario de la operación (tendría que recorrer un

---

<sup>9</sup>. Segundo en el mando, después del comandante militar.

<sup>10</sup>. Torrea. *La Decena...* P. 48

larguísimo trayecto), Morelos optó por entrar por la puerta del Correo y desde allí llegar al patio principal del Palacio Nacional. Pero no tuvo tiempo de hacerlo.

Momentos después de que Morelos se fue a cumplir la encomienda, Torrea vio que llegaba a Zapadores, en un taxi, el general Villar, quien, después de recorrer varios cuarteles, había logrado reunir algunas tropas leales que llegaron al cabo de pocos minutos. Todos se dirigieron a la puerta frontera con el jardín de Palacio. Villar, víctima de un ataque de gota, se apoyaba del brazo de Torrea. A fuerza de golpes con pedazos de hierro y riel forzaron la puerta y a la cabeza del grupo entró Villar, pistola en mano,

...con una presteza admirable, con decisión determinativa y con un arrojo muy digno de la fama que había justamente conquistado de soldado valiente y atrabancado, se impuso a la guardia establecida en la puerta de honor, ordenó que entregara sus armas, dejó un puesto de relevo y sucesivamente se impuso a las otras, quedando prisioneros los aspirantes y la tropa que había estado establecida...<sup>11</sup>

Morelos y sus hombres apenas iban bajando -todo sigilo- por la escalera principal cuando el general Villar ya estaba organizando la defensa exterior de Palacio Nacional.

Al mayor Torrea se le ordenó apostar su tropa frente a Palacio: era necesario alejar todo lo posible a la multitud de curiosos que, incrédulos y divertidos, se amontonaban frente a sus puertas; habían pasado ya un par de horas desde el amanecer -eran aproximadamente las nueve de la mañana- y la ciudad estaba completamente despierta. Una vez que los dragones de Torrea consiguieron que la gente se concentrara, por lo menos, en los jardines de la plaza, Villar le ordenó alinearse frente al edificio de la Colmena, a un flanco de Palacio.

Apenas desmontaron sus hombres, llegó el primer grupo de sublevados desde el norte, doblando por la calle de Moneda. Se trataba del Primer Regimiento de Caballería comandado por el coronel Amaya. A la cabeza iba el general Ruíz.

---

<sup>11</sup> *Ibid.* P. 51.

La misión de Torrea era batirlos y, llegado el momento, repeler a otro contingente rebelde que, según se presumía, se acercaba desde la Penitenciaría y llegaría por la calle de la Acequia.

Al frente de sus hombres, el mayor Torrea contempló cómo el general Villar arrestaba al general Ruíz que se había acercado para convencerlo de unirse a la rebelión. Bastó una orden terminante del comandante de la plaza para que Gregorio Ruíz desmontara y, desconcertado, fuera puesto bajo la custodia del general Eduardo Cauz quien, de inmediato lo condujo al interior de Palacio.

La columna rebelde tardó en entender lo que le había pasado a su comandante, pero de cualquier modo, conservó las posiciones de combate que ya había tomado. Pocos momentos después, los acontecimientos se precipitaron con el arribo a la plaza del general Reyes al frente de otro grupo de sublevados en el que iban, además de militares, algunos civiles armados.

Reyes -vestido de civil, pero con una capa militar que, según se dijo, le había regalado el rey de España- se acercó a conferenciar con Villar. Las tropas rebeldes, convencidas, después de la detención de Ruíz, de que la toma de Palacio no iba a ser tan fácil como los asaltos a Lecumberri y Tlatelolco, se aprestaron al combate. Los soldados fieles al gobierno hicieron otro tanto. Ambos generales cruzaron unas cuantas palabras. Sonó un disparo. Los mandos rebeldes y leales ordenaron fuego. El combate, después de media hora de espera, había comenzado.<sup>12</sup>

---

<sup>12</sup>. Resulta muy difícil conocer la cantidad de efectivos que participaron en la función de armas. Como suele ocurrir con la información sobre números en las contiendas armadas las fuentes ofrecen datos contradictorios.

En *De cómo vino Huerta y cómo se fue... Apuntes para la historia de un régimen militar* (4a. Ed. Prólogo de Luis Martínez Fernández del Campo. México, Ediciones "El Caballito", 1978. 412 p. [Edición facsimilar a la de 1914.]) se reproduce un artículo de la prensa capitalina en donde se afirma que ascendían a 800 el número de soldados sublevados: 300 del Primer Regimiento de Caballería, 400 de los batallones 5º y 8º de artillería y 100 del Primero de Infantería (P. 19). Sin embargo, Torrea afirma que del Primero de Caballería iban solamente 160 soldados. (Torrea. *La Decena...* P. 54.) Mientras que el artículo no da números con respecto a los alumnos de la Escuela Militar de Aspirantes, Torrea declara que, una vez que Villar controló la situación, había más de 100 detenidos en uno de los patios de Palacio. José C. Valadés, por su parte (*Historia general de la Revolución Mexicana*. 4a. Ed. 5v. México, Editorial del Valle de México, 1988. V.1 P. 536) afirma que los pronunciados, entre civiles y militares, llegaban a 1800.

El fuego de fusiles y carabinas se hizo nutridísimo. Soldados, civiles y caballos caían muertos o heridos <sup>13</sup> Villar recibió un balazo en el cuello que le fracturó la clavícula derecha. El general Reyes cayó de su cabalgadura fulminado por la ráfaga de una de las ametralladoras -la única que funcionó- instaladas en la puerta central de Palacio. El coronel Morelos también perdió la vida.

Al cabo de veinte minutos, cesó el tiroteo. Los rebeldes se retiraron rumbo a la Ciudadela. El mayor Torrea, que permaneció en su puesto durante el combate, perdió a 15 de sus dragones entre muertos y heridos.

Una vez que el campo fue limpiado, Torrea hizo montar a su tropa y se retiró, en perfecto orden, al Cuartel de Zapadores. El general Francisco de Paula Méndez declararía una semana después que aquel día fue a visitar el cuartel y le impresionó profundamente "...el brillante espíritu militar que animaba a aquella tropa formada en correcta formación y lista para volver a combatir".<sup>14</sup>

Gracias a la oportuna intervención de Villar se había logrado vencer en aquella primera oportunidad a los sublevados. El veterano recordaría algunos años más adelante que el mérito de la operación no recaía únicamente en él, sino que

... el éxito de la jornada se debió a la lealtad y al valor personal del Mayor del Primer Regimiento, a quien encomendé una labor peligrosa y de gran confianza: recibir el empuje de frente de la columna que venía a las órdenes del General Reyes y evitar el ataque de flanco que podría darle el Primer Regimiento apostado a caballo, a su izquierda. La labor era tanto más peligrosa, cuanto que el ataque de flanco lo darían fuerzas de su mismo Regimiento, que tenían a la cabeza al Jefe del Cuerpo. Un momento de vacilación por parte del Mayor del Primer Regimiento y estaba yo

---

La misma confusión priva en los números de las tropas leales. Se sabe que Villar reunió tropas de varios regimientos pero no cuántas. Sin embargo es casi seguro que, por lo menos Torrea haya tenido bajo su mando directo desde el 8 de febrero a casi 100 dragones. (J.M. González de Mendoza. "Torrea el integérrimo". En *El Universal*. México, D.F. 11 de enero de 1961. Pp. 3, 22. P. 3 y Correa. *General Juan...* P. 18.) Durante la mañana del día siguiente algunos oficiales de la columna rebelde se acercaron después de que Ruiz fue arrestado y se pusieron a sus órdenes con otros 100 soldados (Torrea. *La Decena...* P. 73) con lo que su fuerza se duplicó. Valadés (*Op. cit.*) no da cifra alguna de los defensores de Palacio Nacional, mientras que Jesús Silva Herzog, en su difundidísima *Breve historia de la Revolución Mexicana* (2a. Ed. 2v. México, Fondo de Cultura Económica, 1989. [Colección Popular, 17] V.1. P. 341.) le da al episodio tonos de epopeya trágica, reduciendo la tropa de Villar a 200 y aumentando la de los sublevados a más de 3000.

<sup>13</sup>. Según algún periódico de la época, perecieron no menos de 300 personas. *De cómo...* *Op. cit.* P. 20.

<sup>14</sup>. Correa. *El general...* P. 20.

perdido; pero este Jefe, Juan Manuel Torrea, supo cumplir con su deber y pospuso sus personales sentimientos, para cumplir su deber de soldado...<sup>15</sup>

Lo cierto es que ese 9 de febrero el orden constitucional se mantuvo, pero no por mucho tiempo: la rebelión apenas comenzaba.

Sin Bernardo Reyes -acribillado ante Palacio- ni Gregorio Ruíz -arrestado por Villar y poco tiempo después fusilado por órdenes de Huerta-, los rebeldes, encabezados por los generales Mondragón y Díaz, se retiraron rumbo a la Ciudadela con la intención de hacerse fuertes.

Villar, temiendo que los rebeldes tomaran esa decisión, había comisionado a su mayor de órdenes, el general Villareal, para que con su vida defendiera la fábrica de armas y municiones. Aquel militar, efectivamente, la perdió en el empeño. Las fuerzas de la sublevación conquistaron el fortín militar poco después del mediodía y en él, con todo el material de guerra que necesitaban, iniciaron la resistencia.

El general Villar, a pesar de los dolores que le producían la gota y el balazo en el cuello, se había rehusado a delegar el mando. Entró al Palacio, aseguró a los prisioneros y subió a la azotea donde organizó la defensa del edificio. Mientras hacía esto, se le presentaron el presidente Madero y el secretario de guerra. Villar Rindió honores al primer magistrado y dio su parte de novedades. Madero lo felicitó: "Es usted muy hombre, general Villar"; le dijo, "Los hombres están ahí, en la cadena de tiradores", agradeció emocionado el viejo "Remington".<sup>16</sup>

En las oficinas de la presidencia le dieron los primeros auxilios, luego, con la autorización del general Ángel García Peña, secretario de guerra, y porque el presidente se lo ordenó, accedió a internarse en el Hospital Militar. Ya se iba cuando se enteró de que Madero había nombrado al general Huerta nuevo comandante militar de la plaza de México,

<sup>15</sup> *Ibid.* Pp. 16-17.

<sup>16</sup> Torrea. *La Decena...* P. 73. El autor elaboró esta parte de la narración con base en un escrito del propio general Villar.

dio unos pasos atrás, se acercó al militar jalisciense y tres veces le advirtió: "Mucho cuidado, Victoriano".<sup>17</sup>

El mayor Torrea, acuartelado, esperaba órdenes. De inmediato, el nuevo mando militar requirió de sus servicios como jefe de día. Su labor consistía en establecer contacto entre el estado mayor de la comandancia -a cargo del coronel Carlos García Hidalgo- y las unidades que ya realizaban operaciones contra los sublevados de la Ciudadela.

Un día después, el diez de febrero de 1913, en virtud de su méritos militares, se le concedió el ascenso al grado inmediato superior: teniente coronel.<sup>18</sup> En aquella jornada fungió como jefe de día el mayor Mora Quirarte, quien tendría la misma responsabilidad los días doce y 14.

Los días once, 13 y 15 de febrero el mayor Torrea -sólo habilitado como teniente coronel- desempeñó la jefatura de día. Por eso pudo ser testigo de prácticamente todas las operaciones que las tropas leales organizaron para someter a los rebeldes. Vio, por ejemplo, cómo las dos cargas de caballería ordenadas el día 11 por el general Huerta fracasaban rotundamente y, además, provocaban la pérdida de 400 soldados.

Esa misma noche, después del servicio, Juan Manuel Torrea acompañó al general Troncoso que iba de Palacio Nacional a su casa, ubicada cerca del jardín del Salto del Agua. Troncoso, mientras caminaban, le dijo qué haría si en lugar de Huerta él ocupara la comandancia de armas de la plaza:

[Formaría] tres columnas: una de ataque sobre la Ciudadela, para horadar y atacar inmediatamente, que hubiéramos puesto a las órdenes del General de Brigada Pedro Troncoso, quien llevaría como segundo al Brigadier Felipe Angeles "y a usted como jefe de mi Estado Mayor", agregó el General Troncoso; una de reserva a las órdenes del Brigadier Agustín Sanginés, quien llevaría como segundo a un coronel de la Brigada Angeles, Bernard o Herrera y Cairo; y una de custodia para el Palacio Nacional y el Presidente de la República, a las órdenes del General de Brigada Angel Ortiz Monasterio, quien llevaría como segundo al Brigadier Francisco P. Méndez.<sup>19</sup>

<sup>17</sup> *Ibid.* P. 74.

<sup>18</sup> *Coitea. General Juan...* P. 25

<sup>19</sup> *Torrea. La Decena...* P. 47.

Torrea, quizá porque necesitaba encontrar alguna opción ante los fracasos y las pérdidas de aquella jornada, también se mostraba dispuesto a reflexionar:

Todos esos Generales, con excepción de Ángeles que estaba ausente, se presentaron desde los primeros momentos a Palacio y estaban ansiosos, a mí me consta, de que se les diera alguna comisión, y todos tenían anotados en el haber, en sus hojas de méritos, una lealtad a toda prueba jamás fallida y un pundonor dignísimo y ejemplar.<sup>20</sup>

Puestos a buscar soluciones donde fuera, Troncoso y Torrea consumían las angustiosas noches que duró la rebelión en el archivo de la Secretaría de Guerra revisando "...los documentos oficiales relativos a la sublevación de tropas en la Ciudadela el año 1871..." Años atrás, "De viva voz del General [Sóstenes] Rocha, [habían oído] el relato y las operaciones al respecto del ameritado Divisionario..."<sup>21</sup>

Así, con el convencimiento de que el mando militar estaba cometiendo equívocación tras equívocación, el mayor Torrea cumplió con sus obligaciones normalmente. Hasta que el día 16, en el que le correspondía la jefatura de día al mayor Mora Quirarte, fueron relegados de toda actividad:

No sólo se retiró todo servicio a la fuerza de los Cuerpos que lo habían desempeñado desde el día nueve, sino que desde esa fecha ya no volvieron a desempeñar el servicio de día los Mayores Torrea y Mora Quirarte, ni se confió ya comisión alguna ni a estos Jefes ni a los del 4º de Rurales, cuyo cuerpo se acantonó en Zapadores, ni a los del 1º que continuaba en vivac en la Plaza del ex-Seminario...<sup>22</sup>

Mientras Torrea estaba sin comisión en su cuartel, una nueva tentativa de asalto fue frustrada; el coronel Rubio Navarrete, encargado de la artillería gobiernista, se quejaba de la falta de materiales adecuados; los generales en junta no se podían poner de acuerdo sobre lo que debía hacerse; un convoy de carros llenos de provisiones pasó el cerco y entró a la

<sup>20</sup>. *Ibid.*

<sup>21</sup>. Juan Manuel Torrea. *La lealtad en el Ejército Mexicano. Apuntes para la historia*. México, [s.e.], 1939. 80 p. P. 47.

<sup>22</sup>. Torrea. *La Decena...* P. 97.

Ciudadela... El general Huerta había decidido apoyar a los rebeldes y estaba ganando tiempo para negociar con ellos.

Gustavo A. Madero, enterado de sus planes, pidió que Huerta fuera arrestado. El presidente escuchó los argumentos del jefe militar de la plaza y le dio 24 horas para que definiera la situación. Así lo hizo. Ordenó al general Aurelio Blanquet que hiciera prisioneros al presidente y al vicepresidente; él, por su parte, se encargó de que Gustavo Madero fuera arrestado. Poco después, éste sería cruelmente asesinado frente a la Ciudadela.<sup>23</sup>

Ese mismo día, y con la anuencia y el apoyo del embajador estadounidense, el nuevo jefe castrense concretó el acuerdo definitivo con los rebeldes de la Ciudadela. A Madero y a Pino Suárez les arrancó la renuncia a sus cargos; presionó para que la Cámara de Diputados las aceptara y nombrara presidente interino a Pedro Lascuráin, secretario de relaciones. Su administración -la más fugaz en la historia de México- tuvo sólo tres actos de gobierno: aceptar el cargo, designar como secretario de gobernación al general Victoriano Huerta y renunciar a su cargo.

Los esfuerzos de los militares leales habían sido en vano; la conspiración de sus colegas sublevados había triunfado (aunque ninguna de sus cabezas originales ocuparía nunca la presidencia de la república); Madero y Pino Suárez serían asesinados el día 22; el orden constitucional, aparentemente respetado, había sido roto; "...el episodio había terminado... Se dispuso la disolución de tropas leales, refundiéndolas en diversos elementos de otras zonas..."<sup>24</sup>

#### Los soldados leales

...por efecto de la intervención de la política en el Ejército, la legalización de actos por legisladores y políticos, y la perversidad en el mando, habrían de seguir, como siguieron, por el calvario que les marcaba la disciplina, para que, al fin, y ante la

<sup>23</sup> Vid. Josefina Mac Gregor. "La Decena Trágica y el cuartelazo". En Javier Garcíadiego, coordinador académico. *Así fue la Revolución Mexicana* 8v. México, Senado de la República/Secretaría de Educación Pública/Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1985. V. 3. Pp. 435-441.

<sup>24</sup> *Torrea. La Decena...* P. 230.



deshonestidad de mandos y de funcionarios [se convirtieran] en instrumentos, primero, y en víctimas después, por la lealtad observada.<sup>25</sup>

#### **b) Los sinsabores de la disciplina**

Los hechos de la Decena Trágica marcaron permanentemente la vida de Juan Manuel Torrea: su participación durante las primeras horas del nueve de febrero de 1913 fue decisiva para la supervivencia del único gobierno democrático que había conocido México, diez días después obedecía las órdenes de un régimen que se había hecho del poder a fuerza de ardides, traiciones y asesinatos.

Lo más terrible para él es que hizo ambas cosas animado por los mismos principios de lealtad y disciplina. El que haya peleado por el régimen democrático del presidente Madero no es signo de que le tuviera simpatía; tampoco se puede deducir que estaba en contra de los principios que animaban a los revolucionarios porque los combatió hasta agosto de 1914. Todo lo que se puede decir al respecto es que Torrea siguió en ambos casos los mismos principios de disciplina y lealtad militares.

El problema -central en la historia de los ejércitos mexicanos como se verá en otra parte- quedó resumido en una afirmación que hiciera en 1911 su admirado general Villar y que Torrea publicó poco tiempo antes de morir:

Ahora soy barrista, en tanto el señor De la Barra sea el Primer Magistrado de la nación, como fui juarista, lerdista y porfirista, cuando dichos señores fueron jefes del Estado, y seré maderista, óiganme ustedes bien, cuando el señor Madero sea el Presidente de la República.<sup>26</sup>

Pero Villar no se expresaba correctamente. Por querer decir que no era seguidor de ningún grupo político, declaraba que había pertenecido a todos. Torrea, por su parte, nunca confesó haber sido porfirista, barrista, maderista, huertista, carrancista, delahuertista u

<sup>25</sup> *Ibid.* P. 233.

<sup>26</sup> Torrea. "De mis apuntes... Generales que..." 14 de noviembre de 1960. P. 3.

obregonista; sino que simplemente fue, a lo largo de medio siglo, militar. A explicar el significado de serlo dedicó toda su carrera como historiador.

Tan luego las pasiones revolucionarias amainaron, a finales de la década de los 30, tenía que ofrecer una explicación que lo aliviara de la culpa histórica con la que cargaba hacia más de 20 años: haber servido en el ejército huertista. Para Torrea el asunto era muy simple:

...todos los resquemores para quienes no fuimos ni somos políticos, se desvanecieron ante la decisión de las Cámaras, del Poder Judicial, de veinticinco legislaturas de Estado y el reconocimiento oficial de los gobiernos extranjeros que tenían relaciones con México.<sup>27</sup>

Pero además del argumento de la legalidad y la aceptación general, tenía uno más poderoso aún: la disciplina.

...todos los Oficiales Generales con mando de zona unánimemente aceptaron como legal el nuevo orden de cosas, sólo dentro del criterio político, pasional e injusto, no del estrictamente militar puede concebirse que se haya llevado la responsabilidad de esos hechos hasta los oficiales superiores y subalternos, disciplinariamente subordinados a los mandos.<sup>28</sup>

Y es en este punto donde la explicación de *lo militar* resulta indispensable: los militares -a fin de cuentas, los únicos individuos que en las postrimerías del siglo XX continúan gozando de fuero legal en prácticamente todos los países del mundo- no pueden proceder con los mismos principios de los civiles. Cuando ingresan al instituto armado, ellos contraen una responsabilidad que compromete incluso su vida; una responsabilidad que los sujeta, más que a ningún otro grupo de individuos, a la obediencia de sus superiores.

No podría ser de otro modo. Si los miembros de los ejércitos no se sujetaran a una disciplina rigurosa, sencillamente sería imposible la existencia de los cuerpos armados. Si un soldado estuviera en posibilidad de ignorar tan sólo alguna de las más sencillas

<sup>27</sup>. Torrea. *La Decena...* P. 217.

<sup>28</sup>. *Ibid.*

prescripciones de cuartel, podría, del mismo modo, desobedecer las órdenes de su comandante durante una batalla.

Así, las órdenes en el ejército son, necesariamente, incuestionables e irrevocables, y la obediencia a los reglamentos -que son los que dotan de este carácter a las órdenes- también.

Cuando se produjo el cuartelazo el 19 de febrero de 1913, sus autores cumplieron de inmediato con todas las formalidades para que el nuevo gobierno tuviera una apariencia legal; el régimen de Huerta, en efecto, fue sancionado por casi todas las instancias correspondientes. Tan fue así que el primer paso del grupo que a la postre lo derrocaría fue, precisamente, despojarlo de su apariencia legal, y desconocer a los poderes federales y estatales que sancionaron el cambio de gobierno.<sup>29</sup>

Independientemente de sus convicciones políticas, los militares tienen la obligación de defender las instituciones. Poco podía, pues, el desconocimiento de uno o dos estados de la república ante el fallo de los tres poderes de la unión. No en balde, el instituto armado nacional se llamaba *Ejército Federal Mexicano*.

Como ya se explicó antes, Torrea reconoció el nuevo régimen porque sus superiores -a los que debía obediencia- lo hicieron. Años después argumentaría que "...no es de aceptarse [...] que se formulen anatemas contra los militares que han cumplido con la ley o con las más elementales reglas de disciplina..."<sup>30</sup>

Después de todo, defendió con el mismo empeño al gobierno de Madero y al de Huerta. Si se lo hubieran permitido, habría hecho lo mismo con el régimen de Carranza. Indignado explicaría que

---

<sup>29</sup> En los considerandos del Plan de Guadalupe se acusa a Huerta del delito de traición, a los poderes legislativo y judicial de violar las leyes y preceptos constitucionales al reconocerlo y a los gobernadores de los estados de no defender la soberanía de sus entidades. En sus tres primeros artículos desconoce a los poderes federales y a los gobiernos estatales que hubieran reconocido a Huerta. ("Plan de Guadalupe". 26 de marzo de 1913. En Silva Herzog. *Op. cit.* V. 2 Pp. 41-46.)

<sup>30</sup> Torrea. *La Decena...* P. 174.

La historia militar nuestra [...] en general comete lamentablemente [la] equivocación de juzgar actuaciones de fondo sensiblemente igual, de aspectos semejantes, de obediencias similares.<sup>31</sup>

A Juan Manuel Torrea no le quedaría más que pugnar desde el campo de la historiografía porque se enmendara la injusticia. El mismo año que publicó sus memorias sobre la Decena Trágica, también salió *La lealtad en el ejército mexicano*, donde narraba la historia de los militares que, a pesar de haber combatido la Revolución de Tuxtepec, fueron reintegrados -con mando de tropas- al ejército porfirista.

Parecerá extraña en este medio la conducta singularmente justa [del] Presidente y [del] Secretario de Guerra [Porfirio Díaz y Manuel González] para los militares leales al gobierno, pero es la única que corresponde dentro del cartabón de virtudes militares en que debe estar encuadrada la ideología que ennoblece a la profesión de las armas.<sup>32</sup>

La insinuación era obvia: los gobernantes inteligentes -nadie podía achacarle a Díaz falta de pericia como estadista- conservaban en el ejército a los militares que, por sostener al gobierno legal, combatieron al movimiento que los llevó al poder. Del mismo modo que sostuvieron el gobierno anterior, sostendrían el nuevo: su lealtad estaba probada.

Juan Manuel Torrea hubiera querido que, tanto a él como al resto del ejército federal, se les ofreciera la posibilidad de seguir sirviendo lealmente en el ejército mexicano. Pero la revolución constitucionalista no estaba dispuesta a cometer los mismos errores que la maderista. El perdón llegaría -y eso relativamente- hasta muchos años después.

En los Acuerdos de Teoloyucan,<sup>33</sup> se prescribía que los oficiales, jefes y generales del ejército quedarían a disposición del Primer Jefe del Ejército Constitucionalista. Aquellos que, como Torrea, no se fueron a seguir peleando contra Carranza, no volverían a tener mando de tropas ni comisión activa en el ejército.

---

<sup>31</sup>. *Ibid.*

<sup>32</sup>. Torrea. *La lealtad...* P. 45.

<sup>33</sup>. "Tratados de Teoloyucan". 13 de agosto de 1914. En Silva Hérzog. *Op. cit.* V. 2. Pp. 131-134.

A cambio, Juan Manuel Torrea probaría, durante la última mitad de su vida, las mieles del homenaje. A casi medio siglo de distancia, sería más recordado por su actuación al lado del gobierno de Madero durante la Decena Trágica que por los servicios que prestó al régimen huertista.

El mismo se empeñó en conseguirlo. Nunca escribió una sola palabra sobre su pasado huertista; en cambio, contó, siempre que pudo, lo que hizo el nueve de febrero de 1913. Es posible que su interés en que el general Villar fuera reconocido y homenajeado tuviera la intención implícita de que él mismo también lo fuera. En la historia que hizo sobre Tampico dice, como sin darse cuenta que

Durante la rebelión armada de febrero de 1913, un General y un Oficial superior de Tamaulipas, se mantuvieron leales al Gobierno Constitucional, uno con el mando de la plaza y el otro con el mando aislado de un escuadrón en el recinto del Palacio Nacional. La lealtad de ese jefe evitó que el Palacio cayera totalmente en poder de los sublevados...<sup>34</sup>

Sus amigos hicieron el resto. Todos los textos que de alguna manera tratan sobre Torrea tienen en común el silencio casi absoluto sobre lo que el personaje en cuestión hizo entre el 20 de febrero de 1913 y el 13 de agosto de 1914. De la misma forma, todos alaban su actitud al lado de Villar.

Alfonso Cravioto, por ejemplo, escribe para disculparse por no poder asistir a una plática que Torrea daría: "...Torrea hablando esta noche de la Lealtad, es algo así como si Hidalgo hablara de la Independencia, Juárez de la Reforma o Madero de la Revolución..."<sup>35</sup> Adrián Correa, lo felicita por su desempeño, y le dice que "La historia se lo premiará ya que sus contemporáneos no han hecho con usted la justicia debida..."<sup>36</sup>

Sin embargo, la recompensa de la historia era una promesa lejana. Torrea habría de enfrentar una realidad en la que los militares apolíticos y leales -como él- tendrían que vivir

---

<sup>34</sup> Juan Manuel Torrea e Ignacio Fuentes. *Tampico. (Apuntes para su historia.) Su fundación. Su vida militar. Época Contemporánea.* Prólogo de René Capistrán Garza. Tampico, [s.c.], 1942. 448 p. P. 222.

<sup>35</sup> Torrea. *La lealtad...* P. 7.

<sup>36</sup> Correa. *General Juan...* P. 7.

...entre tropiezos, entre injusticias y desesperanzas, viendo que se cortaba su carrera por su lealtad al poder legal, por obedecer la ley y por practicar debidamente la disciplina.<sup>37</sup>

De entre esos hombres pundonorosos -como él-

algunos pudieron llegar a oficiales superiores y cuando más a generales de brigada, pero nunca para ocupar puestos de alguna importancia, y menos, mucho menos, para ser ascendidos a divisionarios...<sup>38</sup>

Juan Manuel Torrea -que llegó a brigadier (y fue retirado como general de brigada) pero no pudo, a pesar de sus 40 años de servicio, conquistar el más alto escalafón de la jerarquía militar- decepcionado, reconocía lo

elocuente, lo profundo y verídico de aquel centenario refrán: "el mundo pertenece, no a los más honrados, sino a los más tramposos".<sup>39</sup>

<sup>37</sup>. Juan Manuel Torrea. "Fiestas patrias en 1897. El asesinato de Armiño Arroyo". En *El Universal*. México, D.F. 23 de septiembre de 1959. Pp. 2, 22, 23. P. 2.

<sup>38</sup>. *Ibid.*

<sup>39</sup>. Torrea. *La lealtad*... P. 66.

## 2. Infancia y formación

Juan Manuel Ignacio Torrea Higuera nació en Ciudad Victoria, capital del estado de Tamaulipas, el 14 de enero de 1874, según se ve en una transcripción de su acta de nacimiento.<sup>1</sup>

Su padre, Juan Manuel Torrea López, nació en Galeana, Nuevo León. A finales de la década de los 50 del siglo pasado, ingresó a la Guardia Nacional de su estado -que se constituiría posteriormente en la División del Norte y, más adelante, en el Cuerpo de Ejército del Norte- para pelear al lado de los liberales en la Guerra de Reforma y contra el imperio de Maximiliano.

Torrea López participó en muchas acciones de armas. Comenzó su carrera militar como sargento primero y la concluyó con el grado de mayor, en el arma de caballería. Derrotado el imperio, el mayor Torrea López permaneció en el ejército. Ahijado del general Servando Canales, gobernador de Tamaulipas de filiación lerdistista, combatió el levantamiento tuxtepecano. Una vez que éste triunfó, hubo de dejar el instituto armado y entró a trabajar como oficinista en la Secretaría de Hacienda.

Años atrás, cuando todavía formaba parte de la Guardia Estatal de Nuevo León, se casó con Carmen Higuera Rodríguez que era hija de Ignacio Higuera, un inmigrante

---

<sup>1</sup> "General Juan Manuel Torrea. Algunos apuntes de su vida". En *Memoria de la Academia Nacional de Historia y Geografía. Curriculum Vitae de los presidentes de la Academia Nacional de Historia y Geografía*. México, Academia Mexicana de Historia y Geografía, 1957. 51 p.

originario de Santander y de Ignacia Rodríguez, nativa de Ciudad Victoria. De su matrimonio le nació solamente un hijo, al que pusieron los dos nombres suyos y el único nombre de sus dos abuelos maternos.<sup>2</sup>

El infortunio político en que había caído el mayor Torrea López a partir de la derrota del lerdismo en 1876, determinó su salida definitiva de la capital del estado. La familia Torrea Higuera vivió durante 1878 en el puerto de Tampico.

Pero el gobierno surgido de la Revolución de Tuxtepec no sería más duro con Torrea López que con el resto de los militares lerdistas. Sólo un año duró su estancia en Tampico, pues en 1879 se trasladó a la ciudad de México para desempeñar un empleo pasivo en la Secretaría de Guerra.<sup>3</sup>

Instalado en la capital del país, y gozando de un empleo medianamente remunerado pero seguro e instalado en una casa ubicada en la calle de Rodríguez Puebla, en el barrio de la Merced, se ocupó de la educación de su único hijo al que inscribió en la primaria en cuanto cumplió seis años, en 1880.

La Escuela Nacional Primaria Número 7, que dirigía el profesor Manuel Cervantes Ymaz, tenía fama de ser la de disciplina más rigurosa de cuantas había en la ciudad de México. Desde muy temprana edad, sus alumnos eran entrenados en prácticas que serían cotidianas para Juan Manuel Torrea los siguientes 35 años: formaciones, filas, pequeños desfiles, un alumno jefe y otro alumno de guardia en cada grupo. Los alumnos del profesor Cervantes Ymaz participaban, formados como militares, en cada ceremonia cívica. El 18 de julio (aniversario luctuoso de Benito Juárez) desfilaban por la calle de Plateros; y cada fin de cursos recibían la visita del presidente, que entregaba premios a los más destacados. En 1887, Juan Manuel -que tenía ya 13 años- recibió de manos del presidente Díaz, en una ceremonia a la que asistió acompañado por su gabinete, el diploma por haber concluido sus

---

<sup>2</sup> *Ibid. Passim.*

<sup>3</sup> *Correa. General Juan... P. 9.*



estudios con la calificación más alta y un paquete de libros como recompensa por su empeño.<sup>4</sup>

A pesar de que era un buen alumno, el joven Juan Manuel no tenía interés en continuar sus estudios como civil: quería ingresar al Colegio Militar. Pero su padre se opuso terminantemente. Después de sus largos años en los campos de batalla había "...llegado a la conclusión de que [la guerra] es el peor de los azotes humanos..."<sup>5</sup>

Obediente, Torrea se matriculó en la Escuela Nacional Preparatoria. En ella estudió a partir de 1888 y se inclinó, de inmediato por las asignaturas de humanidades y de historia. Nunca, a lo largo de su vida, abandonaría esta inclinación.<sup>6</sup> Y en verdad tuvo profesores destacados en esta materia.

Manuel Sánchez Mármol y Ezequiel A. Chávez fueron sus maestros de historia patria; este último también le enseñó Lógica y Moral.<sup>7</sup> Asistió a la cátedra de Historia Universal que dictaba Justo Sierra y a la de literatura, a cargo de José María Vigil.

No conforme con ser alumno de tres de los autores que, unos años después publicarían *México: su evolución social*, el joven Torrea asistía a más cursos en la Escuela Normal de Profesores. Ahí fue estudiante supernumerario de la cátedra de Geografía y Cosmografía de Miguel E. Schultz y oyente en la de historia de México, que impartía Ignacio Manuel Altamirano.<sup>8</sup>

Discípulo de algunos de los miembros de la más ilustre generación de intelectuales que México había producido, Juan Manuel fue también compañero y amigo cercano de

<sup>4</sup> "General Juan Manuel..." Pp. 10-11.

<sup>5</sup> Amadeo Antón Vázquez. "Un general en la erudición". En *Así*. México, D.F. 14 de junio de 1941. Pp. 43-65. P. 43.

<sup>6</sup> "...a través de mi vida de modesto estudiante de la historia, como lo he sido siempre..." escribió en 1947. Juan Manuel Torrea. "Los restos de los alumnos del Colegio Militar" En Antonio Fernández del Castillo (dir.) *A cien años de la epopeya. 1847-1947*. México, Boletín de la Academia Mexicana de Historia y Geografía, 1947. 72 p. P. 16.

<sup>7</sup> El ejemplar de *La lealtad...* que se conserva en la Biblioteca Nacional de México tiene en la portada una dedicatoria autógrafa del autor: "A mi Maestro de Lógica y Moral é Historia Patria, el Maestro, Dr. y Lic. D. Ezequiel A. Chávez. Con el viejo reconocimiento, cariño y admiración del autor".

<sup>8</sup> "General Juan Manuel..." P. 11.

algunos personajes que cobrarían notoriedad durante los años de la Revolución Mexicana: Pastor Rouaix y Luis Cabrera.<sup>9</sup>

Sin embargo, no iba a la Escuela Nacional Preparatoria con el único fin de aprender historia. Se suponía que iba a cursar las asignaturas indicadas para convertirse en escribano público. Acabó los cursos, pero en lugar de continuar estudiando en la Escuela de Jurisprudencia o de buscar trabajo como escribano -acababa de cumplir 20 años- Torrea volvió a acariciar la idea de hacerse militar.

Evidentemente prefería las armas a las letras. Sin embargo, la formación que recibió durante los años que asistió a la Escuela Nacional Preparatoria le sería tan útil -tal vez más- como la que buscó en el Colegio Militar de Chapultepec.

Entre 1887 y 1894 don Juan Torrea López no cambió su opinión sobre el ejército. Así que de nueva cuenta se opuso a que su hijo siguiera la carrera de las armas. Pero Juan Manuel tenía a esas alturas muchos más recursos -aparte de siete años más- para burlar la voluntad de su padre.

El joven bachiller Torrea se acercó al mayor de órdenes de la plaza de México, el general Pedro Troncoso -que seguramente era amigo de su padre- y le expuso su situación. El jerarca militar decidió estimular su inclinación a las armas y lo pidió como su ayudante. Luego fue a convencer a su padre para que autorizara que su hijo trabajara y se instruyera bajo su supervisión. No de muy buena gana, Juan Torrea López aceptó.

Juan Manuel Torrea presentó examen para ingresar al Colegio Militar, fue admitido y desde el 15 de octubre de 1895, ingresó al instituto armado con el grado de alférez (subteniente de caballería).<sup>10</sup> Y fue, simultáneamente, alumno del Colegio y ayudante del mayor de órdenes de la plaza de México.<sup>11</sup>

<sup>9</sup> *Ibid.* P. 12.

<sup>10</sup> Juan Fidel Zorrilla y Carlos González Salas. *Diccionario biográfico de Tamaulipas*. Ciudad Victoria, Universidad Autónoma de Tamaulipas/Instituto de Investigaciones Históricas-Editorial Jus, 1984. 525 p. P. 469.

<sup>11</sup> Es difícil precisar la forma en que Torrea realizó sus estudios en el Colegio Militar. En su hoja de servicios aparece que siguió tomando cursos en él, por lo menos hasta 1910 con el fin de cubrir los requisitos para acceder a grados militares superiores.

Al tiempo que ingresaba al ejército, el subteniente Torrea inició relaciones amorosas con quien, años más adelante, se casaría. Virginia Cuevas llegó a vivir con su familia a la casa contigua a la que ocupaban los Torrea Higuera en la calle de Rodríguez Puebla, justamente en los terrenos donde fue construido, a principio de los 30, el mercado Abelardo L. Rodríguez.

Virginia era una de las hijas del coronel Gabriel Cuevas, militar veterano de las guerras de Reforma y de Intervención. Los dos jóvenes -Juan Manuel tenía 22 años, Virginia 16- fueron novios entre 1896 y 1897. Pero la madre de la muchacha, Virginia Martínez, de buena familia poblana, se oponía a la relación.

Así las cosas, Juan Manuel pidió ayuda. En una reunión que más parecía consejo de guerra que petición de mano, el mayor Torrea y el general Troncoso le pidieron al coronel Cuevas autorización para que su hija se casara con el subteniente Torrea. Apenado, el veterano hubo de decir a sus compañeros de armas que no podía acceder a su petición porque su mujer, la madre de Virginia, no estaba de acuerdo con ese matrimonio.

La comitiva se retiró derrotada y el noviazgo concluyó; por lo menos eso escribió Torrea.<sup>12</sup> Lo cierto es que la separación oficial duró dos años. El 15 de septiembre de 1899 la señora Cuevas asistió con todos sus hijos a los festejos del Zócalo. Como cada año, se celebraba un poco el aniversario del inicio de la independencia y otro poco el cumpleaños de Porfirio Díaz.

La familia del coronel Cuevas -que por alguna razón no había podido asistir al festejo- estaba sentada en el graderío que se instalaba para que la gente estuviera más cómoda mientras esperaba a que el presidente saliera al balcón central y, ondeando la bandera, arengara al pueblo.

---

En esta época, el Colegio Militar ofrecía ciertamente, cursos especializados en varias disciplinas -de ingeniería, principalmente- pero, al parecer, también daba la oportunidad de llevar cursos aislados con cierto valor escalafonario.

<sup>12</sup> En el volumen que la Academia Nacional de Historia y Geografía dedicó a sus presidentes, el propio general Torrea escribió algunas páginas relatando sus andanzas de niñez y de juventud. "General Juan Manuel..." Pp. 45-47.

Como siempre, el Zócalo estaba lleno; el ambiente era de verbena. Un grupo de niños, por hacer la maldad, alojó las trabas que aseguraban la estructura de una de las gradas que, repleta, se vino abajo. Aunque fueron muy pocas las personas que sufrieron heridas y éstas fueron mínimas, el pánico se apoderó de la multitud. La masa, aterrorizada ante el estruendo producido por la caída de las gradas y el griterío de quienes estaban arriba, comenzó a correr, a empujarse, a atropellarse.

La señora Cuevas hacía lo posible por protegerse y proteger a sus vástagos, pero poco podía hacer ante la turba que corría enloquecida y que, de un momento a otro, acabaría por tirar también la grada en que ella estaba. De Palacio Nacional salieron algunos militares para controlar la situación y evitar que la fiesta acabara en tragedia.

Entre ellos estaba el subteniente ayudante del oficial de órdenes. Torrea, que unos minutos antes había intentado alejar a los niños de las partes inferiores del graderío, vio a la familia de su vecino y se abrió paso entre la multitud. Llegó a su lado, ayudó a la señora Cuevas y a sus hijos -entre ellos a su ex novia, por supuesto- a bajar de la grada y condujo a todo el grupo al interior de Palacio donde, además de estar seguro, pudo presenciar la ceremonia en un lugar reservado para los invitados de la presidencia.

La madre de Virginia permitió que se reiniciara el noviazgo. El coronel Cuevas le prometió a la comitiva de militares que regresó a verlo, que no volverla a permitir la intervención de su mujer. El 31 de enero de 1900 Juan Manuel Torrea y Virginia Cuevas contrajeron matrimonio civil, tres días después se casarían según el rito de la religión católica.

Como siempre, el Zócalo estaba lleno; el ambiente era de verbena. Un grupo de niños, por hacer la maldad, aflojó las trabas que aseguraban la estructura de una de las gradas que, repleta, se vino abajo. Aunque fueron muy pocas las personas que sufrieron heridas y éstas fueron mínimas, el pánico se apoderó de la multitud. La masa, aterrorizada ante el estruendo producido por la caída de las gradas y el griterío de quienes estaban arriba, comenzó a correr, a empujarse, a atropellarse.

La señora Cuevas hacía lo posible por protegerse y proteger a sus vástagos, pero poco podía hacer ante la turba que corría enloquecida y que, de un momento a otro, acabaría por tirar también la grada en que ella estaba. De Palacio Nacional salieron algunos militares para controlar la situación y evitar que la fiesta acabara en tragedia.

Entre ellos estaba el subteniente ayudante del oficial de órdenes. Torrea, que unos minutos antes había intentado alejar a los niños de las partes inferiores del graderío, vio a la familia de su vecino y se abrió paso entre la multitud. Llegó a su lado, ayudó a la señora Cuevas y a sus hijos -entre ellos a su ex novia, por supuesto- a bajar de la grada y condujo a todo el grupo al interior de Palacio donde, además de estar seguro, pudo presenciar la ceremonia en un lugar reservado para los invitados de la presidencia.

La madre de Virginia permitió que se reiniciara el noviazgo. El coronel Cuevas le prometió a la comitiva de militares que regresó a verlo, que no volvería a permitir la intervención de su mujer. El 31 de enero de 1900 Juan Manuel Torrea y Virginia Cuevas contrajeron matrimonio civil, tres días después se casarían según el rito de la religión católica.

### *3. Medio siglo en el ejército*

#### *a) De la paz augusta a la revolución*

Juan Manuel Torrea ingresó en 1895 a una institución sólidamente establecida.

A partir de 1867 el fortalecimiento y la reorganización del ejército fue tarea prioritaria para los gobiernos mexicanos. El primer paso para lograr ambos objetivos no pudo, empero, concretarse durante los gobiernos de Benito Juárez y de Sebastián Lerdo de Tejada.

Los diez años transcurridos entre la derrota de Maximiliano y el ascenso al poder de Díaz estuvieron marcados, a este respecto, por la imposibilidad del gobierno central para controlar y disciplinar a los grupos armados que habían participado en la Guerra de Reforma y la lucha contra el Segundo Imperio. Después de más de una década de ser protagonistas de la vida nacional, la posibilidad de constituirse en un ejército regular y retirarse a los cuarteles no entusiasmaba a ningún jefe militar.

En diciembre de 1876 ocurrió lo inevitable: una rebelión despojó del poder a los civiles que habían dirigido los largos años de resistencia y se lo dio a los soldados que habían ganado las guerras. El nuevo orden había llegado, y en él, los militares obtendrían todas las ventajas y privilegios que el poder federal pudiera ofrecer, a cambio, eso sí, de que le profesaran absoluta lealtad.

A mediados de la administración de Manuel González, por ejemplo, diez de los 21 generales de división del ejército ocupaban altos cargos gubernamentales.<sup>1</sup> Para 1891 - cuatro años antes del ingreso de Torrea al ejército-, 18 de las 27 gubernaturas del país, así como 47 de las 300 jefaturas políticas, estaban en manos de militares.<sup>2</sup> El grupo tuxtepecano, en un principio sostenido por los militares, no porfió en someterlos: mejor los incluyó en el gobierno.

Pero los divisionarios mexicanos no recibirían durante mucho tiempo tantas deferencias. Conforme pasaban los años y el régimen porfirista se consolidaba, el ejército sería paulatinamente desplazado y debilitado. Díaz pretendía valerse de los militares, no servirlos. A fin de cuentas él mejor que nadie sabía el peligro que un ejército poderoso e indisciplinado significaba para cualquier gobierno. Así, durante los primeros años en el gobierno, se dedicó a crear un ejército que sirviera exclusivamente para garantizar el orden interno -ya que las posibilidades de una nueva guerra internacional eran cada vez más remotas<sup>3</sup>-, y no para construir un Estado pretoriano.

El ejército en que Juan Manuel Torrea causó alta en 1895 tenía como principal obligación, pues, mantener el orden, sin el cual el ansiado progreso no podría llegar. Empero, el instituto armado se había transformado sólo parcialmente. Ya no era, es verdad, una amenaza para el gobierno legal, pero su estructura interna se había modificado muy

---

<sup>1</sup> En 1882 la situación de los divisionarios mexicanos era la siguiente: Con mando de tropas: Diego Alvarez en Acapulco, Mariano Escobedo en San Miguel de Allende, Jesús González Ortega en Chihuahua, Ignacio Mejía en Oaxaca y Francisco Tolentino en Guadalajara. A disposición de la Secretaría de Guerra en la ciudad de México: Ignacio Alatorre, José Ceballos, Epitacio Huerta, Miguel Negrete y Nicolás Régules. Con algún cargo administrativo o de representación popular: Manuel González, presidente de la república; Porfirio Díaz, gobernador de Oaxaca; Gerónimo Treviño, secretario de guerra; Miguel Blanco y Pedro Ogazón, magistrados de la Corte de Justicia; Luis Pérez Figueroa, diputado federal; Servando Canales, gobernador de Tamaulipas; Juan N. Méndez, gobernador de Puebla; Ramón Corona, ministro plenipotenciario de México en España; Felipe Berriozábal, director del Ferrocarril Central y Sostenes Rocha, director del Colegio Militar. Vid. Juan E. Pérez (Ed.) *Almanaque estadístico de las oficinas y guías de forasteros y del comercio de la República*. México, [s.e.], 1882.

<sup>2</sup> Jorge Alberto Lozoya. *El ejército mexicano*. 3a. Ed. México, El Colegio de México/Centro de Estudios Internacionales, 1984, 156 p. (Jornadas, 65.) P. 34.

<sup>3</sup> Vid. Friedrich Katz. *La guerra secreta en México*. 2v. Trad. del inglés Isabel Freire, del alemán, José Luis Hoyo y José Luis González. México, Ediciones Era, 1982. (Colección Problemas de México.) V. 1. Pp. 46-48.

poco. Estaba formado por soldados de leva -en algunos casos criminales- y por una oficialidad que sólo buscaba la forma de luchar con su ínfima autoridad. El pequeño grupo conformado por sus generales era el único que seguía siendo mimado por el gobierno.<sup>4</sup>

Sin embargo, el subteniente Torrea no presentaba estas características. Su ingreso en el ejército fue, de alguna forma, privilegiado. Dados sus antecedentes familiares no tuvo que adaptarse a una realidad desconocida: entró como ayudante del general Troncoso -general muy prestigiado-, que era, como se ha visto, amigo de la familia y que estaba además, particularmente interesado en el desarrollo del joven Torrea.

Es de notarse que a lo largo de casi 20 años no desempeñó una sola comisión fuera de la ciudad de México, y que aun dentro de ella fue asignado a tareas que cualquier otro oficial hubiera deseado. A los dos años de servir como ayudante del mayor de órdenes de la plaza más importante del país, por ejemplo, formó "...parte del Estado Mayor de la División designada para hacerle los honores fúnebres al ilustre divisionario [Sóstenes Rocha]..."<sup>5</sup>

Las labores que Torrea desempeñó al lado de Troncoso debían ser de carácter administrativo y, en general poco sobresaltadas. En alguna parte, Torrea relata que una de sus obligaciones consistía en ir, a eso de las nueve de la mañana, a despertar a su jefe, ayudar a vestirlo y acompañarlo durante el día en todas sus diligencias y gestiones. Llegada la noche, ambos mataban el tiempo frente a un tablero de ajedrez.<sup>6</sup>

Quizá el único asunto de importancia en el que estuvo implicado fue el atentado que sufrió el presidente Díaz en la Alameda, mientras se dirigía a abrir las sesiones del Congreso de la Unión el 15 de septiembre de 1897. Como miembro del Estado Mayor de la plaza de México, formaba parte de la escolta presidencial y pudo ver desde muy cerca -aunque no

<sup>4</sup> Vid. Lozoya *El ejército...* Pp. 34-36. Según el autor, la desaparición del fuero militar, contemplada en las Leyes de Reforma, provocó que "...los grupos económicamente poderosos de la sociedad mexicana [perdieran] interés en pertenecer al ejército..." (P. 35.)

<sup>5</sup> Torrea. "Fiestas patrias..." P. 23. El general Rocha murió en abril de 1897.

<sup>6</sup> El autor recuerda que "...en el Estado Mayor jugaban perfectamente el Capitán 2º Alejandro Hoffman; muy bien el Gral. Troncoso, el Tte. Corl. Isidro Reyes, el Tte. Carlos Castillo y el que esto escribe..." Juan Manuel Torrea. *La banda de Música del 8º Regimiento de Caballería*. México, Unión Racionalista, Rama Mexicana, 1945. 31 p.



tanto como para intervenir- cuando Arnulfo Arroyo golpeó con un bastón la nuca del héroe del dos de abril.

Intervino en la detención del frustrado magnicida y en su conducción a las oficinas de la mayoría de órdenes, ubicadas en Palacio Nacional. También fue uno de los encargados de entregar al preso a las autoridades civiles para que éstas lo procesaran y no fue hasta que se enteró que Arroyo había sido asesinado cuando sintió cierta alarma. De cualquier modo, el asunto no pasó a mayores.<sup>7</sup>

De ese modo, transcurrió un lustro. En diciembre de 1900 -llevaba apenas once meses de casado- fue ascendido al grado inmediato superior. Un año después, el teniente Torrea sería asignado al Cuarto Regimiento de Caballería, más o menos al mismo tiempo en que nacía su único hijo varón, primero de los dos que tendría.

Al poco tiempo de haber sido transferido a esta corporación fue promovido al grado de capitán (28 de mayo de 1903) en atención a los méritos que muy pronto demostró tener: no había pasado un mes cuando ya estaba fundando la Escuela de Tropa del Regimiento. Juan Manuel Torrea pensaba que la educación, también en el ejército, era el único camino para afianzar el progreso.<sup>8</sup>

Además de esta labor educativa, el capitán Torrea tuvo durante casi un año el mando accidental de uno de los escuadrones del regimiento y sirvió también como secretario de la comandancia.

En agosto de 1903 presentó los exámenes para completar las asignaturas del programa para oficiales de caballería del Colegio Militar, lo que le valió para ser ratificado en el empleo de capitán segundo. Aunque Torrea nunca estuvo internado en el Castillo de Chapultepec, se ufanaba de haber sido alumno del Colegio, institución con la que, por otra parte, estaría estrechamente ligado a partir de 1904.

---

<sup>7</sup> *Vid. Ibid.*

<sup>8</sup> Cojreca. *General Juan...* En este texto aparecen algunos datos de la hoja de servicios de Juan Manuel Torrea.

Durante ese año desempeñó la comisión de pagador habilitado en la práctica de campaña de los alumnos aunque siguió con las responsabilidades administrativas en el Cuarto Regimiento de Caballería. En 1906, y tras aprobar otros exámenes en el Colegio Militar, ascendió a capitán primero. Después de algún tiempo de fungir como comandante del Primer Escuadrón, fue el primer ayudante (es decir, el segundo en el mando) de todo el Cuarto Regimiento.

Entre 1907 y 1909, volvió a demostrar su capacidad e inclinación por los asuntos educativos, pues se encargó del Segundo Grupo de Academias para Oficiales.

El centenario de la independencia llegó cuando Torrea era jefe de detall -de almacén- en el Depósito General de Caballos para el Ejército. Había causado baja del Cuarto Regimiento en marzo de 1910 después de permanecer en él casi diez años. El capitán Torrea había adquirido experiencia en asuntos de etiqueta y ceremonia militar durante el tiempo que fue ayudante de Troncoso, su cultura, además, debía de ser mayor a la del promedio de la oficialidad mexicana. Reunía, pues, las características que el gobierno porfirista deseaba mostrar a los invitados al festejo.

Se le separó de su comisión y se le asignó como ayudante del estado mayor del general Francisco A. Vélez, jefe de la columna militar que desfiló para conmemorar el centenario. Además, atendió a los oficiales brasileños que asistieron a las fiestas.

Una vez que la más grande celebración cívica que había tenido lugar en México concluyó, Torrea no se incorporó nuevamente al Depósito de Caballos; fue asignado al Colegio Militar como secretario de su director, el afamado general Joaquín Beltrán.

El Colegio, que desde 1882 había regresado al Castillo de Chapultepec bajo la dirección de Sóstenes Rocha, atravesaba por uno de sus mejores momentos. En efecto, antes de que Rocha tomara sus riendas, habían estudiado en el Colegio sólo 19 de los 170 generales del ejército; 48 de los 742 jefes y 293 de los 1,805 oficiales. En cambio, en un

plazo menor a 20 años, había logrado egresar a 1,186 oficiales de las tres armas.<sup>9</sup> Y no sólo eso: con un presupuesto significativamente mayor a los anteriores, el Colegio Militar inició el siglo con una biblioteca enriquecida y unos gabinetes y laboratorios modernizados; nueva sala de banderas y tres flamantes pabellones para oficiales.<sup>10</sup>

Además de asistir al general Beltrán, el capitán Torrea recibió la comisión de atender a los marinos japoneses de los buques de guerra "Asama" y "Kasagi" y aprovechó su estancia en el Castillo para cursar, con calificación de sobresaliente, algunas asignaturas: *Juego de guerra, Maniobras en cuadro, Técnica general y Estrategia*. Al siguiente año, asistiría a clases ya no como alumno, sino como profesor de dos cursos de ordenanza (reglamento militar) y uno de caballería.<sup>11</sup>

La revolución maderista sorprendería a Juan Manuel Torrea en el Colegio Militar. Después de casi 15 años de vida militar, su trayectoria resultaba un buen ejemplo de lo que había sido la alta jerarquía del ejército mexicano durante aquel lapso: actividades administrativas, comisiones honoríficas, participación en ceremonias y desfiles, creación de escuelas donde la tropa se profesionalizaría gradualmente y educación en el Colegio Militar... Pero prácticamente ninguna experiencia en el campo de batalla.<sup>12</sup> No tenía por qué tenerla. Sus labores habían transcurrido lejos de los continuos pero inocuos levantamientos y de la constante guerra contra los indios del norte.

Lo cierto es que el capitán Torrea -que acababa de cumplir 37 años y había nacido tan sólo dos años antes de que Porfirio Díaz ocupara la presidencia por primera vez- presenció cómo el ejército, del que seguramente se sentía orgulloso, fue incapaz de cumplir su más elemental tarea: sostener al gobierno legalmente establecido.

<sup>9</sup>. Tomás Sánchez Hernández y Miguel Ángel Sánchez Lamco. *Historia de una institución gloriosa. El heroico Colegio Militar. 1823-1971*. México, Secretaría de la Defensa Nacional/Dirección General de Educación Militar/Heroico Colegio Militar, 1970. 273 p. P. 123.

<sup>10</sup>. *Ibid.* Pp. 125-128.

<sup>11</sup>. Correa. *General Juan...*

<sup>12</sup>. Aquí podría verse una clara expresión del "amiguismo" enunciado en aquellos años por Andrés Molina Enríquez. (*Los grandes problemas nacionales [1909] [y otros textos, 1911-1919]*). 5a. ed. Prólogo de Arnaldo Córdova. México, Ediciones Era, 1985. 523 p. Pp. 136-139).

El fin negociado del régimen porfirista en mayo de 1911 dejó, empero, prácticamente intactas a las fuerzas armadas. El revés de Ciudad Juárez no significaba, ni con mucho, la derrota del Ejército Federal; sin embargo, fue suficiente para que el anquilosado gobierno accediera a negociar con las fuerzas revolucionarias que, por su parte, deseaban realizar el cambio de gobierno de la manera más pacífica y ordenada posible.

Las presidencias sucesivas de Francisco León de la Barra y de Francisco I. Madero no alteraron el orden constitucional en el que se apoyaba el ejército. El capitán Torrea continuó trabajando en el Colegio Militar al lado de su director y en sus aulas.

La institución educativa no se vio demasiado afectada por los problemas políticos del país y pudo continuar con el proyecto que, desde los años de la República Restaurada, la animaba: crear un nuevo tipo de oficiales que pudieran renovar al ejército desde su base.<sup>13</sup>

En enero de 1912 el viejo general Beltrán abandonó la dirección del Colegio. Fue sustituido por un ex alumno de reconocida educación militar: Felipe Ángeles. Durante su breve estancia al frente del Colegio -en la cual, por cierto, le fue otorgado el generalato- éste llegó a la cima de su prestigio. Sus cerca de 400 alumnos agrupados en tres compañías (Torrea fue comandante accidental de una de ellas) demostraban una disciplina poco común en el ámbito militar mexicano.

Las gestiones de los generales Sóstenes Rocha, Juan Villegas y Joaquín Beltrán estaban, al parecer, rindiendo sus primeros frutos: cada amanecer podía verse a los alumnos del Colegio, con su director al frente, correr 15 kilómetros y volver al Castillo, en perfecta formación, para iniciar sus labores cotidianas, entre las que se había incluido, para los alumnos de los últimos grados, el servicio como instructores militares para los grupos de soldados irregulares surgidos durante la revolución. De este modo se pretendía inculcar en los futuros oficiales la obligación de fungir como educadores de la tropa.<sup>14</sup>

<sup>13</sup>. "Resulta difícil adivinar cuál pudo haber sido el resultado final del plan para transformar al ejército, ya que los nuevos oficiales que el Colegio Militar produjo nunca llegaron a ejercer el poder como sucesores de los generales 'troperos' producto del Plan de Tuxtepec, pues la Revolución de 1910 lo impidió". Lozoya. *El ejército...* P. 37.

<sup>14</sup>. Sánchez Hernández. *Historia de...* Pp. 125-138.

El capitán Torrea también participó de este afán educativo, no solamente sirviendo como secretario de la dirección del Colegio, sino, al mismo tiempo, adiestrando a los miembros del Cuerpo Municipal de Voluntarios Defensores de Tacubaya.<sup>15</sup>

El primero de noviembre de 1912,<sup>16</sup> Juan Manuel Torrea fue ascendido a mayor. Después de 17 años en el ejército, abandonaba, por fin, los empleos de oficial y desempeñaba el primero de jefe. Las vicisitudes revolucionarias provocarían que sólo 16 meses después le fuera concedido el primer generalato.

En algún momento del segundo semestre de aquel año, abandonó el Colegio Militar para ser el segundo jefe del Primer Regimiento de Caballería. Posiblemente, la marcha del general Ángeles a la campaña de Morelos en agosto de 1912 determinó este traslado.<sup>17</sup>

El flamante mayor Torrea se separó del Colegio Militar unos meses antes de que éste se reorganizara, a inicios del régimen de Huerta, en tres nuevas instituciones educativas.<sup>18</sup>

Aunque aparentemente el ejército había tolerado de buen grado los cambios gubernamentales, más de un año de inestabilidad -y de rebelión en varias zonas del país- acabó por provocar que regresara a su antigua costumbre de intervenir en la política.

Durante los últimos años de la dictadura el ejército se había complacido de que Bernardo Reyes -uno de sus jefes naturales- aspirara a ocupar la vicepresidencia de la república con la intención de sustituir al dictador después de su inevitable y evidentemente cercana muerte. Mas la disciplina -o el sometimiento al presidente Díaz, que al cabo de tres décadas se había convertido en una tradición- le impidió trabajar por su causa. A fin de cuentas, el propio caudillo tapatío también prefirió mantenerse leal a don Porfirio.

<sup>15</sup>. Correa. *General Juan...*

<sup>16</sup>. "General Juan Manuel..." P. 29. Es de notarse que en sus apuntes sobre la vida de Torrea, Adrián Correa (*General Juan...*) consigna que fue promovido a mayor hasta el enero de 1913 (P. 15), pero Torrea declara que ya era mayor durante los últimos días de 1912. (Torrea. *La Decena...* P. 15.)

<sup>17</sup>. Vid. John Womack Jr. *Zapata y la Revolución Mexicana*. 2a. ed. Trad del inglés de Francisco González Aramburu. México, Siglo Veintiuno Editores, 1969, 443 p. Pp. 144-148.

<sup>18</sup>. El 3 de julio de 1913 se decretó la creación de la Escuela Militar Preparatoria, cuyo cometido era la formación de oficiales subalternos; la Escuela Militar Profesional para oficiales superiores; y la Escuela Superior de Guerra que debería adiestrar a oficiales y jefes seleccionados para su incorporación al estado mayor. Es de señalarse que sólo tuvo éxito la primera escuela, que se creó en el edificio que habían ocupado los aspirantes en Tlatpau. Vid. Sánchez Hernández. *Historia de...* Pp. 134-138.

El instituto armado, amparado en la ley, toleró el moderado interinato de León de la Barra y la elección de Francisco I. Madero como presidente constitucional. Pero en última instancia "...por sus orígenes históricos, no podría ni querría defender la revolución..."<sup>19</sup>

El que Madero y su grupo se hubieran empeñado en llegar al poder sin violentar la leyes no implicaba, en modo alguno, que no estuvieran dispuestos a realizar, aunque fuera paulatinamente, las transformaciones revolucionarias por las que se habían levantado en armas. Así, el gobierno de Madero hubo de enfrentar varias rebeliones de militares que pretendían la vuelta al viejo sistema, o por lo menos, una transformación menos abrupta de éste.

Bernardo Reyes -que no quedó conforme con los privilegios que en atención a su influencia política estaba dispuesto a reconocerle el nuevo régimen- intentó fallidamente levantar al ejército. Félix Díaz, sobrino del dictador y poseedor de algún prestigio en el ejército, se hizo fuerte con la guarnición de Veracruz. Sin embargo, ambas intenciones fueron sofocadas con relativa facilidad -la de Díaz por el general Beltrán, por cierto- pero no representaban sino el embrión de una tercera que sería fatal.

Los primeros días de 1913 estuvieron marcados por el tono conspirativo de muchas facciones políticas y militares que se oponían al gobierno. Para nadie era un secreto que Reyes y Díaz, desde sus respectivas prisiones, conspiraban contra Madero y que tenían un enorme poder de convocatoria entre la inmensa mayoría de los miembros del ejército mexicano. La disciplina porfirista había terminado; los soldados se sentían, de nueva cuenta, con derecho a poner sus espadas al servicio de la causa política que mejor les apeteciera.

Torrea lo sabía. Desconfiaba abiertamente del coronel Anaya, su jefe inmediato en el Primer Regimiento de Caballería; desconfiaba de algunos misteriosos visitantes civiles que criticaban al gobierno delante de sus oficiales subordinados<sup>20</sup> pero, llegado el momento, sólo

<sup>19</sup> Lozoya. *El ejército...* P. 43.

<sup>20</sup> En la celebración de navidad de 1912, reprendió a uno de ellos, "...diciéndole que no era de permitirse y que se lo prohibía, que en aquel lugar se expresara en aquellos términos, ante oficiales que por su educación y disciplina debían ser [...] unos convencidos de que los militares no deben discutir ni criticar los actos del Gobierno y que, para hacerlo, el camino único es pedir su baja del ejército..." Torrea. *La Decena...* P. 23.

podría cumplir las órdenes de sus superiores que no pertenecían a la facción que entendía que su obligación era sujetarse al gobierno legítimamente constituido, sino a la que combatió por conseguir un cambio de gobierno.

#### **b) Bajo el régimen de Huerta**

Concluido el episodio de la Decena Trágica, Juan Manuel Torrea, habilitado como teniente coronel, hubo de ser empleado de inmediato por el nuevo gobierno para realizar lo que el gobierno de Madero había sido incapaz: la pacificación del país.

Pero durante los 17 meses que duró el régimen huertista los levantamientos armados en contra del gobierno, en lugar de ir desapareciendo, aumentaron constantemente. La rebelión constitucionalista de incontrollable crecimiento en el norte, el endémico zapatismo en el sur, multitud de levantamientos de carácter local con causas variadísimas y, para colmo, la invasión estadounidense al puerto de Veracruz, determinaron la caída del gobierno originado en el cuertelazo de febrero de 1913.

En marzo de ese año, el gobierno federal todavía era optimista. El nuevo secretario de guerra presentó el plan general para llevar a cabo la pacificación: conducir tres grandes campañas en el norte y una en el sur y mantener en el resto del país fuertes unidades para garantizar el orden. Para ello, era necesario, según declaró, un ejército de 80,000 soldados.<sup>21</sup> La idea era aumentar en casi un 200% el número de efectivos, pues al iniciar su gobierno, Huerta contaba con un ejército de más o menos, 30,000 elementos de tropa.<sup>22</sup>

El método de reclutamiento que se había empleado desde el siglo pasado -la leva- llegó, como es de suponerse, a extremos inusitados. Y esto, en lugar de beneficiar al

<sup>21</sup> Michael Meyer. *Huerta. Un retrato político*. México, Domés, 1983. 312 p. P. 98.

<sup>22</sup> Sánchez Lamgo (*Historia militar...* V. 1. P. 20) considera que los 35 batallones de infantería, 18 regimientos de caballería, 5 regimientos de artillería y el Batallón de Zapadores, sumaban, a principios de 1913, 28,750 individuos. Victoriano Huerta declaró ante el congreso el 1º de abril de 1913 que tenía 32,294 (*Ibid.* P. 20). Michael Meyer por su parte (*Op. cit.* P. 97) considera que, sumando las fuerzas de rurales y de irregulares, la cifra era mayor a 40,000 pero menor a 50,000.

ejército, lo perjudicó; los soldados así incorporados, a la menor oportunidad, desertaban y, en muchas ocasiones, se pasaban del lado de los revolucionarios con armas y municiones sin haber quemado una sola por la causa del gobierno federal.

La carencia de espíritu de cuerpo y de una causa que animara al grueso de los soldados, determinaba un bajísimo nivel de combate. Los oficiales y jefes, sacados prácticamente de cualquier parte<sup>21</sup> se dedicaron como nunca al latrocinio y la corrupción. El gobierno central, además, no contaba con los recursos económicos ni con la habilidad diplomática para dotar al ejército de cantidades suficientes de materiales de guerra.

Aunque el presidente Huerta llegó a autorizar un ejército de 200,000 soldados, éste nunca pudo, ni con mucho, presentar una respuesta contundente a los embates de sus enemigos. Las poquísimas victorias que se anotó en los campos de batalla, fueron obra en casi todos los casos de las fuerzas irregulares que, por motivos diversos, apoyaban al gobierno.<sup>24</sup>

La situación del Ejército Federal en 1913 era pues, muy diferente a la que el teniente coronel Torrea había conocido a lo largo de su vida castrense.

Su primera comisión fue bajo las órdenes del general Alberto Yarza, uno de los militares golpistas de la Ciudadela. Entre el 27 de febrero y el 15 de mayo de 1913 fue jefe del estado mayor de la columna de operaciones puesta a sus órdenes para pacificar el estado de Tlaxcala.<sup>25</sup>

A partir de ese momento, y hasta la rendición del Ejército Federal en agosto del siguiente año, la vida militar de Torrea escapa casi completamente a cualquier indagación.

---

<sup>21</sup> A los alumnos de la Escuela Militar Preparatoria se les concedió grado de oficiales y se les mandó al frente. Todas las instituciones de educación superior fueron militarizadas con el fin de preparar para un futuro inmediato, cuadros de oficiales y mandos. Sin embargo, en enero de 1914 el ejército reabrió el Colegio Militar con el esquema que había tenido antes. En agosto de ese mismo año, con la derrota del huertismo, sería clausurado. (*Vid. Passim Meyer. Op. cit.* y Sánchez Hernández. *Historia de...* Pp. 135-139.)

<sup>24</sup> *Passim Meyer. Op. cit.*

<sup>25</sup> "General Juan..." P. 21. En el artículo se transcribe el certificado del propio Yarza, donde habla muy elogiosamente el desempeño de Torrea.



Conocedor de los documentos y su utilidad,<sup>26</sup> Torrea se encargó de no dejar registro alguno de su actividad en el ejército huertista.<sup>27</sup> Como ya se ha dicho, las personas que escribieron sobre él, se cuidaron también de no mencionarla.<sup>28</sup>

De cualquier modo, es posible suponer que, como jefe del estado mayor del general Yarza, tuvo cierta actividad en el estado de Tlaxcala.

Alberto Yarza fue enviado desde los últimos días de febrero de 1913 a pacificar aquel estado. Con su llegada, el conflicto por el poder estatal concluyó abruptamente. El 17 de marzo, el propio Yarza fue nombrado gobernador interino. Dos meses después, Manuel Cuéllar tomaría posesión de la gubernatura constitucional del estado de Tlaxcala.<sup>29</sup>

No es posible saber cuáles eran las responsabilidades del jefe del estado mayor de un general que se desempeñara como gobernador interino, pero es posible suponer que rebasaban los ámbitos militares y que podían comprender, además, funciones de administración.

El mismo día que el general Yarza entregó la gubernatura -15 de mayo de 1913- el teniente coronel Torrea dejó de pertenecer a su estado mayor.<sup>30</sup>

Un par de meses después, el mismo Yarza lo felicitaba por su nombramiento de coronel y su nueva comisión: a partir del 1º de julio de 1913 recibió el ascenso y con él, el mando del 9º Regimiento de Caballería que operaría en el estado de Tlaxcala bajo las

---

<sup>26</sup> El 24 de febrero de 1913, Torrea le pidió al general Rodrigo Vélez un certificado de su actuación durante la Decena Trágica; siete años después, el 30 de abril de 1920, le solicitó al general Juan Merigo una constancia de su conducta a lo largo del constitucionalismo. (Correa. *General Juan...* Pp. 18, 22-23.) No importaba que acabara de perpetrarse un cuartelazo o que el gobierno, agobiado por los rebeldes, estuviera a punto de abandonar la capital; Juan Manuel Torrea conservaba la ecuanimidad necesaria para solicitar los papeles que, en un futuro no determinado, le serían útiles.

<sup>27</sup> Al respecto, se limitaba a ofrecer este brevísimo y poco aclamatorio resumen: "...desempeñé hasta llegar a general brigadier, todas las comisiones y servicios inherentes a mi arma de Caballería..." (Antón. *Op. cit.* P. 43.)

<sup>28</sup> Es evidente que Adrián Correa, por ejemplo, pudo ver su hoja de servicio, sin embargo, sólo publicó el certificado de Yarza sobre el periodo huertista de Torrea. El único lugar donde debe de existir información sobre el desempeño de Torrea en el ejército huertista es el Archivo Histórico Militar de México. Allí, con toda seguridad, está su expediente completo.

<sup>29</sup> Luis Nava Rodríguez. *Tlaxcala contemporánea: de 1822 a 1977*. Tlaxcala, Editorial Progreso, 1978. Grabados de Desiderio Hernández Xochitlotzin. 400 p. Pp. 156-159.

<sup>30</sup> "General Juan Mamel..." P. 21.

órdenes directas del general Samuel García Cuéllar, comandante de la División de Oriente. Evidentemente, el general Torrea aceptaba y aprovechaba el nuevo orden de cosas impuesto por el gobierno huertista.<sup>31</sup>

No hay noticia alguna sobre el desempeño del coronel Torrea al mando de aquel regimiento.<sup>32</sup> Lo cierto es que en agosto de 1914, cuando rindió las armas, ostentaba ya en su quepis el águila de general brigadier.<sup>33</sup>

Pero si los servicios al régimen huertista eran dignos de soslayarse, había que resaltar en cambio, las condiciones en que el rindió sus armas en acatamiento a los acuerdos de Teoloyucan. Sus biógrafos transcribieron los certificados al respecto del mismo modo que hicieron con los que daban fe de su actuación en la Decena Trágica. El propio general Torrea estaba, por su parte, dispuesto a hablar y escribir al respecto.<sup>34</sup> Después de todo, la pesadilla había terminado.

El Ejército Federal fue derrotado definitivamente el 13 de agosto de 1913. Unos días antes, el presidente Huerta, después de renunciar, había abandonado el país. Los constitucionalistas disolvieron sin vacilar el instituto armado sobre el que había descansado

---

<sup>31</sup>. Los ascensos que obtuvo Torrea durante el régimen huertista, deben explicarse en función de la situación general del ejército: el país estaba revolucionado y el gobierno pretendía, como ya se ha visto, duplicar o triplicar el número de soldados. Era indispensable incrementar del mismo modo los mandos. Michael Meyer (*Op. cit.* P. 111) dice que entre junio y septiembre de 1913 el ejército pasó de 128 generales a 182 y de 888 jefes a 1081.

<sup>32</sup>. No se menciona su nombre ni la corporación que comandaba en ninguna de las obras clásicas sobre el tema: Juan Barragán Rodríguez. *Historia del ejército y la revolución constitucionalista*. 2 v. México, Editorial Stylo, 1946; Miguel Ángel Sánchez Lamego. *Historia militar de la revolución zapatista bajo el régimen huertista*. México, Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1979. 260p.; Miguel Ángel Sánchez Lamego. *Historia militar de la revolución constitucionalista*. 5 v. México, Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1956-1960; Crisanto Cuéllar Abaroa. *La revolución en el Estado de Tlaxcala*. 2 v. México, Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1975 y Porfirio del Castillo. *Puebla y Tlaxcala en los días de la revolución*. México, Imprenta Zavala, 1953. 321 p.

<sup>33</sup>. Correa. *General Juan...* P. 21. "General Juan Manuel..." P. 29. En este último texto se da la fecha de su ascenso al generalato: 6 de marzo de 1914.

<sup>34</sup>. Durante esta investigación, se buscó afanosamente un texto donde el autor trataba este tema: "Los conventos de Teoloyucan". En *Revista Mexicana*. San Antonio, Texas. Junio de 1914.

el régimen que acababan de derrotar. Los destinos de México estarían desde entonces en manos de los revolucionarios.<sup>35</sup>

Ni el ejército porfirista ni las fuerzas rurales estaban preparados para enfrentar la revolución; se habían organizado para imponer el orden y aplastar las rebeliones locales -y a decir verdad, cumplió cabalmente con estos objetivos- no para contener un estallido social de tales magnitudes.

Es un lugar común en la historiografía sobre el ejército mexicano afirmar que la derrota del Ejército Federal en 1913 no fue más que el aniquilamiento de una de las instituciones más identificadas con el régimen porfirista, pues "...su preparación profesional y su educación estaban de acuerdo con los principios de la dictadura..."<sup>36</sup> El ejército, "...heredero del régimen de Díaz y protector de los intereses que éste representaba..."<sup>37</sup> debía ser aniquilado si los nuevos gobiernos realmente querían realizar transformaciones revolucionarias.

Era necesario pues, evitar que el nuevo ejército se formara en torno y al servicio de una minoría opresora: emanado de la revolución, debía ser un auténtico ejército popular; pero, al mismo tiempo, era indispensable que tuviera una estructura profesional.<sup>38</sup>

Sin embargo, en agosto de 1914, estos proyectos no pasaban de ser buenas intenciones. Habían de transcurrir todavía varios años para que el ejército popular de la revolución abandonara los vicios que habían hecho de su antecedente inmediato, el Ejército Federal, símbolo y representación de la dictadura.

Mientras tanto éste, agonizante, se resistía a desaparecer. Aunque en agosto de 1914 la derrota militar era definitiva, los militares profesionales no estaban dispuestos a entregar

---

<sup>35</sup>. A pesar de los esfuerzos del gobierno de Huerta, el incremento en el número de efectivos del ejército nunca se consolidó. En el momento de su desarme, durante el mes de agosto de 1914, contaba sólo con 38,823 soldados. Prácticamente la misma cantidad que un año y medio atrás. (Lozoya. *El ejército...* Pp. 48-49.)

<sup>36</sup>. Manuel González Ramírez. *La capitulación del Ejército de la dictadura ante Carranza y Obregón*. México, Ediciones del Patronato de la Historia de Sonora, 1964. 57 p. P. 7.

<sup>37</sup>. Lozoya. *El ejército...* P. 48.

<sup>38</sup>. *Ibid.* Pp. 47-50

sus espadas sin usarlas antes. Muchos de ellos se negaron a capitular y se convirtieron en rebeldes:

En las múltiples manifestaciones contrarrevolucionarias que hubo [...] en adelante siempre se encontró a algún jefe u oficial del Ejército Federal, que en calidad de rebelde capitaneaba a los descontentos alzados.<sup>39</sup>

En la zona de Tlaxcala-Puebla, por ejemplo, los generales porfiristas Benjamín Argumedo, Iliginio Aguilar, Juan Andrew Almazán, Marcelo Caraveo y Rafael Cuéllar en lugar de disolver sus tropas y ponerse a disposición de las autoridades constitucionalistas como se estipulaba en los acuerdos de Teoloyucan, formaron una columna rebelde y a su paso rumbo a la sierra, detuvieron un tren en Panzacola y, además de cometer otros desmanes, fusilaron a dos hermanos de Luis Cabrera, que iban rumbo a Zacatlán.<sup>40</sup>

No lejos de allí, el general brigadier Juan Manuel Torrea si acataba las órdenes superiores y el 17 de agosto, como jefe accidental de una brigada que iba rumbo a Puebla, "...hizo entrega de personal, armas y municiones al Capitán Primero [...] Lorenzo Muñoz Merino..."<sup>41</sup>

Porfirio del Castillo recordaría, casi 40 años después, la rendición en aquella zona de un grupo de soldados federales en el que bien pudo haber estado Torrea. Una vez conocidas las disposiciones convenidas en Teoloyucan, "...algunos de los nuestros [es decir, de los constitucionalistas] se impacientaban..." ante la vacilación que mostraban los huertistas;

...yo me acerqué a ellos para convencerlos de que debían respetar la desesperación de aquellos valientes, que creían haber cumplido con su deber, y como todo mexicano se erguían ante la adversidad. Los oficiales y jefes conservaron sus espadas y negociaron libremente sus cabalgaduras, armas y prendas personales. Los jóvenes oficiales en su mayor parte rehusaron el subsidio; otros rompieron sus espadas, otros lloraban y nos emplazaban...<sup>42</sup>

<sup>39</sup> González Ramírez. *Op. cit.* P. 42.

<sup>40</sup> Castillo. *Op. cit.* P. 143.

<sup>41</sup> Correa. *General Juan...* P. 21.

<sup>42</sup> Castillo. *Op. cit.* Pp. 145-146.

El general Torrea explicaría 16 años después, con la herida todavía abierta, el significado que para él tuvo la derrota federal:

...la pena impuesta a los militares de profesión, fue peor que la pena de muerte [...] para aquellos que dedicaron toda su vida a sólo la actuación militar y [...] fueron sacrificados en aras de la disciplina por direcciones perversas e ineptas.<sup>43</sup>

### **c) Saña constitucionalista, conciliación aguaprietista**

El 21 de agosto de 1914 el general brigadier Juan Manuel Torrea se incorporó a la plaza militar de México quedando desde entonces a disposición del Primer Jefe del Ejército Constitucionalista.<sup>44</sup>

A diferencia de la revolución maderista, el constitucionalismo modificó profundamente y desde un principio el orden gubernamental del país. Todas las acciones realizadas por el gobierno de Huerta, fueron ignoradas; todas sus disposiciones, revocadas desde luego.

El Ejército Constitucionalista sería el pie veterano del nuevo instituto armado nacional, pues el Ejército Federal había quedado definitivamente disuelto. El destino de sus miembros era, empero, incierto. Mientras que los elementos de tropa y de clase podían hacer lo que se les antojara, los oficiales, jefes y generales quedaban a disposición de Venustiano Carranza.<sup>45</sup>

Pero, ¿qué significaba esto? ¿Habría una revisión de expedientes y hojas de servicio para incorporar a las filas del nuevo ejército a los elementos que reunieran las cualidades necesarias? ¿Se iniciarían, en cambio, procesos penales contra aquellos soldados que cometieron desmanes durante la lucha? ¿Cuál sería, en resumen, el trato que los vencedores dispensarían a los vencidos?

<sup>43</sup> Juan Manuel Torrea. "Leyendo las Memorias de don Venustiano Carranza escritas por el General Juan Barragán". En *El Universal*. México D.F., 12 de septiembre de 1930. Pp. 5,6 (primera sección). P. 6.

<sup>44</sup> Correa. *General Juan...*

<sup>45</sup> "Tratados de Teoloyucan". En Silva Herzog. *Op. cit.* V. 2. Pp. 131-134.

Poco tardó en enterarse Torrea. Su conducta siempre había estado apegada, según él, a la disciplina propia y deseable del ejército: siempre había obedecido las órdenes de sus superiores, siempre había defendido al gobierno legalmente constituido; era de esperarse, pues, que el nuevo régimen -que además necesitaría inmediatamente de militares eficaces para consumar la pacificación que también prometía- reconociera su trayectoria y lo dejara seguir ejerciendo su profesión.

Los constitucionalistas, sin embargo, no pensaban así. Para ellos no había peor delito que el haber sido, del modo que fuera, cómplice de Victoriano Huerta. Nada valían a sus ojos la disciplina castrense ni la fidelidad a las instituciones legalmente sancionadas: los huertistas eran traidores a la patria y como tales serían tratados.

Al brigadier Torrea poco le valió su actuación durante la Decena Trágica porque también peleó al lado del gobierno de Huerto, sin embargo:

...desde el 1o. de Septiembre de 1914 [...] se presentó al Departamento de Estado Mayor de la Secretaría de Guerra, más tarde al Cuartel de la Libertad y posteriormente al Depósito de Generales, Jefes y Oficiales, hasta su extinción, y después dando parte mensualmente a la Secretaría de Guerra (artículo 598 de la Ordenanza) por haber recibido orden de rendirlo y de permanecer en México, hasta el 5 de julio de 1917 en que una comisión presidida por usted [por el general Beltrán] se acercó al entonces Presidente de la República C. Venustiano Carranza y aquella suprema autoridad, al manifestar sorpresa porque desconocía aquella disposición ordenó que se eximiera del parte a los Generales, Jefes y Oficiales del Antiguo Ejército Federal y que podrían salir de la capital en tanto se disponía la situación en que definitivamente deberían quedar...<sup>46</sup>

El exoficial huertista pasó tres años rindiendo periódicamente partes a autoridades militares que jamás le dieron comisión ni paga de haberes, que no reconocían su carácter de soldado, en tanto la corporación a la que pertenecía había sido desmantelada. A los ojos de Torrea, el régimen carrancista no podía amparar este trato en el cumplimiento de la ley o de alguna disposición, pues según él,

---

<sup>46</sup>. Memorial de Juan Manuel Torrea confirmada por el general Beltrán. 15 de febrero de 1923. "General Juan Manuel..." Pp. 24-25.

El gobierno del señor Carranza concedió algunos retiros e ingresó a muchos jefes y oficiales al nuevo Ejército; pero para hacerlo hubo de emplearse la influencia de los generales o de altos mandos de la Secretaría de Guerra.<sup>47</sup>

En última instancia, el maltrato a los antiguos federales por su participación en el régimen huertista, no era, según Torrea, sino una expresión de la falta de criterios y valores militares del nuevo régimen. El no había hecho otra cosa que cumplir las órdenes emanadas de la autoridad competente. Había incluso permanecido, a pesar de la displicencia constitucionalista, leal al gobierno de Carranza cuando se trasladó a Veracruz,<sup>48</sup> momento en el que bien pudo pasarse a las filas de alguno de los grupos que se mantenían en rebelión y que, de hecho, ocuparon la ciudad de México, en donde permaneció Torrea.<sup>49</sup>

El comportamiento constitucionalista con respecto a los soldados federales no era, empero, tan visceral como acusaba Torrea: respondía a una política claramente enunciada. Don Venustiano tampoco veía con buenos ojos a los militares revolucionarios; consideraba en general que los jefes de armas habían sido casi siempre los causantes de las desgracias del país y pretendía establecer un sistema en el que su influencia quedara definitivamente disminuida.

Aunque en el congreso convocado en diciembre de 1916 había una enorme cantidad de generales, "...la lucha contra el militarismo se convirtió en uno de los lemas de [éste]..."<sup>50</sup>

De cualquier modo el general -desde entonces "general del antiguo ejército"- Torrea encontraba la forma de evidenciar la injusticia de la que él era víctima, y sobre todo, de la que otros militares, mucho más ameritados, sufrían por el simple hecho de haber servido a su patria en las filas del Ejército Federal. Torrea no alcanzaba a comprender que si bien él y otros militares federales resultaban lesionados; para el nuevo gobierno era impostergable deslindar al nuevo ejército emanado de la revolución del viejo instituto armado.

<sup>47</sup> Torrea. "Leyendo las..." P. 6.

<sup>48</sup> Certificado del general Juan Barragán. En "General Juan Manuel..." P. 22.

<sup>49</sup> Torrea explica que entre 1916 y 1919 visitaba "...por dos o tres veces al año..." aquel puerto. *Vid.* Torrea. "De mis... Generales que..." P. 3.

<sup>50</sup> Lozoya. *El ejército...* P. 51.

En 1930 el general Juan Barragán inició la publicación de lo que sería su historia de la revolución constitucionalista. Fue tal la indignación de Torrea ante aquel texto, que publicó un artículo donde lo criticaba abiertamente, dejando a un lado su habitual mesura:

El artículo del general Barragán encierra mentiras para la historia: inlta los efectivos federales, llama batallas a simples combates contra tropas desmoralizadas...<sup>31</sup>

Pero quizá le molestó más que las imprecisiones históricas, que el texto de Barragán ensalzara la actitud que el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista mostró con los veteranos de la Guerra de Intervención, que eran, a fin de cuentas, también veteranos del Ejército Federal. Afirma contundentemente que "...el señor Carranza no hizo justicia a los veteranos..."<sup>32</sup> y para demostrarlo cuenta las historias de los generales Jesús Lalanne y Julián Jaranillo, muertos en la miseria; Emiliano Lojero y Lauro Villar, rescatados de una bochornosa pobreza gracias a la intervención de amigos cercanos de Carranza, no al reconocimiento de sus méritos.

Yo estimo que el señor Carranza era poseedor de virtudes como hombre y como ciudadano, pero para el caso especial de los veteranos, estuvo muy lejos de obrar con la más elemental justicia.

[...]

...hacía uso de la virtud grande de la amistad y en ese capítulo es muy elogiosa la actuación del Primer Jefe, pero si se quiere hacer un homenaje a la verdad, [...] debe decirse [...] que no hizo justicia a los méritos de los veteranos.<sup>33</sup>

Tampoco a los suyos. No haber sido reincorporado al ejército significaba para Torrea, perder la única forma de subsistencia que conocía, sin dejarle oportunidad -pues estaba "a disposición"- de que, a sus cuarenta años, iniciara una carrera en otro oficio.

---

<sup>31</sup>. Torrea. "Leyendo las..." P. 6.

<sup>32</sup>. *Ibid.* P. 5.

<sup>33</sup>. *Ibid.* P. 6.



Casado desde principios de siglo, Juan Manuel Torrea tenía una mujer y dos hijos que mantener. Así, se vio obligado a buscar ingresos donde fuera. Un par de décadas después recordaba:

...fui profesor de Matemáticas en una escuela nocturna, para obreros, nada menos que de sexto grado, cobrando cincuenta centavos. Otros puestos análogos los desempeñé con parecidas asignaciones.<sup>54</sup>

La política carrancista hacia el antiguo Ejército Federal le había arruinado la vida en más de un aspecto. Por eso, la "revolución" de Agua Prieta le sentó, como a la mayoría de los miembros del nuevo ejército mexicano, estupidamente.

Como Porfirio Díaz en 1877, Alvaro Obregón no insistió -a Carranza le había costado la vida hacerlo- en mantener a los militares alejados de la política. En cambio, hizo lo necesario por mantenerse como su jefe y portavoz. Después de diez años de conflicto interno, México estaba más armado que nunca; era indispensable y urgente iniciar una verdadera reestructuración en el ejército.

Esta transformación produciría que un significativo grupo de militares saliera violentamente del instituto armado: los carrancistas a ultranza, los que no pudieron o no quisieron negociar con la mayoría representada pro el caudillo Obregón, no tendrían cabida en el nuevo ejército.<sup>55</sup>

<sup>54</sup> Anón. *Op. cit.* P. 43.

<sup>55</sup> Así, están los casos de Manuel M. Diéguez, fue dado de baja por indigno en 1920 (fusilado en 1924); Francisco Murgula, dado de baja por corrupción y violencia innecesaria, (fusilado en 1922); Juan Barragán, acusado de corrupción y responsabilidad en la muerte de Carranza, dado de baja definitivamente; Francisco de Paula Mariel, dado de baja por falta de espíritu militar; Joaquín Mucel (director del Colegio Militar entre febrero y mayo de 1920), acusado de fraude, fue dado de baja; Joaquín Merigo, acusado de robo, dado de baja; Rafael Mendoza, acusado de malversación y fraude, dado de baja y encarcelado; Carlos Orozco, acusado de violencia innecesaria, saqueos y homicidios, fue dado de baja y encarcelado. Menos desafortunado, el general Francisco L. Urquiza, acusado de fraude y de responsabilidad en la muerte de Carranza, encarcelado desde mayo, consiguió la libertad bajo fianza, fue a conversar con Obregón, después de lo cual fue reincorporado al ejército donde tuvo una brillante carrera militar, pues llegó incluso a ser secretario del ramo. Vid. Sonia Carolina Quiroz Flores. *"De guerreros a generales" (Los primeros pasos en la institucionalización del Ejército Mexicano, en el Interinato de Adolfo de la Huerta)*. México, 1982 (Tesis de licenciatura en historia. Universidad Nacional Autónoma de México). Alvaro Matute. *La carrera del caudillo*. México, El Colegio de México, 1980. 201 p. (Historia de la Revolución Mexicana, 8) y Alvaro

Los pocos miles de soldados que quedaban del antiguo Ejército Federal no tenían importancia en comparación con los 200,000 que había producido la revolución y que era necesario controlar y licenciar.<sup>56</sup>

Los hombres de Aguaprieta comprendieron esto y comenzaron a trabajar en el ejército desde un principio. El primer día de junio de 1920 el presidente interino Adolfo de la Huerta designó en la Secretaría de Guerra a uno de los hombres más allegados al caudillo. Plutarco Elías Calles, quien inició la labor que continuaría Obregón los siguientes cuatro años y después él mismo como presidente de la república. "El punto central del proyecto era dejar asentada la capacidad de cohesión del Estado sobre las fuerzas armadas, para que derivaran en un ejército..."<sup>57</sup>

Calles hizo una minuciosa evaluación de toda la Secretaría de Guerra, desmanteló aquellos cuerpos en donde la corrupción era ya incontrolable, despidió a los civiles para contratar a militares con grado efectivo, desarrolló un cuerpo de estado mayor, reorganizó el Departamento de Justicia Militar y, sobre todo, inició un proceso exitoso de licenciamiento.<sup>58</sup>

Para septiembre de 1920 gozaban de licencia absoluta e ilimitada 36 generales, 253 jefes, 424 oficiales y 28,120 elementos de tropa.<sup>59</sup> Sin embargo el proyecto aguaprietista de crear un ejército de 50,000 hombres bien entrenados, equipados y pagados, consumió, sólo en 1921, el 57% del presupuesto gubernamental para ese periodo.

La frustrada rebelión delahuertista de 1923, en la que participó una buena proporción de los generales del ejército, fue aprovechada por el gobierno aguaprietista para hacer una nueva purga que, como ninguna otra, separó a altos mandos -y las tropas que se rebelaron siguiéndolos- del instituto armado.

---

Matute "Del Ejército Constitucionalista al Ejército Nacional". En *Estudios de historia moderna y contemporánea de México*. México, D.F. 1977. V. 6. Pp. 153-183.

<sup>56</sup> Vid. *Ibid. Passim*.

<sup>57</sup> *Ibid.* P. 196.

<sup>58</sup> *Ibid.* Pp. 201-205, 226-227.

<sup>59</sup> *Ibid.* Pp. 259-277.

La educación militar era, a todas luces, axial en este plan. Así, se contempló un complejo programa de educación con la Escuela Normal Militar y de Educación Cívica, la Escuela Práctica Militar, la Escuela de Clases, la Escuela Militar de Aviación y el Colegio Militar, en el que se formaría personal calificado para el estado mayor.<sup>60</sup>

El planteamiento de este proyecto educativo provocó que tanto el gobierno como los mandos castrenses se enfrentaran a un hecho que hasta entonces había carecido de importancia: del enorme número de militares que se adhirieron al Plan de Agua Prieta y conformaron, después del triunfo, el nuevo instituto armado, sólo una pequeñísima proporción había estado en el Colegio Militar y poseía, en consecuencia, conocimientos suficientes sobre el arte y la ciencia de la guerra.

Los militares de la revolución eran solamente eso; nadie cuestionaba su capacidad - en algunos casos su enorme talento- para conducir y resolver operaciones bélicas -de hecho, eran los triunfadores de la larguísima contienda civil- pero su conocimiento no pasaba de ser empírico y si la idea era organizar un auténtico ejército profesional era indispensable atraer a quienes tuvieran la formación necesaria para educarlo.

Parece que esta necesidad sirvió como pretexto para modificar la política gubernamental con respecto a los miembros del extinto Ejército Federal. El grupo comandado por los sonorenses había llegado al poder después de derrocar a Venustiano Carranza y a los constitucionalistas, no a los huertistas, ni a los porfiristas.

Aunque muchos de los generales que se adhirieron al Plan de Agua Prieta habían combatido contra ambos regímenes, fueron sus enemigos inmediatos, como ya se ha visto, los que sufrieron la dureza de los vencedores. La inmensa mayoría de los grupos que se habían mantenido rebeldes a Carranza accedió a negociar con el nuevo gobierno; que estaba dispuesto -después de todo habían pasado ya seis años desde su derrota- a disminuir el castigo impuesto por los constitucionalistas al Ejército Federal.

---

<sup>60</sup> *Ibid.* Pp. 319-330.

La historia de Juan Andrew Almazán es buen ejemplo de esto. Oficial egresado del Colegio Militar, fue sucesivamente porfirista, maderista y huertista. No aceptó la derrota de 1914 y desde entonces operó con varios grupos rebeldes al gobierno de Carranza y llegó, incluso, a colaborar con los zapatistas. Una vez que el grupo sonorense derrocó el gobierno emanado del constitucionalismo, aceptó inmediatamente negociar con él y consiguió ser nombrado jefe de operaciones del ejército en Torreón.<sup>61</sup> Al parecer, los hombres de Sonora estaban más dispuestos a reincorporar a un ex huertista que a un ex carrancista.

Así las cosas era factible utilizar a los antiguos federales como educadores de los oficiales del nuevo ejército. La otra opción, traer instructores estadounidenses o europeos, era mucho más costosa; por eso, los

...exfederales [...] fueron convocados a presentar su hoja de servicios y volver al servicio activo. La condición para su admisión era no haber participado en el cuartelazo que había provocado el derrocamiento de Francisco I. Madero y que no fueran responsables de culpas que "que manchan el honor". Los que cumplieron con dicha condición, regresarían al ejército con los grados que ostentaban durante la administración del Presidente Madero, y se daría preferencia a aquellos [...] que contaran con los suficientes conocimientos para instruir a los nuevos miembros del ejército.<sup>62</sup>

La convocatoria parecía estar redactada para Torrea. El brigadier no sólo no había participado en el cuartelazo de 1913, sino que se había opuesto a él; su hoja de servicio debía de ser ejemplo de conducta honorable (salvo que se le pudiera reprochar algo en torno a la actividad que desplegó durante los meses de campaña en Tlaxcala) y llevaba, además, varios años mostrando

...su amplio criterio y espíritu evolucionista, externado en los diversos artículos que ha venido publicando [...] y que lo identifican con la ideología revolucionaria.<sup>63</sup>

---

<sup>61</sup> *Ibid.* P. 146.

<sup>62</sup> *Ibid.* Pp. 285-286.

<sup>63</sup> Certificado extendido por el general Juan Méjico el 30 de abril de 1920. En Correa. "General Juan..." Pp. 22-23.

Antes de ser reincorporado, Torrea dio una muestra más de lealtad a las instituciones: durante el interinato de Adolfo de la Huerta, entre el 1o de junio y el 30 de diciembre de 1920, siguió a disposición del presidente de la república.<sup>64</sup> Por fin, el 1o de julio de 1921 reingresó

al Ejército Nacional, causando alta con igual fecha en la PRIMERA RESERVA del mismo [...] en la inteligencia de que deberá indicar a esta Secretaría el lugar en que desea radicarse, a fin de ordenar a quien corresponda le cubra el 50 por ciento de sus haberes correspondientes, pudiendo dedicarse a las labores que mejor le convengan.<sup>65</sup>

Juan Manuel Torrea tenía 46 años; no se le había dado comisión alguna, pero por lo menos el gobierno reconocía que era un general<sup>66</sup> y estaba dispuesto a darle la pensión (la mitad del salario para los militares sin mando de tropa) que se merecía.

También le permitiría volver al Colegio Militar después de casi diez años. Según declaró él mismo, "...explicaba dos clases, una en el Colegio Militar y otra en la Escuela de Maestros Constructores..."<sup>67</sup> Gilberto R. Limón, director del Colegio durante los años 50 certificó por su parte, que entre el 1o de febrero de 1922 y el 30 de septiembre de 1925, Juan Manuel Torrea fue profesor de *Geografía e historia militares, Historia general e Historia de México*, y que su labor cesó porque el Colegio cerró temporalmente.<sup>68</sup>

Además, en ese tiempo también fue "...jefe de un establecimiento industrial...", gozó de medio haber de general brigadier, de la paga por las clases en el Colegio y del salario en

<sup>64</sup>. Certificado firmado por Adolfo de la Huerta, transcrito en "General Juan Manuel..." Pp. 22-23.

<sup>65</sup>. *Ibid.* P. 28.

<sup>66</sup>. La reincorporación de Torrea no fue, en lo que respecta al reconocimiento de grado, como explicó Sonia Quiroz en su revelador trabajo (*Vid. supra*). Ella explica que el nuevo gobierno reconocería el que cada militar había ostentado durante el régimen de Madero; Torrea fue ascendido el 10 de febrero de 1913 al empleo de teniente coronel, pero se reincorporó como general brigadier. *Vid. Correa. "General Juan..."* donde se dice que el senado de la república reconoció el nombramiento de general concedido por Alvaro Obregón el 1o de julio de 1921.

<sup>67</sup>. Antón. *Op. cit.* P. 43.

<sup>68</sup>. "General Juan Manuel..." Pp. 27-28. De esta época datan sus primeros libros, escritos para los alumnos del Colegio Militar. *Vid. infra*.

el "establecimiento militar". Esa fue "...la única etapa de mi vida en la que he podido atender ampliamente las necesidades de mi familia y concurrir a diversiones..."<sup>69</sup>

Ciertamente, el gobierno de Obregón se mostraba sensible a los asuntos militares. Además de reconciliar a los miembros del antiguo ejército con el gobierno- lo cual benefició mucho a Torrea- se esmeró en tratar a los pocos veteranos de las guerras con el extranjero como héroes.

En plena actividad después de su incorporación, Juan Manuel Torrea se convirtió en el secretario de la Sociedad "Supervivientes del Ejército Republicano", conformada por los pocos que aún quedaban. El primer texto que dio a la imprenta es, precisamente sobre esta organización; más de tres décadas después escribiría otra vez al respecto<sup>70</sup>

En este último folleto narra cómo el presidente Obregón, a través de su secretario de agricultura, general Antonio I. Villareal, restituyó a los veteranos sus haberes de retiro, e inauguró el 17 de septiembre de 1921 el "Asilo de Honor", una casa en Tacubaya con servicios médicos y todo lo necesario para alojar a los veteranos -llegó a tener 30- que no tenían familia ni recursos, donde además, el primer domingo de cada mes sesionaba la "Sociedad Supervivientes".<sup>71</sup>

En los últimos días de su gestión presidencial, el general Obregón mandó al general Manuel Pérez Treviño, jefe de su estado mayor, con champagne, cognac, vinos generosos, sandwiches y pasteles como regalo de despedida para los veteranos. También le regaló a cada uno un álbum, donde, entre otras cosas, aparecen unas quintillas firmadas por él mismo:

A los soldados supervivientes de nuestras guerras de intervención:

¡Salud, nobles despojos de epopeyas pasadas!

<sup>69</sup> Anón. *Op. cit.* P. 43.

<sup>70</sup> Juan Manuel Torrea. *La sociedad "Supervivientes del Ejército Republicano" por el gral. Juan Manuel Torrea del extinto Ejército Federal.* México, Imprenta Victoria S. A., 1923. 17 p. Juan Manuel Torrea. *Síntesis histórica de la sociedad "Supervivientes del Ejército Republicano" y del "Asilo de Honor".* México, Memoria de la Academia Nacional de Historia y Geografía, 1955. 46 p.

<sup>71</sup> Torrea. *Síntesis histórica...* Pp. 28-29.

Vosotros sois la carne, que consagró el dolor,  
Para hablarle a los tiempos de épicas jornadas,  
en que plegó al Destino que con vuestras espadas,  
flagelara la espalda del infame invasor.

¡Salud nobles ancianos!, vuestra bendita influencia,  
florezca en el espíritu de todas las edades,  
que los hijos de Anáhuac tengan plena conciencia,  
de que nada es más noble que hacer de la existencia,  
espontáneo holocausto de nuestras libertades.

México, Noviembre 30 de 1924.  
A. Obregón.

Por si fuera poco, y como señal de que la bonanza no terminaría con su administración, también se incluía un mensaje de Plutarco Elías Calles, a la sazón presidente electo:

**Veteranos:**

Habéis sido, durante largos años, un ejemplo viviente de abnegación y patriotismo. Vuestros hechos gloriosos, que nuestra historia ha recogido, son como aureola de triunfo que engalana majestuosamente las sienes de la Patria, y yo, en nombre de ella, os saludo con respeto, asegurándolos que la posteridad recogerá vuestras nobles enseñanzas, como un valioso legado que afianzará nuestra nacionalidad.  
México, Noviembre 6 de 1924,<sup>72</sup>

El general Torrea no podía dejar de reconocer que los nuevos gobiernos revolucionarios estaban tratando con justicia a los veteranos.

#### *d) La tranquilidad de los últimos tiempos*

A partir de la década de los 20, el ejército mexicano entró en un proceso progresivo de institucionalización. Después de que la rebelión delahuertista fue sofocada en 1923, con su consiguiente purga, los

---

<sup>72</sup> *Ibid.* Pp. 11-12.

...jefes y oficiales cerraron filas en torno al nuevo régimen [el de Calles], desarrollando, aunque en forma embrionaria y por primera vez en la historia del país, una lealtad hacia las instituciones gubernamentales, en detrimento de la facción personalista.<sup>73</sup>

Sin embargo, seis años después, los generales Manzo, Aguirre y Escobar se levantaron con las plazas de Hermosillo, Veracruz y Torreón, respectivamente. El gobierno del centro mandó al joven general Lázaro Cárdenas y al viejo y experimentado general Almazán para combatirlos; luego de una costosa y sangrienta campaña los rebeldes serían derrotados. La escobarista fue la última intentona militar para apropiarse del poder civil. Ese mismo año -1929-

...se creó el Partido Nacional Revolucionario (PNR) como frente popular que habría de tratar de eliminar a los militares de cualquier función política,<sup>74</sup> por medio de la fuerza coordinada de los obreros, los campesinos y los burócratas.

Torrea, como es obvio, no participó en ninguna de estas dos rebeliones. El 14 de noviembre de 1931 el senado le ratificó sus empleos de coronel y general brigadier,<sup>75</sup> sin embargo, por "...enemistad con un General Federal que en esos momentos era Jefe de la Reserva..."<sup>76</sup> se dio de baja de ella ese mismo año.

Por aquellos tiempos, el general Torrea comenzaba a gozar de cierto prestigio intelectual debido a sus colaboraciones en la prensa y la publicación de sus primeros libros. Este prestigio le valió, al parecer, su reingreso al inicio de la década de los 40. No en balde

Defendió al ejército en las Sociedades Científicas, dando a conocer su organización y cultura; a él se debió que ingresara a ellas un buen número de militares...

<sup>73</sup> Lozoya. P. 54.

<sup>74</sup> *Ibid.* P. 58.

<sup>75</sup> Correa. "General Juan..." Posiblemente haya tenido que ver en esta ratificación la amistad que unía a Torrea con Pascual Ortiz Rubio, jefe del ejecutivo en aquel año. A partir de la década de los cuarenta, ambos compartirían la presidencia de la Academia Nacional de Historia y Geografía. *Vid. infra.* Lo cierto es que "La Comisión encontró que el expresado militar tiene a su favor méritos suficientes para que le sean ratificados sus grados que le han sido otorgados, pues todos sus ascensos los ha obtenido por riguroso escalafón y con antecedentes brillantes". (P. 25.)

<sup>76</sup> *Ibid.* No fue posible descubrir nada más sobre este asunto.

<sup>77</sup> Certificado del general Juan Barragán Rodríguez, fechado el 4 de octubre de 1943. En *Ibid.* Pp. 23-24.



Por acuerdo presidencial reingresó al ejército en noviembre de 1942. Al mismo tiempo se le concedió licencia ilimitada. El siguiente mes, el senado confirmaría los nombramientos que le ratificó una década atrás.

Cuatro años después, durante los últimos meses de la administración de Manuel Avila Camacho, en enero de 1946, se le abonarian los haberes del tiempo que estuvo separado del ejército. Además, se le concedió una pensión por "...su actuación en la Decena Trágica, y por su larga y meritoria labor como escritor en asuntos del orden militar."<sup>78</sup>

A Juan Manuel Torrea le llevó 34 años -18 separado del servicio activo del ejército- hacer que se impusiera sobre su pasado huertista, el recuerdo de su participación el 9 de febrero de 1913, pero finalmente lo consiguió. Antes de morir, le sería concedida la condecoración "Lealtad al Presidente Madero" y en su entierro se le rendirían honores militares.<sup>79</sup>

---

<sup>78</sup> Memorándum de la Cámara de Senadores. 26 de enero de 1946. Transcrito en "General Juan Manuel..." P. 33.

<sup>79</sup> *Ibid.* También fue condecorado con la medalla "Niños Héroe" y antes, posiblemente durante su campaña en Tlaxcala, obtuvo la Cruz del Mérito Militar de Segunda Clase y la Cruz del Mérito Militar de Primera Clase.

#### 4. Medio siglo en la cultura

##### a) De militar a empleado público

En 1914 Juan Manuel Torrea no podía saber que los gobiernos de Agua Prieta serían más tolerantes con los ex federales que Carranza. Y después de la derrota, de algo tenía que vivir, no podía atenerse a que cada gobierno posrevolucionario decidiera tratar justamente a los veteranos del Ejército Federal. Su carrera militar, por otra parte, había sido interrumpida durante largos periodos y era casi un hecho que no volvería a servir activamente en el ejército mexicano.

Por eso se vio obligado a iniciar durante los primeros años de la década de los 20 o los últimos de la anterior, su carrera de empleado público en diferentes dependencias del gobierno.<sup>1</sup>

Del mismo modo que su padre 40 años atrás, el general Torrea consiguió un puesto en la Secretaría de Hacienda después de servir en el ejército: durante casi tres años fue jefe de inspección del Departamento del Impuesto sobre Bebidas Alcohólicas.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> No fue posible precisar los periodos en que Torrea sirvió al gobierno antes de su ingreso a la Secretaría de Relaciones Exteriores. Tampoco pudo confirmarse la información de Jorge González Salas ("Letras en Tamaulipas. Juan Manuel Torrea. En *Suplemento Cultural de El Nacional*. México, D.F. 12 de mayo de 1968. Pp. 1-2.) cuando dice que "...Además de sus incesantes colaboraciones periodísticas, fue director del *Diario Oficial de Tlaxcala*." (P. 2).

<sup>2</sup> "Cómputo de servicios en el ramo civil por más de treinta y cuatro años". En *Expediente de Juan Manuel Torrea Higuera*. Archivo Histórico Diplomático Mexicano Genaro Estrada Secretaría de Relaciones

También, fue, como ya se ha mencionado, profesor en la Secretaría de Educación Pública. Desempeñó el cargo de ayudante de la Escuela Nocturna Complementaria No. 5 a lo largo de casi seis años.<sup>3</sup> Al parecer, la escasa paga que obtenía del magisterio satisfizo de alguna manera sus necesidades económicas durante algún tiempo. Algo debían de reportarle, también, sus colaboraciones en la prensa.<sup>4</sup>

A partir de los años 20, comenzó a recibir sus haberes de general retirado, pero fue hasta 1935, año en el que ingresó a la Secretaría de Relaciones Exteriores, cuando consiguió cierta estabilidad económica,<sup>5</sup> además del ambiente adecuado para dedicarse a la investigación de la historia de México.

Al principio de la década de los treinta, su hijo mayor, Juan Manuel Torrea Cuevas - abogado y político, cercano colaborador de Jesús Flores Magón y de Roque Estrada- formaba parte de la Comisión Mixta de Reclamaciones de México y Estados Unidos de la Secretaría de Relaciones; poco después, fue enviado a la embajada en Washington como secretario de embajada.<sup>6</sup> Tal vez fue por la influencia del licenciado Torrea que su padre pudo conseguir un empleo en el archivo histórico de esa secretaría.

Lo cierto es que durante su breve gestión al frente de la Secretaría de Relaciones, en el primer semestre del régimen cardenista, el licenciado Emilio Portes Gil -ex diputado, ex gobernador y ex presidente interino de la república- giró una orden al jefe del Departamento Administrativo de la cancillería:

---

Exteriores (En adelante AHDMGE). 14-11-14. V. 3, F. 618. Aquí se mencionan los años, meses y días en que Torrea sirvió en cada dependencia, pero no se especifica cuando lo hizo. Se dice, por ejemplo, que en la Secretaría de Hacienda trabajó dos años, ocho meses y 20 días.

<sup>3</sup> *Ibid.*

<sup>4</sup> Al parecer, Torrea mantuvo alguna relación con Félix Palavicini, pues colaboró en *El Universal* desde su aparición y también en la revista *Todo*, fundada por el periodista tabasqueño en los años 30.

<sup>5</sup> En su expediente no aparece registro alguno de su salario antes de 1949, año en el que, como jefe de oficina, ganaba \$767.00. Antes de su muerte, en 1960, con nombramiento de "Jefe 'G' de Departamento", percibía \$1,551.00 al mes. *expediente de Juan...* AHDMGE. V. 3 FF. 575-624.

<sup>6</sup> "General Juan Manuel..." Pp. 47-51.

Expidase con fecha 11 de febrero en favor del Sr. Juan Manuel Torrea, nombramiento de Jefe de Sección "A" con el sueldo que asigna dicho empleo la partida respectiva del Presupuesto de Egresos Vigente.<sup>7</sup>

No es demasiado aventurado especular que Emilio Portes Gil y Juan Manuel Torrea hayan estado vinculados por su origen. A fin de cuentas, ambos nacieron en el seno de viejas familias de Ciudad Victoria, Tamaulipas. Además, su contacto en la Secretaría de Relaciones Exteriores no fue el único que tuvieron durante sus vidas. En 1940 Torrea publicó el *Diccionario geográfico, histórico, biográfico y estadístico de la República Mexicana. Estado de Tamaulipas*; en una de sus primeras páginas se lee: "El costo de esta publicación fue cubierto por los socios señores Licenciados D. Emilio Portes Gil y D. José I. Cossío hijo..."<sup>8</sup>

Si es cierto que Torrea sostenía alguna amistad con Portes Gil, es posible entonces creer que fue por esta relación que pudo acercarse también a Pascual Ortiz Rubio, otro político encumbrado del maximato. Muchos años después, y durante varios lustros, ambos - Torrea y Ortiz Rubio - compartieron la presidencia de la Academia Nacional de Historia y Geografía.

Sea como fuere, Torrea no desaprovechó la oportunidad de elogiar la actitud de ambos personajes por contraste con la de Carranza y los constitucionalistas.<sup>9</sup>

En última instancia, la relación que el general Torrea mantuvo con ambos políticos le sirvió, en términos laborales, para ocupar la dirección del archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores y para que se le ratificara su nombramiento de general brigadier.

Al frente del archivo de la cancillería, donde permaneció 24 años y once meses<sup>10</sup> el general Torrea encontró, pues, el espacio ideal para desarrollar su segunda vocación: la de historiador.

<sup>7</sup> Expediente de Juan... AHDMGE. V. 1. F. 41.

<sup>8</sup> Torrea. *Diccionario geográfico...* P. 2.

<sup>9</sup> Torrea. "Leyendo las..." P. 6. Cuando se refiere al trato que, a partir de 1920, el gobierno dispensó a los veteranos de la Guerra de Intervención, dice que "...La justa disposición ha seguido rigiendo durante la administración del general Calles, del licenciado Portes Gil y del ingeniero Ortiz Rubio, y esto no es, sino justamente, una rectificación al error cometido por el señor Carranza..."

## b) Con sosiego de estudio

### *En la cancillería*

El ingreso de Juan Manuel Torrea a la Secretaría de Relaciones Exteriores marcó una transformación definitiva en su actividad y sus intereses. Algún prologoista de uno de sus libros la explicó de la siguiente forma:

Supo llegar hasta la culminación del heroísmo, con naturalidad, entregándose por completo a los dictados del deber. Luego se ha dedicado a escribir historia con su pluma, después de haber demostrado que sabía hacerla con sus hechos. [...] Es un buen juzgador de hombres el que ha pasado por todas las pruebas. Y es un buen contador de heroísmos el que también ha sido un héroe.<sup>11</sup>

Torrea no perdió, enpero, algunas características que adquirió a lo largo de su vida militar: la disciplina y el orden, principalmente.

Amadeo Antón Vázquez describió en 1941 la oficina que ocupaba en la Secretaría de Relaciones Exteriores. Decía que ahí

...todo es libros, sosiego para el estudio y disciplina hasta en los actos insignificantes, pudiéramos decir con propiedad, que el despacho es un cuartel de la ilustración, un lugar donde impera el despotismo del estudio...<sup>12</sup>

Su vida diaria también estuvo marcada por este "despotismo". El mismo relata un día cotidiano:

Es muy probable -nos dice el general-, que muchas gentes vean que de Tacubaya, poco después de amanecer, sale en paseo un hombre que cada mañana

<sup>10</sup>. Expediente de Juan Manuel... AHDMGE. V. 3. F. 618.

<sup>11</sup>. Juan Manuel Torrea. *El General de División Ramón Corona. Excelstud como ciudadano, como militar, como gobernante y como diplomático*. Prólogo de Alfonso Cravioto. México, [s.e.], 1944. 117p. Prólogo, P. 9.

<sup>12</sup>. Antón. *Op. cit.* P. 43.

lleva consigo un gran amigo, cada día distinto: ese amigo se llama libro. Salgo de mi casa rumbo al centro de la Metrópoli, lentamente, con sosiego de estudio. Camino con lentitud, leo con repaso intelectual y llego a la Alameda, donde siempre paseando, continúo la lectura. [...] A las ocho entro en mi despacho en Relaciones Exteriores. Hasta las dos y media dura mi labor en este centro. Vuelvo al Archivo de Relaciones casi todas las tardes. Y hasta las diez de la noche frecuento centros de cultura a los cuales pertenezco como miembro de la mesa directiva. Vuelvo a mi hogar. [...] Media hora de escuchar el radio, para conocer las últimas referencias de la guerra europea; otro rato de descanso y meditación y... hasta las cinco en punto. Nuevo día.<sup>13</sup>

Este orden y esta disciplina explican que el general Torrea haya tenido una larguísima vida -murió un mes antes de cumplir 87 años- y una salud envidiable.<sup>14</sup>

Por el mismo tiempo del relato anterior -primera mitad de la década de los cuarenta- Adrián Correa hizo una descripción del aspecto físico de Juan Manuel Torrea: complexión fuerte, estatura mediana, "...fisonomía árabe...", pelo cano, cortado "a la Boston", frente despejada, cejas pobladas, ojos cafés y medianos, nariz aguileña y la piel blanca, "...que parece indicar su ascendencia hispana..."<sup>15</sup>

También señaló algunos detalles de su carácter. El general Torrea era -según Correa- serio pero amable; modesto y discreto; recto en todos sus actos; enérgico y liberal; festivo y simpático en el trato familiar; conceptuoso y memorioso conversador; buen narrador; satírico, gracioso y gesticulador; jefe benévolo, honesto y recto; observador de reglas sociales y de etiqueta, "...le indigna que no todos sepan guardar estas formas protocolarias..."; pulcro y correcto en su vestimenta; altivo, serio, elegante y marcial cuando portaba el uniforme.<sup>16</sup>

<sup>13</sup> *Ibid.* Pp. 43, 65. En algún momento, durante las primeras décadas del siglo, Juan Manuel Torrea mudó definitivamente su residencia a la Cerrada de la Paz No. 32, en Tacubaya.

<sup>14</sup> Unos meses después de ingresar a la Secretaría de Relaciones, gozó de una licencia de cuatro días porque se intoxicó con queso; en 1957 estuvo ausente del archivo durante seis días debido a una conjuntivitis aguda; en junio de 1958 -tenía ya 84 años- estuvo en cama 15 días por trastornos provocados por la arterioesclerosis; una bronquitis lo separó tres días de sus obligaciones en julio de 1960; el siguiente mes, faltó al trabajo otros tres días. 31 días de incapacidad a lo largo de un cuarto de siglo. *Vid. Expediente de Juan Manuel...* AHDMGE. V. 1, Ff. 43; V. 3, Ff. 585, 591, 624 y 630.

<sup>15</sup> Correa. *General Juan...* P. 8.

<sup>16</sup> *Ibid.*

Juan Manuel Torrea, pues, abandonó para siempre las actividades castrenses y se fue acercando paulatinamente a las culturales. En 1925, participó en la fundación de la Academia Nacional de Historia y Geografía,<sup>17</sup> un par de años atrás había publicado el primer título de su vasta bibliografía.

En 1935, por fin, se estacionó definitivamente en uno de los repositorios de documentos históricos más ricos del país. Antes de llegar a él, había publicado ya seis libros de historia -dos para los alumnos del Colegio Militar- y una enorme cantidad de artículos en la prensa, fundamentalmente en *El Universal*. Su arribo a la cancillería sólo realfirmó su vocación de historiador: transformó su afición en profesión.

Hasta entonces el general Torrea había basado sus estudios casi exclusivamente en los papeles del Archivo Histórico Militar de México. Como es obvio, con su ingreso al frente del archivo de la cancillería, sumó a su conocida documentación de guerra la diplomática que estuvo, desde entonces, bajo su custodia y responsabilidad.

Don Juan Manuel no se limitó, empero, a administrar, ordenar y consultar estos papeles. Durante su estancia en el Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores fue además una especie de consultor y asesor de asuntos históricos.

En 1937, dos años después de ser contratado, se le encomendó, por ejemplo, colaborar como representante de la cancillería en la preparación del Día del Ejército y la Marina con el general Salvador S. Sánchez que era a la sazón jefe de la Comisión de Estudios Militares de la Secretaría de Guerra.<sup>18</sup> En 1948 fue designado por el secretario de relaciones exteriores, Jaime Torrea Bodet, para censurar los documentos que podrían ser fotografiados por el personal de la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos.

El propio Torrea, asistido por Manuel Rodríguez de San Miguel, debería hacer

---

<sup>17</sup>. La Academia Nacional de Historia y Geografía fue fundada el 19 de mayo de 1925 por un grupo formado por estudiantes y profesores de historia y geografía de la Universidad Nacional de México y entusiastas de estas disciplinas. Su objetivo era promover los estudios y las investigaciones al respecto. *Vid. Diccionario Porrúa...*

<sup>18</sup>. *Expediente de Juan Manuel...* AHDME, V. I. F. 67.

una selección de la correspondencia cambiada entre [la] Secretaría y nuestra Legación en Washington, desde el año en que iniciaron las relaciones entre los dos países hasta el de 1898, con objeto de determinar de cuáles documentos podrían sacarse copias fotográficas para la Biblioteca del Congreso, en reciprocidad del obsequio que hicieron a la Universidad Nacional Autónoma de México de películas micrométricas de documentos del Departamento de Estado.

Una vez que los señores General Torrea y Rodríguez de San Miguel se pongan de acuerdo sobre los documentos cuya publicidad no presente ningún inconveniente, deberán hacer una síntesis de cada documento, síntesis que será sometida a la consideración del suscrito...<sup>19</sup>

Dos años después, en julio de 1950, el jefe de laboratorio de micropelícula de la Biblioteca del Congreso, George J. Smison, le agradecía las atenciones que le había dispensado durante el tiempo que duró la reproducción de 193 rollos de micropelícula.<sup>20</sup>

El general Torrea también fungió como representante académico de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Según Carlos González Salas, "...asistió con diferentes misiones a todos los Congresos Nacionales de Historia, y muchos del extranjero..."<sup>21</sup> Asistió en esa calidad, por lo menos, a la Convención Económica y de la Paz Nacional; a la Tercera Asamblea General del Instituto Panamericano de Geografía e Historia en Lima, Perú; al Segundo Congreso de Historia, en Monterrey, Nuevo León; al Sexto en Jalapa, Veracruz y al Séptimo en Guanajuato.<sup>22</sup>

#### *Congresos y asociaciones*

Además de asistir a congresos, también organizó algunos. En 1936 aprovechó los contactos que por su recién adquirido cargo en la Secretaría de Relaciones Exteriores podía hacer con relativa facilidad para convocar a representantes diplomáticos a participar en dos ciclos de conferencias patrocinados por la Sección de Historia y Geografía del Ateneo de Ciencias y Artes de México, que él mismo dirigía.

<sup>19</sup> *Ibid.* V. 2. Ff. 452-453.

<sup>20</sup> *Ibid.* Ff. 468-469. Es extraño que Torrea no publicara ese trabajo de selección y síntesis si efectivamente lo hizo. Tampoco desarrolló, por otra parte, ningún tema específico de relaciones diplomáticas entre México y los Estados Unidos.

<sup>21</sup> González. *Op. cit.* P. 1.

<sup>22</sup> "General Juan Manuel..." P. 34.



Los actos se llamaron "Episodios y personajes de la historia de América" (llevado a cabo en abril), y "Episodios y personajes de Centroamérica y Antillas" (en septiembre). Y debieron de tener un fin tanto académico como político. El general Torrea logró reunir a dos embajadores, 13 ministros y un secretario de embajada de 16 representaciones diplomáticas de países latinoamericanos en México.<sup>23</sup>

En la presentación, el jefe del Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores opinaba que los invitados, es decir los diplomáticos,

...viven con nosotros, al lado nuestro, sencillamente, noblemente, con alto espíritu de lealtad y de cooperación en los centros de cultura, en las sociedades científicas, como si fueran nuestros propios nacionales, nosotros así los vemos y los consideramos, porque convienen en nuestra vida de amor a la ciencia, airosamente, con sencillez, popularmente...<sup>24</sup>

Los funcionarios presentaron trabajos muy diversos. Los de Chile, Bolivia, Perú, Venezuela, Honduras, El Salvador y República Dominicana se limitaron a contar anécdotas o fragmentos de sus respectivas historias patrias; el de Colombia aprovechó el foro para exponer ideas sobre panamericanismo y unidad continental y los de Guatemala y Nicaragua expusieron investigaciones de corte más académico.<sup>25</sup>

Además de los representantes americanos Torrea invitó a socios del Ateneo: Fernando Ocaranza, David Alberto Cossío y los jóvenes Arturo Arnáiz y Freg y Fernando Benítez.<sup>26</sup> También dictaron conferencias algunos militares: Miguel Ángel Sánchez Lamego,

<sup>23</sup> *Passim*. Juan Manuel Torrea (presentación). *Episodios y personajes de la historia de América*. México, Ateneo Nacional de Ciencias y Artes de México, 1937. 217 p.

<sup>24</sup> Torrea. "Presentación" En *Ibid.* P. IX.

<sup>25</sup> *Ibid.* *Passim*. Torrea. *Episodios y...* Los títulos de las ponencias: "Pasajes curiosos de la historia de Chile", "Bolivar y la bandera boliviana", "El gran caudillo peruano don Nicolás de Piérola", "El mariscal de Ayacucho", "Breves datos biográficos del héroe, general don Francisco Morazán", "José Matías Delgado, precursor de la independencia centroamericana" y "Los restos de Colón en Santo Domingo". Fabio Lozano, ministro de Colombia, por su parte, leyó "Bolivar, el Congreso de Panamá y la solidaridad americana". De corte más académico: "Ideas para el estudio sobre Fray Bartolomé de las Casas como precursor de algunos principios de Derecho Internacional", de Manuel Echeverría Vidaurre, embajador guatemalteco y decano del cuerpo diplomático y "Dos episodios de la vida colonial nicaragüense", de Hildebrando Castellón.

<sup>26</sup> *Ibid.* Ocaranza expuso "Mal entendimiento acerca de la tarea que desempeñaron los franciscanos en Guatemala a principios del siglo XVI"; Cossío, por su parte, "Un libro sobre los cacchiqueles". Benítez presentó "El general francés Octaviano D'Almivir, agente de Bonaparte", y Arnáiz y Freg "De cómo México

mayor de ingenieros, presentó unos "Breves rasgos biográficos del general de división mexicano D. Rómulo Díaz de la Vega; el teniente Carlos Batiz ("Ignacio Allende, estudio crítico sobre su actuación en el primer periodo de la independencia"); el capitán primero Juan Chanfreau ("Don Pedro de Alvarado y su expedición a Guatemala") y el teniente coronel Ignacio M. Beteta ("El ejército de Guatemala").<sup>27</sup>

Por último, hizo uso de la palabra el presidente del Ateneo de Ciencias y Artes de México, Félix F. Palavicini, que conocía, como se ha visto, a Torrea desde varios años atrás. En su intervención, Palavicini explicó que aquel año -1937- el Ateneo dedicó

...preferente atención a la historia de América, es así como nuestra Sección de Estudios Militares desarrolló un ciclo para analizar los aciertos y los errores de los grandes caudillos de América: Bolívar, Washington, San Martín, Morelos, Sucre y Máximo Gómez, fueron estudiados con brillantez por los técnicos de nuestra Escuela Superior de Guerra, oficiales de Estado Mayor.<sup>28</sup>

Es evidente la mano de Torrea en el ciclo que menciona Palavicini: el general seguía insistiendo en educar a los militares mexicanos.<sup>29</sup>

Además de ser el presidente de la Sección de Historia y Geografía del Ateneo de Ciencias y Artes, Juan Manuel Torrea era, a fines de los años 30, presidente de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística,<sup>30</sup> a la que había ingresado algunos años atrás.<sup>31</sup>

---

quiso hacer la independencia de Cuba en 1826, utilizando la guerra submarina". El relator Humberto Palza, secretario de la legación de Bolivia, escribió "Uno y otro [Benítez y Arnáiz y Freg] amantes del cronicón mohoso y polvoriento, sueltos y ágiles prosadores, con la prosa juguetona de la crónica amable y sonriente, infiltrados de un suave humorismo que en veces quisiera ser cruda ironía, pero que se queda en la simple sonrisa, todo lo cual presenta particular interés a sus escritos. Mucho habría que decir de estos dos jóvenes mexicanos..." (P. 65).

<sup>27</sup> *Ibid.* Sobre ellos dijo Torrea que eran "...legítimos valores de nuestro ejército..." (p. IX).

<sup>28</sup> *Ibid.* P. 213.

<sup>29</sup> Véase en el capítulo anterior un certificado del general Juan Barragán, donde declara que "...a él [a Torrea] se debió que ingresara a ellas [a las sociedades científicas] un buen número de militares..."

<sup>30</sup> *Diccionario Porrúa...* V. 3 P. 2767.

<sup>31</sup> En 1933 la Sociedad publicó una memoria de celebración por su primer centenario. En ella colaboraron, entre otros muchos y además de Torrea: Agustín Aragón, Francisco León de la Barra, Alberto María Carreño, Fernando Ocaranza y Adolfo Ruiz Cortines. *Vid.* Ezequiel Ordóñez (introd.) *Primer centenario de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. 1833-1933*. 2v. México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1933.

La lista de las asociaciones culturales a las que perteneció el general Torrea es verdaderamente larga. Además de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, perteneció a la Academia de Ciencias "Antonio Alzate" como socio titular y académico de número; a la Unión Racionalista correspondiente de la de París, rama mexicana, de la que fue miembro y tesorero; al Ateneo Nacional de Ciencias y Artes de México, del que fue presidente varias veces, socio activo y luego honorario; al Instituto Sanmartiniense de México, del que fue vicepresidente; a la Academia Mexicana de Genealogía y Heráldica, de la que fue consejero en heráldica militar; a la Juventud Legionaria Iberoamericana, de la que fue miembro honorario; al Comité de Relaciones Culturales entre México y la República Dominicana, de la que fue vicepresidente; al Ateneo Hidalguense "Dr. Antonio Peñafiel"; a la Sociedad de Estudios Históricos de Monterrey; a la Sociedad Nuevoleonesa de Historia, Geografía y Estadística; a la Sociedad Mexicana de Arte y Ciencias Cívicas; a la Sociedad Fraternal del Ejército, de la que fue miembro de número; a la Junta Nacional de Censos; a la Institución Internacional de Ideales Americanistas, de la que fue miembro fundador; al Comité Patronal del Museo Histórico de Acapulco; al Círculo Panamericano y, por si fuera poco, a la Agrupación Cultural de Acción Social, constituida por presidentes y expresidentes de sociedades científicas y culturales.<sup>32</sup>

Pero fue sin duda en la Academia Nacional de Historia y Geografía donde dejó una huella más profunda. La presidió entre 1944 y 1957. A partir de este año sería su presidente honorario perpetuo.

Bajo su impulso, la colección "Memorias" llegó a 15 tomos, con cerca de 700 estudios. Para él fue una alegría sin par haber logrado tras larguísima y paciente gestiones instalar a la Academia en casa propia, con local para la biblioteca y el archivo y con salón de actos donde pueden acomodarse ciento cuarenta personas...<sup>33</sup>

---

<sup>32</sup> "General Juan Manuel..." Pp. 37-38. También formó parte de asociaciones culturales de Argentina, Bolivia, Colombia, Cuba, El Salvador, Estados Unidos, Italia, Nicaragua, Perú y República Dominicana.

<sup>33</sup> González. *Op. cit.* P. 22.

Es de notar que cuando Torrea asumió la presidencia en 1944, la Academia estaba a punto de desaparecer; pero a partir del 16 de febrero de 1945, se reestructuró - prácticamente se refundó-, reconociendo el patrocinio de la Universidad Nacional Autónoma de México y al rector de la máxima casa de estudios como su presidente honorario.<sup>34</sup>

### *Escritor*

Es ardua la labor de precisar cuántos libros y artículos publicó Juan Manuel Torrea. Desde los primeros años de la década de los 20 comenzó a colaborar en distintos periódicos y revistas; a partir de 1923 publicó el que sería su primer libro y no dejaría de entregar textos a la imprenta los siguientes 37 años. Tan sólo en el trienio comprendido entre 1939 y 1941, por ejemplo, publicó al menos nueve libros.<sup>35</sup>

Lo cierto es que pasó casi toda su vida escribiendo. Además de los títulos localizados durante esta investigación se halló evidencia de otros que no se encuentran en ninguna biblioteca pública de la ciudad de México y que posiblemente nunca vieron la luz.

En una entrevista realizada en 1941, declaró que estaba escribiendo *Condecoraciones militares mexicanas, una Historia militar del Ejército del Norte de 1865 a 1867* y sus *Memorias*.<sup>36</sup> Fue localizado el manuscrito del primer título, pero no se halló el segundo ni el tercero por ninguna parte. Según el reportero que hizo la entrevista y que tuvo en sus manos los tres originales, en sus *Memorias* Torrea describía

...la vida mexicana de fines del siglo XIX [...] no sólo en narraciones panorámicas sociales, sino en episodios en los que intervinieron las gentes entonces muy conocidas en todas las esferas metropolitanas. Relata cómo el escritor ganaba cincuenta centavos diarios dando clases en una escuela de obreros; la vida en la Escuela Preparatoria; la vida militar de los oficiales solteros, con todas sus aventuras públicas y privadas; los paseos a la vieja usanza; las tandas en el Teatro Principal; las costumbres taurinas de la época y los jaripeos con todo su sabor clásico; banderas históricas, famosas y curiosas fiestas de caridad de las Colonias americana, española y francesa, con descripción de magníficas personalidades, fiestas patrias; los héroes de aquellas horas y los grandes hechos en la Reforma y en las intervenciones;

<sup>34</sup> *Diccionario Porrúa*... P. 12.

<sup>35</sup> *Vid.* La bibliografía de Juan Manuel Torrea.

<sup>36</sup> *Antón. Op. cit.* P. 42.

anécdotas relativas a oficiales meritisimos o extravagantes; mentiras históricas; errores curiosos en el reconocimiento de grados; cómo eran los diplomáticos mexicanos de positiva jerarquía ante Gobiernos extranjeros y las grandes falsedades militares y civiles de tales tiempos...<sup>37</sup>

Estas memorias nunca se publicaron pero, como se verá más adelante, algunas de sus partes fueron editadas como fragmentos de algunos libros o como artículos independientes.

Unos años atrás, en 1933, el propio Torrea anunció en un artículo que estaba cerca de publicar un libro llamado *Del alfa al omega del Segundo Ejército. 1860-1914*.<sup>38</sup>

Carlos González Salas, estudioso de la literatura tamaulipeca, hizo en 1968 una lista de las publicaciones donde colaboró Torrea: *Revista del Ejército y la Marina, Armas y Letras, El Universal, Excelsior, La Prensa, El Gráfico, El Mundo* (de Tampico), *El Porvenir* (de Monterrey), *Ambos Mundos, Todo, Revista de Revistas, La Opinión* (de Los Ángeles, California), *El Día, El Monitor y Alas*.

De los libros que el mismo autor dice que Torrea publicó, no pudieron localizarse *Cartilla de contabilidad militar para uso de los alumnos del Colegio Militar* (confeccionada seguramente durante su estancia como profesor en el Colegio), *Ocupación de la Plaza en Matamoros, Tamaulipas, en 1876, El papel moneda en Tamaulipas en 1876, Los héroes de Veracruz* (éste texto y otro ya citado sobre los acuerdos de Teoloyucan son los únicos que escribió sobre la Revolución Mexicana, por desgracia, no pudo verse ninguno), *Abates militares, Homenaje al viejo maestro don Manuel Cervantes Imaz* (director de la escuela primaria a la que asistió), *Albino Espinoza, Vicente Riva Palacio, Ignacio Mora y Villamil, Los ejércitos franceses, 1861-1864, Influencia de la cultura de Francia en el intelectual mexicano y Estudio y recopilación de documentos referentes al Congreso de Panamá (1826-1832)*.<sup>39</sup>

<sup>37</sup> *Ibid.* P. 43.

<sup>38</sup> Los datos que se disponía a dar sobre Lauro Villar eran una síntesis del capítulo "Una asonada contemporánea" del libro citado. Juan Manuel Torrea. "Una figura militar de la Ciudadela. El general Villar". En *El Universal*. México, D.F., 12 de febrero de 1933. Sección "Magazine para todos". P.4.

<sup>39</sup> González Salas. *Op. cit.* P. 2.

De cualquier modo, el general Torrea consiguió publicar casi todo lo que escribió. Para ello, se valió de editores y patrocinadores muy variados. Halló a los más importantes en las academias y asociaciones culturales; buena parte de su obra sería publicada bajo el sello de la Academia Nacional de Historia y Geografía que se complacía en imprimir cuanto salía de la pluma de su director, lo cual no implicaba que los trabajos de Torrea carecieran de atractivo para otras instituciones.

El viejo Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, antecedente del Instituto Nacional de Antropología e Historia, le publicó un estudio en el Tomo VII de sus *Anales* en 1933. Los responsables del Primer Congreso Mexicano de Ciencias Sociales, por otra parte, debieron de intervenir a su favor para que los Talleres Gráficos de la Nación le editaran su ponencia. De mismo modo, la Rama Mexicana de la Unión Racionalista dio a la imprenta uno de sus discursos.<sup>40</sup>

Las asociaciones culturales, por su parte, financiaban de maneras muy diversas sus proyectos editoriales. El número de centenario de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística pudo imprimirse, por ejemplo, gracias a que uno de sus consejeros, August Genin, hizo un fuerte donativo poco antes de su muerte, y la Fábrica de Papel San Rafael, de cuya junta directiva era miembro, decidió regalar los pliegos necesarios en homenaje a la memoria de su socio desaparecido.<sup>41</sup>

Torrea también encontró apoyo en algunas instancias gubernamentales. De hecho, en un par de casos, hizo libros sobre pedido.

La historia de Tampico fue "...escrita por iniciativa y especial encargo del C. don Jesús Quintana, presidente municipal de Tampico, Tamaulipas...". En una de sus primeras páginas, se lee un mensaje del mecenas: "...Con la impresión de este volumen [...] damos por

---

<sup>40</sup> Juan Manuel Torrea. *Banderas históricas del Museo Nacional*. México, Publicaciones del Museo Nacional/Talleres Gráficos del Museo de Arqueología, Historia y Etnografía, 1933. 17p. Juan Manuel Torrea. *Graves incongruencias en materia de ratificación de grados del ejército*. México, Agencia Editora Mexicana-Cooperativa Talleres Gráficos de la Nación, 1941. 29p. Torrea. *La banda...*

<sup>41</sup> Vid. Ordóñez. *Op. cit.* Pp. XIII-XIV.

terminada nuestra modesta gestión administrativa [...] Diciembre 31 de 1942..." y un poco más adelante, bajo el retrato del político en cuestión, la leyenda del pie de foto dice:

Sr. Lic. D. Emilio Portes Gil. Ex-Presidente de la República Mexicana a quien ha sido dedicada esta obra por el Sr. Presidente Municipal de Tampico, D. Jesús Quintana.

Como es obvio, el trabajo tenía fines más políticos que de conocimiento histórico y tuvo que elaborarse según esa lógica. Inmediatamente antes del inicio del texto, los autores se disculpan, pues "...Dada la magnitud de la empresa [...] a más de la premura del tiempo, no creemos haber hecho una obra perfecta..."<sup>42</sup>

Quintana tuvo la delicadeza de reconocer a los autores del libro que él dedicaba, lo cual no le sucedió siempre al general Torrea. En 1947 salió *El coronel Felipe Santiago Xicoténcatl*, firmado por Rafael Avila Bretón, gobernador del estado de Tlaxcala. La dedicatoria dice:

Al Señor Licenciado Miguel Alcán, Presidente Constitucional de la República, quien en forma elevada ha dado ejemplos en que vibran los sentimientos más puros de fraternidad y patriotismo.

TLAXCALA le dedica este modesto opúsculo en ocasión al Primer Centenario de la Batalla de Chapultepec, en la que ofreció su vida, como otros patriotas, el valiente Coronel Felipe Santiago Xicoténcatl.

Tlaxcala, septiembre de 1947. Rafael Avila Bretón, Gobernador Constitucional del Estado.<sup>43</sup>

En el exordio, Crisanto Abaroa afirma que

Con los datos valiosísimos proporcionados por el ameritado General don Juan Manuel Torrea y con los que ha obtenido en diversas fuentes de información histórica el señor licenciado Rafael Avila Bretón, se da a la publicidad este libro.<sup>44</sup>

<sup>42</sup>. Torrea. *Tampico...* Portada y páginas iniciales sin numerar. No sobra decir que si cada presidente municipal de México buscara los favores de políticos de mayor envergadura como lo hizo Jesús Quintana en 1942, ya habría sido escrita la historia de todos los municipios del país.

<sup>43</sup>. Juan Manuel Torrea. *El coronel Felipe Santiago Xicoténcatl y la batalla de Chapultepec, 1847-1947*. Exordio de Crisanto Cuéllar Abaroa. Tlaxcala, Publicaciones de la Dirección de Bibliotecas, Museos e Investigaciones Históricas, 1947. 56p.

<sup>44</sup>. *Ibid* P. 9.

Pero lo cierto es que, de principio a fin, el libro fue escrito por Juan Manuel Torrea, pues tiene todos los elementos típicos de su obra: rememoración de conductas heroicas, interés marcadísimo por definir el deber de los militares y un empleo extenso y desenfadado de los papeles del Archivo Histórico Militar de México. Además, en el texto se menciona sólo tangencialmente que Xicoténcatl era oriundo de Tlaxcala.

Evidentemente, y según se ve en este caso, Torrea estaba más interesado en difundir sus conocimientos que en recibir el reconocimiento por hacerlo. Incluso estaba dispuesto a continuar el trabajo de difusión aun después de entregar el original a la imprenta. Su historia del Colegio Militar, por ejemplo, estaba a la venta, en su propio domicilio.<sup>45</sup>

Y es que el general Torrea estaba verdaderamente interesado en dar a conocer los resultados de sus indagaciones, en particular algunos. La única obra de Torrea que conoció una segunda edición fue su biografía sobre Sóstenes Rocha.<sup>46</sup> Es de llamar la atención que en ambas ocasiones, fuera el propio autor quien absorbiera los costos de impresión.

El resto de sus libros nunca fueron reeditados.<sup>47</sup> Sin embargo, no es que los libros de Torrea fueran particularmente despreciados, sino que, por aquellos años, el hábito de la lectura estaba aún menos arraigado que ahora. Por eso, Torrea se esmeró en conquistar otros espacios por medio de los cuales pudiera expresar masivamente el resultado de sus hallazgos.

<sup>45</sup> En el colofón se lee: "De venta en la Librería Porrúa Hermanos o en la casa del autor, Calle Cerrada de la Paz número 32, Tacubaya..." Juan Manuel Torrea. *La vida de una insilución gloriosa. El Colegio Militar. 1821-1930. Apuntes, resúmenes y apreciaciones.* Prologo de José Luis Osorio Mondragón. México, Talleres Tipográficos "Centenario", 1931. 187p.

<sup>46</sup> Juan Manuel Torrea. *Sóstenes Rocha. El General más mexicano y más popular del siglo XIX.* s.l., edición del autor, 1941. 57p. Y Juan Manuel Torrea. *Sóstenes Rocha. El general más mexicano y más popular del siglo XIX.* 2a. ed. Prólogo de Alfonso Cravioto. México, Edición del autor, 1949. 63p. Para este trabajo se utilizó la edición de 1949.

<sup>47</sup> Sin duda, su texto más exitoso fue el de la Decena Trágica. De hecho, lo dio a conocer en once entregas en la revista *Todo* durante el año de 1934. Entre enero y marzo de 1931, Octavio Magaña Cerda, publicó fragmentos de esta obra en su columna "Historia Documental de la revolución" que sacaba diariamente en *El Universal*. Un par de años antes, Diego Arenas Guzmán también echó mano de *La Decena Trágica* para fortalecer su hipótesis de que Huerta estaba, desde el 9 de febrero, de acuerdo con los generales rebeldes. Vid. Diego Arenas Guzmán. "La premeditada traición de Huerta". En *El Nacional*. México, D.F. 16 de febrero de 1949. Pp. 5, 7.



### c) El hallazgo de los héroes

Su máximo logro al respecto lo consiguió, sin duda, con la gesta de los Niños Héroes, que rebasó con mucho el ámbito de las tradiciones internas del Colegio Militar y se convirtió en el lema de toda una gestión administrativa.

#### *Los primeros tanteos*

El 25 de marzo de 1947 la fajina de zapadores que dirigía Juan Manuel Torrea desenterró los huesos de seis esqueletos en una de las laderas del cerro de Chapultepec. Poco tiempo después, se reconocería que esos restos pertenecían a los alumnos del Colegio Militar que se inmolaron en la defensa del Castillo el 13 de septiembre de 1847.

Pero el hallazgo no fue, como podría pensarse, producto de la casualidad. El general Torrea estuvo interesado en todos los asuntos que tuvieran que ver con el pasado de las armas nacionales y el homenaje a sus héroes. Fue secretario de la Asociación "Supervivientes del Ejército Republicano" y también formó parte -en algún momento fue presidente- de la Asociación de Alumnos del Colegio Militar,<sup>48</sup> de hecho, escribió en 1947 la historia de la formación de este grupo<sup>49</sup> y compartió activamente, durante toda su vida, los afanes de la Asociación por rescatar los hechos heroicos de la guerra de 1847-1848 y de homenajear a sus protagonistas. En 1923, por ejemplo, formó parte de la comisión que consiguió la autorización presidencial para que

---

<sup>48</sup> *Vid. Supra.*

<sup>49</sup> Un grupo de veteranos alumnos del Colegio Militar constituyó esta asociación con el fin de conmemorar formalmente las batallas que el ejército libró contra los invasores estadounidenses en Molino del Rey y en Chapultepec. En septiembre de 1871 el presidente Juárez asistió a la primera celebración que organizaron. *Vid. Juan Manuel Torrea. "Dos primeras celebraciones patrióticas" En Antonio Fernández del Castillo (dir.) A cien años de la epopeya. 1847-1947. México, Boletín de la Academia Mexicana de Historia y Geografía, 1947. 72p. Pp. 41-47.*

los antiguos militares [...] llevaran [la bandera del Batallón Activo de San Blas] a la ceremonia de colocación de la primera piedra del monumento dedicado a la epopeya de los Alumnos Héroe.<sup>50</sup>

Pero por esos años estaba más preocupado por la memoria del coronel Felipe Santiago Xicotécatl -para él "...héroe máximo de la guerra de 1847..."<sup>51</sup>- que por la de los jóvenes defensores del Colegio Militar.

En 1928, después de una larga indagación documental, logró localizar los restos de Xicotécatl en un mausoleo del Panteón de San Fernando (por cuya conservación, dicho sea de paso, peleó denodadamente a lo largo de su vida). La Asociación de Alumnos del Colegio Militar hizo los trámites necesarios para mudar los huesos del comandante del Batallón Activo de San Blas a otra gaveta -la marcada con el número 760- y cubrirla con una placa que mandó hacer la propia asociación donde había una leyenda alusiva a su conducta heroica.<sup>52</sup>

Ese logro calmó de momento las inquietudes que don Juan Manuel tenía al respecto. Pero no ocasionó, en modo alguno, que se olvidara de los huesos de los otros héroes de las trágicas jornadas contra los invasores estadounidenses.

### *El hallazgo*

Desde su ingreso al ejército y al Colegio Militar en 1895 Torrea había oído hablar del paradero de los cadáveres de los cadetes muertos en septiembre de 1847. Entre los alumnos del plantel se repetía, generación tras generación, que estaban enterrados en el espacio delimitado por cuatro grandes árboles conocidos como los "ahuehuetes de Miramón", en el costado sur del cerro. Era toda una tradición; hasta el nombre con que se bautizó a los árboles hacía referencia a otro de los defensores del alcázar.

---

<sup>50</sup>. Torrea. *El coronel...* P. 50.

<sup>51</sup>. Juan Manuel Torrea. *A cien años de la epopeya: rendido homenaje a los héroes*. México, Academia Nacional de Historia y Geografía, 1947. 65p. P. 65.

<sup>52</sup>. *Passim*. Torrea. *El coronel...*

Torrea, que además era afecto a conversar con los ancianos veteranos y a escuchar las pláticas donde rememoraban los hechos de armas, estaba convencido de que, en efecto, los cadetes habían sido enterrados en un lugar aparte del resto de los mexicanos caídos en el campo de batalla. Por eso empezó a llevar a periodistas y funcionarios a aquel lugar; tenía el propósito de convencer a la opinión pública de la necesidad de exhumar los restos de los héroes y darles una sepultura digna de sus méritos.

A mediados de 1926, Torrea le mostró al periodista Jacobo Dalevuelta, además de la zona donde debían de estar los cuerpos de los niños, los lugares donde murieron Juan de la Barrera, Margarito Zuazo y Felipe Xicoténcatl. Al día siguiente, Dalevuelta confesaría en su columna que

Le sorprendía, a ratos, escapándosele hondos suspiros de nostalgia, cuando por el curso de nuestra conversación, volvía sus miradas a la cumbre cercana que corona el castillo...<sup>53</sup>

Una década después, ofreció el mismo recorrido al general Miguel Alvarez y al antiguo capitán de marina Enrique Molina; en 1939 les tocaría el turno a Manuel Cortés (jefe del Departamento Consular de la Secretaría de Relaciones Exteriores), al teniente coronel Manuel de J. Solís y al mayor Arturo Pérez Flores.<sup>54</sup>

Así, llegó el año de 1947 -centenario de la gesta y tiempo propicio para desenterrar huesos de próceres<sup>55</sup>- y Juan Manuel Torrea se mostraba renuente a iniciar las gestiones para localizar a los Niños Héroes:

<sup>53</sup> Jacobo Dalevuelta. "¿Dónde reposan las cenizas de los aguiluchos?" En *El Universal* ciudad de México, 24 de julio de 1926. Transcrito en Juan Manuel Torrea. "Dos informaciones de la prensa a propósito de la localización de los restos de los Niños Héroes". En *Memoria de la Academia Nacional de Historia y Geografía*. México, D.F. Año XIV. Boletín 8. 1958. Pp. 49-57. P. 50.

<sup>54</sup> Vid. Torrea. "Los restos..." Pp. 13-14. Donde hace referencia a *Todo*, 8 de septiembre de 1936 y *Chapultepec*, 13 de septiembre de 1939.

<sup>55</sup> En 1946 fueron localizados, estudiados y vueltos a emparedar, los restos de Hernán Cortés; el siguiente año, además de los huesos de los Niños Héroes, se buscaron los de los caídos de Padierna; en 1949 fue descubierta la supuesta osamenta de Cuauhtémoc. Vid. Felicitas López Portillo. "Hispanismo e indigenismo: la polémica de los (verdaderos) huesos de Cortés y Cuauhtémoc" En *Universidad de México*, ciudad de México, Diciembre de 1994. No. 527. Pp. 22-29.

...no fui yo quien iniciara la búsqueda porque había decidido desde pretéritamente no pedir permiso para hacer exploraciones, porque fundamentalmente temía que los pesimistas o desconocedores de lo que significa la tradición para el aspecto militar, además de dudar o no darle importancia a la tradición, con sus apreciaciones lastimarian hasta el hecho inmortal o el mérito indiscutible de los alumnos del Colegio Militar...<sup>56</sup>

Fueron Roberto Toquero -quien ya le había sugerido varias veces a Torrea que iniciara la búsqueda- y el flamante coronel Manuel de J. Solís los que plantearon el asunto a las instancias correspondientes, es decir, a la Secretaría de la Defensa Nacional. En oficio remitido al titular del ramo el 18 de febrero de 1947, el coronel Solís solicitó autorización para hacerse cargo de la exhumación de los restos.

El primer día de marzo llegó la respuesta, pero no a Solís, sino a Torrea. El oficial mayor de la Secretaría de la Defensa Nacional, general de brigada Manuel Cabrera Carrasquedo, escribió:

Por acuerdo del C. General de División Secretario [Gilberto R. Limón], se le designa a usted para que en representación de esta Secretaría, proceda a localizar y exhumar los restos de los NIÑOS HEROES y demás defensores del Castillo de Chapultepec, en la jornada épica del año de 1847, autorizándolo para que efectúe las exploraciones necesarias y gestiones ante las Secretarías y Departamentos de Estado, la colaboración que juzgue pertinente, para llevar a feliz término su comisión, mereciéndole que en su oportunidad, se sirva rendir un informe a esta Secretaría con el resultado en el concepto de que será auxiliado en su cometido por el C. Coronel de Infantería Manuel de J. Solís Anduaga.<sup>57</sup>

Una vez que fue comisionado, Juan Manuel Torrea comenzó a trabajar; en realidad ya tenía lista toda la información que necesitaba. Contaba, además de con la tradición que había escuchado desde el siglo anterior, con el testimonio y un croquis explicativo del general Manuel Plata quien lo había recogido del director del Colegio Militar en septiembre de 1847, general Manuel Montesinos.<sup>58</sup>

<sup>56</sup> Torrea. "Los restos.." P. 14.

<sup>57</sup> Documento transcrito en *Ibid* P. 16.

<sup>58</sup> *Vid. Infra*.

La idea original de Torrea era practicar una excavación en diagonal ascendente desde los Ahuehuetes hasta el picadero, donde había una zanja que sirvió de fosa común para algunos defensores del Castillo.

Con la confianza de que su información era verídica, Juan Manuel Torrea se dirigió al mayor Boza Alemán, administrador de Chapultepec, que se mostró con buen ánimo para ayudarlo y lo llevó con "...Luis Camarena, jefe de las cuadrillas de campo..."

El general Torrea declaró que ya tenía noticia de "...que habían sido descubiertos unos restos en 1896...", sin embargo, no dijo cómo había obtenido esa información. Lo cierto es que "...el dato fue corroborado por el señor Camarena, quien lo obtuvo del señor Tiburcio Chavira Salcedo, señor de 85 años de edad y también trabajador del bosque..."<sup>59</sup> Camarena lo llevó, pues, a una gran piedra, a unos 50 metros de los Ahuehuetes de Miramón, lugar donde se suponía que estaban enterrados los Niños Héroe.

Tiburcio Chavira fue, en realidad, el hombre clave en el hallazgo de los huesos. Declararía: "Yo mismo traslade [sic.] los huesitos de los Niños de la zanja donde los estaba acabando la humedad. Los llevamos más arriba en el año de 1896..."<sup>60</sup> Con lo que se hace evidente que 50 años atrás, haciendo caso de la tradición, había cavado en la zanja, localizado los restos de los Niños Héroe, los había desenterrado y vuelto a enterrar, señalando el nuevo sitio con una enorme piedra.

De cualquier modo, el 20 de marzo Torrea ordenó al subteniente Juan Gómez Barrientos, quien estaba al mando de los zapadores comisionados bajo sus órdenes, que iniciara la excavación en la zanja. Cuatro días después de iniciada la búsqueda,

...el día 25, como a las 8:30 horas se presentó en el lugar del trabajo el señor General Torrea acompañado del señor Coronel Solís y me ordenó que llevase algunos hombres a trabajar a un nuevo lugar, cosa que hice llevando conmigo al Sargento

<sup>59</sup> Torrea. "Los restos..." Pp. 16-17.

<sup>60</sup> Arturo Sotomayor. *Nuestras Niños Héroe, biografía de una noticia*. Texto de un pic de foto sin numerar. Tomado de María Elena García Muñoz y Ernesto Fritsche Aceves. *Los Niños Héroe, de la realidad al mito*. México, 1989. (Tesis de licenciatura en historia. Universidad Nacional Autónoma de México). P. 92. Es de notar que este trabajo, encaminado entre otras cosas, a cuestionar la autenticidad de los huesos, no hace el menor hincapié en esta declaración.

Segundo Sánchez Solís y a dos soldados de la fajina, dejando el resto trabajando en el lugar primitivo. El nuevo lugar de trabajo se halló situado como a cincuenta metros al Noroeste, ladera arriba del cerro del lugar primitivo, encontrándose señalado por una piedra grande como de cincuenta centímetros de ancho. Principió desde luego la excavación y hacia las 11 horas se encontraron los primeros restos humanos, y prosiguiéndose el trabajo, para las trece horas se habían extraído las osamentas de seis esqueletos.<sup>61</sup>

El subteniente Gómez Barrientos dio aviso de inmediato a la Secretaría de la Defensa Nacional. Pocos tiempo después -cerca del mediodía- llegó el coronel Solís, se enteró de lo ocurrido y fue a buscar un costal en el que metió los huesos recién hallados. Gómez Barrientos se quedó custodiando el costal hasta las ocho de la noche, hora en que llegó al lugar el general brigadier Francisco J. Grajales, jefe del estado mayor de la Secretaría de la Defensa Nacional, a quien le entregó los restos.

Dos horas antes, el general Torrea había dado cuenta de lo ocurrido al oficial mayor de la Secretaría de la Defensa Nacional. Al día siguiente -26 de marzo- Torrea y Solís fueron muy temprano al lugar del hallazgo, luego se dirigieron a las oficinas de la Secretaría de la Defensa Nacional donde los recibió el titular del ramo. Torrea, Solís y el oficial mayor salieron rumbo a la Agencia Gayosso donde compraron seis urnas; volvieron a Chapultepec y ahí,

Con todo cuidado y tomando parte el C. Jefe de Estado Mayor personalmente, se colocaron cuidadosamente las seis calaveras y todos los demás restos humanos.

En ese acto estuvieron presentes además del Gral. Grajales y del suscrito, los coroneles Manuel de J. Solís y Miguel A. Sánchez Lamego, Teniente Coronel Jorge Castellanos Domínguez, Mayor Abel Boza Alenán y los señores Camarena y Chavira.<sup>62</sup>

Los militares partieron con las urnas para entregarlas al secretario Limón, que ya estaba acompañado por el antropólogo Felipe Montemayor y algunas otras personas. Las urnas fueron colocadas en una pieza contigua al despacho del general Limón "...en espera de

<sup>61</sup> Parte rendido por el subteniente Juan Gómez Barrientos. Transcrito en Torrea. "Los restos..." P. 17.

<sup>62</sup> *Ibid.* P. 18.

ser llevadas al Colegio Militar con los honores que expresamente serán acordados por el C. Presidente de la República...<sup>63</sup>

### *Los dictámenes*

El secretario de la Defensa Nacional entregó los huesos el siguiente día al Museo Nacional, donde los antropólogos Luis Limón Gutiérrez y Felipe Montemayor los estudiaron. El 31 de marzo entregaron su informe, donde declaraban que de los cráneos

...cinco de ellos son fisiológicamente adultos jóvenes y el otro corresponde a un individuo adulto pero de mayor edad que los anteriores [...] hemos podido determinar que también corresponden a seis esqueletos de individuos, pero no podemos afirmar que los cráneos pertenezcan a los esqueletos. Sin embargo existe la posibilidad de que los cráneos correspondan a los mencionados esqueletos debido a que el número de éstos es también de seis y presentan las mismas características que los cráneos en cuanto a edad y sexo.

[...] el estado de conservación de las piezas óseas estudiadas es malo, pues en muchos casos contamos sólo con diáfisis y fragmentos de huesos planos y cortos, además faltan numerosas vértebras, especialmente cervicales. Esto puede deberse a las malas condiciones en que fueron sepultados los individuos y una prolongada acción del tiempo.

Existen además varias piezas óseas tales como húmeros, fémures y tibias, que no corresponden a los esqueletos mencionados, y que no tienen relación entre sí por lo que podemos suponer que se trata de restos sueltos de otros cadáveres que fueron inhumados en la misma fosa.<sup>64</sup>

Aunque el dictamen podía calificarse de optimista -seis calaveras y seis esqueletos; cinco de adultos jóvenes y uno un poco mayor- no podía ser contundente pues faltaban y, peor aún, sobraban algunos huesos.

Quien hubiera podido despejar las dudas al respecto era Tiburcio Chavira, quien exhumó y reinhumó esos restos en 1896. Extrañamente, el anciano trabajador del bosque no volvió a aparecer en esta historia.

En respuesta a las dudas que pudieran suscitarse, el presidente de la república le dio instrucciones al general Gilberto R. Limón, secretario de la defensa nacional, para que

<sup>63</sup> *Ibid.* P. 19.

<sup>64</sup> Informe rendido por los antropólogos al doctor Daniel F. Rubín de la Borbolla, director del Museo Nacional. 31 de marzo de 1947. Transcrito en Torrea. "Los restos..." P.22.

nombrara una comisión que revisara la investigación que condujo a Torrea a hallar los huesos y el dictamen que sobre ellos hicieron los antropólogos del Instituto Nacional de Antropología e Historia

La comisión estaría conformada por el ingeniero José María Álvarez, el licenciado Celestino Herrera Frimont, el profesor Alberto María Carreño y el propio general Torrea, y sería presidida por el licenciado Alfonso Toro.<sup>65</sup>

Mientras que éste último declaró que "...nada se puede añadir..." a los estudios de Torrea, Limón y Gutiérrez, y que las evidencias "...casi no dejan duda..." de la autenticidad de los huesos, Alberto María Carreño se mostraba más perspicaz y hacía una observación interesante "¿De quién recogió tal informe el general Montesinos? No lo sabe el general Torrea, quien a su vez recibió la tradición del general Plata, junto con el plano..." Sin embargo, sugería inmediatamente alguna explicación:

no es impropio aventurar [...] que la fuente informativa haya sido el notable Médico Cirujano Rafael Lucio; el presbítero Pablo Carrasco, Capellán del Colegio, o el Mayordomo Rafael Landero, o el bibliotecario don Fortunato Soto.

Nuestro célebre Dr. Lucio es indudable que de preferencia se ocupó en salvar las vidas de quienes no perecieron instantáneamente; pero no es absurdo suponer que el Sacerdote Carrasco y el mayordomo Landero, que habían convivido con aquellos Niños, se entregaran a la fúnebre tarea de reunir sus cadáveres y de darles conjuntamente sepultura en un lugar que en mejores tiempos fuera fácil identificar...

y después de no concederle a Chavira mayor importancia que la de haber trasladado los huesos de un sitio a otro, concluía que "...no parece que haya razón bastante para rechazar la tradición..."<sup>66</sup>

El dictamen de la comisión, emitido el 24 de mayo de 1947, reconocía que la evidencia histórica y física conducía a la conclusión de "...poder aceptar que los restos encontrados corresponden a los Niños Héroe de Chapultepec..."<sup>67</sup>

<sup>65</sup>. *Ibid.* P 23.

<sup>66</sup>. De los estudios de Toro y Carreño, transcritos en *Ibid.* Pp. 23-25.

<sup>67</sup>. Dictamen firmado por Alfonso Toro, Juan Manuel Torrea, Alberto María Carreño, José María Álvarez y Celestino Herrera Frimont. 24 de mayo de 1947. En *Ibid.* Pp. 25-27.



Mientras tanto, los restos ya habían sido trasladados, en unas urnas de cristal montadas en armazón de plata maciza, a la Sala de Banderas del Colegio Militar de Popotla. Algunos meses después, el 9 de septiembre de 1947,

por decreto del Congreso de la Unión, se reconoció oficialmente que esos restos pertenecen a quienes la tradición popular señala con la designación simbólica de Niños Héroes de Chapultepec.<sup>68</sup>

### *Los huesos y la historia*

La autenticación de los restos mortales de personajes notables parece pertenecer más al campo de la veneración religiosa -o, cuando menos, cívica- que al de la investigación histórica.

Poco importa cuánto hayan avanzado las técnicas de datación y análisis de restos óseos si son usadas en ámbitos ajenos a la paleontología o la medicina forense. Es absurdo intentar emplearlas con huesos del siglo pasado cuando fueron creadas para fechar osamentas de hace, cuando menos, varios milenios. Del mismo modo, no tiene sentido dictaminar enfermedades o posibles causas de fallecimiento a partir de evidencias físicas en los huesos -hendeduras, rastros de sangre alojados en fisuras, traumatismos, y estado de piezas dentarias- si se van a confrontar con datos generados por fuentes diversas a lo largo de un periodo amplio de tiempo.

Para confirmar esto, vale la pena acercarse a una experiencia similar ocurrida recientemente. En 1988 fue publicado el informe del estudio realizado sobre los restos óseos y materiales encontrados en el monumento a los caídos en Molino del Rey.

El 12 de febrero de 1985 personal del Instituto Nacional de Antropología e Historia acudió al sitio donde estaba dicho monumento (en la confluencia de las avenidas Alcañete y Molino del Rey y del Anillo Periférico) porque las obras de la Línea 7 del Metro lo estaban destruyendo. Se extrajeron 12 urnas de madera con huesos y una caja de plomo sellada. El

<sup>68</sup> José Rogelio Álvarez (director). *Enciclopedia de México*. 12 v. 2a. Ed. México, Enciclopedia de México, S.A., 1977. V. 9. P. 393.

objetivo de la investigación era dictaminar si los huesos en efecto eran de quienes se suponía.

Enfrentaron la empresa historiadores, antropólogos, arqueólogos, geógrafos, médicos forenses y fotógrafos. El doctor Carlos Bosch declararía que "No es muy frecuente encontrar reunidas como responsables académicos de un libro a un grupo de profesionales tan heterogéneo..." y que "...las siguientes páginas contienen el más meritorio análisis que yo haya visto sobre un monumento..."<sup>69</sup>

En efecto, la cajita de plomo, puesta como primera piedra del monumento que se inauguró en septiembre de 1856, estaba repleta de testimonios de otros tiempos.<sup>70</sup> Por otra parte, los estudios practicados a los huesos que contenían las urnas, revelaron datos riquísimos sobre las características físicas de aquellas personas,<sup>71</sup> pero no pudieron avanzar lo esperado en la confirmación de sus identidades. Mientras que la evidencia física se ajustó a los relatos de la muerte de Lucas Balderas, Juan Aguayo, José María Mateos, Margarito Zuazo, José María Olvera y Mariano Martínez; no lo hizo con los de Francisco Paz, Tiburcio González, Rafael Sánchez, Antonio León y Gregorio V. Gelati.

Después de desplegar tal esfuerzo, se concluyó que unos restos sí podían ser de quienes se suponía y otros, no. Lo cual puede ser perfectamente científico, pero es también absolutamente intrascendente.

<sup>69</sup> María Elena Satas Cuesta, coordinadora. *Molino del Rey: historia de un monumento*. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1988. 144 p. (Serie de antropología física.) P. 9.

<sup>70</sup> En su base está inscrita la leyenda "la hizo [sic] José María Olarte, 1856", y contenía un grabado del presidente Comonfort, el acta de colocación de la primera piedra, un ejemplar del Estatuto Orgánico Provisional de la República Mexicana, un Calendario de Ontiveros para aquel año, algunos ejemplares de periódicos capitalinos del 22 de agosto de 1856, unas cuantas monedas de oro y plata de circulación corriente en aquel entonces, un grabado del coronel Balderas y una versión manuscrita de su biografía.

<sup>71</sup> Se precisó la edad, con un rango de error de más-menos dos años, que tenía cada una de las personas a la hora en que perdieron la vida. Se determinó su sexo -como era de esperarse todos eran varones- y las causas probables de muerte: hundimiento en quinta y sexta costillas provocadas por una fuerte lesión traumática; herida cortocontundente de once centímetros de largo en el cráneo, provocada por un golpe de sable manejado por un oponente diestro y ligeramente más alto que la víctima; amputación de miembro por proyectil de arma de fuego; etcétera. También se dictaminó la presencia de enfermedades que mucho habla de la situación sanitaria de mediados del siglo pasado: osteoporosis, caries, zarro dental, periodontitis, artritis, artrosis, descalcificación, anemia y desnutrición.

No se pudo afirmar que la calavera encontrada en la urna con el nombre de Gregorio Gelati fuera suya, por ejemplo, porque en su hoja de servicios se afirma que murió a consecuencia de un balazo en la cabeza y no se encontró ninguna perforación en ella.

No es posible equiparar pruebas físicas -fehacientes, incuestionables- con testimonios históricos, que están sujetos a una gran cantidad de subjetividades y son, por definición, improbables.

Lo que cabe preguntarse es la finalidad de estos esfuerzos; solamente ella puede justificarlos y, sobre todo, explicarlos.

#### *El homenaje indispensable*

La parte importante del dictamen de mayo de 1947 no es la que argumenta la validez de las indagaciones de Torrea, ni la precisión de las observaciones de los antropólogos; tampoco la que acepta que los huesos pertenecieron a los Niños Héroe, sino la que califica a estos niños como "...símbolo inmaculado de ejemplar patriotismo..." y supone que

...el Gobierno de la Nación y la totalidad de sus habitantes, sin distinción alguna, sabrán glorificar en forma digna y única con motivo del Primer Centenario de su inmolación y para nítido ejemplo de pundonor y desinterés en la defensa de nuestra patria.<sup>72</sup>

En efecto, en alguna entrevista concedida durante los días posteriores al hallazgo, el secretario de la defensa nacional declaró entusiasmado que

Si se confirman nuestras vehementes sospechas y el Dictamen de los historiadores define que éstos pertenecen a los Niños Héroe, tendremos oportunidad de organizar el más grande y justificado homenaje nacional a su memoria, porque en mi concepto los "aguiluchos" de Chapultepec escribieron la página más limpia, más brillante y más heroica de la historia de México.<sup>73</sup>

<sup>72</sup> Dictamen firmado por Alfonso Toro, Juan Manuel Torrea, Alberto María Carreño, José María Álvarez y Celestino Herrera Frimont. 24 de mayo de 1947. En Torrea. "Los restos..." P. 27.

<sup>73</sup> Transcripción de una entrevista concedida por el general Gilberto R. Limón. (No se precisa el nombre ni la fecha de la publicación.) En *Ibid.* P. 32.

Ante tales motivaciones ¿Qué importancia podía tener, pues, que los huesos encontrados pertenecieran o no a los Niños Héroes?<sup>74</sup>

#### *Honores al descubridor*

Esto no le quitó, sin embargo, mérito alguno al general Torrea. De inmediato, la Academia Nacional de Historia y Geografía publicó un boletín especial donde se narraba detalladamente el suceso y, para que no quedarán dudas, se transcribían órdenes, oficios, informes, dictámenes, artículos periodísticos y fotografías que evidenciaban el mérito de Juan Manuel Torrea.<sup>75</sup>

En la cancillería, se le entregó un pergamino con la siguiente leyenda:

En reconocimiento de los relevantes méritos que como historiador y patriota concurren en el Señor Gral. Juan Manuel Torrea, cuya desinteresada colaboración condujo a la localización de los restos de los Niños Héroes de 1847, dando motivo al homenaje nacional que se rindió a los Defensores de la Patria, en el Primer Centenario de su sacrificio, el personal de la Secretaría de Relaciones Exteriores le dedica este sincero testimonio de admiración y simpatía. Ciudad de México, a los 13 días del mes de septiembre de 1947.

<sup>74</sup> Según esta perspectiva, el esfuerzo realizado por María Elena García y Ernesto Fritsche (*Los Niños...*) para comprobar que los huesos no son auténticos, carece de sentido. Su trabajo presenta además algunas imprecisiones.

En la página 93 afirman que "Resulta increíble que después de un siglo de sepultados, se venga a mostrar interés por encontrar los restos cuando es bien conocida la ardua labor que la Asociación del Colegio Militar realizó desde 1871 para rescatar del olvido la gesta heroica. Del mismo modo, resulta increíble que durante cien años la tradición que contaba la supuesta localización de los restos, se haya transmitido entre diversas personas y haya permanecido ignorada por la Asociación..."

Así, de un plumazo, descalifican la labor que Juan Manuel Torrea había sostenido desde los años 20 precisamente por seguir la tradición. Torrea, además, perteneció a la Asociación y en algún momento la presidió. Por otra parte, no sólo no es increíble que se haya iniciado la búsqueda de los restos en 1947, sino que es precisamente lo que ocurrió.

Es de notarse también que no le hayan dado importancia a la exhumación y reinhumación que se hizo en 1896, un año antes de que se cumpliera el 50 aniversario de la gesta, momento que bien podría haberse aprovechado para organizar un homenaje a raíz del descubrimiento de los huesos.

Pero lo más grave es que rechazan todas las explicaciones de lo ocurrido pero no ofrecen, a cambio, siquiera alguna especulación de lo que sí pasó.

<sup>75</sup> Este boletín se ha citado continuamente en las páginas anteriores.

El pergamino estaba firmado por Francisco Castillo Nájera, embajador de México en Estados Unidos; Manuel Tello, subsecretario de relaciones exteriores; Alfonso Guerra, oficial mayor y muchos funcionarios y empleados más.<sup>76</sup>

Dos años después, Alfonso Cravioto explicaba orgulloso que: "Su método típico quedó realzante [*sic.*] en el hallazgo de los restos de los Niños Héroes. Otros vacilaron, Torrea acertó. Luego, esto quiere decir que su método es victorioso."<sup>77</sup>

Después del hallazgo, efectivamente, Juan Manuel Torrea adquirió un prestigio como historiador que ya no lo abandonaría.

### *La inauguración*

El mismo año del hallazgo, se creó el Comité Nacional Pro Conmemoración de los Héroes de 1846-1847, bajo la presidencia del licenciado Aarón Sáenz. De inmediato convocó a escultores y arquitectos para que presentaran proyectos del monumento que se erigiría en honor de los Niños Héroes.<sup>78</sup> La idea era coronar el bosque de Chapultepec con un gran monumento que recordara la gesta de los defensores de su castillo.

El jurado, integrado por Federico E. Mariscal, Manuel Ortiz Monasterio, Vito Alessio Robles, Federico Ramos y el propio Aarón Sáenz, falló el 13 de julio de 1947 en favor del proyecto "Elevación", presentado por el arquitecto Enrique Aragón Echegaray y el escultor Ernesto Tamariz. El presupuesto total de la obra fue de \$5'900,000.00.<sup>79</sup>

<sup>76</sup>. Transcrito en Torrea. "Los restos..." Pp. 30-31.

<sup>77</sup>. Torrea. *Sóstenes...* P. 11.

<sup>78</sup>. Antes se habían hecho otros dos monumentos a los Niños Héroes. El 8 de septiembre de 1880 fue inaugurado el primero, una pirámide truncada diseñada por el ingeniero Ramón Rodríguez Arrangoiti y puesta al sureste de la base del cerro. (*Vid. Enciclopedia de México*. V. 3. P. 273.) El segundo una especie de obelisco ubicado en una pequeña glorieta de la colonia Condesa e inaugurado en 1923.

<sup>79</sup>. En un principio se pensó en importar mármol de Italia, pero como el costo era muy elevado, se optó por emplear exclusivamente materiales mexicanos. Por otra parte, la obra se financió sin recurrir a las suscripciones públicas. El gobierno federal aportó \$1'700.00; el de la ciudad, \$1'000,000.00; los gobiernos estatales, \$1'500,000.00; la Secretaría de la Defensa Nacional \$150,000.00 y las empresas descentralizadas y privadas, \$1'700,000.00. *Vid.* "Obras inauguradas por el Presidente Alemán, ayer". En *El Universal*. México, D.F. 28 de noviembre de 1952. Pp. 1, 6-7, 23-24.

El 12 de noviembre de 1952, unos días antes de que el monumento se inaugurara, las gestiones de Andrés Angulo, Germán George y el general Torrea, hicieron posible que se realizara el deseo que éste último había expresado en 1947:

Para justificar que nosotros somos menos ingratos, los restos [de Xicoténcatl], la pequeña caja negra que los contiene, debería depositarse en el monumento que se erija a los Niños Héroes...<sup>80</sup>

El 26 de noviembre fue realizada la exhumación. Los trabajadores tardaron un largo rato en quitar la placa que, unas décadas atrás habían colocado Torrea y la Asociación de Alumnos del Colegio Militar; alguno de los que asistieron exclamó: "...¡Qué bravo era el Coronel Xicoténcatl, más de tres horas nos resistió!..."<sup>81</sup> Los despojos del héroe se depositaron en una urna de cedro que donó el Departamento Central del Distrito Federal.

Se firmó el acta de rigor y la comitiva se dirigió al Colegio Militar para entregar la séptima urna. En Popotla, el general Tomás Sánchez Hernández, director del plantel, no la recibió, porque estaba "...en el salón, en una fiesta que le [estaban] ofreciendo..."<sup>82</sup> En su lugar salió el coronel Enrique Sandoval Costarrica, subdirector del plantel, quien recibió la caja y la puso en una mesa contigua a la que ocupaban las de los Niños Héroes.

Al día siguiente se llevó a cabo la inauguración. En un camión se acomodó la urna de Xicoténcatl y las de los Niños Héroes, tres en cada flanco.

Faltaban cuatro días para que concluyera la gestión presidencial de Miguel Alemán y, como suele ocurrir, el ambiente era de elogio y de fiesta. Estaba terminando el primer periodo en el que por fin, según la postura oficial, se concretaban los logros materiales de la revolución. Había muchas obras que inaugurar antes de entregar la banda presidencial.

<sup>80</sup> Torrea. *A cien...* P. 65.

<sup>81</sup> Andrés Angulo. "La exhumación de los restos del héroe nacional Cnl. Felipe Santiago Xicoténcatl". En *Memoria de la Academia Nacional de Historia y Geografía*. México, D.F. Año XIV. Boletín 7. 1958. Pp. 5-16. P. 8.

<sup>82</sup> *Ibid.*

Después de la ceremonia en Chapultepec, Alemán inauguró el edificio de los Talleres de Impresión de Estampillas y Valores de la Secretaría de Hacienda; luego los silos de almacenamiento de la empresa descentralizada reguladora de subsistencias populares, en Tlalnepantla, para concluir, desde una nueva unidad habitacional en ese municipio del Estado de México, inauguró simbólicamente más de 3,000 casas para obreros en el Distrito Federal, Chihuahua, Veracruz, Nuevo León, Coahuila, Yucatán y Zacatecas.<sup>83</sup>

A las once de la mañana de aquel ajetreado día, las urnas que contenían los huesos de los héroes, fueron llevadas, una a una, por alumnos del Colegio Militar hasta la entrada de la cripta. En ella el presidente, acompañado por Gilberto R. Limón, pasaba lista a los héroes; después de decir cada nombre, los alumnos del Colegio contestaban "murió por la patria". Una vez que Alemán terminó de colocar las siete urnas, se dirigió a la mesa de honor, donde también estaba todo su gabinete además de Aarón Sáenz, presidente del Comité Pro Conmemoración de los Héroes de 1847-1848.

En su discurso Aarón Sáenz dio los agradecimientos de rigor por el apoyo recibido para la erección del monumento, leyó algunos datos técnicos de él, y terminó su intervención recordando a los Niños Héroes y exaltando la administración de Alemán, a quien, en nombre del comité que presidía, le entregó una condecoración alusiva a los Niños Héroes. Luego hablaron Manuel Gual Vidal, secretario de educación pública; un estudiante del Colegio Militar; el general Sánchez Hernández, director del plantel, quien concluyó su discurso con una enorme cantidad de elogios para el presidente.

Vino luego una salva de artillería y la interpretación del himno nacional por alumnas de la Escuela Nacional De Maestros y la Banda Sinfónica de la Ciudad de México.<sup>84</sup>

Terminado el severo ceremonial; los albañiles procedieron a tapiar la puerta [que estaba en la parte posterior del monumento] por donde entraron a la eternidad el pequeño cortejo de héroes, prestamente con tabique y enseguida las planchas de mármol borraron toda huella de entrada.<sup>85</sup>

---

<sup>83</sup>. "Obras inauguradas por..."

<sup>84</sup>. *Ibid.*

<sup>85</sup>. Angulo. *Op. cit.* P. 15.

Juan Manuel Torrea, no estuvo, como se puede ver, en la mesa de honor de la ceremonia.

Un fragmento del discurso de Aarón Sáenz puede, tal vez, explicar una de las causas por las que los huesos fueron buscados y hallados:

El gobierno presidido por el señor licenciado Miguel Alemán inició en 1947 su constructivo período con la celebración del Primer Centenario de la épica jornada llevada a cabo en defensa de nuestra integridad y de nuestra soberanía; lo cierra brillantemente en estos últimos días de su gobierno, con la solemne y patriótica inauguración de este Monumento.<sup>86</sup>

En efecto, los Niños Héroes -símbolo de patriotismo y abnegación- son un buen emblema para cualquier gobierno. De las figuras del panteón cívico, eran las que menos controversias podrían despertar. Valía la pena, pues, cerrar una administración construyendo su altar.

A fin de cuentas los huesos, en tanto testimonio físico irrefutable, podían ser utilizados -independientemente de que la corroboración sobre su autenticidad sea o no cuestionable- como la prueba de que la gesta de los alumnos del Colegio Militar, efectivamente ocurrió.<sup>87</sup>

Del mismo modo que las iglesias emplean reliquias para sacralizar templos y difundir y consolidar cultos religiosos particulares, los Estados se valen de ellos para efectuar operaciones similares en el campo de la veneración cívica. En todo caso, el conflicto surge con las implicaciones del símbolo que se pretenda implantar -como ocurrió con los huesos de Cuauhtémoc- no con las excusas físicas para hacerlo.

<sup>86</sup> "Obras inauguradas por..." P. 23.

<sup>87</sup> A este respecto resulta sumamente aclaratorio "Inventando tradiciones" de Eric Hobsbawm (En *Historias*, No. 20), donde el autor caracteriza la "tradición inventada" como una categoría explicativa y señala la importancia de los fenómenos que, a través de ella, pueden ser analizados. En el texto queda señalado el vínculo entre las tradiciones -auténticas o inventadas- y el pasado: "En el pasado de cualquier sociedad hay acumulado un gran almacén de materiales antiguos, así como siempre está accesible un lenguaje elaborado de prácticas simbólicas y de comunicación..." Según esta perspectiva, el hallazgo de las reliquias físicas de algún héroe no es sino la forma de legitimar -de ligar con el pasado- una tradición recientemente inventada.



#### d) Muerte y homenajes

Muy poco tiempo después de su ingreso a la Secretaría de Relaciones Exteriores, Juan Manuel Torrea sufrió la pérdida de su hijo mayor.

Juan Manuel Torrea Cuevas se había casado con Nicolasa Sierra y tenía dos hijas: María de Lourdes y Magdalena. Acababa de ser nombrado secretario en la embajada de México en Washington cuando enfermó repentinamente, regresó a la ciudad de México y murió el 5 de marzo de 1936.<sup>88</sup>

A partir de aquel momento, la nuera y las nietas de Torrea se irían a vivir a la casa familiar de Cerrada de la Paz No. 32, donde vivían el general, su esposa y su hija que nunca se casó.

Pero esta situación no duró demasiado tiempo. Tres años después que su hijo, el 13 de marzo de 1939, Virginia Cuevas -que tenía 59 años y había acompañado a Juan Manuel Torrea los últimos 39- murió víctima de una neuritis. El general Torrea se hizo "...el propósito, cuando falleció, firme y resueltamente de no volver a contraer matrimonio..."<sup>89</sup>. Por aquel entonces tenía 65 años.

Así, transcurrieron los años. El general Torrea se hizo cargo de su "...hija célibe y dos nietecitas, mi adoración."<sup>90</sup> Sobre su "hija célibe" poco se sabe. En ningún lugar se registró siquiera su nombre. Lo cierto es que en algún momento entre 1941 -fecha de la última mención registrada- y 1960, también murió. En algún artículo se lee que a Torrea "La vida le deparó grandes dolores morales, que soportó estoicamente: perdió a su esposa, a su hija, a su hijo..."<sup>91</sup> Tampoco hay nada más sobre su muerte.

<sup>88</sup> "General Juan Manuel..." Pp. 47-51. Ni aquí ni en su expediente personal de la Secretaría de Relaciones Exteriores se menciona la enfermedad que provocó su muerte.

<sup>89</sup> *Ibid.* P. 47.

<sup>90</sup> Antón. *Op. cit.* P. 43.

<sup>91</sup> González. *Op. cit.* P. 22.

Tantas pérdidas provocaron que Juan Manuel Torrea fuera adquiriendo, a lo largo de los años, una posición serena con respecto a la muerte. Dos décadas antes de que ocurriera la suya, decía:

...La muerte no debe desearse ni determinarse cómo debe producirse, cuándo debe llegar, cómo hemos de pasar a los horizontes de lo eterno. ¿La muerte de un general? Dios la tiene prefijada. No hablemos del momento en que haya de producirse. Viene, como dijo el poeta español, "tan callando..." Esperémosla con el alma en sosiego. Y antes y después, sea lo que el altísimo haya señalado en el arcano de su voluntad.<sup>92</sup>

En 1958 su salud comenzó a mermar, sin embargo, sus problemas físicos no impidieron que continuara realizando sus obligaciones con relativa normalidad. Sólo pasó 15 días en cama durante aquel año. Fue durante el segundo semestre de 1960 cuando sus afecciones vasculares se expresaron más intensamente:

En los últimos meses la arterioesclerosis le entorpecía las piernas. Ya necesitaba apoyo en brazo amigo. Miembro de la Asociación del Colegio Militar -cuya historia escribió-, para él fue una gran contradicción el no poder asistir por aquella causa, a la conmemoración de la defensa de Chapultepec [...] "Es la primera vez que he faltado" me dijo días después; y aludiendo a su edad me preguntó: "¿No le parece que podré aguantar trece años?"<sup>93</sup>

Por fin, el sábado 17 de diciembre de 1960, a las ocho de la noche, "tan callando" la muerte lo visitó en su domicilio. La arterioesclerosis provocó un derrame cerebral que le quitó la vida. Torrea tenía entonces 87 años.<sup>94</sup>

Su cuerpo fue velado en la Funeraria Gayosso de la Colonia San Rafael. Al día siguiente, el 18 de diciembre,

...un nutrido grupo de sus amigos y subalternos lo [acompañaron] hasta su última morada. Una representación de la Asociación del H. Colegio Militar, comisiones diversas de corporaciones militares y de asociaciones culturales, asistieron a los funerales. Las tropas le rindieron los honores militares correspondientes a su alto

<sup>92</sup> Antón. *Op. cit.* P. 65.

<sup>93</sup> González de Mendoza. *Op. cit.* P. 22.

<sup>94</sup> "Pafeció el general Juan Manuel Torrea". En *El Universal*. México, D.F. 18 de diciembre de 1960. Pp. 1, 8.

rango militar y cuando bajaba el féretro a la tierra, un clarín dejaba oír las tristes notas del último toque de "Silencio".<sup>95</sup>

Los honores militares fueron rendidos por el Segundo Batallón de Artillería. La Asociación del Colegio Militar, por su parte, insistió en que su cuerpo fuera sepultado en su lote del Panteón Civil.<sup>96</sup>

Al entierro asistieron su nuera, Nicolasa Sierra, viuda de Torrea; sus dos nietas, María de Lourdes Torrea de Herrera Salcedo y Magdalena Torrea de Chapa, además de varios de sus bisnetos.

El general Rubén M. Peralta asistió en representación del secretario de la defensa; por la Secretaría de Relaciones Exteriores, su oficial mayor, licenciado Carlos Darío Ojeda; Antonio Fernández del Castillo, en nombre de la Academia Nacional de Historia y Geografía; el coronel y diputado Celso Vázquez, representando al ex presidente Alemán; el ingeniero Pascual Ortiz Rubio, hijo, con la representación de su padre; el embajador Francisco de Icaza; José Gallástegui; Alfonso Rosenzweig Díaz; Alfonso Herrera Salcedo, Andrés García Rejón; José Aguilar; el doctor Miguel Alonso Romero; los generales Juan Carrasco y Manuel de J. Solís, además de otros civiles y militares.<sup>97</sup>

En la primera sesión que la Academia Nacional de Historia y Geografía celebró el siguiente año, el 10 de febrero de 1961, se rindió homenaje a su presidente perpetuo. En el acto en que el auditorio de la Academia fue bautizado con su nombre hicieron uso de la palabra los académicos Francisco Godoy, Manuel del Río Govea y Antonio Fernández del Castillo.

El presidente de esa asociación cultural

---

<sup>95</sup> Ignacio Fuentes. "Dos tamaulipecos en la Decena Trágica. Los generales Lauro del Villar [sic.] y Juan Manuel Torrea". En *El Dictamen*. Veracruz. 12 de febrero de 1964. P. 3. Este artículo es una versión ampliada de otro con el mismo título que apareció en *El Nacional México*, D.F. 22 de febrero de 1949. Pp. 5,6.

<sup>96</sup> "Falleció el general..." P. 8.

<sup>97</sup> "Fue sepultado el general Juan Manuel Torrea, ayer". En *La Prensa*. México, D.F. 19 de diciembre de 1960. Pp. 32, 33.

...subrayó que la energía y el tesón del general Torrea rescataron a la Academia de sus propias cenizas, pues desde 1944 hasta los últimos días de su vida, la institución pasó del letargo, que era casi la muerte a [ser] una agrupación científica de gran actividad y enorme prestigio.<sup>98</sup>

Aquella noche estuvieron en el estrado, además de los oradores, el doctor Adrián Correa, Adela Formoso de Obregón Santacilia; Amalia C. del Castillo Ledón, subsecretaria de asuntos culturales y su antiguo jefe de la cancillería, Jaime Torres Bodet, que en aquel momento era titular de la Secretaría de Educación Pública.

A fin de cuentas, los homenajes póstumos de los que fue objeto, no hubieran decepcionado a Juan Manuel Torrea. A la hora de su muerte, su pasado huertista -el pecado con el que cargó toda su vida- se había olvidado definitivamente. En lugar de él, se exaltaba su maderismo. Pocos días después de su fallecimiento, Ignacio Fuentes, recordaba:

El domingo 9 de febrero de 1913, un puñado de imberbes llegamos al Zócalo acompañando al señor Presidente de la República [...] Era la primera vez que entramos en fuego. A mí, como a algunos otros más, se me ordenó quedar bajo las órdenes del entonces mayor D. Juan Manuel Torrea, quien tenía tendida en tiradores a la tropa [...]

"Estoy presente" le dije terciando mi arma [...] estuve a sus órdenes hasta que fue necesario y hasta que nuevas órdenes nos separaron.

Pasaron muchos años. Veinte o más. Y nuevamente el destino nos puso en contacto [...] Ahora se entonaba un himno de paz y fue así como nos encontramos en el campo de la cultura [...]

El mayor Torrea era ya general. Yo era teniente coronel. El campo de la lucha era distinto. Absolutamente distinto. Mi saludo fue "Estoy presente, mi general". Y desde entonces actuamos juntos.<sup>99</sup>

En las primeras líneas escritas sobre su muerte, se afirma que era "...un destacado militar y revolucionario..." A su entierro, de hecho, asistió el general Marciano González, presidente de la Unificación de Veteranos de la Revolución.<sup>100</sup> Un año después, *El Nacional* sostenía con naturalidad que después de apoyar a Madero, Torrea abrazó "...más tarde la

<sup>98</sup> "Homenaje al Gral. Juan Manuel Torrea". En *El Universal*. México, D.F. 11 de febrero de 1961. Pp. 1, 8.

<sup>99</sup> Ignacio Fuentes. "Siempre activo. ¡Estoy presente, mi general!" En *El Universal*. México, D.F. 29 de diciembre de 1960. Pp. 2, 27. P. 2. Ignacio Fuentes es coautor, junto con Torrea, de una historia de Tampico.

<sup>100</sup> "Fue sepulcra el..." P. 33.

causa revolucionaria que representaba los anhelos y esperanzas de un pueblo esclavizado y oprimido..."<sup>101</sup>

Después de medio siglo las pasiones facciosas de la revolución se habían aplacado y todos sus veteranos merecían el epíteto de revolucionarios. Una columna de efemérides recordaría, como dato curioso y desprovisto de todo sesgo político, el natalicio del general Torrea:

Orgullosos de lo nuestro  
debemos, pues recordar,  
hoy al esgrimista diestro  
que también fuera maestro  
del Colegio Militar.<sup>102</sup>

Logrado el olvido de su pasado huertista, seguía el homenaje público, precisamente como los que Torrea pretendía para los héroes ignorados del siglo pasado. Daniel Muñoz y Pérez sería el primero en pedirlo: el 10. de febrero de 1961 informaba en su columna quincenal que

Atendiendo una petición de quien esto escribe, próximamente el Instituto Nacional de Antropología e Historia fijará una lápida en el costado sur del Palacio Nacional, cuya inscripción recordará la acción de lealtad heroica del general Torrea.<sup>103</sup>

Ignacio Fuentes, por su parte, gestionaba, en nombre de la Sociedad Mexicana de Arte y Ciencias Cívicas -de la que era presidente- que una escuela y una de las principales avenidas de Ciudad Victoria fueran bautizadas con su nombre, porque

<sup>101</sup>. Leopoldo Zúñiga. "Platillos a la carta: debe ser exaltada la memoria del Gral. Torrea". En *El Nacional México*, D.F. 9 de marzo de 1961. P. 3.

<sup>102</sup>. Juan Pablo Estrella. "Guárdelo en su memoria: nace el general Juan Manuel Torrea (14 de enero de 1874)". En *La prensa México*, D.F. 14 de enero de 1968. Pp. 12, 40. P. 40.

<sup>103</sup>. Daniel Muñoz y Pérez. "Conciencia de México: el general Torrea en la Decena Trágica". En *Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público*. México, D.F. 10. de febrero de 1961. Pp. 1, 3. P. 3.

...¿qué menos podría hacerse que enaltecer su memoria cuando ya sus despojos pertenecen al pasado? Tamaulipas está en deuda con uno de sus hijos más preclaros. El gobierno del estado y los tamaulipecos, tienen la palabra.<sup>104</sup>

---

<sup>104</sup> Zúñiga. *Op. cit.* P. 3.

**SEGUNDA PARTE**  
**UNA OBRA SOBRE LAS ARMAS Y LA HISTORIA**

...nadie me ha inspirado tan profundo respeto y tan intensa emoción, como la revista que he tenido que pasar a tanto lienzo tricolor glorioso...

Juan Manuel Torrea

## 1. Los trabajos del historiador

### a) Heurística

A decir de Alfonso Cravioto<sup>1</sup>, constante prologador de los libros de Juan Manuel Torrea, el autor

Como historiador se distingue por su apegamiento [*sic*] rígido a la documentación necesaria, y sobre ella elabora sus juicios y plasma sus ideas. No es imaginativo sino un estricto realista que basa sus deducciones en pruebas para él fecundas.<sup>2</sup>

Y, en rigor, dice la verdad. La parte sustancial del trabajo historiográfico de Torrea consistió en la búsqueda y acopio de fuentes de toda clase. Las tareas heurísticas eran indispensables para el general Torrea no sólo para fundamentar los trabajos etiológicos, sino, como se verá más adelante, como un fin en ellas mismas.

Del medio centenar de textos escritos por Juan Manuel Torrea que se revisaron para este estudio, la mayoría -unos 40- fueron elaborados con base en fuentes primarias: documentos, en casi todos los casos, relatos de actores o testigos de los hechos de los que el

---

<sup>1</sup> Alfonso Cravioto (Pachuca, 1883; Ciudad de México, 1955), abogado, político y escritor, no debe confundirse con su coterráneo Adrián Cravioto (Pachuca, 1894; Ciudad de México, 1969) que militar, médico y escritor. Ambos escribieron prólogos, proemios e introducciones a las obras de Torrea. *Vid. Diccionario Porrúa...*

<sup>2</sup> Torrea. *Sóstenes Rocha...* P.11.



autor se ocupaba, en varios; su propia memoria, en algunos pocos y, aun -y porque el asunto lo ameritaba- los resultados de sus propias indagaciones en el lugar de los hechos.

En última instancia, el afán de Torrea era buscar "...datos en todo lugar donde creímos encontrarlos a efecto de hacerla [la historia] lo más completa que nos fue posible..."<sup>3</sup>.

Puede señalarse de una vez que investigar implicaba para el general Torrea "rescatar" en aras de la conmemoración y el homenaje cívico. En alguna parte, el autor se lamenta de que hubiera nombres de "...heroicos soldados que, descuidada, como tantos hechos grandes, perdió nuestra historia militar." Luego se ufana al revelar, después de una meticulosa investigación, dos de esos nombres injustamente perdidos: Dámaso Martínez y José María Torres, soldados que, a costa de sus vidas, pusieron la bandera mexicana en el asta de El Álamo.<sup>4</sup>

### *Papeles y archivos*

Esta clase de fuentes fueron, como suele ocurrir entre los historiadores, las que Torrea utilizó con mayor frecuencia y extensión. Por tal motivo, son las primeras en ser estudiadas en este trabajo.

Durante los últimos 25 años de su vida -que también fueron los más prolíficos de su producción historiográfica- Torrea trabajó en el archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Podría decirse que desarrolló su oficio de historiador ordenando, consultando e investigando en este repositorio. También dejó huella entre otros historiadores que consultaron los papeles de la secretaria. Berta Ulloa dice al respecto:

---

<sup>3</sup>. Torrea. *Tampico...* Página sin numerar.

<sup>4</sup>. Juan Manuel Torrea. *Historial de banderas estandartes gloriosos. Recopilación*. [s.l.] [México], Editores e Impresores Beatriz de Silva, 1952. 46p. Pp. 31-32.

En los años que duró mi trabajo, siempre gocé de la ayuda solícita del general Juan Manuel Torrea, antes jefe del Departamento del Archivo General de la Secretaría de Relaciones Exteriores.

Aparte de dirigir el archivo, el general Torrea concia a fondo los documentos que albergaba y los utilizaba cotidianamente.

Torrea hizo un primer estudio de los encargados de la Secretaría, *Funcionarios de la Secretaría de Relaciones Exteriores, desde el año de 1821 a 1940*<sup>5</sup> que actualizó unos años después;<sup>7</sup> publicó una enorme cantidad de artículos sobre funcionarios mexicanos en el exterior, diplomáticos extranjeros en México y relaciones de México con otros países.<sup>8</sup> Para el resto de sus trabajos utilizó el acervo de la Secretaría de Relaciones siempre que le fue útil.

En unos cuantos libros, el general Torrea deja ver que también solía buscar papeles en el Archivo General de la Nación y en otros repositorios civiles y religiosos, aunque los temas que investigaba no lo llevaban muy frecuentemente a indagar lejos de los archivos de Relaciones y de Guerra.<sup>9</sup>

Sin duda, el archivo más importante para don Juan Manuel Torrea, como para el resto de los militares historiadores, fue el de la Secretaría de Guerra y Marina (posteriormente Secretaría de la Defensa Nacional), porque la inmensa mayoría de su obra versa sobre asuntos militares.

<sup>5</sup> Beria Ulloa. *Revolución Mexicana: 1910-1920*. México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1963. 553 p. (Archivo Histórico Diplomático Mexicano. Guías para la Historia Diplomática de México, 3.)

<sup>6</sup> Juan Manuel Torrea. *Funcionarios de la Secretaría de Relaciones Exteriores, desde el año de 1821 a 1940*. México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1940, 205p.

<sup>7</sup> Juan Manuel Torrea. *135 años de labor diplomática al servicio de México desde el Dr. Manuel de Herrera (1821), hasta el Lic. Luis Padilla Nervo (1956)*. México, Academia Nacional de Historia y Geografía, 1956. 235p.

<sup>8</sup> "Nómina alfabética por autores, de los estudios publicados en los boletines de la Academia Nacional de Historia y Geografía". En *Memoria de la Academia Nacional de Historia y Geografía*. México, D.F. Año XII. Boletín 3. 1956. Pp. 17-55. La Academia imprimió prácticamente todo lo que su presidente, el general Torrea, escribía. Entre 1945 y 1950 publicó 62 artículos y un par de libros. 29 de esos artículos eran sobre la Secretaría de Relaciones Exteriores.

<sup>9</sup> De hecho, el único libro donde Torrea hace explícito que consultó papeles del AGN es en el *Diccionario geográfico...* P. 606.

En efecto, Torrea sólo escribió sobre tres temas: el ejército y la guerra, la historia diplomática de México y la historia de Tamaulipas.

Sobre su estado natal hizo dos libros, ambos en colaboración con otras personas;<sup>10</sup> en cada caso, Torrea se ocupó de diversos aspectos militares.<sup>11</sup> Su vasta obra sobre relaciones diplomáticas está compuesta de documentos transcritos y listas más o menos analíticas de funcionarios, representantes y sucesos.

Sus libros sobre asuntos militares, en cambio, son el centro de su obra. Resultaría ocioso citar los textos en donde emplea documentación del Archivo Histórico Militar de México;<sup>12</sup> Torrea no trataba sobre asuntos castrenses solamente cuando lo hacía sobre asuntos diplomáticos.

Es obvio que conocía el archivo militar tan bien como el diplomático. En éste último tenía que trabajar, en cambio, en el primero, se sentía a sus anchas, y era capaz de utilizar su documentación con una enorme pericia.

Para escribir *Historial de banderas y estandartes gloriosos*, por ejemplo, se basó en los papeles de una Comisión de Auténticos de Trofeos de Guerra que funcionó a fines del siglo pasado bajo la dirección del general Sóstenes Rocha.<sup>13</sup> A pesar de que el Archivo Histórico Militar de México se reorganizó a principios de la década de los 40 y de que por el tiempo en que Juan Manuel Torrea escribió el texto se estaba elaborando un índice del Fondo siglo XIX, hallar el expediente con los papeles de esa comisión debió de ser una labor ardua y tardada.

A lo largo de su obra, Torrea empleó todas las secciones en las que está dividido el archivo ("cancelados", "pensionistas" e "historia"), fundamentalmente las hojas de servicio

<sup>10</sup> El *Diccionario...* lo armó a partir de las "...notas del Ingeniero Antonio García Cubas...", p. 606. *Tampico...* lo escribió al alimón con el también militar Ignacio Fuentes.

<sup>11</sup> Para el *Diccionario...* hizo las fichas de militares tamaulipecos y algunos hechos de armas: la detención y ejecución de Iturbide, la batalla de Santa Gertrudis y algunos sucesos de Soto la Marina. En *Tampico...* escribió los episodios militares de aquel puerto.

<sup>12</sup> En este trabajo se ha tomado como nombre genérico de este repositorio el que propone Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva. Vid. "El Archivo Histórico Militar de México" En *Historia Mexicana*. No. 149. México, D.F. El Colegio de México. Julio-septiembre de 1988. Pp. 127-141.

<sup>13</sup> Torrea. *Historial de banderas...*

contenidas en el expediente personal de cada militar en "cancelados" y en "pensionistas". Este solo documento y el resto de los papeles (partes, órdenes, promociones, etcétera) contenidos en cualquiera de estos expedientes dan información suficiente para hacer una biografía del personaje en cuestión.

Juan Manuel Torrea, cuando se documentaba sobre asuntos militares se trataba, no se atenía sólo a lo que hubiera en el archivo de guerra. Militar desde la última década del siglo pasado, conocía a muchos oficiales, jefes y generales que estaban dispuestos a dejarle ver los papeles que conservaban en sus casas<sup>14</sup> y, sobre todo, a contarle lo que habían vivido, lo que recordaban, lo que les parecía e, incluso, lo que sólo habían oído. Pero eso se verá más adelante.

Al principio del capítulo se dijo que la investigación fue la actividad más significativa de la labor historiográfica de Torrea; en muchos casos esta labor se redujo a la transcripción y publicación de los papeles que iba localizando. Cuatro de los diez capítulos que escribió para el libro sobre la historia de Tampico, por ejemplo, están formados por transcripciones de documentos militares y diplomáticos; algo similar ocurre con su biografía de Ramón Corona, que es, en realidad, una antología de documentos sobre el personaje tapatio.<sup>15</sup>

De hecho, una gran cantidad de sus artículos en las *Memorias* de la Academia Nacional de Historia y Geografía y de sus colaboraciones en revistas y periódicos, contenían el producto directo de sus pesquisas. Por regla general, los documentos transcritos iban acompañados de algún comentario sobre su importancia y la forma en que modificaban o corroboraban las interpretaciones sobre los asuntos de los que daban noticia.

---

<sup>14</sup> En *El Cimarrero. 1867* (México, Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1939. 29p.) Torrea usa algún documento "...encontrado en el archivo del coronel Juan C. Doria, facilitado por el ingeniero Alberto R. Doria..." P. 3.

<sup>15</sup> Vid. Torrea. *Tampico... y ...Ramón Corona...* Un ejemplo extremo del esmero que Torrea ponía en transcribir documentos se ve en "Observaciones del señor general don Manuel de Mier y Terán y del C. José Miguel Ramos Arizpe tendientes a evitar la separación de Texas" (*Memoria de la Academia Nacional de Historia y Geografía*, México, D.F.: Año XIV, Boletín 4, 1958. Pp. 5-25) donde llega a modificar los márgenes e interlineados para que la mancha tipográfica de la transcripción se asemeje al documento manuscrito.

Sin embargo, Juan Manuel Torrea no era solamente un compilador, no reunía documentos de algún tema en particular esperando que, en un futuro impreciso, alguien escribiera la historia de ese tema; más bien consideraba que esos testimonios ignorados contribuían, por su simple existencia y conocimiento, a enriquecer la visión sobre el pasado del que provenían.

Torrea escribió en 1939 *El Cimatario. 1867*,<sup>16</sup> donde narra una de las últimas y desesperadas acciones del ejército de Maximiliano para romper el sitio en el que los republicanos habían confinado en Querétaro a lo que quedaba del imperio.

Siete años antes de publicar *El Cimatario*, Torrea en una "...carta inédita que di a conocer en *El Universal* del 17 de mayo de 1932..."<sup>17</sup> había hecho público uno de los documentos que versaban sobre el tema medular del trabajo: el conflicto de mando sobre el ejército imperial entre Maximiliano, Márquez y Miramón. A la hora de escribir el pequeño libro, se valió de ese papel y de otros más.

Evidentemente, Torrea poseía una gran cantidad de documentos. Durante su estancia en la Secretaría de Relaciones Exteriores, tuvo oportunidad de conocer y transcribir toda clase de papeles. No es de extrañarse que publicara documentos subtítulados como: "Del archivo particular del señor académico general Juan Manuel Torrea",<sup>18</sup> que debió de ser grande, y que tuvo, incluso, papeles originales.<sup>19</sup>

### *Libros*

No obstante que el general Torrea fundamentó la mayoría de sus trabajos historiográficos en documentos, también usó, cuando lo consideró necesario, fuentes publicadas, en la mayoría

<sup>16</sup> Torrea. *El Cimatario*...

<sup>17</sup> *Ibid.* p.5.

<sup>18</sup> Torrea. "Observaciones..."

<sup>19</sup> Por alguna causa, Torrea no publicó *Condecoraciones militares mexicanas*, manuscrito prácticamente terminado que fechó en 1948. El libro de 311 fojas, localizado en la biblioteca del Centro de Estudios de Historia de México Condumex, contiene de todo: textos mecanoscritos de Torrea, ilustraciones de las condecoraciones en cuestión, artículos y referencias al respecto e incluso, un decreto original de 1843 que concedía la Cruz de Honor a los Generales, Jefes y Oficiales "...que han combatido en defensa de la Patria e integridad de su territorio". (F.100).

de los casos, libros. Es de notar que son contadas las ocasiones en que cita periódicos. Uno de los pocos que mencionó, de tan raro, puede considerarse como un documento.<sup>20</sup>

De entre los libros que Torrea cita, se distinguen unos que, por la forma en que los emplea, podrían considerarse documentos publicados. Se trata de las memorias de los militares que dirigieron -o por lo menos vivieron- las acciones de guerra sobre las que se ocupa el autor.

En muchas ocasiones los pasajes referentes a las acciones guerreras de esas memorias fueron elaborados con base en los partes que los generales dieron a sus superiores o en las anotaciones que iban haciendo en sus diarios. Diarios y partes, consultados en directo, son fuentes de primera mano; leídos en las memorias, están muy cerca de serlo.

Sin embargo, para Torrea esta diferenciación no es importante; lo que el general Troncoso -por citar un caso frecuente- informó a sus superiores, escribió en sus memorias, narró en el corro de alguna cantina o le contó a Torrea en privado, tiene exactamente el mismo valor. Por eso, cuando cita los libros -más bien los autores- que empleó para tal o cual estudio, no tiene empacho alguno en juntar las memorias de los actores directos con los textos de historiadores reconocidos y prestigiosos.

Así, cita constantemente a los militares Jesús Lalanne, Bonifacio Topete, Sóstenes Rocha e Ignacio Molina, por mencionar sólo a algunos, al lado del "...historiador Bustamante...", José María Roa Bárcena, Niceto de Zamacois, Lucas Alamán, Francisco Bulnes, José María Iglesias, etcétera.<sup>21</sup>

Por otra parte, no utiliza las memorias de los generales para una cosa y los libros de los historiadores para otra. Torrea no busca en sus fuentes explicaciones generales y visiones

<sup>20</sup> *La Sombra de Zaragoza*, San Luis Potosí, 29 de abril de 1867. En *El Cimarrón*. p. 15.

<sup>21</sup> *Passini*. Juan Manuel Torrea. *La batalla del 5 de mayo*. México, Academia Nacional de Historia y Geografía, 1956. 59p. *Condecoraciones militares mexicanas...* "El ministro mexicano de la guerra frente a la invasión norteamericana. 1847. Gral. de División don Lino José Alcorta". En Antonio Fernández del Castillo, director. *A cien años de la epopeya*. México, Academia Nacional de Historia y Geografía, 1947. 72 p. *Tampico...* y Torrea. *A cien...*

acabadas de la historia de México, sino que les pide datos para construir los hechos y saber con precisión qué ocurrió.

Y en este afán, Torrea no se conforma con la información que los mexicanos le puedan dar. Como casi siempre hace la historia de hechos de armas, y como en los hechos de armas hay por lo menos dos partes en conflicto, recurre cuando puede a la información generada por los otros actores.

Cuando habla de las guerra con los Estados Unidos, menciona los trabajos del historiador E.U. Westrate (*Those Fatal Generals*) y de Winfield Scott (*The Soldier and the Man*). Al referirse a la intervención francesa menciona las memorias y los partes de Lorencez, Forey, Bazaine, Thomas y Niox.<sup>22</sup>

Son también franceses la mayor parte de los autores de textos de teoría de la guerra en los que Torrea se apoya para calificar el acierto o el error de los militares que intervinieron en las acciones de las que se ocupa. Fiel a su época, Torrea es fervoroso admirador de Napoleón y sus escritos sobre táctica y estrategia y menciona también a otro clásico en la materia: Antoine Jomini.<sup>23</sup> Torrea menciona también, por supuesto, el único estudio mexicano sobre teoría militar que había entonces, el del general Sóstenes Rocha.<sup>24</sup>

<sup>22</sup> Juan Manuel Torrea. *Passim*. "El ministro mexicano de la guerra..." *Tampico... A cien años de la epopeya... La batalla del 5 de mayo*. México, Academia Nacional de Historia y Geografía, 1956. 59p.

<sup>23</sup> Antoine Henri Jomini nació en Suiza en 1779. Sirvió en los ejércitos napoleónicos bajo el mando del mariscal Michel Ney. En 1813 se pasó al ejército ruso, donde desarrolló una brillante y larga carrera militar. Al mismo tiempo, escribió varios libros en los que sistematizó los principios de la estrategia moderna. Su texto más significativo es el *Resumen sobre el arte de la guerra*. Extrañamente, el general Torrea no menciona en ninguno de sus trabajos a Karl von Clausewitz, militar prusiano, constante enemigo de Napoleón que, sin embargo, como Jomini, basó sus estudios en las campañas del estadista francés. Clausewitz es, sin duda, el más importante teórico y filósofo de los asuntos de armas de la edad moderna. Su *De la guerra* sigue, aun a fines del siglo XX, siendo lectura indispensable sobre el tema. *Vid. Dupuy. The Harper Enciclopedia...* P.810.

<sup>24</sup> Se trata, posiblemente de Sóstenes Rocha. *Estudios sobre la ciencia de la guerra*. París, Imprenta y librería de Pablo Dupont, 1878. Juan Manuel Torrea. *Passim*. *Apuntes de geografía e historia militares. Escritos para uso de los alumnos del Colegio Militar por los profesores en la materia Juan Manuel Torrea e ingenieros Juan Osorio Mondragón y José María Alvarez*. México, Sociedad de Edición y Librería Franco-Mexicana S.A., 1924, 262p. *Tampico... A cien años de la epopeya...*

La cultura bibliográfica de Torrea no se reducía a los textos de historia y de teoría de la guerra que citaba en sus trabajos; sino que los temas que don Juan Manuel trataba hacía innecesario que echara mano de los libros que conocía de otros asuntos

En unos cuantos casos de su dilatada producción historiográfica, Torrea abordó los asuntos de la guerra y los ejércitos desde una perspectiva general o internacional. En alguna ocasión, escribió un libro sobre soldados rasos heroicos y como iba a mencionar ejemplos de todo el continente americano, hizo una pequeña introducción (tres páginas) de consideraciones teóricas en donde citó a clásicos de la literatura: Julio César, Chateaubriand, Voltaire y Ferney.<sup>25</sup>

#### **b) Crítica**

Documentos y libros<sup>26</sup> le servían al general Torrea para "hacer la historia lo más completa posible",<sup>27</sup> sin embargo, sabía que en ocasiones "no puede llegarse a la verdad",<sup>28</sup> y lo sabía gracias a las operaciones críticas a las que sometía sus fuentes.

De su formación en la Escuela Nacional Preparatoria, Torrea siempre conservó los afanes positivistas; declaraba, por ejemplo, que "...no es discutible que sin sistema no puede concebirse ciencia alguna...",<sup>29</sup> y que la verdad es la "...única premisa de la historia..."<sup>30</sup> No es extraño, pues, que anunciara su intención de "...procurar apartarme de todo camino que no se acerque, dentro de lo humano, a la más rígida imparcialidad..."<sup>31</sup>

<sup>25</sup> Juan Manuel Torrea. *Alteza del soldado raso*. México, Secretaría de Educación Pública, 1941. 24p.

<sup>26</sup> Ya se dijo que Torrea casi nunca empleó los periódicos como fuente de primera mano. Posiblemente consideraba que la hemerografía era espacio para la curiosidad cruda y la polémica, pues él mismo publicó en periódicos y semanarios solamente documentos y opiniones sobre asuntos de actualidad.

<sup>27</sup> Vid. *Supra*.

<sup>28</sup> Torrea. *Tampico...* p.176.

<sup>29</sup> Juan Manuel Torrea. "Los ejércitos ¿están con la época?" En Ezequiel Ordóñez, introducción. *Primer centenario...* V.1. Pp. 143-151. P. 145.

<sup>30</sup> Torrea. "Leyendo las..." P. 6.

<sup>31</sup> Juan Manuel Torrea. *La Décena Trágica*. P. 165.



Alfonso Cravioto dice, a manera de elogio, que no es imaginativo, y que basa sus deducciones en pruebas;<sup>32</sup> de los muchos encumios que el político le dedicó, fue seguramente éste el que más satisfizo al general Torrea. Decirle que por encima de la imaginación ponía las pruebas y las deducciones lógicas era confirmarle que su trabajo era científico, y, por lo tanto, válido. (Debe señalarse aquí que, aparte de otros usos que en su momento se mencionarán, los libros de Torrea tenían uno inmediato: servir como objeto de estudio para la ciencia militar, por lo que, en todo caso, debían ser verídicos.)

Sin embargo, los libros de Juan Manuel Torrea son más bien pobres en argumentaciones críticas para establecer la autenticidad o falsedad de lo que anuncia tal o cual fuente, porque la base crítica de la que el general Torrea partía era para él incuestionable: el valor de autoridad.

Una vez que había fijado el tema sobre el que iba a tratar, reunía toda la información, por lo regular de actores y testigos, (porque lo que ocurrió "...[lo] deben escribir quienes lo saben..."<sup>33</sup>) y luego, la aceptaba o rechazaba según la calidad ética del emisor.

Si la información provenía del general Troncoso -por seguir con el ejemplo que se ha mencionado antes- entonces era válida porque estaba respaldada por la honorabilidad y el prestigio de esa persona.

La labor de crítica sobre la que Torrea basaba la veracidad de su trabajo historiográfico, consistía pues, en el examen de la conducta de sus emisores. Si se trataba de hombres íntegros y honestos, la información que proporcionaran sería confiable. Podría ser imprecisa, pero no mentirosa. Engañar es poco honorable y si la honorabilidad es una cualidad importante para cualquier persona, para un militar resulta esencial. Como la gran mayoría de las fuentes que Torrea utilizó fue generada por militares, este cartabón era, a sus ojos, lo suficientemente eficaz.

---

<sup>32</sup> *Vid. Supra.*

<sup>33</sup> Torrea. "Leyendo las..."

¿Cómo podía dudar Torrea de lo que informaba el general Villar, por ejemplo, si, a lo largo de casi medio siglo había mostrado una honorabilidad absoluta en su conducta política y militar?<sup>34</sup> ¿Cómo iba Villar a comprometer esa larguísima carrera de integridad diciendo alguna mentira sobre el número de efectivos o la forma en que se desarrolló algún hecho de armas? En algún caso, podría haberse equivocado de manera involuntaria, pero nada más.

Por eso la labor crítica de Torrea se ve muy poco, porque la hacía *antes* de escribir. Al hurgar en los archivos de guerra, debió de encontrar continuamente partes e informes del general Santa Anna pero, debido a que su conducta tenía, según el criterio de Torrea, muy poco de honorable (es decir, de creíble), jamás utilizó para sus libros un solo papel emitido por el caudillo veracruzano.

Una vez que había demostrado el origen aceptable de documentos y testimonios, el general Torrea aplicaba sus conocimientos sobre el tema y las "deducciones lógicas" que tanto le festejaba Cravioto para discernir lo cierto de lo erróneo.

Al describir la campaña contra Barradas, Torrea da muestra de esta lógica, y de paso, deja mal parado a Santa Anna. Cuando se refiere al número de efectivos mexicanos dice que

...no puede llegarse a la verdad, por quienes tenían como exactos estos datos, por haberlos tomado de las memorias oficiales, cuando por regla general, no estaban cubiertas todas las vacantes.<sup>35</sup>

También por regla general, Juan Manuel Torrea se mostraba cuauteloso ante la falta de información. Cuando ni la autoridad de los emisores, ni las deducciones lógicas le servían para explicar, prefería confesar ignorancia y no aventurar especulaciones. Cuando hizo la historia del Colegio Militar y publicó las listas de los alumnos que estudiaron en él, declaró:

<sup>34</sup> El general Villar peló contra la Revolución de Tuxtepec (aunque acabó por adherirse a ella), la maderista, la huertista y la carrancista; rechazó la cartera de guerra por considerarse incapacitado para ella y reconoció a cada gobierno emanado de movimientos rebeldes una vez que éstos se legitimaron.

<sup>35</sup> Torrea. *Tampico...*

...del año de 1841, no pudo encontrarse noticia del personal [...] e igual falta de datos se encontró al buscarse los referentes al año de 1842 [...] No se encontraron datos del efectivo de 1845...<sup>36</sup>

Y, en los casos en que se enfrentaba a datos que afirmaran cosas diferentes, optaba por mencionar cada uno y no agregar nada.<sup>37</sup>

Pocas veces fue necesario que Torrea ofreciera un aparato crítico como se conoce ahora, porque solía publicar las fuentes en las que se basaba o, cuando menos, fragmentos de ellas.

Pero cuando lo hacía, la forma en que citaba y remitía a las fuentes era bastante más ordenada que el común de sus escritores coetáneos. En su segundo título publicado, que se apoya exclusivamente en una cincuentena de libros, presentó un sistema muy parecido al que en la actualidad se emplea en algunos estudios de ciencias sociales: cita entre comillas y luego abre un paréntesis donde anota el nombre del autor al que se refiere. Sólo faltaría el año en que el texto en cuestión fue publicado.<sup>38</sup> Quizá porque se trataba de un texto escolar *Apuntes de geografía* presentó de esta manera las fuentes; sin embargo, el sistema no se volvió a repetir en ninguno de los otros libros de Torrea.

En muchos casos, el autor ponía, al final del texto -a veces encima del colofón-, su "bibliografía", en donde escribía títulos, autores, archivos o procedencias. Podía citar informes presidenciales, informes de los secretarios de guerra, apuntes de algún militar, la "historia de México", pláticas personales con viejos militares y hasta observaciones

<sup>36</sup> Torrea. *La vida...*

<sup>37</sup> Manuel Gómez Pedraza nació según él mismo en Querétaro, pero Francisco Sosa afirma que Guillermo Prieto sostenía que era originario de Soto la Marina. Torrea menciona ambas posibilidades y no se pronuncia a favor de ninguna. Torrea. *135 años...*

<sup>38</sup> *Passim*. Torrea. *Apuntes de geografía...* P. 187.

personales.<sup>39</sup> Sólo en casos excepcionales jerarquizaba de alguna manera las fuentes que empleaba.<sup>40</sup>

Sin embargo, se muestra meticolosísimo cuando se trata de incluir a alguien en el panteón cívico o en el "...monumento a la bandera [...] que yo, con alma de mexicano, quisiera ver realizado...". En ese caso, y para que no haya duda de que Joaquín García Rejón murió en la acción de Santa Gertrudis atravesado por siete balazos y envuelto en la bandera del cuartel general, cita a su jefe, el general Mariano Escobedo, quien da fe de ese hecho:

...en certificado cuya copia conservo, debido a la gentileza del patriota historiógrafo don Fernando Iglesias Calderón, cuyo original es de la biblioteca del señor don Andrés Sáenz de Santa María...<sup>41</sup>

Como se trataba de reconocer y homenajear, de que la historia *rescatara* una gesta heroica y una conducta ejemplar, era indispensable comprobar más allá de cualquier duda, y como el general Torrea no tenía ningún sistema establecido de citación, optaba por agregar a su honorabilidad como historiador la de otras personas. En este caso implica a Escobedo, Iglesias Calderón y Andrés Sáenz de Santa María.

Según esta misma lógica, Juan Manuel Torrea publicó la ponencia que presentó en el Primer Congreso Mexicano de Ciencias Sociales<sup>42</sup> acompañada de algunas cartas -también de personajes notables- que evidenciaban el valor de su trabajo y, de paso, lo calificaban como el primer militar teórico de México.

*Graves incongruencias en materia de ratificación de grados del ejército* trata sobre los problemas de procedimiento para nombrar a los coroneles y generales de las fuerzas armadas. El Artículo 89 Constitucional le concede al presidente la facultad para nombrar a

<sup>39</sup> Por ejemplo, en Torrea. *La vida de...* Resulta un misterio qué entendía por "historia de México". Esta no es la única "bibliografía" donde cita de esta extraña manera.

<sup>40</sup> Juan Manuel Torrea. *Gloria y desastre. El sitio de Puebla 1863*. México, Academia Mexicana de Historia y Geografía, 1952. 52p. P.52. Ordena los 27 títulos que cita en tres rubros: historia de Francia, historia de México y teoría y arte de la guerra.

<sup>41</sup> Torrea. *Banderas históricas...* Pp. 11-12.

<sup>42</sup> Torrea. *Graves...*

estos jefes, previa aprobación del senado (facultad expresada en el Artículo 76 Constitucional). Este procedimiento resultaba para Torrea contrario a la disciplina que los miembros del ejército debían observar. En su ponencia explica porqué y cómo debía solucionarse el problema.

Cuando el general Torrea entregó el texto a la imprenta, lo hizo con un fragmento de la relatoría de Antonio Fernández del Castillo, en la que decía: "Envíese el trabajo del señor general Torrea al Congreso de la Unión recomendándole como razonables las conclusiones que contiene". No conforme con este aval, Torrea también publicó una explicación de Paulino Machorro Narváez:

...en mi descargo como Diputado Constituyente y Presidente de la Comisión Dictaminadora sobre el Artículo 89 de la Constitución y relativos, [...] que seguimos la tradición del 57 y que, tratándose de tecnicismo profesional, no éramos peritos, los Constituyentes civiles y los militares aún no se dedicaban a los estudios teóricos.<sup>43</sup>

Se ve en esta forma de legitimación el mismo principio de toda la conducta crítica del general Torrea: poner como primer valor el de la autoridad del emisor. Coherente con este principio, no dudó en apoyarse en fuentes que, a primera vista, no parecerían de fiar, pero, como se verá, resultaron tan veraces como cualquier documento escrito.

#### *Testimonios y tradición oral*

Fue durante la "Décena Trágica" cuando el general Torrea, entonces mayor de caballería, participó en un hecho histórico similar a los que se dedicó a historiar buena parte de su vida, y él lo sabía. Sin embargo, pasaron 26 años para que se decidiera a publicar un estudio al respecto.<sup>44</sup> Antes de hacerlo, había escrito -en un lapso de 16 años- más de diez libros sobre temas diversos, pero ninguno sobre la Revolución Mexicana.

<sup>43</sup> *Ibid.* Pp. 28, 29.

<sup>44</sup> Si bien es cierto que entre enero y marzo de 1934 publicó en doce artículos algunos fragmentos de lo que sería su obra en el semanario *Todo*, no fue hasta 1939 cuando salió a la luz *La Décena Trágica*, como un discurso organizado y global.

En 1939 por fin lo hizo. Después de tres lustros de experiencia como historiador, de haber empleado las memorias y declaraciones de una multitud de veteranos del siglo pasado, se decidió a hacer públicas las suyas. El resultado fue *La Decena Trágica*.<sup>45</sup>

Sus páginas son, sin embargo, mucho más que unas simples memorias exculpatorias o autopromocionales, como abundaron durante los años siguientes al estallido de la revolución, se trata de un libro de historia donde el autor explota al máximo un género de información que ya había utilizado antes pero que aquí encuentra su mejor expresión: el testimonio.

Lo que pasó los días siguientes, ha sido relatado en obras diferentes, con tal o cual propósito y con tal o cual color: sólo me concretaré a sacar de mis apuntes lo que presencié por mi actuación como Jefe de Día los días nueve, once, trece y quince [de febrero de 1913]...<sup>46</sup>

No obstante esta primera declaración, *La Decena Trágica* no contiene sólo las memorias de Torrea. "Muchas de las citas no me constaron; es lo que he oído y así lo transmito, porque sirve para robustecer mi creencia."<sup>47</sup> Y en esta operación radica el valor heurístico de la obra. Torrea no podía quedarse con la limitadísima y forzosamente parcial visión del jefe de día<sup>48</sup> de cuatro jornadas. Por eso declara que

Claramente me he propuesto hacer notar lo que a mí me constó, sobre lo que relato por informaciones; pero para completar éstas, he tenido el cuidado de hacerlo con personas que por su conducta y sinceridad merecen respeto para posteriores apreciaciones de carácter histórico militar...<sup>49</sup>

<sup>45</sup>. Torrea. *La Decena...*

<sup>46</sup>. *Ibid.* P. 21.

<sup>47</sup>. *Ibid.* P. 186.

<sup>48</sup>. El jefe de día es el que funciona como vínculo directo entre el estado mayor y las unidades en operación. Lleva las órdenes de aquél a éstas y, de vuelta, las novedades y partes de la línea al mando.

<sup>49</sup>. Torrea. *La Decena...* P. 213.

(Nótese que el criterio para confiar en una fuente es el mismo que ya se ha explicado: testigos honorables y sinceros.) Así, el general Torrea va narrando lo ocurrido a partir de sus propios apuntes y recuerdos y de los testimonios de otras personas.

Para decir lo que sucedió en su cuartel de Tacubaya la noche previa al inicio del levantamiento -él ya estaba acantonado con su regimiento en el Cuartel de Zapadores a espaldas de Palacio Nacional- utilizó las declaraciones del dueño de la tienda "La marina española" y de una "...persona caracterizada y de honradez suma, D. Carlos B. Zetina".<sup>50</sup> Por otra parte, describe el avance de las tropas rebeldes y la primera toma de Palacio con el testimonio íntegro de José González M., secretario de redacción de *Nueva Era* y testigo presencial de los hechos.

Otros momentos y lugares son recreados con testimonios de militares: coronel Víctor Hernández Covarrubias, director interino del Colegio Militar; teniente César Ruiz de Chávez, comandante accidental de la guardia presidencial el 9 de febrero de 1913; coronel Francisco J. Vasconcelos; teniente coronel Miguel Bernard; capitán Ayala; mayor Francisco Barragán, jefe accidental del 46 Batallón de Infantería; general brigadier Manuel Rivera; general Manuel Plata; subteniente Francisco L. Urquiza; general Joaquín Beltrán; general Antonio Ramos Cadena; coronel Rubén García; general Héctor F. López; general Ignacio L. Pesqueira y, por supuesto, el general Lauro Villar.

Aunque en menor número, también hay testimonios de civiles. Aparte de los dos ya mencionados, Alfredo Álvarez, diputado federal en 1913; Fernando Iglesias Calderón y el licenciado Ramón Prida.

Además de esta enorme cantidad de testigos, Torrea se valió de documentos oficiales de la Secretaría de Guerra: órdenes, partes, comunicaciones, listas, expedientes personales, etcétera.

El mérito del general Torrea no consistió solamente en reunir tal cantidad de testimonios, sino en provocar, en muchas ocasiones, que éstos se generaran.

---

<sup>50</sup> *Ibid.* P. 45.

Según él mismo declara, reunió los materiales para el libro "...por indagaciones durante los años de 1915 a 1917...".<sup>51</sup> Las "indagaciones" consistían en pláticas cuyas partes sustanciales luego transcribía y conservaba. Este es el caso de los relatos de Carlos B. Zetina, del dueño de "La marina española", del mayor Barragán, del brigadier Rivera, del general Plata y del general Villar.

Pero consistían también en textos escritos por los testigos y recopilados por Torrea. No es de extrañarse que el secretario de redacción de un periódico escribiera con detalle lo que presencié y vivió, ése era su oficio; ni que Felipe Ángeles, célebre ya por aquellos días, publicara en el periódico los partes donde informaba sobre las actividades de la artillería. Lo que llama la atención es que personas como el coronel Vasconcelos y el teniente coronel Bernard, más bien alejados de las letras, le hicieran llegar los apuntes que habían elaborado con base en sus recuerdos.

El caso extremo es el del capitán Ayala, integrante del grupo de zapadores que se mantuvo leal al gobierno. El contó sus memorias en "...los apuntes que tuvo la gentileza de hacer a mi súplica...".<sup>52</sup>

Juan Manuel Torrea, en su calidad de jefe de día, pudo conocer a todos los jefes que combatieron durante la Decena Trágica. Al parecer les pidió -una vez derrotado el régimen huertista-<sup>53</sup> que escribieran sus memorias sobre aquellos días.

En este sentido, Torrea sirvió como imán del grupo de oficiales que, como él, se mantuvieron leales al gobierno federal durante el maderismo y aun después, bajo las órdenes de Huerta. Estos militares, cargaban con la culpa de haber apoyado a la facción

<sup>51</sup> *Ibid.* P. 213.

<sup>52</sup> *Ibid.* P. 122. No fue esta la única ocasión en que Torrea propició que se elaborara material historiográfico. Para publicar *Alteza...* (P8) se valió de las historias de soldados rasos ejemplares que los embajadores de Estados Unidos, Perú, Chile, Argentina, Nicaragua, Colombia, República Dominicana y Costa Rica le hicieron llegar sobre sus respectivos países.

<sup>53</sup> Si los testigos se mantuvieron leales al gobierno después de consumado el cuartelazo es difícil que hayan escrito sus memorias durante el régimen de Huerta porque, en mayor o menor medida, todas insinúan una filiación maderista. Si, en cambio, se rebelaron, pudieron generar sus testimonios en cualquier momento, aunque la mayoría estaba muy ocupada haciendo una revolución como para sentarse a escribir, tal es el caso del después general Francisco L. Urquiza. Fueran huertistas o no, los testimonios no pueden datar de antes de 1915.



unánimemente repudiada por todos los grupos revolucionarios y requerían de algún espacio para explicar la actitud que tomaron durante el mes de febrero de 1913. El viejo general Torrea, hombre conocido y respetable en 1939, podía ser una buena opción.<sup>54</sup>

Para Torrea los testimonios eran cosa natural y necesaria. En un país tan nutrido de hechos de armas y con tan poca historiografía formal hecha al respecto, la vía del testimonio -escrito o hablado- era la única para conservar la memoria de lo pasado.

Cuando trata el tema de las guardias presidenciales que, hasta después de la muerte de Carranza se caracterizaron por su participación en cuartelazos y que también traicionaron al presidente Madero, don Juan Manuel declara que:

Pláticas con los veteranos que habían vivido los tiempos oropelescos de la República y del Primer Imperio, completaron el juicio que la lectura me había formado de aquellos famosos cuerpos de leyenda integrados por personal escogido y fogueado.<sup>55</sup>

---

<sup>54</sup> A lo largo de la investigación, sólo se encontraron dos casos en los que Torrea no mantuvo su habitual integridad cabalmente.

A principios de la década de los 30 escribió un libro ajeno a su habitual circunscripción geográfica pero del mismo tema que el resto de su obra. *Polonia guerrera; del mercenarismo al ejército nacional*. ([s.p.i.] 32p.) está dividida en dos secciones. En la primera, hace un rápido recuento de la historia de aquella nación; en la segunda, describe con una admirable precisión el funcionamiento y la estructura de su nuevo ejército.

La obra de Torrea en su conjunto muestra al respecto tal unidad y constancia y se diferencia a tal grado de lo que hizo en las primeras páginas de *Polonia guerrera*, que no queda más que pensar que esas páginas no fueron escritas originalmente por él; que, en el mejor de los casos, las resumió de algún texto sobre historia de Polonia, cuando no, que las copió de alguna parte. En efecto, Torrea no explica en ningún otro lugar un proceso histórico en función de "nobles electores", de una "heroica y sacrificada clase plebeya nobiliaria" o de "un medio de aristocratización por clases". (Pp. 1-2).

El hecho de que no declare de dónde tomó la información sobre la historia polaca refuerza la posibilidad de que la haya copiado, porque en el resto de su obra siempre menciona, aunque sea desordenadamente, sus fuentes.

En el caso de *Condecoraciones militares mexicanas* (F. 3) Torrea afirma que "No hay publicado un solo libro que se refiera a la condecoración mexicana en general, desde la independencia hasta la época presente", pero estaba ignorando voluntariamente los trabajos de Carlos Pérez Maldonado quien había dado a la imprenta en 1942 *Condecoraciones mexicanas y su historia* (Monterrey, [s.c.] 212p.) y en 1945 *Medallas de México*; tres años después Torrea firmaba su libro sobre el tema.

En el legajo que contiene *Condecoraciones militares mexicanas*, se encontraron recortes de ilustraciones impresas de algunas medallas; y en algunas se lee, con la letra de Torrea, "Pérez Maldonado"; se trata de las ilustraciones que el coleccionista puso en el primero de sus libros y que Torrea, evidentemente, conocía.

<sup>55</sup> Torrea. *La Decena...* P. 102.

Aunque parezca imposible, se está refiriendo a veteranos de los gobiernos de Iturbide y Santa Anna. Y para explicar esto sólo hay dos opciones: o algunos de estos veteranos rebasaron el siglo de vida (Torrea nació en 1874) o el autor no oyó *directamente* sus testimonios.

En efecto, del mismo modo en que Juan Manuel Torrea no hacía distinciones entre la información escrita y la verbal, tampoco los hacía entre las fuentes testimoniales recientes y las remotas.

Buen ejemplo de ello es el caso de los huesos de los Niños Héroes.

Torrea encontró los huesos de los seis alumnos muertos en la defensa del Castillo de Chapultepec cien años después de consumado su sacrificio, en 1947. Luego de una intensa campaña para recolectar fondos, se inauguró su vistoso monumento en noviembre de 1952.

El general Torrea dio con esos restos gracias a que conocía la tradición que se había formado en torno al asunto entre los alumnos del antiguo Colegio Militar.

En 1931 escribió por primera vez algo al respecto: "Desde tiempo pretérito traté de inquirir el lugar de entierro de los restos de los cadetes, siempre sin resultados".<sup>56</sup> Al cabo de 17 años de pesquisas, ya tenía algo en claro:

La tradición [...] no está en manuscritos, no está en los libros de las parroquias ni en los libros de defunciones; es uno de tantos casos "que se grabó profundamente en la imaginación" por el amor a los hechos heroicos de México.<sup>57</sup>

Una vez que agotó todas las posibilidades documentales, Torrea no tuvo más remedio que hacer caso de lo que había escuchado durante muchos años: que los Niños Héroes estaban enterrados en una zanja al sur de los ahuehuetes de Miramón, en las faldas del cerro de Chapultepec. Al mismo tiempo, comenzó a elaborar la explicación que dotara de validez científica sus deducciones.

---

<sup>56</sup>. Torrea. *La vida de...* P. 50.

<sup>57</sup>. Torrea. "Los restos..." Pp. 7-12, 32.

Antes que nada, dejó en claro que conoció a alumnos del Colegio Militar que combatieron contra los estadounidenses en 1847.<sup>58</sup> Sin embargo, no declara que ellos (Ignacio Molina, Teófilo Noris, Santiago Hernández, Ignacio Burgoa) le hayan dado algún dato. Los que si lo hicieron, eran los que "...hacían rememoraciones de las acciones de Molino del Rey y Chapultepec [...] todos sabían que los alumnos habían sido enterrados en el bosque...".<sup>59</sup> El problema es que de entre estos "informantes" el más antiguo, había ingresado al Colegio Militar en 1849.<sup>60</sup>

Torrea no tiene inconveniente en confesar que "De donde parte la tradición es de [...] José Montesinos y Manuel M. Plata".<sup>61</sup> Pero si Montesinos ingresó al Colegio Militar hasta 1853 y era de "...antigüedad muy anterior a la..."<sup>62</sup> de Plata, entonces ninguno fue testigo de los hechos y el origen de la tradición se pierde.

Pero Torrea resuelve este conflicto de un plumazo: "De donde parte la tradición a mi juicio es inatacable para los que supimos del valer de aquellos hombres de una honradez reconocida".<sup>63</sup> Como siempre, equipara honorabilidad con confiabilidad.

Una vez que se estableció la validez de la tradición y se inició la búsqueda, el grupo de zapadores que dirigía Torrea no buscó ni en Molino del Rey ni en Tlaxpana (ahí habían sido enterrados los cadáveres de los invasores), tampoco en una de las laderas del cerro de Chapultepec (donde se inhumó a los soldados mexicanos); sino que se fue directamente a la zona de los ahuchuetes de Miramón (un grupo de añosos árboles que forman una especie de cuadrilátero en el extremo sureste del cerro), y, gracias a la orientación de Luis Camarena y Tiburcio Chavira Salcedo, trabajadores del bosque, los huesos fueron encontrados a las pocas horas de iniciada la búsqueda en el lugar preciso.

<sup>58</sup> *Ibid.* P.7

<sup>59</sup> *Ibid.*

<sup>60</sup> El general imperialista José R. Cuevas fue alumno del Colegio a partir de 1849; el general Sóstenes Rocha, de 1851 y los generales Agustín Pradillo y José Montesinos, de 1853.

<sup>61</sup> Torrea. "Los restos de los alumnos..." P. 9.

<sup>62</sup> Torrea. *La vida de...* P. 50.

<sup>63</sup> Torrea. "Los restos de los alumnos..." P 11.

Luego, los huesos fueron sometidos a estudios, se emitieron dictámenes por parte de antropólogos físicos, se formó una comisión de historiadores para que los autentificara o rechazara, y se concluyó que bien podían haber pertenecido a los seis alumnos del Colegio Militar que murieron el 13 de septiembre de 1847.

La tradición había comprobado su eficacia de manera tan evidente como lo es el hallar unos huesos precisamente donde debían de estar. ¿Por qué no iba Torrea a confiar en ella después de que utilizarla le produjo tan espectaculares resultados?

### c) Interpretación

En este subcapítulo no se ha adoptado en su totalidad la nomenclatura griega propuesta por don José Gaos para nombrar las operaciones que conforman el trabajo del historiador.

Se ha tratado ya sobre heurística y crítica; más adelante se hablará sobre arquitectónica y estilística. Pero en ningún lugar se expondrá particularmente la forma en que Torrea resolvía las operaciones hermenéuticas y etiologías. Y esto por un motivo muy simple: el autor no diferenciaba ambas operaciones. Para él, explicar y comprender eran verbos sinónimos.

En rigor, los textos del general Torrea construyen explicaciones en donde la doble operación hermenéutica (la comprensión del presente por el pasado y la comprensión del pasado por el presente)<sup>64</sup> está dada de manera explícita. El autor *explica* y al hacerlo demuestra que *comprende*. Ciertamente se entretiene en la elaboración de argumentaciones causales que, en algunos momentos, se violentan y contradicen. Pero el examen de la totalidad de su obra revela que, por debajo de los empeños de explicación, subyacía un sustrato de comprensión que, al final, es lo que la dota de valor.

Torrea partía del supuesto de que el pasado y el presente están inevitablemente unidos y que éste sólo puede explicarse por aquél. Si no fuera así, su intención de emplear la

---

<sup>64</sup>. Vid. Gaos. *Op. cit.* Pp. 302-303.

historiografía como un instrumento de enseñanza nunca habría sido posible. La relación genética entre el presente y el pasado es la que hace posible *aprender* del pasado lecciones para el presente.

Ejercitar esta relación genética supone, como indica Gaos, completar, de manera más o menos inconsciente, el círculo de la comprensión, en tanto que "...el primer paso de una comprensión del presente por el pasado implica comprender éste desde el presente y por el presente..."<sup>65</sup>

Como es obvio, Juan Manuel Torrea no consideraba estos problemas conceptuales; tal vez ni siquiera le interesaba su existencia. Para él, la historia explica el pasado y el pasado es útil porque ofrece situaciones análogas (ese era el término que empleaba) a las del presente y la experiencia -exitosa o frustrada- de quienes, en su momento, las afrontaron.

Pero, para saber por qué fue eficaz o erróneo lo que los hombres del pasado hicieron en determinada situación es indispensable comprender esta situación; para emplear la experiencia de estos hombres en el presente, del mismo modo, es necesario comprender el presente. Usar el pasado como ejemplo supone el acto mismo de la comprensión del presente y del pasado así como de las diferentes formas en que se relacionan e influyen.

#### *Orden, progreso y nacionalismo*

Torrea elaboraba sus explicaciones sobre el pasado sin asumir los supuestos de corriente interpretativa alguna. Se ha dicho ya que se formó en un ambiente donde el positivismo era norma y dogma pero éste se expresaba más en el método de investigación que en la forma en que interpretaba los hechos investigados. En su obra no aparecen estadios de desarrollo sucesivos por los que deben pasar ineluctablemente los grupos humanos ni otras ideas generales elaboradas por el positivismo para explicar el proceso histórico de las sociedades.

---

<sup>65</sup> *Ibid.* P. 302.

En los libros del general Torrea no se nota la influencia de estas explicaciones, sino el *tono* que el positivismo implantó en México en casi todas las áreas del conocimiento durante los últimos años del siglo pasado y los primeros de éste.<sup>66</sup>

Como parte del afán por dotar de carácter científico la actividad del historiador - común a toda la historiografía positivista-, aparece constantemente en su obra la idea de que lo contemporáneo al historiador, lo "vivo" no es de la incumbencia de los historiadores.

Las vidas de no pocos militares, por ejemplo, "...aún no se deben estudiar, porque algunos viven y el periodo está fuera de la consideración histórica".<sup>67</sup> Posiblemente este escrúpulo se deba, además de la falta de perspectiva temporal para poder apreciar lo ocurrido, a la falta concreta de fuentes: "...máxime cuando la información a mi juicio, no está completa..."<sup>68</sup>

Aparte de éstos, la obra de Torrea presenta un rasgo particular de la doctrina de Comte arraigada en México: el nacionalismo.

El positivismo -que en ésta como en otras cuestiones siguió el camino trazado por el liberalismo-, importado de Francia casi al mismo tiempo en que se restauraba la república, tuvo, durante los gobiernos de Juárez, Lerdo, González y Díaz, la misión de educar para consolidar la libertad recientemente ganada. El país había sufrido medio siglo de guerras intestinas e intervenciones; necesitaba iniciar su desarrollo con bases sólidas y modernas que, además, generalizaran los valores necesarios, como la independencia y la libertad, para que la existencia de la nación no volviera a peligrar.

El positivismo cumplió con esta función. A través de la educación, se creía, habrían de ser formadas generaciones completas de mexicanos que garantizaran la integridad del país y lo llevaran por la senda del progreso. Había que cultivar en los jóvenes, pues, un

<sup>66</sup> El autor no escapaba al afrancesamiento que, en cierto modo, venía aparejado al positivismo. Dice, por ejemplo, que la intervención en México fue responsabilidad de dos hombres que "no eran de los buenos franceses, de los que aquel país glorioso, que ha tenido siempre y tiene el cariño, la admiración y el respeto de México". Juan Manuel Torrea. *La batalla del 5 de mayo. Juicio crítico de mis apuntes militares de un tercio de siglo*. [s.p.i.] [ca. 1940]. P. 4.

<sup>67</sup> Juan Manuel Torrea. *La lealtad*. P. 10.

<sup>68</sup> Torrea. *Tampico*. P. 240.

profundo nacionalismo además de un intenso amor al progreso que el orden traería consigo. La Escuela Nacional Preparatoria -cuyo lema terminó siendo, precisamente, "Amor, orden y progreso" (es decir, el lema del positivismo, pero sustituyendo significativamente "libertad" por "amor"), sería la punta de lanza de este proyecto educativo.<sup>69</sup>

A fin de cuentas, Juan Manuel Torrea tenía tan arraigados estos valores como cualquiera que hubiera estudiado en la Preparatoria durante el apogeo de la era porfiriana. Al emprender el oficio de historiador en los años 20, era natural, a pesar de la reciente revolución -o quizá con más razón a causa de ella-, que promoviera estos valores en sus trabajos historiográficos.

Los empeños nacionalistas de la República Restaurada, del Porfiriismo y de la revolución no son antagónicos, y pueden incluso, ser complementarios: la obra de Torrea es muestra de ello.

El trabajo interpretativo del general Torrea, aparte de estas generalidades -propias del tiempo y del medio en que se generó-, tiene algunas características particulares que revelan con mayor precisión su pensamiento histórico. De ellas se tratará en los siguientes apartados.

#### *Voluntad y potencia*

El general Juan Manuel Torrea publicó nueve libros cuyo tema es la vida de algún personaje destacado; doce, en donde reúne, según criterios diversos, varias biografías; y seis, sobre sucesos inevitablemente ligados a la vida de algún personaje en particular. Toda su bibliografía gira en torno a hombres particulares.

Resulta obvio que, para él, la historia se movía, fundamentalmente, por la intervención de ciertas personas; por eso dedicó buena parte de su labor historiográfica a la

---

<sup>69</sup> Vid. Leopoldo Zea. *El positivismo en México: nacimiento, apogeo y decadencia*. México, Fondo de Cultura Económica, 1968. 481 p. (Este trabajo fue publicado primero en dos partes, entre 1943 y 1944.)

confección de biografías, pues explicando los hechos de algunos hombres revelaba, según él, el sentido del acontecer histórico.

Sin embargo, y como era su costumbre, don Juan Manuel no escribió ni una línea teórica sobre la importancia de las biografías. Fue Antonio Palza, quien se encargó de dar esta explicación al hacer la relatoria de un congreso organizado por el propio Torrea. Es casi seguro que el autor aprobara el pensamiento del relator cuando afirmaba que la biografía es, simplemente:

...la búsqueda del hombre. El hombre que en un mundo de desventuras y extravíos espirituales como el que vivimos ahora se siente perderse a sí mismo, y corre angustiosamente a encontrarse, a hallarse, porque su pérdida le causa pavor [...] Hoy en día, por causas distintas, el hombre se nos está yendo de las manos, se va perdiendo entre los meandros de socialismos, economicismos e industrialismos, urge, entonces [...], reconquistarlo y para ello nada mejor que dedicarle toda la atención; afanarse en su estudio, análisis y observación...<sup>70</sup>

Según puede verse en sus libros, el hombre -o sea, los individuos específicos- es para Torrea, además de lo que señaló Palza, el principal actor de la historia.

Desde el inicio de su carrera historiográfica, don Juan Manuel cifró la responsabilidad de los acontecimientos en los grandes hombres. En su libro de historia militar escrito en 1924, por ejemplo, la idea del personaje decisivo y definidor es constante. Las campañas europeas de las que se ocupa, se resolvieron, todas, por el genio militar de una sola persona: Napoleón. La revolución de independencia y la guerra con Estados Unidos, en el caso de México, son explicadas en función de la brillantez de Morelos y de la ineptitud de Santa Anna.<sup>71</sup>

Posiblemente esta atención a los hombres se deba al tipo de historia que el general Torrea escribía. La historia militar, en efecto, suele explicarse por el desempeño de los jefes

<sup>70</sup> Humberto Palza. "Relación de los trabajos leídos en la 'Semana de episodios y personajes de la historia de América', auspiciada por el Ateneo de Ciencias y Artes de México". En Torrea. *Episodios y...* Pp. 59-72.

<sup>71</sup> *Passim*. Torrea. *Apuntes de geografía...*



en los hechos de armas. Sin embargo, la idea del hombre significativo aparece en los trabajos de Torrea aun cuando no habla de batallas ni de guerras.

En su historia del Colegio Militar, explica la transformación del plantel debido a la calidad de sus directores:

Y es desde el año de 1833 cuando comienza a culminar en el Colegio Militar, toda una época hasta 1847, por haberse confiado la dirección del Plantel a tres eminentes militares, de una honradez absoluta, de prestigio militar debidamente acreditado y de una competencia indiscutible.<sup>72</sup>

Se entiende pues, que en la década anterior el Colegio no pudo cumplir adecuadamente con sus funciones porque no estuvo dirigido por las personas indicadas.

Las personas -los hombres- tienen una importancia mucho mayor a la del desenlace de una batalla o el progreso de alguna institución. Para una y otra cosas resultan indispensables y definitivos, pero su misión llega a dimensiones mucho mayores.

La existencia de algunos de ellos, incluso, marca la forma en que se ejerce el arte de la guerra; no solamente el resultado de un hecho de armas, sino la concepción tecnológica y estratégica en torno de la guerra.<sup>73</sup>

Pero el general Torrea llega más lejos. Explica que a la par de hombres ordinarios hay otros extraordinarios que van marcando la historia a su paso y que tienen un origen misterioso e incierto:

El genio es un don de la naturaleza, es un don misterioso, es una especie de doble del hombre, que transfigura el mundo exterior por la contemplación del mundo invisible, que sólo los genios saben distinguir.<sup>74</sup>

---

<sup>72</sup> Torrea. *La vida de una...* P.21.

<sup>73</sup> Juan Manuel Torrea. "La guerra". En *Memoria de la Academia Nacional de Historia y Geografía*, México, D.F. Año XIV. Boletín 8. 1958. Pp. 21-47. P. 26.

<sup>74</sup> Juan Manuel Torrea. *La Independencia de México, sus períodos y los errores y aciertos de sus caudillos*, México, Academia Nacional de Historia y Geografía, 1945. 40p. P. 21.

Lo que sí queda claro es que estos grandes hombres, estos genios, son los artífices de la historia. Y lo son porque de alguna manera saben hacerse de la fuerza que, en última instancia, es en donde se funda la convivencia entre los individuos y los grupos sociales.

Es en las primeras páginas de *Alteza del soldado raso* donde Torrea desarrolla, si bien tímidamente, esta idea. Dice que "No hay derecho sin fuerza, y para un futuro mejor no debe permitirse la fuerza sin derecho".<sup>75</sup> Esta afirmación, aunque el autor no ahonde en ella, es suficiente para aventurar algunas deducciones.

Si la existencia del derecho depende de la fuerza que lo sustenta, y la voluntad humana interviene, "permite", la instauración de un derecho en particular, entonces la voluntad humana -alojada en un hombre o un grupo de hombres- que posea la fuerza será la que marque el camino de las sociedades, es decir, el camino de la historia.

Si no es excesiva esta interpretación, entonces puede afirmarse también que el devenir histórico se reduce, para el general Torrea, al enfrentamiento de las diversas fuerzas de los hombres o de las naciones para imponer su derecho y, en consecuencia, su voluntad.

Hasta aquí ha quedado claro que los grandes hombres *conducen* la historia porque poseen la fuerza. Pero no se ha explicado de qué medios se valen para hacerse fuertes.

Don Juan Manuel Torrea siempre evadió el compromiso de ofrecer explicaciones elaboradas en asuntos que no fueran exclusivamente militares o que no estuvieran, cuando menos, directamente relacionados con los hechos de armas y los ejércitos. Cuando la lógica misma de la explicación que estaba conformando lo llevaba a asuntos de política y de gobierno, escapaba lo más rápidamente posible de ese terreno -para él peligroso y resbaladizo- y volvía a su familiar parcela de la historia militar.<sup>76</sup>

Por eso no explicó de qué manera los políticos consiguen el poder para ejercer su voluntad. Pero, conforme a lo que se ha expuesto en párrafos anteriores, puede pensarse que

<sup>75</sup> Torrea, *Alteza del...* P.24

<sup>76</sup> El autor declara que sus apuntes sobre la Decena Trágica "para nada quieren anotar algo que se refiere a la cuestión que no deba relacionarse con la actitud militar; eso ya lo han hecho con diferente criterio personas y profesionistas que más conocen y saben manejar la ciencia política". (*La Decena...* P. 186.) Del mismo modo, evade tratar el conflicto entre México y Estados Unidos de 1914. (*Tampico...* P.240.)

en el pensamiento de Torrea los políticos son los encargados de convertir la voluntad triunfante en derecho; mientras que los militares son los responsables de pelear por imponer la voluntad; los que, a fin de cuentas, detentan y ejercen la fuerza.

Así, por una u otra causa, Torrea no desarrolló el asunto de la fuerza y la voluntad en el ámbito de los hombres de Estado, sino en el de los hombres de armas. Y en él, la explicación resulta contundente. Dice, categóricamente, que "...las batallas son el patrimonio exclusivo de los generales en jefe..."<sup>77</sup> y que "...el militar es lo que es su Jefe, es una materia dócil a la que se le da forma por voluntad del Director -el Jefe lo es todo-..."<sup>78</sup>

Uno o dos hombres, los generales en jefe, tienen sobre ellos la responsabilidad de toda la tropa combatiente, y de las consecuencias que del combate se desprendan.

Durante la batalla del 5 de mayo de 1862 en Puebla, por ejemplo, recaía en dos hombres -Lorenz y Zaragoza- la suerte de los 10,000 soldados que estaban bajo sus mandos, y no sólo eso: la totalidad de la población de México y buena parte de la de Europa iba a ver modificada su situación si la aventura expansionista francesa triunfaba o fracasaba.

Por eso, argumenta Torrea, la conducta de los jefes no puede ser calificada según criterios comunes para los civiles. En ellos recae una responsabilidad de dimensiones tales que deben guiarse por principios distintos propios y exclusivos de los militares.

El general Escobedo reconocía, por ejemplo, que para sofocar la indisciplina generada entre los republicanos que sitiaban al ejército imperial en Querétaro, hubo de aplicar "fuertes resoluciones". Torrea comenta al respecto que a las tropas con pánico "...sólo saben detenerlas el soldado excepcional y la voz de los fusiles..."<sup>79</sup>

Soldados excepcionales que deciden el futuro de naciones y que no vacilan en fusilar a su propia tropa si se insubordina. Hombres que tienen en sus manos las vidas de otros muchos hombres; ellos son, según el pensamiento de Torrea, los principales actores de la historia.

---

<sup>77</sup>. Torrea. *La batalla...* P.27.

<sup>78</sup>. Torrea. *La vida...* P. 77.

<sup>79</sup>. Torrea. *El Cimotario...* P.27

Ellos, con la fuerza que conducen, obtienen el triunfo o la derrota; pero en ellos no reside la fuerza. En ellos está la voluntad, no la potencia. La potencia está en la tropa. Pero, en cambio, la tropa está desprovista de voluntad.

En el cerro del Cimatarío, donde una audaz carga de caballería comandada por Miramón rompió parcialmente el cerco republicano, Torreón expone claramente esta situación:

...al ser atacadas las tropas de Michoacán en el centro de la línea, se desbandaron vergonzosamente y como sucede en estos casos [...] la desmoralización cundió a las inmediatas de una de las alas.<sup>80</sup>

El hecho de que los soldados republicanos supusieran que el triunfo para su bando llegaría en pocos días no fue nada ante la determinación -la voluntad- de un gran jefe militar, quien en una sorpresiva acción, estuvo a punto de cambiar radicalmente la situación. Porque entre la tropa

...el pánico se desarrolla cuando enloquecida la masa se precipita entre las filas enemigas o cuando se desbanda con la plena conciencia de su desertión. Entonces no hay para estas tropas [...], ni camaradas, ni jefes, ni bandera...<sup>81</sup>

Solamente un "soldado excepcional" puede controlar la situación. En efecto, no fue la intervención de las aguerridas tropas de reserva potosinas y neoleonesas las que lograron restablecer el cerco, sino el general Escobedo y su mando enérgico. Una voluntad individual enfrentada a otra; no las potencias de miles de soldados peleando en el campo de batalla.

Empero, Torreón no soslayó la importancia de los soldados rasos. En 1941, de hecho, escribió un folleto sobre sus cualidades: *Alteza del soldado raso*, en donde dice cómo deben ser los militares y cómo son los rasos -últimos en la jerarquía militar y primeros en la línea de combate-, en donde confirma que son todo potencia pero sin pizca de voluntad:

<sup>80</sup> *Ibid.* P. 10.

<sup>81</sup> *Ibid.* P. 27.

Y el soldado... ha sido el instrumento unas veces, y la víctima posteriormente, con toda injusticia, de los momentos bochornosos de la historia, no pocos por cierto, en que ha sido conducido por mandos criminales y por políticos perversos y anti-patriotas.<sup>82</sup>

Ser instrumentos, víctimas incluso, o beneficiarios, no depende de ellos, sino de la forma en que sus mandos deciden utilizarlos. En las primeras horas de la Decena Trágica esto se hizo patente para Torrea: el general Villar sometió a los aspirantes "...con un efectivo menor que el que se había apoderado de Palacio y de una calidad que no admitía comparación por su inferioridad moral..." No fueron, sin embargo, los pocos reclutas los que dominaron la situación, sino

...la actitud resuelta del Comandante Militar y la disciplina bien aprendida y de la que es difícil despojar al hombre cuando se presentan a su frente jefes bien acreditados.<sup>83</sup>

Unos cuantos reclutas -desmoralizados y sin entrenamiento suficiente, pero con un mando adecuado- pudieron, en aquella ocasión, vencer a un contingente mucho mayor de miembros de la Escuela Militar de Aspirantes, sin que su formación de élite pudiera paliar la mala dirección que sufrieron.

Unas décadas antes, en la Angostura, "...batalla brillantemente ganada por nuestros oficiales y nuestros soldados y perdida por el inepto general en jefe..." esta situación se expresó con toda su crudeza:

Nuestros soldados ahí lloraron de pena y de vergüenza ante la injusticia del destino. Se habían comportado sencillamente heroicos; con arrojo y con valor; pero la ineptitud militar del general Santa Anna, ordenando la retirada después de haber triunfado, buscó para el Abnegado Ejército del Norte una marcha retrógrada, que se convirtió en espantosa derrota.<sup>84</sup>

<sup>82</sup>. Torrea *Alteza del...* P. 7.

<sup>83</sup>. Torrea. *La Decena...* P. 51.

<sup>84</sup>. Torrea. *Historial de...* P. 32.

Posiblemente toda la explicación dada hasta ahora sobre la distribución de la voluntad y de la potencia entre los jefes y la tropa, pueda extenderse más allá de los asuntos militares. Para el general Torrea la tropa es el pueblo en armas, es lo que le corresponde ser cuando se relaciona con la guerra. En alguna parte escribe "...la voz del pueblo (la voz del soldado)..."<sup>85</sup>

Si el pueblo es como la tropa -tal como queda sugerido en algunos de sus trabajos-, entonces la interpretación de Juan Manuel Torrea sería que el pueblo es potencia sin voluntad, y que los jefes -líderes civiles en este caso- son su guía, dependen de su potencia para hacer efectiva la voluntad que los anima, pero pueden conducirlo a la perdición.

#### *Historia militar y periodización*

De cualquier manera, el general Torrea no necesitaba de la política para explicar el acontecer humano en un sentido general; para ello, tenía a la guerra: "Muy pocas explicaciones podemos encontrar sin la guerra...", afirma categórico. Luego explica que "El soldado sigue teniendo la palabra en el mundo, aunque repugnen muchas de las actuaciones a que se le conduzca".<sup>86</sup> La guerra como fenómeno que explica la historia, el soldado -sujeto concreto de la guerra- como actor privilegiado de ella.

Parece que Juan Manuel Torrea cree que, antes que cualquier otra cosa, fue la guerra y que ésta condicionó y sigue condicionando todo lo demás:

el hombre en todas las épocas se ha hecho a la sombra de los soldados; bajo su custodia se han fincado naciones, se han civilizado los pueblos, se han creado los gobiernos democráticos, los imperios y las dictaduras y bajo su salvaguardia se ha desarrollado la civilización; de las contiendas armadas internacionales han salido muchos inventos, las ciencias y las artes han prosperado y el comercio y la industria han intensificado sus actividades y se han creado otras nuevas.<sup>87</sup>

<sup>85</sup> Torrea. *La batalla...* P.29.

<sup>86</sup> Torrea *Alteza del...* Pp. 22-23.

<sup>87</sup> *Ibid.* P. 5.

Y en cierto sentido, tiene razón. Torrea no es, empero, un partidario de las soluciones bélicas; de hecho, considera que "La guerra, como en el principio de la historia, sigue siendo la calamidad mayor que azota a la humanidad",<sup>88</sup> solamente reconoce que las guerras condicionan el devenir histórico y que una enorme proporción de los libros de historia - patria o universal- se ocupa de las guerras. Al respecto dice que

Todos los libros de historia se componen de páginas donde tienen su lugar los crímenes. Tremendo espectáculo el de esas generaciones, que los historiadores levantan de la tumba, nos las presentan despedazándose unas a otras, con voracidad de panteras.<sup>89</sup>

Para don Juan Manuel es tal la comunión entre la guerra y la historia que, ante sus ojos, la frontera entre ambas acaba por diluirse. Aquellas naciones que no han sufrido guerras, carecen, por ese hecho, de historia. Estas naciones -muy pocas, por cierto- "...son como esas familias que practican las virtudes en su retiro doméstico..." En cambio, México "...ha sido un campo donde ha corrido a torrentes la sangre y donde se hacinan los huesos de todas las generaciones..."<sup>90</sup>

A pesar de los torrentes de sangre y de los huesos hacinados, el general Torrea opina que es preferible tener historia que vivir en un retiro doméstico. Curiosamente cree, por ejemplo, que los Estados Unidos, sin necesidad de hacer guerras constantemente y con una bien consolidada estabilidad, no tienen historia en la medida en que no tienen genio militar.<sup>91</sup>

Si la historia es lo mismo que la guerra, entonces estudiar los asuntos bélicos supone conocer la historia misma. Es oportuno señalar aquí que el objetivo inicial de la historia militar es entrenar a los jóvenes soldados en el arte de la guerra, pero también sirve, según el autor, para conocer el proceso humano en toda su complejidad:

---

<sup>88</sup> *Ibid.* P. 22.

<sup>89</sup> Torrea. *Historial de...* P. 24.

<sup>90</sup> *Ibid.*

<sup>91</sup> Torrea. *Graves incongruencias...* P. 8.

Podemos aseverar que conociendo el estudio militar de un pueblo y su manera de hacer la guerra, se puede trazar un bosquejo seguro de todos los demás elementos de su historia...<sup>92</sup>

En este sentido, se acerca mucho a lo que Gaos explica: que el empeño de la cultura occidental ha sido eliminar las explicaciones causales y sustituirlas por explicaciones funcionales, donde el estudio de un aspecto de la realidad humana conduce, obligatoriamente a todos los demás.<sup>93</sup>

Así puede afirmarse que la historiografía militar es efectivamente militar sólo en primer término. En la definición que Torrea ofrece al respecto pueden verse los objetivos que hacen que la disciplina rebase los elementos bélicos. La historia militar, pues,

...se ocupa del estudio de las contiendas del pasado, habidas entre los diversos pueblos o naciones [...] analiza los orígenes, diversas causas, fuerzas combatientes, diferentes episodios, batallas en detalle y resultados finales de las luchas armadas que trata.<sup>94</sup>

Coherente con esta definición, el general Torrea ponderaba, cuando era necesario, el peso real de los hechos de armas. En uno de los poquísimos comentarios que escribió sobre las batallas de la Revolución Mexicana, dice, por ejemplo, que

Torreón a mi juicio, no sólo es una batalla, por el número de contendientes y por los reñidos combates que se sostuvieron, sino porque definió una situación política.<sup>95</sup>

Luego de definir la historia militar, el autor menciona una periodización de la historia militar -es decir, de la historia- propuesta por el general Miguel Ruelas,<sup>96</sup> donde el paso de un periodo al siguiente

<sup>92</sup> Torrea. "La guerra". P. 46.

<sup>93</sup> "...no hay más que una historiografía: la de todos los sectores de la cultura en su dependencia funcional unos de otros. Las historiografías de la política, la literatura, el arte, la filosofía, la religión, etcétera, de ser cabales, no pueden ser sino historiografías con uno de esos sectores en un primer término y los demás en segundo". Gaos. *Op. cit.* Pp. 305-306.

<sup>94</sup> Torrea. *Apuntes de...* P. 77.

<sup>95</sup> Torrea. "Leyendo las..." P. 6.



se señala ya sea por un gran descubrimiento que halla aplicación en el arte militar, ya por una perturbación social o por un progreso de la civilización, que conduce a cambios considerables en la organización de los ejércitos.

La consideración de los orígenes y las causas de los conflictos armados y su periodización según criterios tecnológicos y sociales, relacionan estrechamente la historia militar con las demás historias. De hecho, sus periodos son prácticamente los mismos con los que tradicionalmente se ha dividido la historia occidental.

Siguiendo a Ruelas, Torrea afirma que el primer periodo, el de la antigüedad comprende desde los orígenes del arte militar con los mesopotamios y los asirios, hasta la caída del imperio romano en el siglo V de nuestra era. La siguiente etapa, la de la edad media, abarca desde la caída de aquel imperio hasta la generalización de las bocas de fuego, y el fin de la Guerra de los Cien Años, y la creación del primer núcleo permanente (creado con las ordenanzas de Carlos VII) de fuerza armada. Se pierden en esta época

las reglas de la gran guerra, las instituciones militares son tan confusas como las políticas con las cuales están mezcladas. Solo la caballería está en boga.

El Renacimiento terminó con el reinado de Luis XIV. Estuvo marcado por la organización de la artillería y, sobre todo, la creación del ejército permanente. La adopción de la bayoneta de cabo (desde el siglo XVIII habían desaparecido las picas y las alabardas de los cuerpos regulares) marcó el inicio de la edad moderna, hasta que, "...a mediados del siglo XIX, nuevos descubrimientos modificaron profundamente el arte de la guerra...". Esta etapa se caracterizó por las campañas de Federico de Prusia y de Napoleón I.

---

<sup>26</sup> Seguramente Torrea se basaba en Miguel Ruelas. *Estudios de historia militar dedicados a los alumnos del Colegio Militar*. México. Hijas de J. F. Jens, 1899. 102 p. Este militar mexicano escribió una buena cantidad de reglamentos, cartillas y estudios sobre ingeniería militar y otros asuntos castrenses durante los últimos años del siglo pasado y los primeros de éste.

El periodo contemporáneo, por último, iniciado con la caída del segundo imperio francés, se distingue por el uso del telégrafo, del ferrocarril, de las armas de tiro rápido y por la generalización del servicio militar universal y obligatorio.

Después de apoyarse en Ruelas, Torrea propone un sexto periodo que continúa la lógica de los de Ruelas. Señala que el fin de la edad contemporánea -en lo que al arte militar atañe- fue la guerra sostenida entre Rusia y Japón en 1905. El periodo "actual" -así lo bautiza- arranca con el estallido de la primera guerra mundial y se distingue por la guerra de trincheras (que elimina definitivamente las cargas de caballería), la artillería de gran alcance, los gases asfixiantes y el uso de nuevas armas como los "tank", los submarinos y los aviones.<sup>97</sup>

Según se deja ver en esta caracterización de la historia de occidente, es posible -lo fue siempre para el general Torrea- ocuparse de los asuntos humanos en toda su complejidad, sin que la circunscripción a los asuntos militares conllevara la imposibilidad de comprender y de ofrecer explicaciones del pasado en sus otros aspectos.

### *La guerra y el futuro*

Pero también del futuro. Puesto a deducir qué podía pasar en los años venideros, el general Torrea echaba mano de la experiencia de la que dota el pasado y se mostraba profundamente pesimista. "¿Y esta es la humanidad?", se preguntaba, "¿Este es el mundo? ¿Será tan terrible el porvenir histórico como lo ha sido el pasado?"<sup>98</sup>

Aunque fuera militar de carrera, Torrea reconocía que la guerra es "...la aberración más monstruosamente sanguinaria..." y que sus actores, es decir los soldados "...los verdaderos azotes de los pueblos, [...] los popularizadores de todas las inmundicias..."<sup>99</sup> Y

<sup>97</sup> Torrea. *Apuntes de...* Pp. 78-80. No deja de llamar la atención el afrancesamiento -en tanto marca los cortes universales con hechos de aquel país- de los criterios de Ruelas. Por otra parte, una periodización de tales características no se restringe sólo al ámbito militar. Como ya se ha visto, William Mc Neill propone en *La búsqueda...* una interpretación global de la historia del mundo desde el año 1000 con base en el desarrollo de la tecnología militar.

<sup>98</sup> Torrea. *Historial de...* P. 24.

<sup>99</sup> Torrea. *Las virtudes...* P. 19.

aunque deseaba que desapareciera, no creía que ello fuera posible: "Queremos que no haya guerra y nos lo desmiente rotundamente la historia de la humanidad que no practica otra cosa..."<sup>100</sup> Explicaba que la guerra no desaparecería mientras no fueran erradicadas sus causas.

Señalaba entre ellas dos de origen biológico: la tendencia de la humanidad de crecer más rápidamente que sus medios de subsistencia, la que provoca que un grupo necesitado de recursos invada espacios de otro y se apropie de sus bienes; y la propensión a la violencia, elemento constitutivo de la naturaleza humana.<sup>101</sup> Por otro lado, mencionaba dos de orden cultural: las rivalidades económicas y el nacionalismo desvirtuado y falso.

En vista de este panorama, Torrea asegura que cualquier intento por erradicar la guerra de la historia ha sido y será vano:

Nos podrán responder o la ansiada supresión de la guerra y la reducción de los armamentos -que creo una utopía- o la acción de los aeroplanos y la formidable aplicación de la química... A mi juicio, desgraciadamente, ésta será la realidad, y la guerra futura será odiosísima porque matará despiadadamente a inermes e inocentes.<sup>102</sup>

Por otra parte, la única mención específica de las mujeres en su obra, la hace el autor precisamente para confirmar que la guerra es parte de la condición humana: "Y ahora hasta la mujer lo ha ratificado. Esa fue nuestra última esperanza..."<sup>103</sup> Se refiere, posiblemente, a la participación activa de las mujeres en algunos cuerpos militares desde fines de los años 30.<sup>104</sup>

Por eso se burla -con cierto dejo de amargura- de las sociedades pacifistas y de los tratados de paz. Dice que desde el siglo VI A. C. hasta el año de 1881 hubo 8,339 tratados de paz que, evidentemente, no sirvieron para alejar la guerra de la realidad humana.<sup>105</sup> Y si

<sup>100</sup> Torrea. *Alteza del...* P. 23.

<sup>101</sup> Torrea. "La guerra".

<sup>102</sup> Torrea. *Banderas históricas...* Op. cit. P. 14.

<sup>103</sup> Torrea. *Alteza del...* P. 23.

<sup>104</sup> Vid. Dupuy. Op. cit. Pp. 1155- 1308.

<sup>105</sup> Torrea. "La guerra". P. 47.

en el pasado los tratados de paz y los congresos pacifistas no han servido realmente, el autor no ve motivo alguno para que la situación sea diferente en el presente.

Después de la experiencia de las dos guerras mundiales, para Torrea queda confirmada la idea de que el hombre es naturalmente violento. Y

En tanto se realice el ensueño de formar una sola patria con la humanidad, lo cual perdurará como ensueño tal vez siempre o quién sabe hasta cuándo, y cuya realización cambiaría indudablemente el sistema del mundo, de destrucción y de guerras entre los pueblos; ensueño loable si acaba para siempre con la execrable idea de matar con cualquier pretexto o por pretexto convertido en razón aparente...<sup>106</sup>

la guerra seguirá acompañando a la humanidad en su camino por el mundo. Aunque se espera con las posibilidades de intervención de la Organización de las Naciones Unidas, sabe que el fluyente organismo internacional podrá garantizar la paz sólo "...cuando cuente con la fuerza para sostener el derecho..."<sup>107</sup>

De esta manera, el general Torrea llega al mismo problema de la potencia y la voluntad, aunque en este caso tenga alcances mundiales: si, en última instancia, la historia es dirigida por la voluntad de los líderes que utilizan la potencia de los pueblos según su conveniencia, éstos habrán de gozar o de padecer según la calidad y la educación de quienes mandan, del mismo modo que la tropa goza o padece al general que le tocó en suerte.

#### **d) Arquitectónica**

Juan Manuel Torrea escribió, como ya se ha visto, una gran cantidad de libros y artículos durante los años que ejerció el oficio de historiador. No obstante, es imposible decir que haya desarrollado un estilo particular en la forma en que construía sus textos ni en el modo en que los escribía.

---

<sup>106</sup> Torrea. *Las virtudes*... P. 19.

<sup>107</sup> Torrea. "La guerra". P. 47.

En efecto, no hay elementos arquitectónicos o estilísticos únicos del general Torrea en sus escritos. No obstante, esto no implica que sus textos estén desprovistos de características particulares, que son consecuencia y ejemplo de la forma en que pensaba la historiografía y afrontaba el problema de su confección.

Como ya se ha señalado, Juan Manuel Torrea siempre tuvo la intención de hacer ciencia, de crear conocimientos útiles en tanto fueran ejemplares y aleccionadores. Este afán marcó la forma en que estructuró sus narraciones historiográficas.

Las divisiones internas de sus textos respondieron casi siempre a la lógica que iba hallando en los sucesos sobre los que se ocupaba. En este sentido, ejerció fielmente lo que Gaos sugeriría a este respecto al final de la década de los 50.<sup>108</sup>

En general, el criterio de ordenamiento del general Torrea fue cronológico en su exposición y temático en su análisis; no podía ser de otro modo. Los hechos de armas exigen esta forma de estudio: primero saber *lo que pasó*, después, analizarlo y sacar enseñanzas y ejemplos.

Ciertamente no buscaba describir o explicar cuanto pasó al respecto de algún tema o alguna época, sino de extraer *lo memorable* de aquello que pasó. Y para hacerlo era capaz de escribir, sin violentar la lógica temporal, medio libro sobre un periodo de unos cuantos días, y solamente un párrafo sobre más de una década.<sup>109</sup>

Sin embargo, no es frecuente encontrar en la obra de Torrea grandes textos que expliquen, de una sola vez, algún fenómeno. La historia sobre la Decena Trágica es, tal vez, su mejor intento por expresar en la estructura del texto la complejidad de lo histórico sobre la que está tratando.

Lo común es que el general Torrea hiciera pequeños estudios sobre asuntos de alcance limitado, pues "La historia militar [...], sólo se puede estudiar por episodios..."<sup>110</sup> Así

<sup>108</sup> Gaos. *Op. cit.* P. 309. Según este autor, el único rasgo que puede dotar a la historiografía de carácter científico es el de una sistematización acorde con su objeto: lo histórico. Así, según este criterio y sin saberlo, Torrea hacía científico su trabajo al sistematizarlo en su presentación.

<sup>109</sup> *Passim*. Torrea. *Apuntes de geografía... La vida... Polonia guerrera...*

<sup>110</sup> Torrea. *Tampico...* P. 141.

son la mayoría de sus artículos, y algunos de sus libros están formados con varios de estos estudios que tienen en común la época o el tipo de asuntos que tratan.

*El coronel Felipe Santiago Xicoténcatl y la batalla de Chapultepec, 1847-1947*,<sup>111</sup> por ejemplo, consta de cuatro capítulos que bien podrían ser artículos independientes con el tema común del Batallón Activo de San Blas y su intervención en la batalla de Chapultepec.

Cada uno de los veinticuatro capitulitos de *Historial de banderas y estandartes gloriosos*<sup>112</sup>, por otro lado, versa sobre el episodio en que el lienzo en cuestión se cubrió de gloria. El texto no tiene ningún tipo de introducción, y su conclusión -escrita por Agustín Aragón- no tiene nada que ver ni con banderas ni con acciones heroicas. Bien se puede entender cada capítulo -incluidas las líneas finales del viejo positivista- como un artículo independiente.

Por otra parte, varios de los títulos cortos publicados por Torrea fueron originalmente discursos leídos en actos de diversas índoles.<sup>113</sup> En ellos, la forma de ordenar la información es ligeramente distinta a la habitual, que ya se ha explicado.

Estas piezas oratorias son menos ordenadas en comparación con otros textos del general Torrea: se sacrifica en uniformidad por ganar en eficacia retórica (se hacen cortes abruptos y se abren apartados con temas inconexos entre ellos, por ejemplo). La estructura de estos textos recuerda más la de los artículos periodísticos que la de los libros.

La manera que ya se ha señalado en que Torrea ordenaba sus textos -pequeños estudios independientes unidos por tema o por tiempo- seguramente responde al modo en que trabajaba y acumulaba información. La arquitectura de sus libros es resultado, además de su afán científico, de la forma en que investigaba. *Condecoraciones militares mexicanas*<sup>114</sup> da algunos argumentos para sostener esta idea.

<sup>111</sup>. *Op. cit.*

<sup>112</sup>. Torrea. *Historial de...*

<sup>113</sup>. *Vid.* Torrea. *Alteza...*, *La banda...* y *Gloria y desastre...*

<sup>114</sup>. Torrea. *Condecoraciones...*

Efectivamente, el manuscrito localizado en la biblioteca de Condumex puede verse como el paso previo a la publicación de un libro de Torrea. No es posible saber qué modificaciones le habría hecho antes de entregarlo a la imprenta, pero, si se compara su estructura con la de otros libros publicados, las diferencias resultan mínimas.

El texto comienza con algunas generalidades sobre condecoraciones europeas y mexicanas, luego presenta dibujos de medallas militares mexicanas, su descripción y un breve texto manuscrito sobre el hecho de armas conmemorado por la condecoración en cuestión. Cada una de estas narraciones tienen una numeración independiente. Después, aparece una transcripción del decreto para organizar la Orden de Guadalupe, sus estatutos y una lista de miembros. Le sigue la "Ley de Ascensos y recompensas del Ejército y la Armada Nacionales de 1926" y artículos periodísticos sobre la Orden Mexicana del Águila Azteca.

Finalmente, hay, en cierto desorden, fotografías e ilustraciones de medallas y banderas europeas y latinoamericanas, de banderas e insignias de barcos mercantes, modificaciones a la "Ley de Ascensos", un anuario de la "Inclita Orden Militar del Santo Sepulcro de la Lengua de España" e incluso, un sobretiro de Alan W. Haceton, "The Order of Saint Anna" dedicado por el autor a Torrea y su traducción al castellano.

¿Qué iba a contener ese libro? ¿Después de ordenar la información el general Torrea iba a publicar el manuscrito completo o solamente lo referente a las condecoraciones mexicanas? ¿Se trataba, pues, de un original para la imprenta o de una carpeta en la que don Juan Manuel iba reuniendo información -generada por él mismo y por otros- sobre medallas?

El caso es que, entre la información en desorden del manuscrito y la relativamente ordenada de los textos impresos, hay una diferencia muy pequeña y, en ambos casos, ésta puede explicarse por la forma en que los libros -o las carpetas con datos sobre algún tema en particular- se hacían: el autor iba acumulando, de aquí y de allá, pequeños estudios independientes,<sup>115</sup> algunos llegaron a adquirir la calidad de libros, otros fueron publicados

<sup>115</sup>. Posiblemente estos estudios sean los que él mismo llamaba "de mis apuntes militares" y a los que se refería ocasionalmente en el subtítulo de algunos artículos, Carlos González Salas ("Letras en Tamaulipas. Juan Manuel Torrea". En *Suplemento cultural de El Nacional*. México, D.F. 12 de mayo de 1968. P. 1.)

parcialmente y otros, en fin, se mantuvieron inéditos, como fue el caso de *Condecoraciones militares mexicanas*.

El general Torrea solía estructurar sus escritos según el criterio cronológico-temático antes señalado incluso en sus artículos cortos (algunos no ocupan más de dos páginas) pues la diferencia de extensión en los trabajos no representaba para él mayor o menor validez científica. Todos sus textos debían ser útiles pues tenían una evidente intención didáctica.

En efecto, los dos primeros libros del general Torrea fueron escritos para estudiantes y aunque después no volvió a redactar nada especialmente para ellos, jamás abandonó sus afanes de enseñanza.<sup>116</sup>

Durante la primera mitad de la década de los 20 Juan Manuel Torrea estuvo estrechamente relacionado con el nuevo Colegio Militar; de hecho formó parte de su planta de profesores y escribió en 1924 *Apuntes de geografía e historia militares*,<sup>117</sup> y *Las virtudes del guerrero mexicano. Entre el pasado y entre los muertos*.<sup>118</sup> La estructura de cada libro refleja su finalidad escolar.

Valga señalar de paso, que el autor, valiéndose de un argumento didáctico, se negó desde este libro a escribir sobre conflictos internos y enfrentamientos civiles, pues aunque "...nos muestran grandes heroísmos, asombrosa tenacidad, innegable temeridad...", no ofrecen "...principios militares capaces de ser aprovechados en el estudio científico de las contiendas armadas".<sup>119</sup> Lo animaba, además, una convicción ética: las guerras civiles "...han

---

revela que el autor tenía en su oficina "...cinco volúmenes casi autobiográficos donde había ido coleccionando lo publicado aquí y allá y que no había encontrado acomodo en las páginas de algún libro o folleto de los innumerables que escribió..."

<sup>116</sup> Puede considerarse también que escribió la historia del Colegio Militar (*La vida de una institución gloriosa...*) animado por el mismo principio, pero de esta obra se hablará más adelante.

<sup>117</sup> Torrea. *Apuntes de geografía...*

<sup>118</sup> Juan Manuel Torrea. *Las virtudes del guerrero mexicano. Entre el pasado y entre los muertos*. México, Compañía Editorial Latino Americana, 1924. 91p. (ilus.)

<sup>119</sup> Torrea. *Apuntes de geografía...* P. 135.



sido luchas entre hermanos, que deben proscribirse, porque no nos honran ante la civilización ni ante la humanidad..."<sup>120</sup>

Torrea escribió la parte de historia militar del primer libro (2 ingenieros militares se encargaron de la parte de geografía) con un afán rigurosamente didáctico. La estructura del texto es ordenadísima. Hay una introducción, el desarrollo de tres campañas y unos comentarios finales. En cada campaña menciona, en el mismo orden, antecedentes, teatro de operaciones, efectivos de cada bando, periodos del enfrentamiento y resultados. Se trataba de exponer escolarmente los diferentes aspectos de la historia militar con el fin de educar a futuros oficiales.

Don Juan Manuel repitió en muchas ocasiones este esquema, particularmente cuando le interesaba obtener alguna enseñanza de orden militar sobre el episodio que estaba tratando, no importaba que no fuera para formar militares profesionales; siempre era útil y deseable educar cívicamente a los ciudadanos mexicanos.<sup>121</sup>

*Las virtudes del guerrero mexicano*, también para los alumnos del Colegio Militar, presenta una arquitectura completamente distinta, aunque no por ello menos didáctica.

Aunque en el texto se narran continuamente episodios, no fue la intención del autor hacer un recuento de acciones virtuosas, sino ejemplificar cada una de las virtudes que, según su juicio, debían poseer los soldados mexicanos. Por eso, la parte central del trabajo está ordenada alfabéticamente. Comienza con *Abnegación* y concluye con *Valor*. Un total de 15 virtudes con sus respectivos ejemplos que sirven para sustentar el último capítulo, "La virtud del conjunto. El espíritu de cuerpo" (Pp. 81-84) y los "Comentarios" finales (Pp. 84-91).

Aquellos alumnos del Colegio Militar -en aquel momento más necesitados de valores éticos y ejemplos de conducta que de destreza para manejar armas y participar en batallas-

---

<sup>120</sup> Torrea. *La vida*. P. 15.

<sup>121</sup> Vid. Torrea. *La batalla...*, *El Clmatario...* y *Gloria y desastre...*, entre otros.

podían ver en esta especie de prontuario cada virtud seguida de ejemplos que modelaran su conducta.

Tanto la estructura de *Apuntes de geografía e historia...* como la de *Las virtudes...* responden a fines didácticos, informativos en un caso y normativos en el otro.

Este último, no es el único título de la bibliografía de Torrea ordenada alfabéticamente. Los artículos que aportó para el diccionario del estado de Tamaulipas<sup>122</sup> fueron acomodados según este patrón. En el otro caso, el criterio de ordenamiento fue cronológico.

En 1940 don Juan Manuel publicó la primera versión de su crónica sobre los encargados de la Secretaría de Relaciones Exteriores; 16 años después presentaría la segunda, actualizada y aumentada.<sup>123</sup> Este libro es, sin duda, el de estructura más compleja de cuantos escribió Torrea.

El libro pretende hacer "...una esquematización biográfica de las personas..." que han dirigido la política exterior mexicana así como "...una relación sintética de las más importantes cuestiones internacionales y nacionales..." ocurridas durante cada gestión.<sup>124</sup>

Por esta declaración inicial parece que el texto va a ofrecer una visión global de la historia de México, no tanto por los esbozos biográficos, sino por las "relaciones sintéticas" de los asuntos nacionales e internacionales. Sin embargo, no ocurre así porque la cronología no es precisamente de asuntos, sino de gestiones y eso, relativamente.

Para ilustrar esta forma de ordenación vale un ejemplo: José María Ortiz Monasterio estuvo al frente de la Secretaría de Relaciones un total de 3 años, 10 meses y 17 días a lo largo de 14 gestiones diferentes, entre 1832 y 1851. Torrea lo menciona por primera vez en la página 25, da algunos datos biográficos, precisa las fechas de inicio y término de su primera gestión y expone algunos "asuntos de significación en este periodo" luego, enumera

---

<sup>122</sup>. Torrea. *Diccionario...*

<sup>123</sup>. Torrea. *Funcionarios... y 135 años...*

<sup>124</sup>. Torrea. *135 años...* p.3.

los 13 periodos restantes, aunque ya no da datos de politica nacional o internacional. Después de hacer la cuenta del total de días que mandó en la cancillería,<sup>125</sup> pasa, en la página 27, a Francisco Fagoaga, quien suplió a Ortiz Monasterio después de su primera gestión en 1832.

Pero no acaba aquí la historia de Ortiz Monasterio: es mencionado también en las páginas 31, 32 (dos veces), 36, 43, 44, 48, 50, 54, 61 y 64. En cada mención se dice, únicamente, a qué gobierno sirvió, y durante cuánto tiempo lo hizo, mientras que los "asuntos de significación" de entre 1832 y 1851, fueron puestos, en cualquier parte sin mayor cuidado ni lógica.

El libro tiene (¡por fortuna!) dos índices: uno alfabético y otro cronológico. En ambos, se remite al licenciado Ortiz Monasterio en la página 25, que es donde se ven sus datos biográficos.

Así, no hay un seguimiento cronológico de los hechos nacionales o internacionales de México; más bien se mencionan éstos según la gestión de cada funcionario.

Como es fácil imaginar, este esquema resulta útil solamente para tener al alcance de la mano los datos biográficos de cada secretario. Los esfuerzos de Torrea de hacer "...una aportación valiosa para la historia nacional..."<sup>126</sup> fueron, en este caso, vanos.

Sin embargo, el caso de *135 años...* es único. Lo normal de los libros de Torrea en lo que a construcción se refiere, es la claridad y la simpleza.

#### **e) Estilística**

Otro tanto ocurre con la forma en que Torrea se expresa. Como la inmensa mayoría de los militares mexicanos, sólo se vale del idioma, no se solaza con él. Es sintético hasta llegar, en

---

<sup>125</sup> El autor hace la cuenta de los días meses y años que sirvió en la cancillería cada funcionario. Hace lo mismo con las hojas de servicio de los militares: contabiliza el tiempo en que sirvieron en cada grado.

<sup>126</sup> *Ibid.* P. 3.

algunas ocasiones, a la parquedad. Sus textos no contienen clase alguna de sorpresa estilística.

Es necesario reconocer, empero, que aunque su estilo no era particular ni notable, si tuvo la cualidad de permitirle escribir, con soltura y velocidad, una gran volumen de libros y artículos. Su pluma no ostentó el don de la belleza, pero tuvo, en cambio, la cualidad de la constancia.

Mesurado casi siempre, el general Torrea se ceñía con naturalidad a algunas convenciones: rehuía escribir en primera persona, excepto cuando externaba alguna opinión propia; al narrar, prefería el tiempo pasado al presente; cuando trataba sobre asuntos militares (número de efectivos, grados, jerarquías, armas o acciones) era preciso y escueto; tenía, como todos los escritores de su época, una particular inclinación a usar letras versales para denotar respeto o jerarquía.<sup>127</sup>

Su único texto plenamente autobiográfico, *La Decena Trágica*, lo inicia, por ejemplo, en un tono típico de memorias: aunque no cae en el socorrido lugar común de decir "recuerdo que", comienza su relato abriendo puntos suspensivos, como si se tratara de continuar un texto que ya hubiera iniciado.<sup>128</sup>

En este libro, donde constantemente se refiere a él mismo, evita usar el término "yo" y prefiere alejarse del relato (posiblemente en un esfuerzo de objetividad) diciendo que "el jefe de instrucción del Regimiento Primero de Caballería" hizo tal o cual cosa. En los capítulos donde no trata sobre su actuación personal, acorta la distancia entre el mayor Torrea de 1913 y el general Torrea de 1939 usando un simple "el que esto escribe".<sup>129</sup>

Pero no es fácil escribir sobre las guerras y las batallas nacionales sin apasionarse. Y la pasión se expresa, en última instancia, en el lenguaje. José Gaos sostiene que "...no cabría

<sup>127</sup>. A la fecha, particularmente los militares que escriben, suelen seguir estas convenciones, en especial, la de las mayúsculas.

<sup>128</sup>. Dice: "...Transcurrían los últimos días del año de 1912". Torrea. *La Decena...* P. 15.

<sup>129</sup>. *Ibid. Passim.*

historiador cabal sin ser apasionado en algún sentido...<sup>130</sup> Y Torrea se apasionaba, de vez en cuando, al tratar sobre la historia militar de México.

Como buscaba la verdad no podía tergiversar los hechos de los que se ocupaba, pero cuando estos hechos daban pie, por ejemplares o indecorosos a calificativos, Torrea no vacilaba en buscar los más exaltados. El autor padece, por ejemplo, del vicio, común en la historiografía mexicana, de llenar de adjetivos negativos las páginas donde aparece Antonio López de Santa Anna.<sup>131</sup>

Pero al general Torrea no le atraía tanto el denuesto como el elogio. Escribió para dar ejemplos y las acciones ejemplares merecen, cuando menos, homenajes verbales.

Así, su querido general Troncoso fue nada menos que un "Quijote en el cumplimiento del deber..."<sup>132</sup> y algunos estandartes mexicanos habían protagonizado "...episodios dignísimos de cantos épicos para páginas de una historia militar sublime..."<sup>133</sup> No es extraño encontrar términos como "abnegado", "excelso", "bizarro" y "pudonoroso" cuando don Juan Manuel narra la vida y los hechos de buenos militares mexicanos.<sup>134</sup>

Calificar la conducta de las personas no representaba para el general Torrea mayor complicación verbal. En cambio, no era muy afortunado en las pocas explicaciones que aventuró sobre asuntos abstractos o conceptuales. Excepto en las primeras páginas de *Polonia guerrera*, caso que ha sido explicado en su oportunidad, el general Torrea lograba, al respecto, párrafos como el siguiente:

Es labor ardua y difícil ya que necesariamente debe modelarse dentro del aspecto militar, el único como fundamental, que debería haberse desarrollado hasta conseguir el derrumbamiento del edificio político que vivía bajo la férula del coloniaje imperante...<sup>135</sup>

<sup>130</sup> Gaos. *Op. cit.* P. 308.

<sup>131</sup> Lo acusa, en un solo párrafo, de vacilante, prejuicioso, fanfarrón, autócrata, favoritista y ególatra. Torrea. *Historial...* P. 8.

<sup>132</sup> Torrea. *La lealtad...* P. 44.

<sup>133</sup> Torrea. *Historial...* P. 11.

<sup>134</sup> *Ibid. Passim.*

<sup>135</sup> Torrea. *La Independencia...* P. 3.

que más que aclarar, oscurece. En el ejemplo anterior es imposible saber con precisión a qué se está refiriendo.

Para fortuna de Juan Manuel Torrea y de sus lectores, estas explicaciones no fueron muy frecuentes, y constituyen más una excepción que una regla en sus escritos.

La caracterización que se ha hecho hasta ahora sobre el modo de escribir del general Torrea lo coloca lejos de toda pretensión literaria. Y, en verdad, no se encontró, a lo largo de la investigación, un solo texto suyo que no tuviera empeños historiográficos. Más o menos escuetas, todas sus narraciones apelan al valor de la verdad y menosprecian el de la imaginación.

En 1935 Juan Manuel Torrea publicó un texto donde su imaginación y su pasión parecen, sin embargo, desbordar sus afanes científicos. La biografía del general Méndez,<sup>136</sup> sujeta en principio al rigor de la comprobación documental, rebasa la finalidad ejemplar que el autor solía tener cuando narraba la vida de militares mexicanos.

*El general Pedro José Méndez, guerrillero de guerrilleros* no es un libro con fines solamente ejemplares o votivos. Además de dar ejemplo y de rendir homenaje, también busca entretener, divertir.

En el texto de 25 páginas Torrea cumple como por obligación en las dos primeras con los requisitos historiográficos: vacía la hoja de servicios del soldado en cuestión. Las otras 23, las ocupa en contar, regocijadamente, las aventuras del general Méndez; sin más orden que el de su progresivo heroísmo; sin más fin que maravillar al lector con aquella situación legendaria (la guerrilla contra el gobierno de Maximiliano) y los hechos de aquel hombre excepcional.

Era difícil que don Juan Manuel se pudiera resistir a la tentación. El general Méndez reunía muchas cualidades que le resultaban irresistibles: era militar, era honorable, era cabal, era patriota, era valiente, era abnegado, y sobre todo, era tamaulipeco.

---

<sup>136</sup> Juan Manuel Torrea. *El General Pedro José Méndez, guerrillero de guerrilleros*. México, Imprenta de la Secretaría de Relaciones Exteriores, 1935. 25p.

Oriundo de Ciudad Victoria, Torrea siempre conservó un particular afecto por su patria chica. A pesar de que dejó su estado natal cuando todavía era un niño para no volver a radicar en él, hizo lo posible por mantenerse ligado a Tamaulipas, aunque sólo fuera en sus libros.

Así, la biografía del general Méndez sirve de excusa para retratar la estirpe nortea y liberal (de la que Torrea se sentía heredero) formada por

charros -de diestrisimos jinetes tamaulipecos- de aquellos que amanzaban al potro en un mismo día, de los típicos por su destreza, por su dominio sobre el bruto y por su carácter indomable [...] salían al amanecer de su acantonamiento, "de su cantón", jaloneando con largo cabestro al *cuaco* que reparaba y tiraba coces a diestro y siniestro, y regresaban al caer la tarde, ya montados, con el bruto de bozal, y trayendo en las ancas un grueso manojo de rastrojo... El potro estaba de rienda -muy mal hecho- pero con él cargaban machete en mano y burlaban los servicios de seguridad de las avanzadas francesas que se lanzaban a buscarlos.<sup>137</sup>

El general Méndez y sus humbres, más que modelos a imitar, son retratados por Torrea como personajes de una novela de aventuras, a quienes, por sus nobles intenciones, se les celebra todo, hasta que imitaran las técnicas contraguerrilleras del temido Dupin, como en el caso de

Pepita, mujer de leyenda y de singular actitud, a la que se le hizo confesar lo que sabía de los invasores, cuando al ser aprehendida, se le echó una soga al cuello y, sin embargo, solo hablaba en el instante en que la cuerda la oprimía y la levantaba del suelo.<sup>138</sup>

Novela sin continuidad cronológica, compuesta por anécdotas notables; con final feliz, donde cada personaje recibe su merecido:

...el Emperador Napoleón III fue arrojado de las Tullerías [...]; el archiduque austriaco fue pasado por las armas; el general Bazaine fue consignado a un consejo de guerra y el coronel Dupin se disparó un halazo como cualquier vulgar suicida... En cambio, el general Pedro J. Méndez, hizo sesenta y nueve años el 23 de enero

<sup>137</sup>. *Ibid.* P. 15.

<sup>138</sup>. *Ibid.* P. 13.

próximo pasado, que pasa revista de presente en nuestros escalafones militares con la sencilla pero honrosa nota de "sucumbió por salvar a la Patria en Tantoyuquita".<sup>139</sup>

Como se ve en las dos transcripciones anteriores, la forma en que está escrita la biografía del general Méndez es sustancialmente distinta al resto de la obra de Torrea.

Lo que le pasó al autor en la biografía del general Méndez parece confirmar plenamente lo que Gaos aseveraría 25 años después: "...la imaginación no se despliega cabalmente si no es movida a ello por la pasión..."<sup>140</sup>

La pasión de mexicano y de tamaulipeco, en efecto, azuzó la imaginación de Torrea y ésta obró el enriquecimiento de su estilo. Pero no volvería a escribir así. Sería la única vez que don Juan Manuel se comportara, según lo sugerido por Gaos, como un historiador cabal.

---

<sup>139</sup>. *Ibid.* Pp. 24-25.

<sup>140</sup>. Gaos. *Op. cit.* P. 308.



## *2. Los ejemplos del pasado*

El general Juan Manuel Torrea quería, en última instancia, el progreso y la mejoría de México. Como ya se ha explicado, lo animaban principios nacionalistas adquiridos en su juventud y desarrollados a lo largo de su vida; primero, como soldado, viviendo en carne propia la realidad política y social del país; luego, como estudioso, investigando y explicando esta realidad en su sentido histórico.

Para él, la historia era el mejor medio de comprender y explicar la realidad de México. También era el único que podía indicar el camino que era menester seguir para mejorarla. La historia era, pues, la maestra de la vida.

El general Torrea lo sabía y por eso, dedicó la segunda mitad de su vida a investigar en archivos y bibliotecas y a escribir libros de historia. No estudiaba por el valor intrínseco del conocimiento, aunque sus afanes eruditos se vieran sosegados con la práctica de la historiografía, sino por las explicaciones y enseñanzas que obtenía de la historia.

Aficionado a la historia desde muy joven -además de los cursos que al respecto eran obligatorios en la primaria y la preparatoria, había tomado otros en la Escuela Normal-, Torrea era buen conocedor de la historia patria. Sabía por eso que México había estado, más de una vez, a punto de desaparecer a causa de conflictos con otros países; creía que la nación no los había superado airoosamente por su incapacidad para organizar ejércitos eficaces.

El mismo, como militar, había presenciado una intervención extranjera y conocía la fragilidad de la independencia y de la soberanía -de la existencia, en última instancia- de México. En su madurez pudo constatar lo que, al respecto, le enseñaron cuando era joven. Sus andanzas de historiador le explicaron, después, aquello que había aprendido y vivido.

Así, dedicó su obra a investigar la historia de México y, en particular, los dos aspectos que, según su juicio, condicionaron la existencia del país: las guerras con el exterior y el ejército mexicano.

Ambos temas aparecen en toda su bibliografía: algunas veces por separado; otras, al mismo tiempo (cuando estudia las épocas de guerra tiene que hablar, por ejemplo, de los ejércitos que participaron en ellas). Pero siempre con la intención de que los ejemplos del pasado sirvieran para no repetir los errores que pusieron en peligro la existencia de la nación.

Pero no porque tuviera tan claramente establecidos los ámbitos que le interesaban, el autor ignoraba la historia de México vista en su totalidad.

Don Juan Manuel se interesaba tanto en los momentos cruciales (las guerras con el extranjero) como en los periodos de estabilidad (la formación de los ejércitos y de los gobiernos nacionales), consideraba todo el espectro de la historia nacional. Ciertamente nunca escribió libro alguno sobre un asunto anterior a la independencia, porque a él lo que le importaba era México y, según su criterio, México comenzó su existencia en 1810.

En tanto le interesaban los fenómenos militares, veía periodos y momentos significativos que los historiadores civiles no suelen contemplar. Además de la Independencia, la Regencia, el Primer Imperio, la República, la Reforma, la Intervención, el Segundo Imperio, la restauración de la república y la revolución, consideraba la existencia de las "Guerras contra la Restauración Española, con Texas y Norteamérica".<sup>1</sup> Agregaba a la práctica de periodizar la historia de México según su condición política, el criterio militar.

---

<sup>1</sup>. Torreca. *Condecoraciones...* F. 2.

Torrea no participó de la manía, propia de algunos de sus historiadores contemporáneos, de ignorar las épocas o los asuntos que no eran bien vistos por los regimenes posrevolucionarios; él reconocía cuanto pasó. En asuntos de gobierno, por ejemplo, consignaba aquellos que existieron simultáneamente en algunas épocas, incluso el huertista, que era sistemáticamente esquivado.

Sin dejar de considerar, pues, la totalidad de la historia de México a partir del inicio de su movimiento de independencia, Juan Manuel Torrea se dedicó al estudio de las guerras en que estuvo implicado el país y de los ejércitos que las libraron.

#### **a) Guerras con el extranjero**

##### *Independencia*

La historia de México comenzó, según el autor, con la guerra de independencia. Sin embargo, Torrea considera que de ella no puede obtenerse enseñanza militar alguna pues fue verdaderamente caótica:

...carece de lineamientos estratégicos, de planes militares preconcebidos y de fuerzas, siquiera con relativa proporcionalidad, al tratarse de la organización de los efectivos y de los armamentos...

[...]

solamente contribuyeron al éxito, la fuerza moral del propósito, el claro juicio de algunos patriotas, directores del movimiento, la reconocida valentía del pueblo y la abnegación de nuestros soldados...<sup>2</sup>

Si la estudia -publicó varios trabajos sobre ella- es, como se ha dicho antes, sólo porque marca el inicio de la historia nacional y el suceso debe ser conmemorado. Además, la guerra de independencia revela que algunas características posteriormente comunes en México se iniciaron con el siglo XIX y su vida independiente.

---

<sup>2</sup> Torrea. *La independencia...* Pp. 3-4.

En efecto, Hidalgo fue el primer jefe militar improvisado del país. Si bien "...en aquel pueblo fanatizado, esclavo y hambriento, un sacerdote era el indicado para arrastrarlo a la lucha y el estandarte de la Guadalupana como lábaro..." no puede establecerse, en modo alguno, "...comparación entre el ilustre Cura de Dolores [...] con los militares de altura, Bolívar, Sucre y San Martín."<sup>3</sup>

Esta improvisación en el mando provocó que la lucha de independencia no triunfara - como era factible- casi inmediatamente después de iniciada. El general Torrea explica que los próceres de la primera fase de la independencia, aunque motivados por los más nobles ideales, no se prepararon para enfrentar un problema militar.

Se queja de que Hidalgo, a pesar de ser conocedor de los ilustrados franceses, no tuviera noticia de los sistemas de combate del general Bonaparte, y de que todos hablaran de libertad pero nadie pensara en los medios materiales y concretos para conquistarla. Así,

Sin basarse y sostenerse en los medios militares exclusivamente, la guerra de la independencia tendría que ser larga y expuesta a rupturas peligrosas en su continuismo y a vacilaciones en la masa hasta producir suspensiones en los períodos bélicos.<sup>4</sup>

El error de no considerar los aspectos militares de una guerra -de independencia pero guerra al fin y al cabo- le costaría a la nación mexicana pasar en total agitación los primeros 19 años de su existencia; aunque, por otro lado, le dejaría conocer al más grande genio militar de su historia: José María Morelos.

La segunda etapa de la guerra de independencia es su único episodio militarmente memorable y ello, por la figura del

"Generalísimo Morelos [...], acaso la única en que se perciben la clarividencia, la ejecución acertada y la comprensión sintética, todas virtudes exclusivas de los Grandes Capitanes."<sup>5</sup>

---

<sup>3</sup> *Ibid.* P. 7.

<sup>4</sup> *Ibid.* P. 5.

<sup>5</sup> Torrea. *Condecoraciones...* F. 21.

Morelos acabó su carrera y su vida precisamente porque supeditó las necesidades militares a las políticas e impuso al ejército que comandaba la obligación extramilitar de proteger al congreso y someterse a sus órdenes.

A la postre, la independencia podría ser consumada gracias a que algunos personajes, todos de talla menor a la de Morelos, resistieron, la consumaron y la consolidaron (para Torrea, la guerra de independencia termina cuando la expedición de Barradas fue derrotada en 1829, no antes).

#### *La guerra contra Estados Unidos*

El último prócer de la independencia, el que frustró el intento final español por recuperar su más preciada colonia, Antonio López de Santa Anna, es la figura que predomina en la siguiente guerra de la que Torrea se ocupa.

Seguramente porque careció de trascendencia militar, el general Torrea nunca estudió la primera guerra entre México y Francia, ocurrida en 1838. Pasó del conflicto con España por la independencia, a la guerra con Estados Unidos.

Esta guerra fue uno de los temas que ocuparon más frecuentemente la atención del general Torrea. Lo trató por primera vez en sus *Apuntes de geografía e historia militares*, publicados en 1924. Siete años después, y por motivos obvios, volvió a él en su historia del Colegio Militar. De una u otra manera, habló de esta guerra en diversos trabajos, publicados en 1933, 1939, 1947 (en este año dio a la imprenta cinco estudios al respecto, debido al centenario del suceso), 1948, 1952 y 1958.

Para Torrea, el conflicto armado con los Estados Unidos era el más extremo y trágico ejemplo de lo que le podía ocurrir a México si no se preparaba para defender su soberanía. La pérdida de los territorios del norte son, a sus ojos, el más terrible castigo que ha tenido que sufrir la nación. Era indispensable, pues, entender lo ocurrido y repetirlo cuantas veces fuera necesario y posible.

El aplastante desquiciamiento moral fue la génesis de aquel desastre: la aristocracia queriendo rehacer viejos sistemas monárquicos, la carcoma en el corazón de las gentes acomodadas induciéndolos al error de sus antiguas teorías, el clero ansiando el imperio de su caduco poder, la burguesía tejiendo mohines de enfado ante las molestias ambientales, las miradas de caudillejos soñando regalar su vida sin esfuerzo intelectual alguno y sólo a costa de su patrimonio de fuerza bruta, y la plebe a tientas en aquel desbarajuste siguiendo al primer "cicerone" que pretendía interpretar los anhelos populares!<sup>6</sup>

Los sucesos, sin embargo, no pueden explicarse de manera simple. La derrota ante el invasor estadounidense fue el resultado de un larguísimo proceso iniciado muchos años antes de 1847,

...no fue nuestra Nación libre quien cometiera errores iniciales incubando la simiente de tan prolongados sucesos que culminaron con el inicuo despojo territorial de que fuimos objeto; fueron los mismos gobiernos de España quienes descuidaron, desde su imperio sobre esta América los detalles de colonización extranjera en nuestras desiertas zonas del Norte.<sup>7</sup>

Lo cual no eximía de responsabilidad, en modo alguno, a los mexicanos de aquella época.

Para Torrea, ha sido "nuestro carácter nacional, levantisco e indisciplinado", el causante mayor de las desgracias del país, el que se ciega "ante problemas de trascendencia para distraer nuestra atención en despreciables nimiedades". En efecto "al presentarse nuestro problema intemacional, las facciones federalistas peleaban contra las centralistas en nuestra República, distrayendo las pocas fuerzas disponibles..."<sup>8</sup> Y así no es posible ganar una guerra.

Aunque la responsabilidad de la derrota recayó directamente en el mando militar, éste tampoco tenía recursos suficientes para afrontar la situación:

<sup>6</sup> Torrea. *Apuntes de geografía...* P. 259.

<sup>7</sup> *Ibid.* P. 185.

<sup>8</sup> *Ibid.* Pp. 186, 191.

Recordemos que los 12,000 hombres con que pretendimos defender nuestra integridad nacional fueron insuficientes y pusieron de realce la carencia de patriotismo de nuestros 10 millones de habitantes.<sup>9</sup>

De cualquier modo, la situación en el ejército no podía excusarse por el estado general del país. En sus filas

...el mérito vivía postergado, el estudio no se utilizaba ni para nada se tomaba en cuenta las virtudes militares [...] Se premiaban la ignorancia, el peculado y la deslealtad.<sup>10</sup>

En los campos de batalla, los jefes mexicanos, por su parte, demostraron ser aún peores que los estadounidenses, que eran, de por sí y según el análisis de Torrea, bastante malos. Eran, pues

...acreedores a la más alta responsabilidad militar e histórica, aquellos Generales, que en 1847-48, a quienes se les presentó muchas veces la ocasión de vencer a los invasores, sólo ocasionaron [...] tremendos desastres militares...<sup>11</sup>

Y lo eran porque no se dedicaban a atender sus verdaderas obligaciones, y se distraían en asonadas, revoluciones y cuartelazos. Pero "...derrumbar gobiernos no es lo mismo que combatir ejércitos extranjeros, [...] la experiencia no suple en todo al saber..."<sup>12</sup>

En las líneas anteriores es evidente la referencia al general Santa Anna. Si José María Morelos era, para don Juan Manuel Torrea, el más acabado ejemplo de virtud militar, el caudillo veracruzano representaba todo lo despreciable y odioso de las armas nacionales:

El General Santa Anna, en su medio, había sido muy feliz para formular planes generales, para iniciar y desarrollar cuarteladas; para derribar o cambiar gobiernos, pero lo más infeliz y desacertado para dirigir una campaña o mandar con acierto en una batalla o en un combate.<sup>13</sup>

<sup>9</sup> *Ibid.* P. 262.

<sup>10</sup> Torrea. *Historial...* P. 8.

<sup>11</sup> Torrea. *La vida...* P. 29.

<sup>12</sup> Torrea. *Las virtudes...* P. 21.

<sup>13</sup> Torrea. *Condecoraciones...* P.74.

Era, en resumen, un mal militar al mando de un mal ejército en el que los poquísimos buenos elementos padecerían la falta de pericia de sus mandos: "Esa había sido la perversa preparación para el sacrificio de los oficiales y cadetes pundonorosos y del sacrificado soldado raso en los desastres..." La nación entera, guiada por un mal jefe, habría de sufrir "...la catástrofe más grande y más funesta que se anota nuestra historia militar".<sup>14</sup>

El trauma había sido demasiado grande. Para la generación del general Torreá -que vivió, como ya se ha señalado, otra invasión estadounidense- la guerra del 47 fue un elemento fundamental en la formación de su idea de patria y siempre la tuvo presente.

#### *La intervención francesa*

A diferencia de los Estados Unidos, Francia dejó de representar una amenaza poco tiempo después de que su ejército expedicionario abandonó México. Por eso, hablar de la guerra de intervención -que, en cierto sentido, se había ganado- no era tan significativo ni doloroso para Torreá. Como fuera, el triunfo sobre el mejor ejército del mundo alguna enseñanza había de ofrecer.

Después de la derrota sufrida en la guerra contra los Estados Unidos, México se transformó. Además de que su territorio se vio drásticamente reducido, la conciencia de su población y de sus gobernantes se hizo más clara: la desintegración ya no se consideraba como un peligro inminente y real. Sin embargo, este cambio no alcanzó a modificar la condición general del país.

Aunque a la hora de la intervención francesa, en 1862, la situación no era como 15 años antes, el país no estaba, ni con mucho, preparado para una guerra. Las divisiones y pugnas entre liberales y conservadores, que habían mantenido al país sumido en la guerra civil durante un lustro, se agudizaron con la invasión francesa y la instauración del imperio de Maximiliano.

---

<sup>14</sup>. Torreá. *Historial*... P.9



Sin embargo, no podía compararse la vacilante política imperial de Napoleón III con el creciente y sólido afán expansionista del país vecino. A fin de cuentas, Francia quedaba al otro lado del Océano Atlántico, no del Río Bravo.

Juan Manuel Torrea sabía bien todo esto y tenía claros los motivos reales de la intervención francesa. Para él era evidente que a Francia le convenía una aventura expansionista que confirmara en los hechos el discurso de su soberano y que, además, pudiera reportarle alguna ganancia. Así, una parte del enorme ejército puesto en pie de guerra para las campañas de Crimea y de Italia podría financiarse solo y su manutención dejaría de significar un dispendio para el gobierno francés.

La moratoria declarada por el gobierno mexicano ante sus acreedores europeos, a los ojos del general Torrea no era más que uno de los "...pretextos desgraciadamente favorables, y algunos de ellos aparentemente convertidos en razones, para que Francia tomara por su cuenta las aventuras de una intervención..."<sup>15</sup>

Una vez iniciadas las operaciones militares se hizo evidente que el país no había terminado de aprender de su pasado. Ni sus gobernantes -con mayor experiencia que tres lustros atrás-, ni sus militares -veteranos ya de las guerras civiles- estaban preparados para afrontar una guerra.

En 1863, en Puebla, el ejército mexicano -que no supo aprovechar la ventaja inicial- rendiría las armas. El triunfo de Zaragoza de un año antes, en la misma plaza, había cubierto de gloria a las armas nacionales sólo de manera momentánea.

Más que ufanarse de la victoria del ejército mexicano el 5 de mayo de 1862 -que por supuesto lo hace-, A Torrea le interesaba explicar la derrota que sufrió el año siguiente. Según su pensamiento, era de los fracasos de donde se obtenían las más útiles enseñanzas.

Ese triunfo se obtuvo, según explica, porque el gobierno respetó y apoyó a los verdaderos militares, hecho ante el cual "...la falta de patriotismo de una gran parte de la

---

<sup>15</sup>. Torrea. *La batalla...* P. 3.

masa nacional...<sup>16</sup> perdía importancia. La derrota del año siguiente fue ocasionada, precisamente, porque se impuso el criterio político sobre el militar. Don Juan Manuel explica que

...el caudillaje seguía imperando en la República y el gobierno había sido constreñido, obligado por la opinión armada a confiar el mando del Cuerpo del Ejército de Oriente a un caudillo, pero un caudillo militarmente inepto.

Muerto Zaragoza -indiscutible héroe nacional- el presidente Juárez decidió sustituirlo con Jesús González Ortega, cuyo expediente registraba sólo derrotas ante los invasores. González Ortega, hombre de gran significación política, debía ser tratado con deferencia por el gobierno de Juárez, que no podía darse el lujo de quebrantar la unidad interna del partido que lo apoyaba. Con los franceses y los conservadores del gobierno paralelo de Zuloaga tenía ya más problemas de los que podía solucionar.

Al general Torrea le parece encontrar en este nombramiento rescoldos de tiempos anteriores. Justificando la actitud de don Benito -operación tan común como la de criticar la de Santa Anna- Torrea dice que sólo hizo frente

A la necesidad que han tenido nuestro gobiernos de conservar en los mandos a los guerreros de fortuna, que son los que han podido conservar a la masa armada, ya que el caudillaje ha substituído a la disciplina.<sup>17</sup>

La diferencia entre González Ortega y Santa Anna -en última instancia ambos malos militares y responsables de derrotas ante el extranjero- es que mientras uno hubo de ser favorecido por el gobierno, el otro *era* el gobierno.

Esta es una significativa diferencia entre el México que perdió la guerra contra Estados Unidos y el que resistió la intervención francesa: los caudillos militares ya no tenían el control del país, pero, como se deja ver en la cita anterior, seguían siendo los verdaderos

<sup>16</sup> Torrea. *Gloria y desastre...* P. 12.

<sup>17</sup> *Ibid.* P. 36.

jefes del pueblo en armas; seguían mandando en el ejército; y esto, en caso de guerra, da prácticamente lo mismo.

Para Torrea, la invasión francesa concluyó por un factor semejante al que determinó su inicio: la situación europea. Napoleón III se vio orillado a retirar la ayuda militar que le prestaba al joven imperio de Maximiliano porque la guerra en el Viejo Mundo era inminente. Por su parte, los debilitados conservadores mexicanos no fueron capaces de sostener ellos solos el proyecto monárquico.

La restauración de la república significó la victoria definitiva de los liberales sobre los conservadores, no de los mexicanos sobre los franceses. Los invasores, pues, llegaron a México y se retiraron de él cuando quisieron.

El país había sobrevivido, una vez más, casi por casualidad. Para Juan Manuel Torrea la ya centenaria debilidad de México ante los embates del exterior tenía una explicación muy simple: el país había sido incapaz de crear un ejército que cumpliera cabalmente con la responsabilidad de garantizar su independencia y su soberanía.

## **b) El ejército**

### *Medio siglo de desastres*

Mientras relataba los hechos de armas y las vidas de ilustres militares, el general Torrea iba, al mismo tiempo, analizando y explicando las causas por las que había sido imposible levantar en México un ejército eficaz.

Y aunque solía reducir a su dimensión individual las explicaciones sobre el desempeño de los ejércitos -la calidad moral y ética de cada uno de sus integrantes y, más particularmente, de sus mandos- dejaba de ver, además, la existencia de una explicación más amplia:

Después de cada período de contienda civil se ha exhibido más el estado de postración en que ha vivido nuestra organización militar y los cortos períodos de paz no han permitido siquiera ponernos al corriente, a la altura de ejércitos de mediana potencia. Por más que al tratarse de la materia prima -el soldado- seguramente lo tengamos digno de catalogarse entre los que se destacan por sus virtudes militares.

Las épocas no han respondido al adelanto militar y nosotros no hemos pasado de presentar un estado militar embrionario, con un amplio espacio en que tenemos hacinados en desorden, sin aprovechar, los materiales necesarios para haber levantado un edificio militar digno de cada época.<sup>18</sup>

El hecho de que en toda corporación militar haya buenos y malos elementos resulta de importancia secundaria ante los *principios* en los que la corporación se funda. Si el ejército ocupara el lugar debido con relación al resto de la sociedad y del Estado, entonces, sería capaz -cuestión de tiempo- de depurar sus filas y de mantenerse saludable y eficaz.

Para el general Torrea éste no era, en modo alguno, el caso de México; al contrario: la historia del país le mostraba las consecuencias de no tratar adecuadamente a los militares ni los asuntos de armas. No deja de ser significativo que considere a Sóstenes Rocha paradigma del militar mexicano del siglo pasado. El general Rocha era, en efecto, temerario, audaz, inteligente y carismático, pero solía inmiscuirse en asuntos de política y defezionar según su conveniencia, violar reglamentos y ordenanzas, correrse tremendas borracheras y comprometerse en duelos a la menor provocación.<sup>19</sup>

En última instancia, el problema se reducía a que, desde la guerra de independencia, como se ha visto en páginas anteriores, los políticos fueron quienes se encargaron de los problemas militares y, además de no tener ni la capacidad ni la formación necesarias para dirigir los ejércitos, acostumbraban emplearlos para satisfacer sus apetencias, caprichos y necesidades, no las del país.

La costumbre era tan añosa, según el razonamiento de Torrea, que había terminado por arraigarse en el ejército mismo. En efecto, aunque se creó una escuela militar pocos años después de que el país se independizó con el fin de formar militares profesionales, el ejército mexicano,

---

<sup>18</sup> Torrea. *La lealtad...* Op cit. P. 63.

<sup>19</sup> Vid Torrea. *Sóstenes Rocha...*

al tratarse de oficiales, no iba a necesitar para nada los Cadetes que fueran graduados en el Colegio Militar. Los oficiales iban a formarse por el medio violento de las revoluciones y de las asonadas militares; así se cubrirían las vacantes que no podían llenar los cadetes ascendidos.<sup>20</sup>

Una oficialidad proveniente de los cuartelazos no podía generar sino más cuartelazos.

Y no es que los políticos, de manera premeditada y perversa, manipularan a los jefes del ejército según su conveniencia, sino que ellos mismos mandaban el ejército, y en muchas ocasiones, habían conquistado sus posiciones políticas debido, justamente, a su condición de militares.

Sin embargo, ni en una ni en otra funciones, dejaban nada bueno a su patria: los políticos metidos a militares perdían las guerras, los militares metidos a políticos conducían al país a crisis cada vez más severas.

Así fue durante los primeros 50 años de vida independiente del país. No sería muy diferente el medio siglo posterior.

### *La fuerza de la costumbre*

La restauración de la república marcó, según se reconoce generalmente, el inicio de la historia moderna de México. Sin embargo, los cambios habidos a partir de 1867 modificaron muy poco la situación del ejército. Quizá el rasgo más importante que perdió fue el de su participación en guerras con el extranjero. Por lo demás, siguió siendo baluarte y presa de diversos grupos políticos. Sólo después de largos años de orden y estabilidad, disminuyó -y no totalmente- el número de hombres públicos que salían de sus filas.<sup>21</sup>

Después de derrotar definitivamente al imperio, y ya sin guerra alguna que librar, el ejército seguía siendo actor principalísimo de los procesos político del país. Por él, Porfirio

<sup>20</sup> Torre. *La vida*... P. 20.

<sup>21</sup> Bernardo Reyes, Francisco Naranjo, Gerónimo Treviño e, incluso Felipe Ángeles, -todos miembros del ejército-, mantenían, por ejemplo, cierta significación política a la hora del estallido de la Revolución Mexicana.

Díaz -caso típico, al principio, de militar metido en asuntos de gobierno- llegó a la presidencia de la república y pudo mantener el poder durante los primeros años. Las fuerzas armadas tuvieron, luego, mucho que ver en la generación y conservación del orden y progreso porfirianos.

Juan Manuel Torrea lo sabía muy bien. Conocía este periodo del ejército mejor que ninguno porque en él hizo su carrera militar. Convivió con prácticamente todos sus generales y, de hecho, fue muy cercano de varios. El Ejército Federal estaba en este caso, además de en los libros y los papeles, en los recuerdos de su juventud.

Para el autor, la explicación del Ejército Federal y sus características estaba en su historia, la historia de las instituciones armadas que lo precedieron.

El autor partía de la idea de que en México sólo ha existido un ejército, cuya vida se ha visto sólo interrumpida en algunos momentos. Sin embargo, puesto a estudiar, reconoce tres épocas distintas en la "vida" de la institución:

La primera etapa del Ejército Mexicano a mi juicio, debe estudiarse [...] en el periodo comprendido del 27 de septiembre de 1821 al 16 de diciembre de 1860 en que FUE DADO DE BAJA EL EJERCITO FEDERAL, la segunda desde esa misma fecha del año 1860 al 15 de agosto de 1914, EN QUE SE ACORDÓ LA DISOLUCIÓN DEL EJERCITO [...], y la tercera con paréntesis abierto desde esa fecha del año de 1914.<sup>22</sup>

Se trataba de un ejército con tres etapas consecutivas o de tres ejércitos distintos, el general Torrea los diferenciaba claramente y con ese criterio los estudiaba.

No se ocupó del ejército emanado de la revolución, en tanto era contemporáneo y por eso, según él, estaba fuera de la consideración histórica.<sup>23</sup> Tampoco se dedicó al estudio específico del primer cuerpo armado del país (1821-1860); narraba sus hechos de armas y las guerras en las que participó y con eso era suficiente. En cambio, vio en el Ejército Federal y su historia, la continuación de lo que había ocurrido antes.

---

<sup>22</sup> Torrea. *La lealtad...*, P. 9.

<sup>23</sup> *Vid. Supra.*

Después de medio siglo de guerras, cuartelazos y revoluciones, culminado el 20 de junio de 1867 con la rendición de la ciudad de México a las fuerzas republicanas, el instituto armado entró, con el resto del país, a un periodo de creciente estabilidad que, según Torrea, le quitó las pocas características positivas que tenía -el valor, el arrojo, la audacia de sus miembros- pero no le dio, en cambio, otras deseables -profesionalismo, eficacia- como era de esperarse.

El Ejército Federal, en su momento, no sólo fue incapaz de mantener el orden institucional, sino que tampoco pudo defender la soberanía de México. Y es que, después de 30 años de paz augusta

No se habían conciliado las ventajas de los individuos con los intereses nacionales [...] un Ejército necesita indiscutiblemente de la experiencia de los militares antiguos aunada al vigor mental y a la fuerza de la ejecución que sólo tiene la juventud...<sup>24</sup>

Y en el ejército federal había demasiadas glorias nacionales -los combatientes de la Guerra de Intervención, muy respetables, por lo demás- incapaces de cumplir con sus obligaciones.

Juan Manuel Torrea ve la detención del general Ruíz, el 9 de febrero de 1913, como una prueba irrefutable de tal situación. Un militar como Ruíz, cuyo pasado estaba lleno de audacias y acciones revolucionarias, no se percató, cuando llegó al Zócalo, que las tropas de Palacio estaban dispuestas para el combate y se acercó al general Villar, quien, sin vacilar, lo arrestó. El autor explica que

El general Ruíz ya estaba muy acostumbrado a obedecer a sus superiores; ya tenía fuertes raigambres de disciplina y de sujeción a la obediencia, y se improvisaba rebelde sin saber si otra vez podría serlo...<sup>25</sup>

Pero este episodio, es sólo una muestra del estado general del ejército al iniciarse la segunda década de este siglo. Dejando de lado el hecho de que no había sufrido

<sup>24</sup> Torrea, *La Decena...* P. 17.

<sup>25</sup> *Ibid.* P. 61.

transformaciones internas de importancia, tampoco había establecido adecuadamente una relación institucional con el gobierno. Pero como don Porfirio había mantenido bajo su control al ejército, fue hasta que se estableció el régimen maderista cuando los defectos de esta relación se hicieron patentes.

En contra de las tradiciones militares, el nuevo presidente le dio la cartera de guerra a Ángel García Peña, un general instruido y correcto, pero según Torrea, incapaz, tibio e ignorante en asuntos de mando militar. Y la culpa fue, por supuesto, de Madero, quien no contempló a otros generales mucho más aptos -el autor menciona a Emilio Lojero y Pedro Troncoso- para el cargo.

Luego, a la hora de sustituir a Villar en la jefatura de armas de la ciudad, el presidente no tuvo más que nombrar a Victoriano Huerta, quien tenía muchos más méritos que el propio García Peña y llevaba más de un año comportándose como secretario de guerra. Durante la campaña que libró contra Orozco, Huerta acordaba, en efecto, directamente con el presidente, sin consultar con su jefe nominal, que era precisamente, el general García Peña.

La conducta del presidente Madero fue, según el criterio de Torrea, además de absolutamente equivocada, una muestra de la ignorancia y el desdén que el ejército merecía en los ámbitos civiles de gobierno.

Esto, en lo que se refiere al gobierno civil. Por otro lado, la caída de Díaz -el último militar del siglo XIX en el poder- había despertado en el ejército un vicio adormecido desde hacía varias décadas. Torrea confiesa que "...desde 1910 nos dimos cuenta de que la afición por entrometerse en política se propagaba en la oficialidad..."<sup>26</sup>

El desenlace era previsible. Los rebeldes, encerrados en la Ciudadela, lugar habitual de los golpistas mexicanos,<sup>27</sup> negociaron con el jefe de las armas. El presidente y el

---

<sup>26</sup> *Ibid.* P. 218.

<sup>27</sup> "...la Ciudadela ha prestado su morada a los iniciadores de las turbonadas y rara vez a los que cumpliendo con su deber militar, han sabido salvar o sostener al Gobierno constituido..." *Ibid.* P. 139.



vicepresidente serían detenidos y posteriormente asesinados. El cuartelazo, pues, se consumaba conforme al más depurado estilo del siglo pasado.

El general Torrea, indignado ante la ceguera histórica del país -en la que estaba incluida la propia-, dice cómo debió resolverse la situación:

...faltó que una o dos pistolas de los mandos hubieran estado bien empuñadas por hombres resueltos y de valor personal destacado; faltó que algunos, no se necesitaban más de dos, hubieran reprimido, matando al representante de la sublevación y al ejecutor.  
[...] De la misma manera, el Ministro de la Guerra el día de la sublevación debería haber cumplido al General Huerta lo que le ofreció cuando le solicitó el ascenso: fusilarlo. Emplear este procedimiento da resultados prácticos para reprimir sublevaciones armadas.<sup>28</sup>

Pero reconoce después que el problema no era sólo del ejército, sino de todo los ámbitos del gobierno que no sabían cómo dar "...las suficientes garantías de seguridad para las instituciones y menos aún para la militar..."<sup>29</sup>

Para colmo de males, la constante intervención del ejército en luchas intestinas imposibilitó el establecimiento de cualquier vínculo duradero entre el grueso de la población y las fuerzas armadas. En efecto,

En nuestro Ejército no hay tradición para el soldado; no han servido en el mismo regimiento los antepasados, ni servirán por obligación patria los descendientes del actual soldado.<sup>30</sup>

Lo cierto es que el ejército mexicano nunca pudo -sin importar lo turbulento de las épocas o lo estable de los gobiernos- proteger a la nación de las amenazas externas ni de los desórdenes internos; fue incapaz, en fin, de desempeñar las tareas que justifican su existencia.

<sup>28</sup> *Ibid.* Pp. 218-219. En ninguna parte del texto, Torrea describe la escena en la que, según él, García Peña amenazó a Huerta con fusilarlo.

<sup>29</sup> *Ibid.* P. 219.

<sup>30</sup> Torrea. *Las virtudes...* P. 8.

Juan Manuel Torrea no estaba muy seguro de que el país pudiera seguir sorteando de manera casi milagrosa, como lo había hecho durante el siglo pasado, todos los problemas que se le presentaran y estaba convencido de que si se quería cambiar la suerte del país, era necesario comenzar por el ejército:

Cuando la gran mayoría de los militares sepan enaltecer la carrera, cuando se consiga que el uniforme sólo lo lleven los hombres de vocación sincera y convencidos de que su misión es exclusiva para honrar a la colectividad; hasta entonces será firme, fuerte, beneficiosa y duradera la misión de un ejército nacional que pueda ser base para dar días de gloria a nuestra patria.<sup>31</sup>

---

<sup>31</sup>. Torrea, *La Decena...* P. 218.

### 3. Los vehículos de la historia

En la primera parte de este capítulo se expuso la forma en que el general Juan Manuel Torrea resolvió las tareas historiográficas; en la segunda, los ejemplos que obtuvo del pasado de México. Para concluir el análisis de su obra sólo resta estudiar las lecciones que, según él, se obtienen de estos ejemplos. En el último capítulo se expondrán los cambios particulares a los que estas lecciones tendrían que conducir.

En este, se hablará primero y muy brevemente, de la forma en que el autor consideraba la relación entre el pasado y el presente, las condiciones de las enseñanzas de la historia. Luego, de manera un poco más extensa, de los vehículos de los que se valía para difundir estas enseñanzas.

La relación que el autor establecía entre el pasado y el presente era directa y simple: la historia ofrece ejemplos de los que deben inferirse enseñanzas. Como se ha visto antes, la ciencia militar se nutre de este procedimiento; y para el general Torrea era válido tratar de la misma manera a la historia.

En efecto, para Torrea los trabajos del historiador, o sea, "...la descripción, apreciación y juicios deben llevar por objeto sólo escudriñar en el pasado algo que pueda servir por analogías para el mañana..." e inmediatamente después, especificaba: "...sin olvidar que debe buscarse la unidad nacional para llegar a un porvenir mejor."<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Torrea. *La lealtad*. P. 77.

Los sucesos del pasado -la historia- tienen la responsabilidad de ofrecer, o cuando menos de sugerir, guía para los del presente y los del futuro. En uno de sus trabajos sobre las batallas de Puebla, Torrea reconoce que escribe para que "...si en el futuro vuelve a encontrarse el Ejército en la misma situación comprometida..." sepa qué hacer; y continúa en el mismo texto: "...La crítica severa, imparcial y bien estudiada de nuestros desastres, deberá servir como enseñanza provechosa para los eventos de guerra extranjera..."<sup>2</sup>

Según Torrea, la utilidad de los estudios historiográficos no se reducía a sugerir a los militares qué hacer frente a las situaciones adversas, sino que también servían para que "...el mexicano adquiriera la más profunda de las convicciones..."<sup>3</sup> sobre sus obligaciones cívicas.

Para no caer en confusiones, debe señalarse de una vez quién o quiénes, según el autor, debían hacer caso de las lecciones de la historia. Es conveniente, pues, dedicar dos palabras sobre el lector para el que Torrea escribía.

Aunque lo hiciera, en primera instancia, para los elementos del instituto armado, también se interesaba por el resto de la sociedad, por los civiles, cuya "...escasa minoría de masa consciente, ha sido educada dentro de un patriotismo alocado; generalmente sobre bases falsas..."<sup>4</sup>

Esto no supone, empero, que el autor tuviera un particular interés en ellos, sino que el elemento civil,

casi siempre dominado por pasiones políticas, en general poco preparado para determinar las posiciones de militar y para apreciar debidamente, imparcialmente, las virtudes del milite, [...] [sustenta] principios totalmente equivocados y torcidos respecto a la actuación que debe observar el elemento militar...

lo que conduce al falseamiento de la historia y, consiguientemente, a que no pueda ser de utilidad. En los temas de historia militar, afirma categórico Torrea, "debe arrojarse [...] a los

<sup>2</sup> Torrea. *Gloria y desastre...* Pp. 7, 12.

<sup>3</sup> *Ibid.* P. 13.

<sup>4</sup> *Ibid.* P. 12.

<sup>5</sup> Torrea. *La Decena...* P. 174.

políticos, ya que deben tratarlos exclusivamente los militares de vocación y no de oficio..." Para el caso, militar de oficio, político y civil, significa lo mismo.

En resumen, don Juan Manuel se ocupa de los civiles sólo para explicar que, así como no deben ocuparse de los asuntos militares, tampoco deben entrometerse en su historia.

Plantea la historia, pues, como vehículo de situaciones ejemplares, lecciones y enseñanzas explícitamente destinadas a evitar la derrota en un eventual conflicto armado con otra nación y, además, como elemento indispensable de la cultura militar.

En su crónica del Colegio Militar, el general Torrea se escandaliza de que durante las primeras décadas del siglo pasado no se diera "...preferencia a los estudios de Geografía y particularmente de Geografía del País y de Historia Militar."<sup>6</sup> Para operar exitosamente en determinado territorio es indispensable conocerlo primero, de ahí la importancia que le daba a que los futuros oficiales estudiaran geografía nacional. Sobra decir que, para el autor, una formación militar sin historia, estaba incompleta.

Al respecto, afirma que "Los grandes generales, han sido lectores incansables de la Historia..." mientras que los mexicanos "...veían la nuestra con la más criminal de las indiferencias..."<sup>7</sup> Por lo que, en el campo de batalla, siempre fueron inferiores a los soldados improvisados, que no eran otra cosa sino

...nuestros hombres de campo, que [...] bien saben la historia militar nuestra, la que han sabido de memoria por tradición de sus antepasados, y cuando han tomado las armas, obrando por analogías (que por cierto el sistema produce éxitos), en muchos casos se han revelado superiores a militares de academia..."<sup>8</sup>

Torrea ofrece así una regla general para la historia de los conflictos armados en México. No es ninguna novedad afirmar que la inmensa mayoría de las victorias militares mexicanas han sido conseguidas por fuerzas irregulares, ni que el ejército de línea ha sido

---

<sup>6</sup> Torrea. *La vida...* P. 19.

<sup>7</sup> *Ibid.* P. 184.

<sup>8</sup> Torrea. *Sóstones Rocha...* P. 33.

derrotado casi siempre por civiles en armas. Pues bien, estos grupos tuvieron éxito gracias a que, entre sus armas, había una que sus enemigos no poseían: la historia.

Para el general Torrea era obvio que muchos mexicanos del campo tenían cierta información sobre los hechos de armas. Interesante idea que, por desgracia, no desarrolló ni demostró. Es posible, sin embargo, que considerara demostración suficiente la existencia de algunos talentos militares que, sin formación específica se desempeñaron con brillantez en el campo militar.

En cambio, sí se ocupó en dar ejemplos de las consecuencias de esta ignorancia en la suerte del ejército de línea y del gobierno. Dice, refiriéndose a la Decena Trágica, que "...Secretario de Guerra y Comandante Militar olvidaron o desconocían, la historia militar nuestra [...] que mostraba [...] la serie de rebeliones que se aprovecharon de la Ciudadela..."<sup>9</sup>

El que García Peña, Huerta (responsables inmediatos) y Madero (jefe supremo) no consideraran las enseñanzas de la historia para normar su conducta revelaba, en última instancia, que no estaban enterados de que ellos mismos estaban escribiendo, en aquel momento, un nuevo capítulo de la historia de México; que andaban transitando a ciegas por sus páginas.

Don Juan Manuel no dice, por otro lado, si Díaz, Mondragón y el resto de los sublevados se hicieron fuertes en la Ciudadela porque conocían la historia patria o porque, simplemente, el depósito de armas y municiones les ofrecía las mejores condiciones para continuar su hucha contra el gobierno.

Lo cierto es que Torrea pasó la Decena Trágica partido en dos: sus días peleando inútilmente bajo las órdenes de mandos ignorantes; sus noches, revisando los papeles donde constaba cómo, 42 años antes, Juárez había sometido al cuerpo de gendarmería que, desde la Ciudadela, apoyaba el Plan de la Noria. Un poco por lo que veía durante el día y otro poco por lo que aprendía durante la noche, Torrea se iba convenciendo de que el gobierno de Madero sería derrotado.

---

<sup>9</sup> Torrea. "Generales que..." P. 3.

El presente evidenciaba lo que, desde los años 20 y hasta el final de su vida, veía en libros, papeles y entrevistas: quien considera, mientras procede, lo que ocurrió antes en situaciones análogas, tendrá mayores posibilidades de éxito.

Torrea lo vivió en carne propia. En el archivo de la Secretaría de Guerra, a la luz del pasado, elaboraba, en compañía del viejo y culto general Troncoso, los planes que habrían conseguido la rendición definitiva de los rebeldes en pocas horas. Luego, al día siguiente, veía como los mandos actuaban sin considerar las lecciones del pasado y cómo, uno tras otro, sus intentos por controlar la situación fracasaban.

Estaba, en consecuencia, convencido de que el ejército debía conocer la historia, particularmente la suya propia y la de su país; de que en el pasado hay lecciones para el presente y para el futuro y de que es trabajo del historiador precisarlas y llevarlas eficazmente a quienes necesitan recibirlas.

#### **a) Rescate y ejemplo**

La intención del autor era, simplemente, inculcar a los miembros del ejército - particularmente a los oficiales- las virtudes necesarias para convertirlo en un auténtico instituto armado nacional, que cumpliera con las obligaciones para las que fue creado y que - esto se verá más adelante- garantizara el desarrollo del país en un nuevo esquema de justicia y equidad.

El primer paso para conseguirlo era sacar del olvido las acciones y los hechos ejemplares que servirían de inspiración y ejemplo, porque

Nuestra historia puede llenar muchas páginas honrosamente, recopilando las virtudes guerreras de nuestros mexicanos, sin que nos veamos obligados a recurrir a los hechos de otras naciones, ya que tenemos algunos de ellos, mucho muy superiores, aunque en verdad dolorosamente olvidados por nuestros nacionales...<sup>10</sup>

---

<sup>10</sup>. Torrea. *Las virtudes...* P. 6.

Una vez realizada la investigación (que era problema de los historiadores, según el general Torrea) el primer paso era, precisamente, llenar esas páginas.

En efecto, los libros y los artículos representaban para el autor el primer paso para difundir el pasado. También el más fácil, el que requería de menor esfuerzo; a fin de cuentas, el único que podía practicar él solo. Su extensa bibliografía es prueba de ello.

Torrea insistía en publicar los hechos heroicos del pasado porque para él era indispensable que los oficiales del ejército mexicano tuvieran ejemplos que les permitieran actuar "por analogías". Como se ha visto en páginas anteriores, esta operación era fundamental para Torrea.

Las analogías no servían, según él, solamente para pronosticar el posible desarrollo de algún hecho de armas o para tomar decisiones durante alguna batalla, sino también para normar la conducta individual de las personas. Del mismo modo que un soldado podía imitar los movimientos tácticos de Morelos, también podía aspirar a seguir su recta conducta moral. Ya fuera para imitar las acciones de armas o las conductas individuales, el conocimiento de la historia resultaba indispensable.

Para el general Torrea había en la historia de México "...catalogados felizmente hechos aislados que son el ejemplo para los buenos militares..."<sup>11</sup> Hechos llenos de virtud de "...nuestros mexicanos, que bien las supieron practicar muchas veces, con el sacrificio de su vida..."<sup>12</sup> Hechos que, por lo menos, debían ser siquiera imitados por analogía.

Por lo menos 20 títulos de la bibliografía de Juan Manuel Torrea se dedican específicamente a rememorar acciones heroicas -algunas pocas colectivas, la mayoría individuales- y virtudes exaltadas; pero al respecto llaman la atención tres: *La lealtad en el Ejército Mexicano*, *Episodios y personajes de la historia de América* y *Las virtudes del guerrero mexicano*.

---

<sup>11</sup> *Ibid.* Pp. 10-11.

<sup>12</sup> *Ibid.* Pp. 7.



De éste último libro se ha tratado ya en otra parte. Los otros dos son una galería de conductas que, en un contexto distinto al militar, podrían considerarse patológicas y suicidas: soldados que por no abandonar su puesto de vigilancia esperaban resignados a que la granada recién caída a sus pies explotara; militares que en la víspera de su fusilamiento salían de la prisión a resolver sus asuntos y volvían para que se cumpliera el castigo; generales que ordenaban el fuego de la artillería sobre alguna ciudad en cuya primera línea estaba -y ellos lo sabían- su familia completa. Ejemplos, pues, de virtudes militares llevadas al extremo.

Pero no era gratuito que Torrea escribiera sobre hechos de esta naturaleza porque, al parecer, producían los efectos deseados. En el exordio de *La lealtad en el Ejército Mexicano*, el autor dice que "En el aspecto de la lealtad del oficial [...] deseo considerar para su estudio a los altos exponentes que supieron reflejarla en los elementos a sus ordenes..."<sup>13</sup> Y si los subordinados de estos hombres virtuosos recibieron su "reflejo", posiblemente también lo harían militares de épocas posteriores.

#### **b) Homenaje**

Después de que las acciones ejemplares era rescatadas del olvido era necesario valorarlas y rendir homenaje a los que las realizaron. Esta operación tenía una doble utilidad: por una parte, difundían las virtudes en cuestión a un público mucho más amplio que el que puede acceder a los libros; por la otra, hacían justicia, aunque fuera extemporáneamente, a personajes ninguneados durante su vida.

Pero no era necesario esperar el reconocimiento público -que del mismo modo que se podía producir, podía no llegar jamás- para rendir homenaje; el general Torrea debía poder hacerlo solo, antes de que su criterio convenciera a alguna instancia extraña. Para él, escribir sobre algún suceso o personaje notable era una primera manifestación de homenaje.

---

<sup>13</sup>. Torrea. *La lealtad...*

El primer título que publicó, *La sociedad "Supervivientes del Ejército Republicano"*, es en cierto sentido, un homenaje a los veteranos de la Guerra de Intervención. *El general Pedro José Méndez tiene el fin de rendir "...un recuerdo perenne y un homenaje sincero al patriota tamaulipeco..."*<sup>14</sup> Lo mismo ocurre con *Alteza del soldado raso* donde Torrea declara que "Es un alto honor para mí, aquí en México, donde no se le ha rendido en otras épocas el merecido homenaje al soldado raso, hacerlo..."<sup>15</sup>

La mención escrita significa, en primera instancia, el rescate de la memoria del personaje homenajeado. Pero también la valoración de su conducta; no es casual que Torrea mencione u omita el nombre de alguna persona.

En su historia del Colegio Militar, por ejemplo, ocupa decenas de páginas transcribiendo -es decir, rindiendo el mínimo homenaje de la mención- listas de directores, oficiales, alumnos y exalumnos en puestos destacados. Sin embargo, se las ingenia para no apuntar el nombre de un traidor: "...1913. Ocupando la primera Magistratura de la República un ex-alumno..."<sup>16</sup> Nombre que puede mencionar, en cambio, cuando no era el de un mal militar, sino el de un brillante cadete: "Del año de 1874. Teniente José Delgado, Subtenientes alumnos Juan Villegas, Alberto Yarza, *Victoriano Huerta*, Ángel García Peña y Joaquín Beltrán..."<sup>17</sup>

Pero, por supuesto, don Juan Manuel, quería mucho más homenaje que la simple mención en alguno de sus libros (que, como se ha dicho, fueron impresos y comercializados por él mismo en muchas ocasiones). Porque hacer homenajes públicos es privativo de "...los pueblos cultos y de orientación consciente, guardián, recuerdo constante para sus glorias y para sus héroes..."<sup>18</sup> El homenaje honra tanto al personaje en cuestión como al pueblo que lo recordaba.

---

<sup>14</sup>. Torrea. *El general...* P. 25.

<sup>15</sup>. Torrea. *Alteza del...* P. 7.

<sup>16</sup>. Torrea. *La vida...* P. 116.

<sup>17</sup>. *Ibid.* P. 82. Las cursivas son mías.

<sup>18</sup>. Juan Manuel Torrea. *Homenaje a un viejo soldado republicano. Aniversario del hecho glorioso de San Pedro. 22 de Diciembre. 1864-1927.* [s.p.1.] [México, Edición particular de Juan N. Navarro, 1928]. 49p. P. 5.

El pueblo debía recordar pública y colectivamente los hechos y personas memorables. No era correcto, por ejemplo, que

...la celebración del [cuarto] centenario [del descubrimiento de América], en términos generales, no tuviera la grandiosidad que merecía uno de los acontecimientos que había cambiado completamente el sistema del mundo.<sup>19</sup>

Torrea esperaba, por el bien del país, que "...las generaciones del mañana sean más humanas y reconozcan el mérito donde se encuentren..."<sup>20</sup> Quería, pues, que se tratara a todos los héroes nacionales como a Juan J. Navarro, que por ser el único sobreviviente en 1927 del hecho de armas de San Pedro (donde 400 republicanos derrotaron a 500 conservadores), fue objeto de un homenaje en su estado de origen: Sinaloa.<sup>21</sup>

El hallazgo de los restos de los Niños Héroes fue tan importante para Torrea precisamente porque dio la "...oportunidad de organizar el más grande y justificado homenaje nacional a su memoria..."<sup>22</sup>

La estación final del recuerdo de los héroes debía ser, después de la mención y el homenaje, el monumento; una gran estatua o una pequeña placa, daba igual. Con algún objeto que recordara pública y permanentemente la gesta pasada o la conducta ejemplar, el ciclo estaría cerrado. Cada quien habría puesto su parte: los héroes su sangre y su vida, los historiadores su esmero en la investigación y la escritura para que el pueblo se enterara del pasado que le daría inspiración para enfrentar su presente y ejemplos para mejorar su futuro.

Por eso el general Torrea se indignaba. Corría el año de 1924 y aún no había

...nada que recuerde el propio sitio en que en Chapultepec se immortalizó el Batallón de Mina y hasta la sanja en que, en montón fueron arrojados los cadáveres de los soldados del Batallón de San Blas y los de los cadetes del Colegio Militar.<sup>23</sup>

---

<sup>19</sup> Torrea. *La banda...* P. 17

<sup>20</sup> *Ibid.* P. 31.

<sup>21</sup> Torrea. *Homenaje a...* *Passim.*

<sup>22</sup> Torrea. "Los restos..." P. 32.

<sup>23</sup> Torrea. *Las virtudes...* P. 4.

Para él era indispensable y urgente la construcción de monumentos. En 1933 pedía uno para Xicoténcatl; 27 años después, ya reconocido el héroe tlaxcalteca, seguía en lo mismo y solicitaba que se pusiera una placa alusiva a Zaragoza en la casa donde vivió en la ciudad de México.<sup>24</sup>

También era urgente que no se destruyeran los que ya habían sido hechos. Furioso, Torrea pone como ejemplo la capilla donde el comandante del Batallón Activo de San Blas fue a refugiarse con tal de que la bandera de su corporación, tinta en su sangre, no fuera tomada por los invasores. Con el pretexto de hermosear el bosque esa capilla fue destruida.

El general Torrea, cuando de reconocer el mérito militar se trataba, llegaba a precisiones insólitas. No se limitaba a pedir, por ejemplo, monumentos a la memoria de los héroes de Chapultepec, sino que decía dónde debían levantarse:

Son acreedores a monumentos significativos Xicoténcatl y Suazo en el Bosque de Chapultepec, en Toluca el centinela ejemplar Vicente Suárez, en Tepic el excelso Escutia y en Chihuahua el héroe máximo de la defensa: Agustín Melgar.<sup>25</sup>

También se preocupaba por que cada héroe fuera homenajeado y recordado según sus méritos, ni más ni menos. José Vicente Villada -militar veterano de la intervención y después gobernador del Estado de México- ya tenía su monumento. Sin embargo, según don Juan Manuel faltaba que en él se mencionara también que, durante el ataque republicano a Morelia, rescató la bandera nacional.

Aunque las peticiones del general Torrea fueron ignoradas la mayoría de las veces, su trabajo fructificó otras. Su máximo logro a este respecto fue con los Niños Héroes. A fines de 1954, dos años después de que por enésima vez pidiera recuerdo y homenaje públicos para los héroes del 47, asistiría, azorado, a la inauguración del más grande -en términos físicos- monumento nacional erigido después del Ángel de la Independencia. Vería

---

<sup>24</sup> Vid. Torrea. *Banderas históricas... y La batalla...*

<sup>25</sup> Torrea. *Historial de...* P. 11.

con satisfacción, cómo el ejemplo del coronel Felipe Santiago Xicoténcatl y de los Niños Héroes se perpetuaba en el bosque de Chapultepec.

### c) Tradición

El fin último de homenajes y monumentos es, para Torrea, crear o consolidar tradiciones.

Las tradiciones de historia y de gloria, mucho han significado en la vida militar de los pueblos y han ejercido poderosa influencia para crear y después para sostener el alma nacional.<sup>26</sup>

En efecto, todos los esfuerzos por enseñar historia o mostrar ejemplos de virtudes cívicas serían vanos si no conducían al establecimiento de alguna tradición, pues

los pueblos sin tradiciones son pueblos muertos [...] Así como el amor a la patria es el alma del Estado; la conservación de las tradiciones peculiares y gloriosas, contribuyen y coadyuvan a formar y a mantener el alma nacional.<sup>27</sup>

A pesar de que considerara capital su existencia, el general Torrea nunca dijo explícitamente qué es una tradición. Precisó, eso sí, que "...no se ha escrito en leyes militares, ni se halla impresa en folletos; la tradición se graba más, y profundamente, en el corazón del hombre..."<sup>28</sup>

Llegar a este ámbito es el fin de la educación cívica. Si los valores indicados están en el corazón de todos sus habitantes, entonces la existencia de la nación queda garantizada. Las lecciones de la historia son atendidas y los ejemplos de los monumentos surten efecto:

De los resortes morales que deben conservarse para hacer un nacionalismo efectivo, la tradición es el más fuerte, es el de gran temple, es el de una fuerza incalculable.<sup>29</sup>

<sup>26</sup> Torrea. *La vida...* P. 56.

<sup>27</sup> Torrea. *Las virtudes...* P. 13.

<sup>28</sup> *Ibid.*

<sup>29</sup> *Ibid.*

Sabedor de la importancia de las tradiciones, Juan Manuel Torrea se esmeró, a lo largo de su carrera, por consolidar dos en particular. Una, en el ámbito privado de las fuerzas armadas; la otra, aunque originada en él, con alcances para la totalidad de la población mexicana.

### *El Colegio Militar*

Primero como alumno, luego -30 años después- como profesor, el general Torrea estuvo vinculado al Colegio Militar. Y aunque su relación durante estos dos periodos fue corta, siempre se mostró profundamente interesado en el instituto educativo del ejército.

Era obvio. Según su criterio, el Colegio Militar era la entidad más importante de todo el instituto armado; la que tenía la más pesada responsabilidad; formar a los oficiales para el ejército. Buena parte de las recomendaciones y prevenciones que Torrea hizo para las fuerzas armadas mexicanas habían de ser ejecutadas precisamente en el Colegio Militar.

En su época de estudiante, Juan Manuel Torrea conoció una de las épocas más prestigiosa que haya tenido el Colegio Militar en su historia. Después, y con la revolución de por medio, formó parte de su planta docente precisamente cuando el gobierno se esmeraba en reanimatorlo. Consciente de que el nuevo ejército (que debía, a su vez, garantizar la existencia del nuevo Estado) dependía, en gran medida, de los oficiales que fueran formados ahí, se afanó en rescatar y fortalecer la tradición del Colegio Militar. Esta es muy simple:

Sólo una institución gloriosa y enorme en su prestigio y en sus antecedentes ha podido resistir el embate indebido de la transformación impensada; y esa institución gloriosa y apreciada debidamente en México y en el exterior es el COLEGIO MILITAR.<sup>30</sup>

---

<sup>30</sup> *Ibid.* P. 15.

El Primer Jefe del Ejército Constitucionalista había clausurado el Colegio en 1914. El presidente Carranza había creado la Academia de Estado Mayor como paso intermedio para reabrir el Colegio Militar en 1920. Seis años de interrupción habían provocado la desaparición de toda huella de educación militar formal en México, aunque esos años fueron, paradójicamente, los más fecundos de la historia del país en cuanto al número de militares se refiere.

Era urgente, sin embargo, que el ejército mexicano -es decir, el que triunfó en la revolución, el Ejército Constitucionalista- se profesionalizara y capacitara a sus mandos para llevar la vida normal de un cuerpo armado nacional y no de un ejército en pie de guerra. La tradición del antiguo Colegio Militar podía resultar utilísima para este fin.

Se trataba de que los jóvenes alumnos -que no nóveles en asuntos de guerra, pues todos habían estado alineados en los diversos cuerpos armados del constitucionalismo- entendieran las responsabilidades que adquirirían en cuanto se convirtieran en militares de carrera.

La primera es que ellos iban a ser oficiales *del* ejército, no de *un* ejército. La revolución había terminado y había que convencerlos que el Colegio Militar era

La institución única que puede ostentar legítimamente adquirido el título de nacional en todas las épocas; que ha vivido dentro de una aureola de honor y de prestigio y que ha constituido un singular orgullo para México, porque ha sabido subsistir inmaculada a través de nuestra bochornosa vida de rebeliones armadas y de revueltas...<sup>31</sup>

De todo esto había que convencer a los nuevos alumnos, sin que importara el hecho de que pudiera ser falso. En efecto, la historia del Colegio Militar que hizo el propio Torreá en 1931, demuestra que el Colegio Militar corrió durante el siglo pasado y los primeros de éste, la misma suerte que el resto del ejército, es decir, que perteneció a una gran cantidad de bandos y de gobiernos en conflicto y que participó reiteradamente en la política del país.

---

<sup>31</sup>. Torreá. *La vida...* P. 7.

Pero como esto era precisamente lo que había que sacar de la mente de los alumnos, Torrea hizo gala de su habilidad para presentar los hechos del pasado de la forma más conveniente posible. De ningún modo, empero, se sostiene aquí que el general Torrea haya mentido a la hora de escribir el libro. Se piensa en cambio, que él creía honestamente la historia que estaba contando, porque a lo largo del trabajo no omite aquellos datos que contradicen su tesis, sino que los incluye y los explica, y es ahí donde se ve obligado a usar todas sus habilidades interpretativas.

Juan Manuel Torrea, a pesar de la evidencia, estaba de acuerdo cuando el general Rocha

...sostenía con fundamento, que el instituto armado es el que conserva siempre un fondo de virtud muy superior a las demás clases del Estado, ante los desquiciamientos políticos y la sojuzgación por los invasores.<sup>32</sup>

Y si pensaba así sobre el ejército, con mucha mayor razón sobre el Colegio Militar. Posiblemente el general Torrea tenía una visión más global de lo que pudiera pensarse, y en ella, entonces las pugnas políticas no son más que accidentes sin gran significado. De cualquier modo, Torrea elaboró una historia en la que su opinión contradice los hechos que presenta.

Y según esta opinión, el Colegio Militar no solo era nacional, sino que también, y desde muy tempranas fechas, "...se estableció un precedente de noción de respeto para el instituto educativo; el Gobierno Republicano".<sup>33</sup>

Las veces que el "instituto educativo" participó en asuntos de política fue debido a una arraigada virtud. Efectivamente, el ejército

...ha arrastrado por disciplina las más de las veces, a los alumnos, ya convertidos en Oficiales; pero la institución, los alumnos como conjunto, se han salvado siempre y hasta la fecha de las intromisiones en la política.<sup>34</sup>

---

<sup>32</sup>. Torrea. *Sóstenes*... P. 56.

<sup>33</sup>. Torrea. *La vida*... P. 10.

<sup>34</sup>. *Ibid.* P. 15.



Después de hacer la historia del Colegio, Torrea sigue en lo mismo. Luego de tratar muy extensamente sus momentos ejemplares y muy brevemente los vergonzosos, afirma que

Para el mexicano, para el consciente patriota, el Colegio Militar, la escuela que ha educado y que debe educar militarmente, es una sola, desde que vivió pobremente en Perote, hasta la que ocupa el elegante edificio de Popotla.<sup>35</sup>

En esta afirmación no debe verse el espíritu crítico y analítico que el autor solía demostrar cuando hacía obras historiográficas, sino su denodado empeño en dotar a los alumnos del Colegio Militar de una identidad patriótica y nacionalista; de crear una tradición que garantizara un futuro en donde los soldados no intervinieran más en política.

### *La bandera*

Sin estar comprometido con un proyecto específico, como ocurría con el Colegio Militar, el general Torrea encuentra -sin alejar el dato de la explicación en este caso- que la bandera nacional es el símbolo de México en el tiempo; que es su historia.

La bandera de tres colores [...] ha sido a través de nuestra historia, la que simboliza nuestros triunfos y nuestros reveses, nuestras glorias y nuestros desastres...<sup>36</sup>

Pero no todos. La bandera sintetiza, según Torrea, todo lo bueno de México: sus recursos naturales, el trabajo de sus habitantes e, incluso, la memoria de sus héroes de las guerras con el extranjero; en cambio, todo lo malo queda fuera de ella:

Si cerramos las hojas funestísimas donde está escrita la negra historia de nuestras luchas entre hermanos, si horramos de una plumada, para no acordarnos más, todo ese calvario que ha recorrido la nación entre cuartelazos abominables; si no consideramos nuestros a los políticos que han hecho males a la Patria; entonces será la bandera tricolor la que hable...<sup>37</sup>

<sup>35</sup> *Ibid.* P. 186.

<sup>36</sup> Torrea. *Historial de...* P. 31.

<sup>37</sup> *Ibid.* P. 29.

¿Podía pensarse en tradición más a propósito para el engrandecimiento moral de un país? La bandera, "...donde esta escrita la historia...",<sup>38</sup> simbolizaba todo cuánto el autor deseaba para México. Por eso confiesa que

A través del tiempo nada me ha conmovido y tan profundamente en mi afán por la historia, como la realización de mi propósito de adquirir datos para los memoriales de las banderas...<sup>39</sup>

En 1933 apareció *Banderas históricas del Museo Nacional*, folleto escrito por Juan Manuel Torrea donde se narra la historia de cada uno de los pabellones mexicanos del Museo Nacional. La intención de Torrea era, como siempre, homenajear las acciones heroicas del pasado, pero en este caso no las de algún personaje, sino las de algunas banderas.

La bandera del Batallón Activo de San Blas, por ejemplo, representa mucho más que la gesta en la que casi todos los miembros de ese cuerpo murieron por defender el suelo nacional. En ella está también, la sangre de varios soldados, entre ellos Xicoténcatl, que con sus vidas la defendieron de los estadounidenses. En ese lienzo está sintetizada pues, la resistencia de México ante las invasiones y su dignidad como país civilizado. Para don Juan Manuel esas banderas contenían el resumen de la historia del México heroico.

Dos décadas después de aparecido este folleto, el autor publicó *Historial de banderas y estandartes gloriosos*, en donde amplía -no demasiado- su trabajo sobre las banderas del Museo Nacional. En él confirma que, a pesar de los cuatro lustros transcurridos entre ambas publicaciones, las banderas lo siguen conmoviendo del mismo modo.

No son, empero, los actos abnegados y los sacrificios sublimes los que conmueven al autor, sino la cualidad que las banderas tienen para concentrar y mostrar la historia de

<sup>38</sup> Torrea. *Banderas históricas*... P. 14.

<sup>39</sup> *Ibid.* P. 13. Y también en Torrea. *Historial de...* P. 23.

México; los estandartes no tenían que estar ensangrentados y rasgados para ser significativos, históricos y dignos de homenaje.

Torrea proponía, por ejemplo, que se localizaran y adquirieran

...la bandera con que se vitoreó la Independencia en 1910; la [...] que en la mano del general Obregón, anunció al pueblo el centenario de la Consumación de la Independencia, la de la Corbeta Escuela Zaragoza...<sup>40</sup>

para que fueran veneradas como merecían.

Sobre la insignia de la Corbeta Zaragoza explica que "La bandera histórica de ese barco no asistió a los combates de rechazo o de protesta contra los invasores de la patria... no fue su época." Pero que, en cambio, "...llevó alrededor del mundo una misión altísima de paz y el saludo de México a todos aquellos pueblos". Que, en resumen, mostró en toda la Tierra que la bandera tricolor "...era la insignia emblemática de un país civilizado..."<sup>41</sup>

La pasión que el general Torrea sentía por las banderas lo llevó incluso a violentar su costumbre de no tratar sobre luchas civiles. Por excepción citó algún estandarte que, a pesar de haber participado en una guerra intestina, era "...símbolo de lealtad, ante la desvergüenza, y de honor ante la defección frente al enemigo."<sup>42</sup>

Era indispensable rendir el debido tributo a todas las banderas heroicas que Torrea conoció y de las que hizo biografía, porque haciéndolo se estaría dotando de significado a todas las reproducciones de la bandera de México. A fin de cuentas, la intención del autor era consolidar una tradición nacional -gubernamental y popular- en torno a la bandera.

Y lo hizo cuando tuvo oportunidad. En 1923 pidió que se otorgara la Cruz del Mérito Militar a diez banderas heroicas; su propuesta hizo eco en las instancias

<sup>40</sup>. Torrea. *Banderas históricas...* P. 15.

<sup>41</sup>. Torrea. *Historial de...* *Op cit.* P. 27.

<sup>42</sup>. *Ibid.* P. 20. Se refería al estandarte de uno de los cuerpos que se levantaron contra el gobierno durante la revuelta de la Noria.

correspondientes y el mismo presidente de la república, Abelardo Rodríguez, en una ceremonia solemne, impuso las condecoraciones a los lábaros en cuestión.<sup>43</sup>

Si el culto a la bandera puede considerarse como un ritual de la religión cívica, Torrea, además de humilde predicador, era también ilustrado doctor de ella. En 1958 publicó su calendario litúrgico: "Días en que se iza la bandera a toda asta en los edificios públicos".<sup>44</sup> Un sexenio antes, en noviembre de 1945, el canciller Francisco Castillo Nájera

...acogió con aprobación el proyecto de Reglamento para el uso del Pabellón Nacional que formulé consultando otros; en ciertos capítulos poniendo articulado especial para nuestro medio, y en otros casos, no utilizando, ni por similitud, los que a mi juicio no consideré apropiados para esa reglamentación.<sup>45</sup>

Juan Manuel Torrea se ocupó, pues, de las formas de este ritual tanto como de sus ídolos porque creía que la bandera nacional era el vehículo más directo y eficaz para transmitir, en un solo golpe de vista, toda la historia heroica del país y todas las virtudes que su población debía adquirir para garantizar la existencia soberana de México.

---

<sup>43</sup> Juan Manuel Torrea. *El coronel Felipe Santiago Xicoténcatl y la Batalla de Chapultepec, 1847-1947. Exordio de Crisanto Cuéllar Abaroa*. Tlaxcala, Publicaciones de la Dirección de Bibliotecas, Museos e Investigaciones Históricas, 1947. 56p. Pp. 50-51.

<sup>44</sup> Juan Manuel Torrea. "Días en que se iza la bandera a toda asta en los edificios públicos". En *Memoria de la Academia Nacional de Historia y Geografía*. México, D.F. Año XIV. Boletín 6. 1958. Pp. 29-31. Aquí se ve que son 18 las jornadas en que la bandera debe ondear a toda asta y ocho las que, en señal de luto, permanecerá a media asta.

<sup>45</sup> Torrea. *Historial de...* P. 35.

#### 4. Los ejércitos

##### a) El mundo moderno

¿Los ejércitos [...] viven bien encajados, encajados cuerdamente, lógicamente, racionalmente dentro del momento actual, que señala [...] nuevas orientaciones para los pueblos?<sup>1</sup>

se pregunta Juan Manuel Torrea. Y en esta pregunta va, implícita, su interpretación del presente y su visión del futuro.

Aunque el general Torrea estuviera dedicado al estudio del pasado, no renunciaba a hacerse preguntas y confeccionar hipótesis sobre el presente; al contrario, toda su labor historiográfica tenía el objetivo de ofrecer ejemplos, lecciones y enseñanzas para el presente.

Sin embargo, no hizo prácticamente ningún trabajo de consideración sobre estos temas; tan sólo dos artículos sobre ellos y un pequeño libro donde los toca incidentalmente.

Estas tres obras fueron escritas muy al principio de su carrera como historiador y en un periodo relativamente corto: *Polonia guerrera* se publicó en 1931, "Los ejércitos ¿están con la época?" dos años después y "La guerra" en 1938.<sup>2</sup> En el resto de su obra aparecen, de

---

<sup>1</sup> Torrea. "Los ejércitos..." P. 144.

<sup>2</sup> Torrea. *Polonia guerrera...* "Los ejércitos..." y "La guerra" Aunque este último título apareció hasta 1958, está firmado y fue escrito, según deja ver su contenido, 20 años antes.

vez en cuando, comentarios aislados sobre el presente y el futuro, y nada más. En todos los casos, el objeto sobre el que se ocupa es el ejército.

Al parecer Torrea se fue desinteresando con el paso del tiempo en elaborar explicaciones sobre el presente y predicciones sobre el futuro, y se fue dedicando exclusivamente al pasado.

No era para menos. Una vez que terminó su intervención en la Revolución Mexicana y pudo dedicarse a la observación de lo que ocurría en el mundo presenciado, después de la Primera Guerra Mundial, los confusos años 20 y se entusiasmó, como todos sus coetáneos, con la posibilidad de que el mundo se transformara y fuera más justo durante la década siguiente. La Segunda Guerra Mundial cortó de tajo esta expectativa y el orden internacional surgido de ella acabó de desengaño.

Fue durante la esquiva década de los 30 cuando se animó a tomar la pluma para hablar sobre el presente. En aquellos años decía ilusionado que

La armonía general de la masa, debe descansar en una mejor repartición equitativa de los medios para la vida a que cada uno tiene derecho; el Estado moderno quiere y debe propugnar por establecerlo.<sup>3</sup>

Durante los años 30 el mundo experimentaba nuevas formas de organización social y política. Después de la más devastadora guerra conocida -no era casual que se le llamara la Gran Guerra-, era indispensable establecer un nuevo orden. El experimento soviético, en pleno auge, despertaba la curiosidad del mundo entero y ponía de moda términos antes vedados.

El propio Torrea (políticamente moderado, pero definitivamente anticomunista) usaba conceptos como "socialismo en sus diferentes modalidades" y "época de socialización universal"<sup>4</sup> para elogiar las transformaciones que se estaban llevando a cabo en varios países, incluso en México.

<sup>3</sup>. Torrea. *Polonia guerrera...* P. 30.

<sup>4</sup>. *Ibid. Passim.*

Pero la ilusión de un mundo más justo y ordenado, donde las disputas entre los países se ventilaran en la Liga de las Naciones y ya no en los campos de batalla, se vino abajo muy pronto. El optimismo se canceló definitivamente en septiembre de 1939. El conflicto europeo no podía soslayarse como los de España, el norte de África y el este de Asia: el mundo estaba, otra vez, en guerra.

Torra escribía en 1941 con un tono muy distinto al de apenas unos años atrás: "El materialismo reducirá las fronteras de los Estados pequeños; el materialismo seguirá practicando el más odioso de los expansionismos..."<sup>5</sup> La natural violencia del hombre, esta vez magnificada por su capacidad tecnológica y científica,<sup>6</sup> había vuelto a adueñarse del mundo.

Los nuevos sistemas de organización social no habían sido capaces de erradicar la violencia ni el materialismo humanos. El país de los soviets era la más triste prueba:

...aun en Rusia, en que han cambiado los ideales de Gobierno [...] sigue siendo la misma de hace siglos, su dictadura ejercita una orientación equivocada y nada a propósito con su régimen de ensayo, que la va conduciendo ya al desastre Nacional...

En el Viejo Mundo, la transformación de las "...vetustas autocracias de historia y de leyenda [...] en flamantes Repúblicas..." sólo era signo de que, en cada caso, "...una tiranía [...] mató a otra..."<sup>7</sup>

Los ensayos y experimentos solamente habían logrado cambiar el nombre de las cosas y a los hombres que gobernaban, pero no habían conseguido que la condición de la humanidad mejorara un ápice.

<sup>5</sup> Torrea. *Alteza del...* P. 24. El autor no se refería a una corriente de interpretación y análisis cuando decía "materialismo", sino al sistema de valores que antepone a cualquier otra virtud la posesión de bienes materiales, principalmente dinero.

<sup>6</sup> *Vid. Supra* "La guerra y el futuro".

<sup>7</sup> Torrea. "Los ejércitos..." P. 146.

<sup>8</sup> Torrea. *Graves incongruencias...* P. 25.

Tal vez la historia podría ser distinta en América, en el Nuevo Mundo. A partir de la década de los 40, Juan Manuel Torrea dirigiría una parte de sus esfuerzos a explicar el proceso histórico de esta región y la forma en que México, como parte de ella, pudiera desarrollarse.

El general Torrea entendía por América no a la totalidad del continente, sino a la América Latina, porque estaba visto que los Estados Unidos seguían el ejemplo expansionista e imperialista de las naciones europeas.

En Europa, efectivamente, "...a cada palabra de paz responden actuaciones y preparativos para la guerra". Así que tendrían que ser los pueblos jóvenes de América quienes "...enseñen a los que fueron sus dominadores, cómo se consiguen las ideas de concordia y de buen entendimiento..."<sup>9</sup>

Su intención era que cuando menos los países americanos, ya que no era posible que lo hicieran los del resto del mundo, siguieran

...una orientación bien definida dentro de los postulados modernos, permitiendo con libertad amplia, pero justa, el desarrollo de los problemas sociales que demarquen la razón, la justicia y el derecho.<sup>10</sup>

Pero para hacerlo, tendrían que arreglar, de una buena vez, el problema que habían significado siempre sus guerras y sus militares. Torrea explicaba que "Nuestras convulsiones internas [...] con la guerra, han substituido a la necesaria y soñada evolución..." y que las acciones bélicas "...han consumido la riqueza sin provecho para la industria, y han robado a la flor de la juventud las pacíficas esperanzas de la ciencia..."<sup>11</sup>

El primer paso para conseguir esta transformación sería que, como en el caso particular de México, los militares de todas las naciones hispanoamericanas entendieran que

---

<sup>9</sup> Torrea. *Episodios...* P. VIII.

<sup>10</sup> *Ibid.* P. VII.

<sup>11</sup> *Ibid.* P. VIII.



no deben inmiscuirse en asuntos de política. Una vez logrado esto, cada país, podría formar el ejército que necesitara.

La historia de México le había enseñado a Torrea que los países débiles, los "países barrera", -aquellos situados en las fronteras de países con intenciones expansionistas o, peor, entre dos potencias expansionistas- deben protegerse con ejércitos eficaces. La historia universal se lo confirmaba. Decía que "...los países barrera deben estar con el arma al brazo, alerta para prevenir su defensa contra las expansiones..."<sup>12</sup>

La historia de Polonia era un buen ejemplo. Situada entre el imperio alemán y el ruso, debía "...buscar el medio de contar con una máxima masa armada, para hacerse respetar, tal como lo ha previsto [...], capacitándose para movilizar hasta 6'000,000 de hombres..."<sup>13</sup>

Expuesta como había estado a los atentados territoriales de sus vecinos y sin

...un ejército debidamente organizado y disciplinado, sin oficialidad, en general, poco capacitada y sin contar para el caso solemne, con reservas para efectuar la movilización más elemental...<sup>14</sup>

estaba condenada a sufrir continuos embates y agresiones y, finalmente, a desaparecer. Si la nación polaca había vuelto a existir como país -Torrea escribe esto a principio de la década de los 30- debía, según las lecciones de su historia, crear profundos vínculos de nacionalidad y un gran ejército que garantizara su existencia.

Torrea, haciendo explícita por fin la similitud de las situaciones polaca y mexicana, dice, después de contar las desdichas de la historia de aquel país que:

Nosotros los mexicanos llevamos clavada muy honda la espina de la indiferencia de las naciones, cuando despiadadamente fuimos invadidos por los norte-americanos; no hubo una sola que elevara una frase de protesta, ni tampoco hubo alguna que tuviera una palabra de aliento...<sup>15</sup>

<sup>12</sup> Torrea. *Alteza del...* P. 23.

<sup>13</sup> Torrea. *Polonia...* P. 32.

<sup>14</sup> *Ibid.* P. 2.

<sup>15</sup> *Ibid.* P. 5.

Polonia, resultaba buen ejemplo para los países latinoamericanos en general y para México en particular. Después de sobrevivir intervenciones y desintegraciones, había aprendido la lección y estaba haciendo un gran ejército para garantizar su existencia.<sup>16</sup>

Así pues, el presente y el futuro de las naciones débiles dependía de su capacidad para seguir el ejemplo polaco y levantar grandes ejércitos pero sobre bases sociales renovadas y más justas que las de antaño. Torrea recomendaba esto para todos los países iberoamericanos, pero consideraba que México, en tanto "país barrera" tenía que ser el primero.

#### **b) El ejército mexicano: genio de la nación**

Para el general Torrea las responsabilidades del ejército eran muy claras. En *Las virtudes del guerrero mexicano* habló extensamente sobre ellas y las resumió en cinco: servir a la patria y a la sociedad, sostener al gobierno constituido, hacer respetar la ley, mantener el orden público apoyando a la autoridad y defender a la nación de agresiones externas. Tres lustros después seguía creyendo que las obligaciones de todo instituto armado eran "Cuidar de las instituciones, servir al derecho con la fuerza, no colaborar con intereses bastardos y ser el guardián contra la guerra..."<sup>17</sup>

Aunque lo que dijo en 1924 sea muy parecido a lo que dijo en 1941, Torrea anduvo un largo camino para llegar de una a otra afirmación. En el primer caso, todo lo que está haciendo es precisar las obligaciones legales de los ejércitos; en el segundo, además de considerar lo anterior, contempla otros factores.

<sup>16</sup>. El general Torrea vería muy poco tiempo después de escribir estas líneas que la capacidad polaca para levantar un enorme y eficaz ejército, estaba solamente en los discursos de sus gobernantes. En septiembre de 1939, Polonia sucumbiría en cuestión de días ante la *blitz krieg* alemana.

<sup>17</sup>. Torrea. *Alteza...* P. 24.

El general Torrea decía ya en 1923 que "...se necesita que el Ejército deba su organización a un fundado conocimiento de la Ciencia del Estado Moderno..."<sup>18</sup> Y aunque no se dedicó a definir todos los elementos del Estado moderno, sí explicó -aunque muy brevemente- la relación que el ejército debía guardar con el resto de la población. Decía que el desarrollo de los gobiernos y las sociedades, sólo había

...traído una mayor distanciaci3n entre los pueblos y los ejércitos; entre los mandos-oficialidad y el elemento de tropa, [cuando es necesario] que la masa crea y sepa y esté profundamente convencida de que el ejército es parte del pueblo, es el mismo pueblo, un grupo de ciudadanos a quienes ha tocado por turno empuñar las armas, cumpliendo con la más alta obligaci3n patria...<sup>19</sup>

Planteaba así su idea de un ejército democrático, componente indispensable de las sociedades que aspiraran a ser más justas.

A pesar de que para Torrea la necesidad de que los cuerpos armados se transformaran era evidente, siempre consideró que serían efecto y no causa de la transformaci3n general del Estado. De cualquier modo, no esperó a que ésta hubiera ocurrido para plantear sus ideas: "En el estado actual de la civilizaci3n, el pueblo más avanzado debe ser a un tiempo el más deseoso de la paz y el más dispuesto para la guerra..."<sup>20</sup>

Así, Juan Manuel Torrea hacía que las obligaciones tradicionales del ejército correspondieran con la funci3n que debería tener en las nuevas concepciones de Estado.

Los totalidad de los soldados, decía, tendrán que ser esclavos de las virtudes militares para que el pueblo no desconfie de ellos; la oficialidad deberá dejar todos sus prejuicios de superioridad que la han hecho odiosa a lo largo de los años; el ejército tendrá que estar modesta pero íntimamente relacionado con los diferentes ámbitos del Estado. De no ser así,

<sup>18</sup> Torrea. "Los ejércitos..." P. 148.

<sup>19</sup> Torrea. *Polonia guerrera...* P. 30.

<sup>20</sup> Torrea. *Tampico...* P. 278.

...la carrera de las armas puede contagiarse y pasar a ser para el oficial un oficio con carencia de virtudes militares, que se entierran al primer llamado de la política...<sup>21</sup>

peligro que, según Torrea, ha convertido a los ejércitos en lastre y no motor -lo que deberían ser- del desarrollo de las naciones.

Para don Juan Manuel, "El ejército moderno debe significarse por ser la expresión del genio nacional..." Por dotar la voluntad de sus buenos hombres de la potencia necesaria para que implanten las ideas y los sistemas benéficos para la mayoría.

Debemos pensar ahora, que el bienestar de la patria está vinculado en el perfeccionamiento de sus instituciones militares, y que el Ejército, dentro del Estado social moderno, es el genio de la nación.<sup>22</sup>

A la luz de los tiempos modernos y de las diversas teorías del Estado, el ejército mexicano, seguía adoleciendo, según Torrea, de los mismo males de antaño. Era, en resumen, todavía incapaz de defender a la nación de posibles agresiones extranjeras; la caída del puerto de Veracruz en abril de 1914 constituía prueba chocante de ello. 25 años después de la agresión estadounidense, Torrea planteaba el problema:

¿Se debe organizar ahora un Ejército como en 1847 o como en la época del México heroico -1862-1867- y construir una defensa nacional tan esmerada como en la guerra de 1847 o tan defectuosa como en 1862-63? Si no podemos hacer otra cosa sólo estaremos preparados para la pequeña guerra, propia, muy adecuada para luchas civiles o para derrumbar Gobiernos pero sin poder presentar una defensa eficaz y patriótica, compacta y nacional ante un problema militar contra el extranjero.<sup>23</sup>

Sobre su responsabilidad de garantizar el orden interno y la ley, era mejor no hablar. El fuego insurreccional iniciado en 1910 tardó más de dos décadas en extinguirse

<sup>21</sup>. Torrea. *Alteza del...* P. 24.

<sup>22</sup>. Torrea. *Polonia guerrera...* Pp. 31, 7.

<sup>23</sup>. Torrea. *La lealtad...* P. 65. Al respecto el autor dice que "...aunque algo nos enseñan esos incidentes de la pequeña guerra, prefiero que no tengan lugar entre mexicanos...". Torrea. "Leyendo los..." P. 6.

completamente. Durante ellas, las fuerzas armadas de los diversos grupos que pretendían erigir un Estado nacional, fueron incapaces de implantar el orden y de garantizar la paz.

Sin poder garantizar la defensa ante el exterior, ni la seguridad en el país, el ejército seguía más o menos como un siglo atrás. Y por la misma causa. El general Torrea resumía categóricamente el problema en una frase:

La transformación del México militar solo vendrá cuando los políticos patrióticamente hagan escuchar la frase de: "yo no entiendo de cosas militares"<sup>24</sup>

Es decir, cuando militares y políticos entendieran que sus asuntos deben permanecer separados. En uno de los prólogos que hizo para la obra de Torrea, Adrián Cravioto sintetizaba: "...la política es el virus de los ejércitos raquíuticos..."<sup>25</sup> Como es evidente en su obra, el autor estaba completamente de acuerdo con esta afirmación.

En efecto, el general Torrea decía en una de sus primeras obras, en 1924, que "...los gobiernos tienen moral y patrióticamente la obligación de emplear el Ejército dentro de la ley..."<sup>26</sup> Y aunque en aquella ocasión se rehusó a hablar sobre la conducta de los gobiernos ("...pero ese es capítulo que no toca tratar en el programa de estos apuntes..."), daría ese mismo año su juicio sobre lo que han sido las leyes en México: "En nosotros ha sido común que las leyes sólo se hagan para que las respeten los inferiores..."<sup>27</sup>

Pero, como se ha mencionado en otra parte, los militares también participaban de este vicio: aunque Torrea se indignara ante el hecho de que

...el Ejército podría haber seguido su camino racional, si no hubiera estado constantemente amagado por los políticos para hacerlo suyo y conducirlo por los caminos tortuosos que ha seguido en tantas veces y no el recto que ineludiblemente le corresponde,<sup>28</sup>

<sup>24</sup> Torrea. *La lealtad*... P. 63.

<sup>25</sup> Torrea. *La Decena*... P. 10.

<sup>26</sup> Torrea. *Las virtudes*... P. 8.

<sup>27</sup> *Ibid.* P. 18.

<sup>28</sup> Torrea. *A cien*... P. 9.

no podía dejar de extrañarse ante la negativa del general Villar de ocupar la cartera de guerra, porque en este país "...se ha mantenido la creencia errónea de que del divisionario, el ascenso inmediato es Secretario de Guerra y que de ahí sigue la Presidencia de la República."<sup>29</sup>

A pesar de ello, su exaltación lo lleva a afirmar francas exageraciones:

Los decretos creadores de las instituciones nacionales, los reglamentos que las hacen encaminarse y prosperar y los elementos con que se cuenta para instruir, no han sido creación de los presidentes o de los dictadores; su formación y su arreglo se han debido, se deben y se deberán a las comisiones militares que se nombren al efecto...<sup>30</sup>

Pero más allá de este exabrupto, el general Torrea, quiso siempre que la relación entre el gobierno y el ejército nacionales fuera justa, y trabajó por ello.

En 1941 publicó la ponencia que presentó en un congreso de ciencias sociales sobre ratificación de grados del ejército. En ella, argumentaba que un artículo de la Constitución prevenía un procedimiento contrario a la disciplina militar y proponía su nueva redacción. Vale la pena dedicarle un momento a este asunto.

El fragmento del Artículo 76 Constitucional se refería a la facultad del senado para ratificar los nombramientos que el presidente hiciera de "...coroneles y demás jefes supremos del Ejército y de la Armada Nacional, en los términos que la ley disponga..." Y Según Torrea debía decir: "...Coroneles y Generales del Ejército y sus correspondientes de la Armada Nacional...", además de incluir otro párrafo:

Durante el receso de las Cámaras y al tratarse de ascensos en el servicio de campaña, la Comisión Permanente concederá la ratificación del caso y con carácter de urgente convocará al Senado, si el Ejecutivo así lo considera necesario por la gravedad del caso y la necesidad de cubrir mandos de significada importancia...<sup>31</sup>

<sup>29</sup> Torrea. "Generales que..."

<sup>30</sup> Torrea. *La vida...* P. 65.

<sup>31</sup> Torrea. *Graves incongruencias...* P. 27.

Proponía además el procedimiento militarmente adecuado para el nombramiento y la ratificación de generales y coroneles:

1. El presidente manda el acuerdo a la Secretaría de la Defensa Nacional. Esta prepara la hoja de servicios y la envía -con carácter de reservada- al Senado.
2. El Senado estudia las hojas en sesión secreta. Devuelve los casos aprobados al presidente para que promulgue el ascenso, con efecto desde el acuerdo presidencial. Los casos no aprobados se regresan a la Secretaría de la Defensa Nacional con carácter de estrictamente reservado.
3. El presidente puede objetar -de manera confidencial- las resoluciones senatoriales si por ellas se falta a la ley militar o se hace alguna injusticia.

Esta cuestión, aparentemente técnica, lleva sin embargo, a un conflicto de competencias y procedimientos entre los poderes ejecutivo y legislativo y los mandos militares. En efecto, para ellos, el Presidente de la República es *además* Jefe Supremo de las fuerzas armadas, por lo que, como el resto de los mandos militares, puede dar órdenes (que son, según Torreá, expresiones verbales o escritas que contienen uno o más mandatos de carácter irrevocable) a sus subordinados.

El general Torreá acepta a regañadientes que una orden militar sea sometida a la ratificación de una asamblea, pero sostiene que esta disposición es una más de las que se copiaron de las leyes estadounidenses sin considerar su pertinencia, pues no hay disposiciones de este tipo en las leyes de ninguna república europea. Lo que no puede permitirse, afirma, es que la posibilidad de esta desobediencia, además de legal, sea pública.

Después de explicar que sin disciplina sencillamente no es posible la existencia del ejército, afirma que

Se lastima la disciplina cuando en lo militar se desaprueba una orden del Jefe Supremo del Ejército, porque los subalternos con el ejemplo inmoral de la determinación, en lo íntimo, quedan facultados como humanos para hacer críticas en un sentido o en otro, para el Jefe del Poder Ejecutivo o para la Cámara de Senadores y esto hay que evitarlo siempre.<sup>32</sup>

---

<sup>32</sup> *Ibid.* p. 20.

Por eso propone un procedimiento que cuida tanto del honor de los militares propuestos para el ascenso, como -por lo menos en apariencia- de la universalidad de las órdenes del presidente en su carácter de jefe del ejército.

Torrea termina su discusión proponiendo que las disposiciones constitucionales que atañen a las fuerzas armadas no descuiden su disciplina, sean redactadas con conocimientos de los tecnicismos militares y protegan el honor de los mandos del ejército.

Para don Juan Manuel, era tan grave la existencia de disposiciones anticonstitucionales como la de leyes que encerrarán alguna disposición de carácter antimilitar. Su ideal era que ambas esferas estuvieran claramente diferenciadas y que no se obstruyeran ni afectaran recíprocamente. De eso modo la endeble frontera existente entre el ejercicio y la política quedaría, por lo menos, contemplada coherentemente en la ley.

Porque Torrea era sabedor de que el problema rebasaba el ámbito legal, dejaba una salida para que los militares pudieran participar en la política sin violentar su deber. A lo largo de los años fue acumulando ejemplos donde soldados notables entregaron las armas y la tropa bajo su mando para abrazar alguna causa revolucionaria. Las virtudes militares no implicaban para Torrea el sacrificio de los compromisos políticos, solamente los postergaban.

Donato Guerra, por ejemplo, aun cuando ya había solicitado su baja para unirse al Plan de la Noria, obtuvo un triunfo para el gobierno del presidente Juárez contra los rebeldes de la gendarmería -sus compañeros de partido- que se hicieron fuertes en la Ciudadela. Cinco años después, en 1876, ya como segundo jefe del Ejército Nacional Constitucionalista, moriría acribillado por las tropas del gobierno.

Nicolás Régules, quien al saber que la escuadra española estaba amenazando Veracruz, pidió inmediatamente su baja porque era de nacionalidad española y no estaba dispuesto a pelear contra paisanos suyos. En cuanto el cuerpo expedicionario del general Primm se retiró, Régules pidió su reincorporación al ejército.



Una vez que "el virus de los ejércitos" fuera por fin erradicado, el instituto armado podría dedicarse a defender a la patria y velar por que se respetara la ley. Sería posible tomar paulatinamente las medidas necesarias para que

Los mandos -General a Subteniente- [fueran] hombres de carácter, de acción, patriotas, de honestidad comprobada, poseedores de virtudes militares, de cultura general y se sentimientos humanitarios...<sup>33</sup>

Conseguida esta calidad moral en los mandos, quedaba garantizada en la totalidad del ejército. Porque una de las principales tareas de los oficiales -la principal en tiempos de paz- era educar a los elementos de tropa, pues mientras los soldados estaban cumpliendo con una obligación para con la patria, los oficiales estaban realizando su vocación.

Puesto en algunas partes a formular recomendaciones concretas para el ejército mexicano, el general Torrea señalaba tres: justicia en las promociones, servicio militar general y obligatorio y formación de una guardia nacional que sustituyera al ejército.

Sobre el primer punto, Torrea opinaba que

Los ejércitos que han concedido el primer título a la antigüedad, siempre han sido derrotados, en tanto que aquellos en los que el mérito, no ha sido sometido a esa fría exigencia, son los que han salido siempre victoriosos.<sup>34</sup>

y al hacerlo parece que tenía en mente al anquilosado ejército porfiriano del que formó parte, y no al nuevo ejército emanado de la revolución donde la inmensa mayoría de sus mandos habían surgido en los campos de batalla.

El general Torrea entendía el servicio militar obligatorio como un paso intermedio entre los ejércitos tradicionales y las guardias nacionales. El servicio militar ofrecía, en un plazo más corto, la posibilidad de "...quitar a los ejércitos ese tinte de militarismo, que

<sup>33</sup> Torrea. *Alteza del...* P. 24.

<sup>34</sup> Torrea. *Polonia guerrera...* P. 31.

semeja una latente predominación sobre la masa civil y aparentemente una ausencia de sincera democracia...<sup>35</sup>

En concordancia con la ideas que sostenía sobre el nuevo ser de los ejércitos, proponía la formación de guardias nacionales, en las que cada ciudadano serviría como soldado durante un año, al cabo del cual volvería, con absoluta seguridad, a su actividad anterior y formaría, desde entonces, parte de las reservas.

Torrea opinaba que "...la organización de los pueblos que se presentan como figurando en primera línea, van pasando de época..."<sup>36</sup> Además, la guardia nacional lo eliminaría al ejército permanente, sino que lo transformaría en un grupo reducido y selecto encargado del adiestramiento anual de los conscriptos.

Es necesario considerar aquí que el general Torrea tuvo mando de tropa por última vez en 1914: toda su carrera como historiador la hizo retirado del servicio activo. Conocía el ejército del que había formado parte y, sobre todo, conocía la historia de los ejércitos mexicanos, pero esto no le daba, de ningún modo, habilidad práctica para hacer proposiciones concretas. Por eso las pocas que hizo -a pesar de que tuvieran sentido y de que contemplaran las enseñanzas de la historia- eran muy difíciles de realizar.

El terreno de Juan Manuel Torrea no era, pues, el de los asuntos menudos, sino el de las interpretaciones globales que daban pauta a las grandes transformaciones del ejército. El analizaba su pasado, sintetizaba las causas de sus deficiencias y señalaba los caminos para corregirlas; otros -los mandos del instituto armado- debían hacer lo posible por convertir estas apreciaciones generales en disposiciones prácticas y concretas que garantizar que, en adelante, el ejército mexicano sería capaz de proteger a la nación.

<sup>35</sup> *Ibid.* P. 7. En otra parte el autor encontró una curiosa utilidad en el servicio militar; propuso que fuera obligatorio solamente para quienes no supieran leer y escribir. Sostenía que así la totalidad de la población "A los cinco años habría terminado la instrucción primaria..." Torrea. *Las virtudes...* P. 86.

<sup>36</sup> Torrea. *Polonia guerrera...* P. 7.

**EPÍLOGO**  
**UN SIGLO DE HISTORIA MILITAR EN MÉXICO**

### *Torrea, militar historiador*

La obra de Juan Manuel Torrea es, sin duda, la más consistente y compleja de entre las producidas por los militares historiadores mexicanos durante el siglo XX.

Ninguno de ellos investigó con tal profundidad y acuciosidad los archivos nacionales, escribió tal cantidad de libros y artículos ni se empeñó de tal forma por difundir los resultados de sus indagaciones. Ninguno, tampoco, experimentó una vida cultural tan intensa ni pugnó con tal tenacidad porque los asuntos castrenses fueran conocidos o justamente apreciados ni porque los militares ocuparan el lugar que, según su juicio, les correspondía en la vida intelectual de México.

Estas características hacen que la obra del general Torrea rebase la del resto de los militares historiadores mexicanos; por ello, su producción historiográfica puede ser representativa de este grupo. Pero si por una parte reúne de manera ejemplar sus rasgos definidores, por la otra, la totalidad de su discurso presenta una coherencia y una articulación a las que no pueden aspirar la de ninguno de sus otros colegas militares.

Y, en cierto sentido, es obvio. A excepción de Miguel Ángel Sánchez Lamago, ningún otro militar gozó de los espacios adecuados ni de las condiciones propicias para escribir tal cantidad de obras de carácter histórico. De entre los militares historiadores únicamente Torrea ha llegado a ser, hasta el momento, historiador de tiempo completo.

Empero, no es posible ubicar a Juan Manuel Torrea lejos de su grupo: su condición de militar es la primera y más significativa motivación por la que se dedica a la historia. En

todo caso, puede afirmarse que, salvadas sus particularidades individuales, responde a estímulos similares a los que animan al resto de los militares mexicanos de este siglo, pero que su respuesta es mucho más vigorosa.

Estas impresiones podrán fortalecerse luego de dar un rapidísimo recorrido por la historia de la historiografía militar mexicana del siglo XX.

### *México: la historia militar imposible*

Según André Corvisier, los estudiosos de historia militar pueden clasificarse en tres grupos: El primero está formado por "militares y universitarios que trabajan en el marco de los servicios oficiales". El segundo lo integran historiadores profesionales que se reúnen en centros de investigación patrocinados por las universidades y el último, tiene entre sus filas a los

... "francotiradores" de la historia militar, que van desde el historiador independiente al aficionado al pasado, llegados tanto del ejército como de otros orígenes intelectuales.<sup>1</sup>

Como es evidente, Corvisier se refiere al ambiente intelectual del mundo occidental desarrollado. Sin embargo, su esquema no deja de ser ilustrador para el caso mexicano.

En México no existen, en sentido estricto, los dos primeros grupos. Los militares, por un lado, prácticamente no han sido destinados a realizar investigación de carácter histórico, mientras que los historiadores profesionales, por el otro, casi nunca cultivan los temas militares. En cambio el tercer grupo -el de los "francotiradores"- en donde podría incluirse a prácticamente todos los militares historiadores, es muy numeroso.

Podría decirse que durante este siglo, es el único que ha ejercido la historia militar de manera consistente. Pero este desapego académico y oficial por la historia militar en México tiene, por supuesto, una explicación.

---

<sup>1</sup> Corvisier. *Op. cit.* P. 489.

En primera instancia, debe considerarse que la profesionalización del oficio de historiador en México ha descrito un proceso distinto a los de Estados Unidos y Europa.<sup>2</sup>

Por otra parte, la historiografía académica mexicana fue tomando caminos por donde la historia militar difícilmente podía transitar. Las características de ésta última de presentismo y propagandismo -señaladas a lo largo del trabajo- no concordaban con los empeños analíticos de las diversas corrientes que, sin importar las consideraciones y los supuestos teóricos de los que partieran, sostenían que la historia no debía comprometerse con posiciones políticas ni partidistas.<sup>3</sup>

Tampoco podía esperarse que los gobiernos mexicanos patrocinaran las investigaciones de historia militar. A partir de la década de los 30, cada régimen avanzó un trecho en la labor de despolitizar al ejército mexicano, de reducir cuanto fuera posible los ámbitos de su incumbencia.

Fue hasta la década de los 50 cuando, con la fundación del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, el Estado mexicano se mostró dispuesto a estimular la confección de historias militares. Sin embargo, esto no era más que expresión de una política gubernamental: después de más de dos décadas de estabilidad política, había llegado la hora de que el gobierno propiciara los estudios sobre la historia de su génesis.<sup>4</sup>

<sup>2</sup> Vid. Robert Potash. "Historiografía del México independiente" En *Historia Mexicana*. Enero-marzo de 1961. No. 39. Vol. X. Pp. 361-412. y Andrés Lira. "La profesionalización del historiador". En *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia. Correspondiente de la Real de Madrid*, 1995. No. 38. 163 p. Pp. 27-45.

<sup>3</sup> Vid. Edmundo O'Gorman. "La historiografía". En *México: cincuenta años de Revolución Mexicana. IV. La Cultura*. México, Fondo de Cultura Económica, 1962. 636 p. Pp. 191-203; Luis Villoro. "La tarea del historiador desde la perspectiva mexicana". En *Historia mexicana*. Enero-marzo de 1960. No. 35. V. IX. Pp. 329-339; José María Murriá Rourel. *Un panorama de la historia de la historiografía mexicana*. Guadalajara, Universidad Autónoma de Guadalajara/Facultad de Filosofía y Letras. [ca. 1969]. 39 p.; Enrique Florescano. *El nuevo pasado mexicano*. México, Cal y Arena, 1991. 229 p.; Horacio Crespo, Luis González, Carlos Marichal, et al. *El historiador frente a la historia. Corrientes historiográficas actuales*. México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Históricas, 1992. 129 p. (Serie Divulgación, 1); y Luis González y González. "75 años de investigación histórica en México" En Jorge Fernández Varela, autor general. *México: 75 años de revolución. Educación, cultura y comunicación 2*. México, Fondo de Cultura Económica-Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1988. V. IV. Pp. 649-704.

<sup>4</sup> Los trabajos publicados por el INEHRM en aquel tiempo, con excepción de los de Miguel Ángel Sánchez Lanego, narran hechos de la revolución en donde aparecen -casi siempre de manera tangencial- asuntos de orden castrense.

Así, la producción de historia militar mexicana, generada fundamentalmente por militares, describió un proceso de gradual marginación del ambiente intelectual mexicano. Daniel Cosío Villegas, por ejemplo, afirma que de entre las obras que estaba revisando para su *Historia moderna de México*,

...ninguna fue escrita por ningún historiador militar; algunas lo fueron por historiadores y otras por militares, pero ninguna por quien tuviera el doble adiestramiento necesario. Nada sorprendente sería pues que fueran objeto de importantes rectificaciones el día que nuestros historiadores militares desdifieren algo las campañas napoleónicas y se interesen más por las de nuestros chinacos...

Y en efecto, ninguno de los trabajos de Juan Manuel Torreca aparece en la bibliografía de la obra de don Daniel.

Después de la revolución, pues, los militares tuvieron que hacer sus libros de historia alejados del resto de los historiadores mexicanos.<sup>6</sup>

#### *Los militares mexicanos: historiadores a contrapelo*

A fines del siglo pasado el general Bernardo Reyes formó parte del equipo encargado de escribir *México su evolución social*. A él le correspondió redactar el capítulo referente al ejército mexicano.<sup>7</sup>

<sup>5</sup> Daniel Cosío Villegas. *La historiografía del México moderno*. México, Sobreireto de la Memoria del Colegio Nacional, 1953. 91 p. P. 13.

<sup>6</sup> Algunos investigadores civiles se han dedicado al estudio del ejército y sus integrantes a partir de varias disciplinas sociales, principalmente la politología. Edwin Lieuwen ha investigado el desarrollo de los ejércitos y su poder político en los países iberoamericanos durante el siglo XX; Roderic Camp se ha acercado al ejército con el fin de analizar la formación de élites de poder; Guillermo Boils y José Luis Piñeyro han investigado las relaciones entre las fuerzas armadas y el Estado en el México contemporáneo. Por otro lado, los historiadores se han acercado al estudio de los ejércitos o de los militares desde diversas perspectivas y con fines distintos. Josefina Vázquez en el México del siglo pasado; Alicia Hernández, Javier Garcíadiego, Jean Meyer y Alvaro Matute para el presente siglo. Jorge Alberto Lozoya -quien en un principio abordó el tema desde la perspectiva política- elaboró una breve historia del ejército mexicano que, por sintética y globalizadora, no ha sido superada aún. *Vid.* bibliografía.

<sup>7</sup> Bernardo Reyes. *El ejército mexicano; monografía histórica escrita en 1899 por el general Bernardo Reyes para la obra "México, su evolución social"*. México, J. Ballezá, 1901. 76 p.

Este trabajo fue publicado en forma de libro independiente en 1901. En él aparecen algunos rasgos comunes al resto de los libros de historia militar hechos posteriormente por militares.

Aparte de elementos propios de su tiempo y de su ambiente, se advierte un afán por integrar la historia del ejército con la del resto del país:

...hay que advertir que la vida del Ejército es la vida de México, la reseña de esa institución es una reseña nacional, dado que nuestro país ha sido esencialmente militar, hasta hace pocos lustros, en que, conquistada la paz, entró en una nueva era.<sup>8</sup>

También se ve, desde este momento, la intención de emparentar los ejércitos del México independiente con los ejércitos mexicas: "Y origen aunque remoto de nuestro Ejército, fueron aquellas huestes meshicas..."<sup>9</sup>

En el trabajo de Reyes también se aprecia el empeño por escribir para la ciencia militar. Su texto tiene algunos anacronismos que no deben achacarse a la falta de rigor o de seriedad del autor sino precisamente a este empeño. Describe, por ejemplo, los cuerpos militares prehispánicos con terminología propia de los ejércitos modernos. Dice que el "rey azteca" era el "...jefe supremo del ejército..." y tenía a su mando una jerarquía descendiente de caballeros águila, caballeros tigre y los "...otómil, jefe de *calpull* ó escuadrón..."<sup>10</sup>

También insiste en mencionar, a lo largo de todo el trabajo, cifras. Para la ciencia militar el conocimiento de los números de efectivos totales y bajo al mando de cada jefe resulta indispensable para formar y sustentar apreciaciones -enseñanzas- de índole táctico. Así, Reyes se ufana en precisar que para el año de 1761 había 2,796 soldados permanentes en la Nueva España...

Sin embargo, no puede acusarse al general Reyes de defectos más graves que los arriba enunciados. Ciertamente el diseño de su libro responde a la idea de que el gobierno de

---

<sup>8</sup>. *Ibid.* P. 8.

<sup>9</sup>. *Ibid.* P. 10.

<sup>10</sup>. *Ibid.* P. 8.



Díaz significaba por fin, el arribo de México a una etapa de progreso y estabilidad, pero, ¿no sostienen lo mismo prácticamente todos los artículos del libro coordinado por Justo Sierra? De hecho, en *El ejército mexicano*, Reyes reconoce que esta corporación -de la que él mismo era en aquel momento una de las cabezas- había traicionado, a lo largo de los años, a sus jefes naturales e incumplido sus obligaciones continuamente; vano sería pedirle mayor honestidad.

También se ve en el trabajo del general Reyes una característica común a todos los textos historiográficos generados por militares: una enorme cantidad de información puntual y detallada, y muy pocas explicaciones sobre los procesos que se están tratando.

Al mismo tiempo que Reyes, había otros soldados escribiendo sobre temas militares durante los estertores del porfiriato. Los largos años de estabilidad habían sido propicios para la formación de un grupo de militares con alta preparación técnica que comenzaba a dar sus frutos.<sup>11</sup>

La revolución interrumpió drásticamente este proceso; los militares tuvieron que dejar los gabinetes de experimentación y las bibliotecas para ir a pelear contra los levantados que, en unos pocos meses terminaron con la ilusión de la paz. El país entraba a un larguísimo periodo de contiendas armadas: la posibilidad de que la historia militar tuviera un lugar junto a las otras disciplinas del saber histórico se extinguió con el porfiriato.

Una vez que las pasiones políticas permitieron la escritura de historias militares que no se refirieran a la revolución y que no tuvieran como fin elogiar o criticar a algún grupo o personaje, la figura de Juan Manuel Torreá, domina la escena. Pero de él y de su obra ya se ha hablado extensamente.

---

<sup>11</sup> Manuel Mondragón, además de sus trabajos sobre armas, publicó estudios sobre diferentes fortificaciones e incluso, algunos textos de ciencia militar que tradujo del francés. Eduardo Paz, interesado en todo lo que tuviera que ver con el ejército, había publicado sus primeros estudios sobre organización y estructuras de mando antes del estallido de la revolución. Ya afiliado a los grupos vencedores, continuaría su labor y, a la postre, sería autor de más de 20 trabajos sobre el tema. Miguel Ruelas, como ya se ha dicho, escribió varios textos de carácter técnico y unos *Estudios de historia militar*. Sóstenes Rocha también publicó varios estudios técnicos además de un libro de ciencia militar.

En 1931 apareció el primer libro de Miguel Ángel Sánchez Lamego. Como Torrea, a lo largo de más de 50 años, este militar publicaría una enorme cantidad de libros de historia.

Quizá el rasgo que diferencia más notablemente la obra de Sánchez Lamego de la de Torrea, sea el de la ecuanimidad y la pretensión de mantener el discurso histórico a distancia del político. Miguel Ángel Sánchez Lamego es ya, plenamente, producto del ejército de la revolución y, en un sentido más general, del México revolucionario.

Sujeto en menor medida a las contingencias políticas de su tiempo, el general Sánchez Lamego mostraba intereses históricos más diversos que los de Torrea. Sin embargo, como su colega, y el resto de los militares historiadores, se dedicó fundamentalmente a la historia mexicana del siglo XIX.<sup>12</sup>

Sánchez Lamego fue el primer militar que trató de una manera sistemática y extensa la historia castrense de la Revolución Mexicana. Entre 1956 y 1983 publicó 9 tomos al respecto. También dio a la imprenta dos volúmenes con biografías de generales de la revolución.<sup>13</sup> Interesado en el nuevo ejército -del cual formaba parte-, hizo la historia militar de la gesta en la cual se originó.

Aunque Miguel Ángel Sánchez Lamego pasó muchos años escribiendo libros y artículos de historia, no puede apreciarse alguna transformación sustancial en su trabajo a lo largo del tiempo. Del mismo modo que Torrea y el resto de sus colegas, se inició en el oficio de historiador con ideas muy precisas que mantuvo a lo largo de su vida.

Daniel Gutiérrez Santos escribió un año antes de la aparición de los primeros volúmenes de Sánchez Lamego sobre la Revolución Mexicana, en 1955, una *Historia militar de México*.<sup>14</sup> Profesor de la Escuela Superior de Guerra, entendía claramente la relación entre la historia y la ciencia militar:

---

<sup>12</sup> Dada su formación profesional, se interesó particularmente en las fortificaciones y en la historia del arma de ingenieros. De hecho, escribió varios libros sobre ella. *Vid.* la bibliografía.

<sup>13</sup> *Vid.* la bibliografía. Estos trabajos parten de unas pretensiones de imparcialidad y objetividad poco comunes en las historias militares generadas en México; y aunque no cumplen cabalmente con estos objetivos sí consiguen estructurar un discurso desprovisto de presiones y luchas políticas momentáneas.

<sup>14</sup> Daniel Gutiérrez Santos. *Historia militar de México. 1876-1914*. México, Ediciones Ateneo, 1955. 368 p.

Si la historia Militar es la fuente donde el profesional obtiene la experiencia de otros hombres que dedicaron su vida a la carrera de las armas, ha de estudiarla pues, como la base esencial de todos sus conocimientos, ya que [...] obtendrá los conocimientos indispensables de la evolución del arte de la guerra.<sup>15</sup>

Su texto llama la atención por la distancia -ya iniciada en las obras de Sánchez Lamego- que mantiene con respecto a la política y al conflicto revolucionario iniciado en 1910, aunque el propio Gutiérrez Santos confiesa sus filiaciones y los compromisos que ella implican:

No soy revolucionario, ni me constan los hechos aquí expuestos, pero como hijo de las instituciones militares creadas por los hombres que hicieron la revolución, me considero obligado a acometer este esfuerzo [...] inicialmente era mi propósito estudiar sólo este episodio de nuestra historia.<sup>16</sup>

Sin embargo, esta pertenencia no le impide ejercer su capacidad de crítica; al contrario, Gutiérrez Santos entiende que es precisamente esa la parte más importante de su labor:

...mi trabajo sólo consistió en armonizar lo dicho por otros: los viejos revolucionarios, que en multitud de libros han ido dejando sentada esta experiencia. Sólo he coordinado, seleccionado y quitado -dentro de lo posible- los resabios producto de las pasiones humanas que estos escritos dejan adivinar unas veces, y en otras palpar...<sup>17</sup>

Después de casi medio siglo, los militares historiadores consiguieron liberarse de la carga política y partidista que la revolución de 1910 sembró en las historias militares mexicanas.<sup>18</sup>

---

<sup>15</sup> *Ibid.* P. 7.

<sup>16</sup> *Ibid.*

<sup>17</sup> *Ibid.* P. 8.

<sup>18</sup> Es necesario señalar aquí la obra de Francisco L. Urquiza, que, a pesar de tener una intención más literaria que histórica, está formada por sus memorias de militar revolucionario. Urquiza no se limitó, empero, a dar su testimonio en uno o dos libros, como hizo la mayoría de los veteranos que tomaron la pluma, sino que desarrolló una extensa bibliografía en la que el tema militar es visto, con afeites de estudio y análisis desde varias perspectivas. *Vid.* bibliografía.

Desde la década de los 60, los militares historiadores, todos ellos pertenecientes a un ejército estable e institucionalizado y con una formación profesional sólida, han ido publicando el resultado de sus investigaciones, que presentan, en mayor o menor medida, las mismas características que las de sus colegas que, desde principios de siglo, se han ocupado de la historia militar.

Vale la pena señalar entre estos autores a Jesús de León Toral, Leopoldo Martínez Caraza y, sobre todo, Luis M. Garfias.<sup>19</sup> Este último autor ha mostrado un gran empeño por difundir los estudios militares y, en general, por mejorar la condición cultural de las fuerzas armadas mexicanas.

A finales de la década de los 70, Garfias participó en la elaboración de *El ejército mexicano*,<sup>20</sup> libro de gran formato en el que varios estudiosos del ejército emprendieron la tarea de escribir una historia general sobre los institutos armados mexicanos, es decir, sobre la historia militar de México. A la manera de algunos grupos de historiadores académicos, esta empresa fue abordada colectivamente -cada autor se ocupó de un periodo restringido de tiempo-, lo que sugiere cierta especialización entre los propios militares historiadores.

Algunos años después, el general Garfias participó en otro proyecto colectivo, esta vez, al lado de académicos especializados en la historia de la Revolución Mexicana.<sup>21</sup> Su intervención en este caso no se redujo a la redacción de algunos artículos sobre operaciones militares en particular, sino que formó parte del consejo asesor de toda la obra, pues, según él mismo declaró, era difícil que los historiadores civiles

...pudieran enfocar muchos aspectos militares, con el criterio y el conocimiento - sobre todo con el conocimiento- castrenses [...] En ese tipo de trabajos es muy importante la presencia de un militar profesional.<sup>22</sup>

<sup>19</sup> Vid. bibliografía.

<sup>20</sup> Jesús de León Toral, Miguel A. Sánchez Lamago et al. *El ejército mexicano*. México, Secretaría de la Defensa Nacional, 1979. 648 p.

<sup>21</sup> Javier Garcíadiego, coordinador académico. *Así fue la Revolución Mexicana*. 8 v. México, Senado de la República-Secretaría de Educación Pública-Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1985.

<sup>22</sup> "Entrevista al general Luis Garfias Magaña, realizada por Bernardo Ibarrola en sus oficinas del Palacio Legislativo de San Lázaro los días 16 y 23 de enero de 1996". P. 5 de la transcripción mecanográfica. Tanto las cintas magnetofónicas como su transcripción mecanográfica se hallan en mi poder.

En 1986 Garfias estuvo al frente del Archivo Histórico Militar de México durante un breve período, durante el cual su acervo fue trasladado a unas instalaciones adecuadas y se permitió -como nunca antes y nunca hasta ahora- que los estudiosos civiles investigaran en él.

Tiempo después, entre 1989 y 1990, fue rector de la Universidad del Ejército y la Fuerza Aérea. Durante su gestión organizó algunas reuniones con civiles; la más importante para él fue el Congreso de la Revolución Mexicana,<sup>23</sup> a donde asistieron, además de una veintena de militares historiadores -del ejército, la marina y la fuerza aérea-, "...un importante grupo de historiadores civiles..."

...el Congreso de la Revolución Mexicana [...] fue la primera y única vez que se ha intentado una aproximación entre la clase intelectual dedicada a la historia de México y nosotros...

Según Garfias, el congreso fue importante porque, entre otras cosas, permitió que los historiadores civiles "...aprendieron algunas cosas de orden castrense; en fin, tuvieron un punto de vista distinto al de sus actividades que transcurren en el mundo civil..."<sup>24</sup>

Ciertamente la actividad del general Garfias resulta encomiable, sin embargo, su empeño por acercar a los estudiosos militares con los civiles revela la enorme distancia que separa la esfera militar de la civil.

Y esta distancia resulta prácticamente insalvable: de la misma manera que el mundo académico civil ha menospreciado a lo largo de más de medio siglo los trabajos de historia generados por militares, éstos han ido restringiendo voluntariamente su público casi exclusivamente a los propios miembros del ejército y han mantenido su archivo -el Archivo Histórico Militar de México- lejos del alcance de los investigadores civiles.

<sup>23</sup> Vid. Luis Garfias, Introducción. *Memorias. Congreso de la Revolución Mexicana*. 2 v. México, Secretaría de la Defensa Nacional/Universidad del Ejército y Fuerza Aérea, 1992.

<sup>24</sup> "Entrevista al..." Obra citada P. 14.

Por eso, el desarrollo de la historia militar en México al modo de otros países -que cuentan con centros de investigación apoyados tanto por universidades como por instancias castrenses- resulta impensable. Del mismo modo que los militares, los civiles que pretenden estudiar el pasado militar mexicano son historiadores a contrapelo.

### *Fuentes consultadas*

#### **a) Repositorios documentales**

Archivo Histórico Diplomático Mexicano *Genaro Estrada* de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México.

#### **b) Bibliografía general**

Alvarez, José Rogelio, director. *Enciclopedia de México*. 2a. ed. 12 v. México, Enciclopedia de México, S. A., 1977.

Angulo, Andrés. "La exhumación de los restos del héroe nacional coronel Felipe Santiago Xicoténcatl". En *Memoria de la Academia Nacional de Historia y Geografía*. Año XIV, Bol. 7. Pp. 5-16.

Anton Vázquez, Amadeo. "Un general en la erudición". En *Así*. México, Distrito Federal. Junio de 1941. Pp. 43-65.

Arenas Guzmán, Diego. "La premeditada traición de Huerta". En *El Nacional*. México, Distrito Federal. 16 de febrero de 1949. Pp. 5-7.

*Bibliografía histórica mexicana*. México, Distrito Federal. El Colegio de México. No. XVI. 1984. 161 p.

Castillo, Porfirio del. *Puebla y Tlaxcala en los días de la revolución*. México, [Imprenta Zavala], 1953. 321 p.

- Correa, Adrián. *General Juan Manuel Torrea*. México, Andhra Research University, 1945. 38 p.
- *Juan Manuel Torrea*. México, Academia Nacional de Historia y Geografía, 1946. 12 p.
- Cosío Villegas, Daniel. *La historiografía política del México moderno*. México, El Colegio Nacional, 1953. 91 p. (Sobretiro de la Memoria de El Colegio Nacional).
- Crespo, Horacio, Luis González, Carlos Marichal et al. *El historiador frente a la historia. Corrientes historiográficas actuales*. México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Históricas, 1992. 129 p. (Serie Divulgación, 1).
- Cuéllar Abaroa, Crisanto. *La revolución en el estado de Tlaxcala*. 2 v. México, Biblioteca del Instituto Nacional Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1975.
- De cómo vino Huerta y cómo se fue... Apuntes para la historia de un régimen militar*. 4a. ed. Prólogo de Luis Martínez Fernández del Campo. México, Ediciones "El Caballito", 1978. 412 p.
- Estrello, Juan Pablo. "Guárdelo en su memoria: nace el general Juan Manuel Torrea (14 de enero de 1874)" En *La Prensa*. México, Distrito Federal. 14 de enero de 1968. Pp. 12, 40.
- "Falleció el general Juan Manuel Torrea". En *El Universal*. México, Distrito Federal. 18 de diciembre de 1960. Pp. 1, 8.
- Florescano, Enrique, *El nuevo pasado mexicano*. México, Cal y Arena, 1991. 229 p.
- "Fue sepultado el general Torrea, ayer". En *La Prensa*. México, Distrito Federal. 19 de diciembre de 1960. Pp. 32, 33.
- Fuentes, Ignacio. "Dos tamaulipecos leales en la Decena Trágica". En *El Nacional*. México, Distrito Federal, 9 de febrero de 1949.
- "Dos tamaulipecos en la Decena Trágica. Los generales Lauro del [sic.] Villar y Juan Manuel Torrea". En *El Dictamen*. Veracruz. 12 de febrero de 1964. P. 3.
- "Dos tamaulipecos leales en la Decena Trágica". En *El Nacional*. México, Distrito Federal. 22 de febrero de 1949. Pp. 5, 6.
- "En la Decena Trágica. Los generales Lauro Villar y Juan Manuel Torrea". En *El Legionario*. México, Distrito Federal, 31 de marzo de 1964. Pp. 46-48.
- "Siempre activo. ¡Estoy presente, mi general!" En *El Universal*. México, Distrito Federal. 29 de diciembre de 1960. Pp. 2, 27.
- Gaos, José. "Notas sobre la historiografía". En *De antropología e historiografía*. Xalapa, Universidad Veracruzana, 1967. 318 p. (Cuadernos de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias, 40.) Pp. 283-317.



- García Muñoz, María Elena y Ernesto Frischie. *Los Niños Héroes, de la realidad al mito México*, 1989. (Universidad Nacional Autónoma de México, tesis de licenciatura en historia).
- Garibay, Angel María y Miguel León Portilla, directores. *Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía de México*. 3 v. México, Editorial Porrúa, 1986.
- "General Juan Manuel Torrea. Algunos apuntes de su vida". En *Memoria de la Academia Nacional de Historia y Geografía. Curriculum Vitae de los presidentes de la Academia Nacional de Historia y Geografía*. Academia Nacional de Historia y Geografía, 1957. 51 p.
- González Salas, Carlos. "Letras en Tamaulipas. Juan Manuel Torrea". En *Suplemento cultural de El Nacional*. México, Distrito Federal. 12 de mayo de 1968. Pp. 1-2.
- González de Mendoza, J. M. "Torrea el integérrimo". En *El Universal*. México, Distrito Federal. 11 de enero de 1961. Pp. 3, 22.
- González y González, Luis. "75 años de investigación histórica en México" En Jorge Fernández Varela, autor general. *México: 75 años de revolución. Educación, cultura y comunicación 2*. México, Fondo de Cultura Económica-Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1988. V. IV. Pp. 649-704.
- *Fuentes para la historia contemporánea de México: libros y folletos*. 3 v. México, El Colegio de México, 1961-1962.
- "La Revolución Mexicana en el espejo de la historia" En *Memoria del Congreso Internacional sobre la Revolución Mexicana*. 2 v. México, Gobierno del Estado de San Luis Potosí-Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1991. V. I. Pp. 151. 160.
- Hobsbawm, Eric "Inventando tradiciones". En *Historias*. México, Distrito Federal, Departamento de Estudios Históricos/Instituto Nacional de Antropología e Historia. No. 20.
- "Homenaje al general Juan Manuel Torrea" En *El Universal*. México, Distrito Federal. 11 de febrero de 1961. Pp. 1, 8.
- Katz, Friedrich. *La guerra secreta en México*. 2 t. Traducción del inglés de Isabel Fraire, del alemán José Luis Hoyo y José Luis González. México. Ediciones Era, 1982 (Colección Problemas de México).
- Ley sobre el Escudo, la Bandera y el Himno Nacionales*. México. Comisión Nacional para las Celebraciones del 175 aniversario de la Independencia Nacional y 75 aniversario de la Revolución Mexicana, 1985.
- Lira, Andrés. "La profesionalización del historiador". En *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia. Correspondiente de la Real de Madrid*. No. 38. México, Academia Mexicana de la Historia, 1995. 163 p. Pp. 27-45.

- López Portillo, Felicitas. "Hispanismo e indigenismo: la polémica de los (verdaderos) huesos de Cortés y Cuauhtémoc". En *Universidad de México*. México, Distrito Federal, diciembre de 1994. No. 527. Pp. 22-29.
- Mac Gregor, Josefina. "La Decena Trágica y el cuartelazo". En Javier Garciadiego, coordinador académico. *Así fue la Revolución Mexicana*. 8 v. México, Senado de la República/Secretaría de Educación Pública/Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1985. V. 3. Pp. 435-441.
- Magaña Cerda, Octavio. "Historia documental de la revolución" 19 artículos. En *El Universal*. Entre el 31 de enero y el 11 de marzo de 1951.
- Matute, Alvaro. *La carrera del caudillo*. México, El Colegio de México, 1980. 201 p. (Historia de la Revolución Mexicana, 8).
- *El positivismo, la revolución y la historiografía mexicana*. Copia mecanoescrita. 1978, 20 p.
- *La teoría de la historia en México; 1940-1973*. México, Secretaría de Educación Pública, 1974. 205 p. (SepSetentas, 126).
- "Mesa directiva para el año de 1945". En *Memoria de la Academia Nacional de Historia y Geografía*. 1945. Bol. 3.
- Meyer, Michael. *Huerta. Un retrato político*. México, Domés, 1983. 312 p.
- Molina Enriquez, Andrés. *Los grandes problemas nacionales [1909] [y otros textos, 1911-1919]*. 5a. ed. Prólogo de Arnaldo Córdova. México, Ediciones Era, 1985. 523 p.
- Muñoz y Pérez, Daniel. "Conciencia de México: el general Torrea en la Decena Trágica". En *Boletín bibliográfico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público*. México, Distrito Federal. 1º de febrero de 1961. Pp. 1, 3.
- "El general Torrea en la Decena Trágica". En *Memoria de la Academia Nacional de Historia y Geografía*. México, Distrito Federal. 1961. Bol. V. Pp. 39-43.
- Muriá Rouret, José María. *Un panorama de la historia de la historiografía mexicana*. Guadalajara, Universidad de Guadalajara/Facultad de Filosofía y Letras, [ca. 1969]. 39 p.
- Nava Rodríguez, Luis. *Tlaxcala contemporánea: de 1822 a 1977*. Tlaxcala, Editorial Progreso, 1978. 400 p.
- "Obras inauguradas por el presidente Alemán, ayer". En *El Universal*. México, Distrito Federal, 28 de noviembre de 1952. Pp. 1, 6-7, 23-24.
- O'Gorman, Edmundo. "La historiografía". En *México: cincuenta años de Revolución Mexicana. IV. La cultura*. México, Fondo de Cultura Económica, 1962. 635 p. Pp. 191-203.

- Ordoñez, Ezequiel, introducción. *Primer centenario de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1833-1933*. 2 v. México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1933.
- Ortega y Medina, Juan Antonio. *Ensayos, tareas y estudios históricos*. Xalapa, Universidad Veracruzana, 1962. 285 p. (Cuadernos de la Facultad de Filosofía y Letras, 12).
- *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*. México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Históricas, 1970. 475 p.
- "La aportación de los historiadores transferrados a la historiografía mexicana". En *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*. México, D.F. Universidad Nacional Autónoma de México/ Instituto de Investigaciones Históricas. Vol. X. 1986. Pp. 255-279.
- Panorama actual de la historiografía mexicana*. México, Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora, 1983. 45 p. (Cuadernos del Instituto Doctor José María Luis Mora).
- Pérez, Juan E, editor. *Almanaque estadístico de las oficinas y guías de forasteros y del comercio de la república*. México, 1871.
- Potash, Robert A. "Historiografía del México independiente" En *Historia Mexicana*. Nn.39. Vol. X. Enero-marzo de 1962. Pp. 361-412.
- Ross, Stanley. *Fuentes para la historia contemporánea de México: periódicos y revistas*. 4 v. México, Universidad Nacional Autónoma de México/El Colegio de México, 1965-1976.
- Salas Cuesta, María Elena, coordinadora. *Molino del Rey: historia de un monumento*. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1988. 144 p. (Serie Antropología Física)
- Silva Herzog, Jesús. *Breve historia de la Revolución Mexicana*. 2a. ed. 2 v. México, Fondo de Cultura Económica, 1989. (Colección Popular, 17).
- Ulloa, Berta. *Revolución Mexicana: 1910-1920*. México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1963. 553 p. (Archivo Histórico Diplomático Mexicano. Guías para la historia diplomática de México, 3).
- Valadés, José C. *Historia general de la Revolución Mexicana*. 4a. ed. 5 v. México, Editorial del Valle de México, 1988.
- Villoro, Luis. "La tarea del historiador desde la perspectiva mexicana" En *Historia Mexicana*. México, Distrito Federal. No. 35. Vol. IX. Enero-marzo de 1960. Pp. 329-339.
- Womak, John. *Zapata y la revolución mexicana*. Traducido del inglés por Francisco González Arámburu. 2a. ed. México, Siglo Veintiuno Editores, 1969, 443 p.

Zea, Leopoldo. *El positivismo en México: nacimiento, apogeo y decadencia*. México, Fondo de Cultura Económica, 1968. 481 p.

Zincúnegui Tercero, Leopoldo. "Platillos a la carta: debe ser exaltada la memoria del general Torrea". En *El Nacional*. México, D. F. a 9 de marzo de 1961. P. 3.

Zorrilla, Juan Fidel y Carlos Gutiérrez Salas. *Diccionario biográfico de Tamaulipas*. Ciudad Victoria, Universidad Autónoma de Tamaulipas/Instituto de Investigaciones Históricas-Editorial Jus, 1984. 525 p.

### c) Bibliografía sobre historia militar

Alcaraz, Ramón. *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*. Estudio introductorio de Josefina Zoraida Vázquez. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1991. 455 p. (Cien de México.)

Barragán Rodríguez, Juan B. *Historia del ejército y la revolución constitucionalista*. 2 v. México, Talleres de la Editorial Stylo, 1946.

Boils, Guillermo. *Los militares y la política en México; 1915-1974*. México, El Caballito, 1975. 190 p. (Colección Fragua mexicana.)

----, Aurora Loyo y Ricardo Pozas Horcasitas. *Cronología de la violencia política en América Latina, 1945-1970*. 2 v. México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Sociales, 1975.

Camp, Roderic Ai. *Generales in the Palacio; the military in modern Mexico*. New York, Oxford University, 1992. X-278 p.

Corvisier, André. "Historia militar". En André Burguière, director. *Diccionario de ciencias históricas*. Traducción del francés de E. Ripoll. Madrid, Akal, 1991. 702 p. Pp. 482-490.

Dupuy, Richard y Trevor N. Dupuy. *The Harper Encyclopedia of Military History. From 3500 B. C. to the Present*. 4a. ed. New York, Harper Collins Publishers, 1993. 1654 p.

"Entrevista al general Luis Garfias Magaña, realizada por Bernardo Ibarrola en sus oficinas del Palacio Legislativo de San Lázaro los días 16 y 23 de enero de 1996". Transcripción mecanográfica. 18 p.

Hernández Chávez, Alicia. *Historia de la Revolución Mexicana, período 1934-1940, 16. La mecánica cardenista*. México, El Colegio de México, 1979. IX, 236 p.

Garcíadiego, Javier. *Revolución constitucionalista y contrarrevolución; movimientos reaccionarios en México, 1914-1920*. (Tesis de doctorado en historia, México, Centro de Estudios Históricos, El Colegio de México, 1981.)

- "Higinio Aguilar, milicia, rebelión y corrupción como modus vivendi". En *Historia Mexicana*. Enero-marzo de No. 163. V. 41. Pp.
- Garfias Magaña, Luis. "Aspectos militares de la sublevación felicitista en Veracruz". En Javier Garcíadiego, coordinador académico. *Así fue la Revolución Mexicana*. 8 v. México, Senado de la República-Secretaría de Educación Pública/Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1985. V. 3. Pp. 389-392.
- "Aspectos militares de la Decena Trágica". En Javier Garcíadiego, coordinador académico. *Así fue la Revolución Mexicana*. 8 v. México, Senado de la República-Secretaría de Educación Pública/Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1985. V. 3. Pp. 389-393.
- "Aspectos militares de la toma de Zacatecas". En Javier Garcíadiego, coordinador académico. *Así fue la Revolución Mexicana*. 8 v. México, Senado de la República-Secretaría de Educación Pública/Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1985. V. 4. Pp. 687-694.
- "El general Huerta y el Ejército Federal". En Javier Garcíadiego, coordinador académico. *Así fue la Revolución Mexicana*. 8 v. México, Senado de la República-Secretaría de Educación Pública/Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1985. V. 4. Pp. 605-610.
- *Generales mexicanos de los siglos XIX y XX*. México, Secretaría de la Defensa Nacional, 1982. 159 p. (Biblioteca del oficial mexicano.)
- *Generales mexicanos del siglo XIX*. México, Secretaría de la Defensa Nacional, 1980. 196 p. (Biblioteca del oficial mexicano, Historia, 7.)
- *Guerrilleros of Mexico; famous historical figures and their exploits, from the Independence to the Mexican Revolution*. Translated by David Castledine México, Panorama, 1980. 127 p. (Collection Panorama.)
- *La intervención francesa en México; la historia de la expedición militar francesa enviada por Napoleón III para establecer el Segundo Imperio Mexicano*. México, Secretaría de la Defensa Nacional/Universidad del Ejército y Fuerza Aérea, 1981. 183 p. (Biblioteca del Oficial Mexicano, Historia, 18.)
- , introducción. *Memorias. Congreso de la Revolución Mexicana*. 2v. México, Secretaría de la Defensa Nacional/Universidad del Ejército y Fuerza Aérea, 1992.
- *Leandro Valle; un soldado de la Reforma*. México, Secretaría de la Defensa Nacional, 1971. 42 p.
- "Los morelenses contra Porfirio Díaz". En Javier Garcíadiego, coordinador académico. *Así fue la Revolución Mexicana*. 8 v. México, Senado de la República-Secretaría de Educación Pública/Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1985. V. 2. Pp. 229-234.

- "Operaciones militares de los ejércitos convencionistas y constitucionalistas" En Javier Garciadiego, coordinador académico. *Así fue la Revolución Mexicana*. 8 v. México, Senado de la República-Secretaría de Educación Pública/Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1985. V. 5. Pp. 835-856.
- *La Revolución Mexicana; compendio histórico político militar*. México, Panorama, 1980. 222 p.
- "Los tratados de Teoloyucan". En Javier Garciadiego, coordinador académico. *Así fue la Revolución Mexicana*. 8 v. México, Senado de la República-Secretaría de Educación Pública/Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1985. V. 4. Pp. 739-743.
- González Ramírez, Manuel. *La capitulación del ejército de la dictadura ante Carranza y Obregón*. México, Ediciones del Patronato de la Historia de Sonora, 1964. 57 p.
- Gutiérrez Santos, Daniel. *Historia militar de México. 1876-1914*. México, Ediciones Ateneo, 1955. 368 p.
- Hernández Silva, Héctor Cuauhtémoc. "El Archivo Histórico Militar de México" En *Historia Mexicana*. México, Distrito Federal. El Colegio de México, Julio-septiembre de 1988. No. 149. V. 38. Pp. 127-142.
- Herrera Gómez, Néstor y Silvino M. González. *Apuntes para una bibliografía militar de México 1536-1936*. México, Secretaría de Guerra y Marina/Comisión de Estudios Militares/Biblioteca del Ejército, 1937. 469 p.
- Higham, Robin, editor. *A guide to the Sources of United States Military History*. Hamde, Archon Books, 1975. 559 p.
- La France, David y Errol Jones D., editores. *Latin American Military History; an annotated bibliography*. New York, Garland Publishing, Inc., 1992. 743 p.
- Lalanne, Jesús. *La defensa de la Plaza de Puebla de Zaragoza en 1863; parte general que dió al supremo Gobierno de la Nación el C. General Jesús González Ortega y estudio comparativo entre los Sitios de Puebla y México y Zaragoza en España*. México, Secretaría de la Defensa Nacional, 1984. 262 p.
- León Toral, Jesús de, Recopilación, notas y comentarios. *Historia documental militar de la intervención francesa en México, y el denominado Segundo Imperio*. México, Secretaría de la Defensa Nacional/Comisión de Historia Militar, 1967. 850 p.
- *Historia militar; la intervención francesa en México*. México, Primer Congreso Nacional de Historia para el Estudio de la Guerra de Intervención, 1962. 300 p. (Colección del Congreso Nacional de Historia para el Estudio de la Guerra de Intervención, 2.)
- Lieuwen, Edwin. *Mexican militarism; the political rise and fall of the revolutionary Army, 1910-1940*. Albuquerque, University of New Mexico, 1968. XIII-194 p.

- *The United States and the challenge to security in Latin America*. Columbus, Ohio State University, 1966. 98 p.
- *Generales contra presidentes en América Latina*. Buenos Aires, Siglo Veinte, 1965. 222 p.
- *Armas y política en América Latina*. Buenos Aires, Sur, 1960. 361 p. (Ensayos, 9.)
- *Militarismo y política en América Latina*. Caracas, Centro de información, documentación y análisis latinoamericano, [s.a.] 47 p.
- Lozoya, Jorge Alberto, *El ejército mexicano*. 3a. ed. México. El Colegio de México/Centro de Estudios Internacionales, 1984. 156 p. (Jornadas, 65)
- *El proceso de despolitización del ejército* (Tesis de licenciatura en relaciones internacionales, México, Centro de Estudios Internacionales, El Colegio de México, 1966)
- "Un guión para el estudio de los ejércitos mexicanos del siglo diecinueve". En *Historia mexicana*. Abril-junio de 1968. No.68 V. 17. Pp.553-568.
- Martínez Caraza, Leopoldo. *La intervención norteamericana en México, 1846-1848; historia político-militar de la pérdida de gran parte del territorio mexicano*. México, Panorama, 1981. 234 p.
- *Léxico histórico militar*. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1990. 107 p. (Colección Textos básicos y manuales.)
- *El norte bárbaro de México; historia de 350 años de lucha*. México, Secretaría de la Defensa Nacional, 1984. 146 p. (Biblioteca del oficial mexicano, 1.)
- , Miguel A. Sánchez Lamego *et al.* *El ejército mexicano*. México, Secretaría de la Defensa Nacional, 1979. 648 p.
- Matute, Alvaro. "Del Ejército Constitucionalista al Ejército Nacional". En *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*. México, Distrito Federal. 1977. V. 6. P. 153-183.
- Mc Neill, William H. *La búsqueda del poder. Tecnología, fuerzas armadas y sociedad desde el 1000 d. C.* Traducida del inglés por René Palacios More. México, Siglo Veintiuno Editores, 1988. 450 p.
- Olguín Pérez, Palmira. "Los militares en México. Bibliografía introductoria". En *Revista mexicana de sociología*. Instituto de Investigaciones Sociales/Universidad Nacional Autónoma de México. México, D.F. Abril-junio de 1976. V. XXXVIII. No. 2. P. 453-490.
- Pérez-Maldonado, Carlos. *Condecoraciones mexicanas y su historia*. Monterrey, Edición del autor, 1942. 212 p.

- Piñeyro, José Luis. *Ejército y sociedad en México; pasado y presente*. México, Universidad Autónoma de Puebla-Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco, 1985. 172 p.
- *El profesional ejército mexicano y la asistencia militar de Estados Unidos, 1965-1975*. (Tesis de licenciatura en relaciones internacionales, México, Centro de Estudios Internacionales, El Colegio de México, 1976.)
- Quiroz Flores, Sonia Carolina. *"De guerreros a generales" Los primeros pasos hacia la institucionalización del ejército mexicano, en el interinato de Adolfo de la Huerta*. México, 1982. (Tesis de licenciatura en historia).
- Reyes, Hernando. *Conversaciones militares escritas para las academias del 6 Regimiento de Caballería Permanente*. 4a. ed. Monterrey, Gobierno del Estado de Nuevo León, 1907. 80 p.
- *El ejército mexicano; monografía histórica escrita en 1899 por el general Bernardo Reyes para la obra "México, su evolución social"*. México, J. Ballezá, 1901. 76 p.
- *El general Porfirio Díaz; estudio biográfico con fundamento de datos auténticos y de las memorias del gran militar y estadista, de las que se reproducen los principales pasajes*. México. J. Ballezá, 1903. 344 p.
- *Rasgos biográficos del ilustre mexicano, benemérito de la patria, Benito Juárez, 1806-1906*. Monterrey, [s. e.], 1906. 15 p.
- Rocha, Sóstenes. *Los principales episodios del sitio de Querétaro*. Introducción y notas de Vito Alessio Robles. México, Autográfico, 1946. 117 p.
- Ruelas, Miguel. *Estudios de historia militar dedicados a los alumnos del Colegio Militar*. México. Hijas de J. F. Jens, 1899. 102 p.
- Sánchez Lamego, Miguel Angel. *La Academia de Estado Mayor. Primera Escuela Militar de la revolución en el cincuentenario de su creación*. México, Asociación "Academia de Estado Mayor". 1966, 86 p.
- "Agustín Díaz, ilustre cartógrafo mexicano". En: *Historia mexicana*. México, Distrito Federal, El Colegio de México, Abril-junio de 1975. Vol. XXIV, No.4. Pp. 556-565.
- *Los albores de la vida del Colegio Militar, 1822-1828*. México, Imprenta "Anahuac", 1937. 61p.
- "Algunos datos biográficos del general de división Rómulo Díaz de la Vega", En Juan Manuel Torrea. *Episodios y personajes de la historia de América*. México, Ateneo de Ciencias y Artes de México, 1937. 217 p. Pp. 23-30.
- *Apuntes para la historia del Arma de Ingenieros en México. Historia del Batallón de Zapadores*. México, Taller Autográfico de la Secretaría de la Defensa Nacional, 1949. 223p.



- *La Batalla del 5 de mayo de 1862. (Algunas consideraciones novedosas.)* [Encuadrado con la obra *La Batalla del 5 de mayo*, de varios autores.] México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1963. Pp.9-39. (Colección del Congreso Nacional de Historia para el estudio de la Guerra de Intervención, 20)
- *El Batallón de San Blas, 1825-1855, breve crónica de una heroica tropa.* México, Editorial Militar Mexicana, 1964. 55p.(Documentos Histórico-militares, 3)
- *El Castillo de San Carlos de Perote.* México, Editorial Citlaltépetl, 1971. XXVI-165p. (Colección Suma Veracruzana. serie Historiografía).
- *El Castillo de San Diego de Acapulco.* [s.p.i.] [1937]. 54 p.
- "El Colegio Militar y el Motín de la Acordada". En: *Historia mexicana.* México, D.F., El Colegio de México, enero-marzo de 1961. No.39. Vol.X. pp.425-438.
- *El Colegio Militar y la defensa de Chapultepec en septiembre de 1847.* México, Edición del autor, 1947. 73p.
- "El combate de Atlixco del 4 de mayo de 1862". En: *Historia mexicana.* México, D.F., El Colegio de México, de 1966. Vol.XVI. No.2.
- "El combate de Barranca Seca". En: *Historia mexicana.* México, D.F., El Colegio de México, Julio-septiembre de 1965. Vol.XIV. No.3.
- *Cuerpo Nacional de Ingenieros Militares, 1827-1930.* México, Talleres Linotipográficos H. Banales, 1931. 74p.
- *¿Debe tener México militares profesionales, científicos o de ocasión?.* México, Taller biografiado, 1943. 32p.
- *Desarrollo de la guerra y repercusión en México.* Versión mecanuscrita, 21 f. Repercute en sistema.
- "La Docena Trágica de 1840". En: *Historia mexicana.* México D.F., El Colegio de México, de 1963. Vol.XII. No.3. Pp.
- "Fortificación en Puebla" en: *Historia mexicana.* México D.F., El Colegio de México, abril-junio de 1962. Vol. XI. No.4. Pp.519-526.
- *La fortificación y los ingenieros militares en la batalla del 5 de mayo de 1862.* 1962. 29p.
- *Generales de la Revolución (Biografías).* Tomo I. México, Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1979. 203 p.
- *Generales de la Revolución (Biografías).* Tomo II. México, Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1981. 198 p.
- *Generales de ingenieros del Ejército Mexicano 1821-1914.* México, [s. e.] 1952. 277p.

- *Hidalgo como estratega*. México, [s. e.], 1961. 16p.
- *Historia militar de la Revolución constitucionalista*. 5 v. México, Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1956-1960.
- *Historia militar de la Revolución en la época de la Convención*. México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1983, 210p. (Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 94.)
- *Historia militar de la Revolución Mexicana en la época maderista*. 3 v. México, Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana 1976-1977.
- *Historia militar de la Revolución Zapatista bajo el régimen huertista*. México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1979. 260p. (Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 80.)
- *La invasión española de 1829*. México, Jus, 1971. 125p. (Colección México Heroico, 111).
- *El origen de los ingenieros militares en el mundo y en México*. México, Imprenta y Fotolitografía "Offset Vera", 1949. 125p.
- *El primer mapa General de México elaborado por un mexicano*. México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1955. 36 p.
- *El sitio de Querétaro; marzo a mayo de 1867*. México, [s. e.] 1967. 43p.
- *Sitio y toma del Álamo, 1836. Storming the Álamo; reconstrucción documentada de la célebre batalla de Texas*. México, Editorial Militar Mexicana, 1966. 55p. (Episodios militares mexicanos, 6).
- *Treinta contra cuatrocientos; la célebre acción de Arroyo Hondo, 7 de junio de 1821. 30 against 400, the battle of Arroyo Hondo, June 1821 Reconstrucción documentada de un histórico evento en la época de nuestra Independencia* México, Editorial Militar Mexicana, 1966. 53p. (Episodios Militares Mexicanos, 5).
- *Reseña de: Jack Antrey Dabbs. The French Army in Mexico, 1861-1867. A study in military government*. En: *Historia mexicana*. México, El Colegio de México D.F., Julio-septiembre de 1964. Vol. XIV. No. 53. Pp. 157-158.
- "Un episodio militar de la Reforma". En: *Historia mexicana*. México, El Colegio de México Distrito Federal, 1964. V. XIII. No. 4.
- y Tomás Sánchez Hernández. *Historia de una institución gloriosa: El Heroico Colegio Militar, 1823-1970*. México, Secretaría de la Defensa Nacional/Dirección General de Educación Militar/Heroico Colegio Militar, 1970. 273p.
- Torrea, Juan Manuel. *135 [Ciento treinta y cinco] años de labor diplomática al servicio de México desde el Dr. Manuel de Herrera, 1821, hasta el Lic. Luis Padilla Nervo, 1956*. México, Academia Nacional de Historia y Geografía, 1956. 235p.

- *A cien años de la epopeya: rendido homenaje a los héroes*. México, Academia Nacional de Historia y Geografía, 1947. 65p
- *Alteza del soldado raso*. México, Secretaría de Educación Pública, 1941. 24p.
- "El asesinato de Arnulfo Arroyo". En *El Universal Gráfico*. México, D.F., 5 y 12 de junio de 1932.
- "La asonada de 1913" En *Todo*. México, D.F. 12 artículos con el mismo nombre y numeración progresiva, publicados semanalmente del 2 de enero al 13 de marzo de 1934.
- *La banda de Música del 8º Regimiento de Caballería*. México, Unión Racionalista, Rama Mexicana, 1945. 31p.
- *Banderas históricas del Museo Nacional*. México, Publicaciones del Museo Nacional/Talleres Gráficos del Museo de Arqueología, Historia y Etnografía, 1933. 17p.
- *La batalla del 5 de mayo*. México, Academia Nacional de Historia y Geografía, 1956. 59p.
- *La Batalla del 5 de mayo: juicio crítico de mis apuntes militares de 50 años*. México, Academia Nacional de Historia y Geografía, 1960. 77p.
- *La batalla del 5 de mayo. Juicio crítico de mis apuntes militares de un tercio de siglo*. [s.p.i.] [ca. 1940].
- *El Cimatarío, 1867*. México, Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1939. 29p.
- *Condecoraciones militares mexicanas*. [Versión mecanuscrita]. México, 1948. 311f.
- *El coronel Felipe Santiago Xicotencatl y la batalla de Chapultepec, 1847-1947*. Exordio de Crisanto Cuellar Abaroa. Tlaxcala, Publicaciones de la Dirección de Bibliotecas, Museos e Investigaciones Históricas, 1947. 56p.
- "De mis apuntes militares de cincuenta años. El general de División del Ejército Mexicano D. Nicolás de Régules". En *Memoria de la Academia Nacional de Historia y Geografía*. Año XIV. Boletín 4. 1958. Pp.45-50.
- "De mis apuntes militares de cincuenta años. Generales que opusieron resistencia y combatieron al turbión tuxtepecano". En *El Universal*. México, D.F. 31 de octubre de 1960, pp.3,24; 7 de noviembre, pp.3,22; 14 de noviembre, pp.3,22 y 23 de noviembre, pp. 3,23.
- "De mis apuntes militares. Leyendo las Memorias de don Venustiano Carranza escritas por el General Juan Barragán". En *El Universal*. México, D.F., 12 de septiembre de 1930. Pp.5,6 (primera sección).

- *La Decena Trágica. Apuntes para la historia del Ejército Mexicano. La asonada militar de 1913.* Proemio de Adrián Cravioto. México, Ediciones Joloco, 1939. 233 p.
- "Días en que se iza la bandera a toda asta en los edificios públicos". En *Memoria de la Academia Nacional de Historia y Geografía.* Año XIV. Boletín 6. 1958. Pp.29-31.
- *Diccionario geográfico, histórico, biográfico y estadístico de la República Mexicana. Estado de Tamaulipas.* México, Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1940. 609p.
- "Dos informaciones de la prensa a propósito de la localización de los restos de los Niños Héroeos". En *Memoria de la Academia Nacional de Historia y Geografía* Año XIV. Boletín 8. 1958. Pp.49-57.
- "Dos primeras celebraciones patrióticas" En Antonio Fernández del Castillo (dir.) *A cien años de la epopeya. 1847-1947.* México, Boletín de la Academia Mexicana de Historia y Geografía, 1947. 72p. Pp. 41-47.
- "Los ejércitos ¿están con la época?" En Ezequiel Ordóñez (introd.) *Primer centenario de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. 1833-1933.* 2v. México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1933. v. I. Pp.143-151.
- "Embajadores, ministros y encargados de negocios de México en Venezuela y de Venezuela en México. 1842-1945". En *Memoria de la Academia Nacional de Historia y Geografía.* Boletín 3. 1945.
- ,presentador. *Episodios y personajes de la historia de América.* México, Ateneo Nacional de Ciencias y Artes de México [Imprenta de la Secretaría de Relaciones Exteriores], 1937. 217p.
- "Fiestas patrias en 1897. El asesinato de Arnulfo Arroyo". En *El Universal.* México, D.F. 23 de septiembre de 1959. Pp.2,22,23.
- *Funcionarios de la Secretaría de Relaciones Exteriores, desde el año de 1821 a 1940.* México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1940. 205p.
- *El General de División Ramón Corona. Excelsitud como ciudadano, como militar, como gobernante y como diplomático.* Prólogo de Alfonso Cravioto. México, [s. e.], 1944. 117p.
- *El General Pedro José Méndez, guerrillero de guerrilleros.* México, Imprenta de la Secretaría de Relaciones Exteriores, 1935. 25p.
- *Gloria y desastre. El sitio de Puebla. 1863.* México, Academia Mexicana de Historia y Geografía, 1952. 52p.
- *Graves incongruencias en materia de ratificación de grados del ejército.* México, Agencia Editora Mexicana-Cooperativa Talleres Gráficos de la Nación, 1941. 29p.

- "La guerra". En *Memoria de la Academia Nacional de Historia y Geografía*. Año XIV. Boletín 8. 1958. Pp. 21-47.
- *Historial de banderas estandartes gloriosos. Recopilación*. [México], Editores e Impresores Beatriz de Silva, 1952. 46p.
- *Homenaje a un viejo soldado republicano. Aniversario del hecho glorioso de San Pedro. 22 de Diciembre. 1864-1927*. [México, Edición particular de Juan N. Navarro, 1928]. 49p.
- *La Independencia de México, sus periodos y los errores y aciertos de sus caudillos*. México, Academia Nacional de Historia y Geografía, 1945. 40p.
- "El jefe de la zona militar de Chihuahua". En *El Universal Gráfico*. México, D.F., 7 de diciembre de 1930.
- *La lealtad en el Ejército Mexicano. Apuntes para la historia*. México, [s. e.], 1939. 80p.
- "El ministro mexicano de la guerra frente a la invasión norteamericana. 1847. Gral. de División don Lino José Alcorta" En Antonio Fernández del Castillo (dir.) *A cien años de la epopeya. 1847-1947*. México, Boletín de la Academia Mexicana de Historia y Geografía, 1947. 72p. Pp. 33-40.
- "Observaciones del señor general don Manuel de Mier y Terán y del C. José Miguel Ramos Arizpe, tendientes a evitar la separación de Texas". En *Memoria de la Academia Nacional de Historia y Geografía*. Año XIV. Boletín 4. 1958. Pp.5-25.
- *Polonia guerrera; del mercenarismo al ejército nacional*. [s. p. i.] 32p.
- "Reducción del número de fiestas religiosas nacionales después de la independencia de México y otras disposiciones". En *Memoria de la Academia Nacional de Historia y Geografía*. Año XIV. Boletín 6. 1958. Pp.27-29.
- "Los restos de los alumnos del Colegio Militar" En Antonio Fernández del Castillo (dir.) *A cien años de la epopeya. 1847-1947*. México, Boletín de la Academia Mexicana de Historia y Geografía, 1947. 72p. Pp. 7-32.
- *Síntesis histórica de la Sociedad "Supervivientes del Ejército Republicano", y del "Asilo de Honor"*. México, Memoria de la Academia Nacional de Historia y Geografía, 1955. 46p.
- *Sóstenes Rocha. El General más mexicano y más popular del siglo XIX*. [s. l., s. e.] 1941. 57p.
- *Sóstenes Rocha. El general más mexicano y más popular del Siglo XIX*. 2a. ed. Prólogo de Alfonso Cravioto. México, Edición del autor, 1949. 63p.
- *La sociedad "Supervivientes del Ejército Republicano". Por el gral. Juan Manuel Torrea del extinto Ejército Federal, secretario de la Sociedad. Publicación hecha*

con motivo del 2º aniversario de la inauguración del "Asilo de Honor". México, Imprenta Victoria S.A., 1923. 17p.

- "Una figura militar de la Ciudadela. El general Villar". En *El Universal*. México, D.F., 12 de febrero de 1933. Sección "Magazine para todos". P.4.
  - *La vida de una institución gloriosa. El Colegio Militar. 1821-1930. Apuntes, resúmenes y apreciaciones.* Proemio de José Luis Osorio Mondragón. México, Talleres Tipográficos "Centenario", 1931. 187p. Ilus. Fotos.
  - *Las virtudes del guerrero mexicano. Entre el pasado y entre los muertos.* México, Compañía Editorial Latino Americana, 1924. 91p. Ilus. Fotos.
  - e Ignacio Fuentes. *Tampico. (Apuntes para su historia.) Su fundación, su vida militar. Época Contemporánea.* Prologo de René Capistrán Garza. Ilus. de Ignacio Fuentes. México, Nuestra Patria, 1942. 448p.
  - , José Osorio Mondragón y José María Alvarez. *Apuntes de geografía e historia militares. Escritos para uso de los alumnos del Colegio Militar por los profesores en la materia Juan Manuel Torrea e ingenieros Juan Osorio Mondragón y José María Alvarez.* México, Sociedad de Edición y Librería Franco-Mexicana S.A., 1924, 262p. Mapas. Cuadros. Ilus.
- Urquiza, Francisco L. *3 [tres] de diana.* México, [s. e.], 1955. 413 p.
- *Asesinato de Carranza.* México, Populibros La Prensa, 1959. 234 p.
  - *Carranza; el hombre, el político, el caudillo, el patriota.* 9 ed. México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1970. 78 p.
  - *Charlas cuarteleras.* México, Muñoz, 1955. 54 p.
  - *De la vida militar mexicana.* México, Herrero, 1930. 234 p.
  - *Fui soldado de levita de esos de caballería.* México, Fondo de Cultura Económica/Secretaría de Educación Pública, 1984. 178 p. 21 cm. (Lecturas mexicanas, 47.)
  - *Memorias de campaña.* México, Fondo de Cultura Económica/Consejo Nacional de Recursos para la Atención de la Juventud, 1985. 159 p.
  - *México-Tlaxcalantongo; mayo de 1920.* México, Cultura, 1932. 178 p.
  - *Morelos; genio militar de la independencia.* México, Xóchitl, 1945. 181 p. (Vidas mexicanas, 24.)
  - *Organización del ejército constitucionalista; apuntes para la ley orgánica.* México, Secretaría de Guerra, 1916. 28 p.
  - *Origen del ejército constitucionalista* México, Talleres Gráficos de la Nación, 1964. 28 p.

- *Páginas de la revolución*. México, Talleres Gráficos de la Nación, 1965. 274 p.
- *Recuerdo que...* México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985. 538 p.
- *¡Viva Madero!* 2 v. México, Secretaría de la Defensa Nacional, 1984.
- Vanderwood, Paul Joseph. *Los rurales mexicanos*. Traducido del inglés por Roberto Gómez Círiza. México, Fondo de Cultura Económica, 1982. 246 p. (Sección de obras de historia.)
- "Los rurales; producto de una necesidad social". En *Historia mexicana*. Julio-septiembre de 1972. No. 85. V.22. Pp. 35-51
- y Frank N. Samponaro. *Los rostros de la batalla; furia en la frontera México-Estados Unidos*. Traducido del inglés por Ma. Elisa Moreno. México, Grijalbo, 1994. 303 p.
- *El ejército; un dilema del gobierno mexicano 1841-1864*. [s.p.i], 20 p.
- Zhilin, Pavel Andreevich. *Soviet Military Historical Literature. 1965-1969*. Moscú, "Nauka" Publishing House, 1970. 17 p.